Johnny Panic y la Biblia de los Sueños

RELATOS

Sylvia Plath

Lectulandia

Dueña de una de las voces más personales de la literatura moderna en el ámbito de las letras anglosajonas, SYLVIA PLATH (1932-1963) pasó a convertirse, muy poco tiempo después de su temprana muerte, en mito y objeto de culto literario en Gran Bretaña y Estados Unidos. Si bien debe su fama ante todo a su poesía, especialmente a su libro póstumo «Ariel» en cuyos poemas, como alguna vez ha expresado la crítica, «exploró sistemáticamente la estrecha y violenta zona entre lo viable y lo imposible, entre las experiencias susceptibles de transmutarse en poesía y las que resultan abrumadoras», y a la única novela que llegó a concluir, «La campana de cristal», parcialmente autobiográfica, dejó escritos asimismo numerosos textos en prosa que en buena parte permanecen inéditos.

Bajo el título general de JOHNNY PANIC Y LA BIBLIA DE LOS SUEÑOS, el de uno de los relatos en que mejor se percibe la aguda concentración en el dolor, el sufrimiento y la muerte que estuvo siempre presente en la breve existencia de la autora, la presente recopilación de textos breves de Sylvia Plath ordenados, tal como explica en su prólogo JOSÉ LUIS LÓPEZ MUÑOZ, encargado asimismo de la traducción, «de manera cronológica, aunque no estrictamente de acuerdo con las fechas en que fueron escritos, sino de las referencias autobiográficas siempre presentes» ofrece, junto a algunos textos fronterizos con la evocación personal o la colaboración periodística, sus mejores incursiones en el dominio del cuento.

Lectulandia

Sylvia Plath

Johnny Panic y la Biblia de Sueños

Relatos

ePub r1.0
orhi 12.10.2017

Título original: *Johnny Panic and the Bible of Dreams*
Sylvia Plath, 1977
Traducción: José Luis López Muñoz

Editor digital: orhi
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Prólogo

Han transcurrido poco más de treinta años desde que Sylvia Plath —que había alcanzado esa edad pocos meses antes— se quitara la vida en el piso de Londres donde, en otro tiempo, había vivido W. B. Yeats, uno de sus poetas predilectos.

La fama de Sylvia Plath, como tantas veces en el mundo del arte y de las letras, es casi exclusivamente póstuma. Es cierto que existía un consenso general sobre su talento, como también lo es que en sus años de formación acumuló becas y premios y que, todavía adolescente, diversas revistas y periódicos empezaron a publicar sus poemas y relatos. Sin embargo, en el momento de su muerte sólo había en el mercado dos libros suyos: en 1960 apareció en Inglaterra, y dos años después en Estados Unidos, *The Colossus*, su primera colección de poemas y la única publicada tal como Sylvia Plath la proyectó; en cuanto a *The Bell Jar*[1], su única novela, se publicó en Inglaterra un mes antes de su muerte y con el seudónimo de Victoria Lucas. Ni el primero ni la segunda encontraron en la crítica y el público el eco que su autora esperaba.

En el momento de su muerte Sylvia Plath no era aún el personaje casi mítico que ahora conocemos. Su vida póstuma comenzó el 17 de febrero de 1963, cuando A. Álvarez, poeta y crítico literario, sin mencionar la palabra *suicidio*, hizo su elogio fúnebre en el *Observer* de Londres. En el breve texto, al que acompañaban cuatro de los últimos poemas de la autora de *Ariel*, se decía, entre otras cosas, lo siguiente: «… Tan sólo recientemente la especial intensidad de su genio encontró su expresión perfecta. En los últimos meses escribía continuamente, casi como en estado de trance. En esos últimos poemas Sylvia Plath exploró sistemáticamente la estrecha y violenta zona entre lo viable y lo imposible, entre las experiencias susceptibles de transmutarse en poesía y las que resultan abrumadoras. La obra de sus últimos meses representa, en el panorama de la poesía moderna, una ruptura total y, a mi entender, hace de Sylvia Plath la poetisa más dotada de su época. La pérdida para la literatura es irreparable».

Ariel[2], su segundo libro de poesía, terminado en diciembre de 1962, no se publicó en el Reino Unido hasta 1965, y sólo con 27 de los 41 poemas seleccionados por la autora. Al año siguiente, y con una introducción de Robert Lowell, cuyo libro *Life Studies* (1959) había tenido considerable influencia en la evolución poética de Plath, apareció en Estados Unidos publicado por Harper & Row.

En marzo de 1967, dos años después de que se vendiera en Londres el primer ejemplar, el libro ya iba camino de alcanzar un éxito excepcional. Las revistas *Time* y *Newsweek* informaron de que sólo en Inglaterra y durante el primer año se habían vendido más de quince mil ejemplares, cálculo probablemente demasiado conservador. Las ventas en Estados Unidos superaron sin duda a las del Reino Unido. Y en los primeros veinte años de su vida editorial, *Ariel* llegaría a vender más de

medio millón de ejemplares, convirtiéndose en uno de los libros de poesía más populares de los publicados en Inglaterra o en Estados Unidos durante el siglo XX.

En 1967 se reeditó en Inglaterra *The Bell Jar*, atribuyéndose esta vez a Sylvia Plath, pero aún habría que esperar a 1970 para que apareciese en Estados Unidos. Las críticas fueron excelentes. El libro se colocó enseguida en la lista de *best-sellers* del *New York Times* y permaneció en ella por espacio de veinticuatro semanas, un éxito sin precedentes para la primera novela de una autora conocida fundamentalmente por su obra poética. *The Bell Jar* llegó a ser tan popular que de la primera edición en rústica (abril de 1972) se agotaron en un mes tres tiradas, la primera de 375.000 ejemplares. A finales de los años ochenta, transcurridos más de quince desde su publicación, seguían vendiéndose al año más de 50.000 ejemplares.

En 1971 Ted Hughes publicó otras dos breves colecciones de poemas, *Winter Trees* y *Across the Water*, en las que se incluían nueve de los poemas que Sylvia Plath había seleccionado para *Ariel* Y en 1981, finalmente, se publicaron los *Collected Poems*, libro que en 1982, casi veinte años después de la muerte de su autora, recibió el Premio Pulitzer para poesía, acontecimiento inusual, dado que en muy contadas ocasiones se concede a título póstumo.

Otros episodios destacados de la vida póstuma de Sylvia Plath son la aparición de *Letters Home: Correspondance 1950-63*, selección y edición, con comentarios, de Aurelia Schober Plath (1975); *Johnny Panic and the Bible of Dreams* (1977), donde están incluidos todos los relatos y textos del presente volumen, y *The Journals of Sylvia Plath*, editados por Francés McCullough con Ted Hughes como consultor (1982).

Dadas las connotaciones autobiográficas de los relatos y de los textos en prosa recogidos en este volumen, se ha preferido ordenarlos de manera cronológica, aunque no estrictamente de acuerdo con las fechas en que fueron escritos, sino de las referencias autobiográficas, siempre presentes.

La vida de Sylvia Plath puede dividirse, a grandes rasgos, en seis períodos claramente diferenciados:

1. Infancia, de 1932 a 1942, con dos acontecimientos de singular relieve: la muerte de Otto Plath, su padre, en 1940, y el traslado de la familia desde Winthrop, en la costa de Massachusetts, a Wellesley, en el interior, en 1942. Sylvia Plath siempre ligará su infancia a los recuerdos del mar, y habla de ellos en «Ocean 1212-W», el texto con que se inicia el presente volumen.

2. Los primeros años de formación, desde 1942 hasta que, en 1950, comienza sus estudios universitarios. A ese período corresponden «¡América, América!», que se remonta a los años de infancia, pero analiza también los de enseñanza secundaria, «Supermán y el traje nuevo para la nieve de Paula Brown» e «Iniciación». Aunque este último relato está escrito en tercera persona, Millicent, la protagonista, es un *alter ego* de Sylvia Plath. De hecho, tres de los párrafos de «¡América, América!» resumen el argumento de «Iniciación».

3. Los años en Smith College, Northampton, cuando Sylvia Plath se separa por primera vez de su madre, Aurelia. A partir de entonces mantendrá con ella una voluminosa correspondencia que sólo cesará con su muerte. Este período abarca desde 1950 hasta el primer viaje de la autora de *Ariel* a Inglaterra, en 1955. Con «Domingo en casa de los Minton» (1952), obra todavía juvenil, al igual que «Iniciación», Plath gana un primer premio en el concurso convocado por la revista *Mademoiselle*. Aunque se trata de una historia inventada, los hermanos Elizabeth y Henry Minton reflejan, en gran medida, las respectivas personalidades de Sylvia Plath y de Dick Norton, su primer novio, por entonces estudiante de medicina. Dick Norton, con el nombre de Buddy Willard, aparecerá también en *The Bell Jar*, la novela autobiográfica de Plath, así como en otro de los relatos de este período, «En las montañas» (1954), esta vez como Austin (nunca se menciona el apellido). «En las montañas», también de contenido autobiográfico, tiene afinidades estilísticas con la prosa de Hemingway. «El día en que murió el señor Prescott», finalmente escrito en 1956, recoge un episodio del verano de 1954, con motivo del repentino fallecimiento de William Freeman, marido de Marion, amiga íntima de Aurelia Schober Plath desde 1937. Ruth y David (Liz y Ben en este relato), los hijos del matrimonio Freeman, son los grandes amigos infantiles de Sylvia y de su hermano Warren.

Algunos sucesos de este período (verano y otoño de 1953) proporcionan el argumento para *The Bell Jar*; especialmente la estancia de Sylvia Plath en Nueva York como redactora invitada de la revista *Mademoiselle*, así como el intento de suicidio, precedido de una grave depresión que fue tratada con electroshock. Este tratamiento se repite después y, en opinión de muchos, influye en gran medida en la evolución posterior de la autora de *Ariel*.

4. Años en Cambridge y matrimonio con Ted Hughes, 1956-57, hasta el regreso a Estados Unidos. A este período pertenecen dos relatos que Plath escribe después de casarse: «La caja de los deseos» (1956) y «Todos los queridos difuntos» (1956-57).

«La caja de los deseos», sin duda una de las mejores narraciones de Sylvia Plath, refleja la inseguridad de la autora sobre su talento poético frente a la confianza en sí mismo y al éxito de crítica y público que ya por entonces está consiguiendo Ted Hughes.

En octubre de 1956, pocos meses después de su matrimonio, Sylvia y Ted pasan una temporada con los padres de este último en Yorkshire. El ambiente de «Todos los queridos difuntos» refleja la fascinación que producen en Sylvia Plath las historias que cuenta su suegra sobre fantasmas y muertes misteriosas en los páramos de la región. Heptonstall, el pueblecito donde vivía la familia Hughes, y en cuyo cementerio está enterrada Sylvia Plath, se halla en un valle considerado durante siglos como zona casi al margen de la civilización y como refugio de delincuentes.

5. Los dos años (algo más), desde el verano de 1957 hasta diciembre de 1959, que los Hughes pasan en Estados Unidos. Durante el curso 57-58 Sylvia Plath enseña en Smith College, su antigua *alma mater*, si bien, pese a las críticas de su madre y la

desaprobación de sus mentores, decide dejar la enseñanza para dedicar más tiempo a escribir. El curso siguiente Sylvia Plath produce varios de sus mejores relatos. En septiembre de 1958, la visita que hace con su marido a un establecimiento de Scollay Square (la zona de Boston más parecida a un barrio chino) donde se hacen tatuajes le proporciona la idea para «El águila de quince dólares». Los incidentes que forman la trama del relato son prácticamente los mismos que la autora recoge en su diario. La inspiración para otras dos historias de este período procede de su breve período como secretaria a media jornada en el servicio de psiquiatría del Hospital General de Massachusetts: «Johnny Panic y la Biblia de los sueños», la narración que da título a este volumen, y «Las hijas de la calle Blossom».

En el verano de 1959 Ted y Sylvia emprenden, en el automóvil de la madre de esta última, un extenso viaje de acampada por Estados Unidos y Canadá en el curso del cual, de camino hacia California, se detienen, entre otros sitios, en Yellowstone Park. Algunos de los incidentes, como el temor a quedarse sin gasolina y la presencia en la zona de camping de un oso que rompe el cristal de una de las ventanillas del coche, son elementos que Sylvia Plath incorpora a su relato «El oso número cincuenta y nueve».

6. Los años finales en Inglaterra. «Día de éxito» parte, al parecer, de un episodio de 1961. Ted recibió una invitación de una productora de la BBC para cambiar impresiones sobre una serie de programas radiofónicos. Tal como sucede en el relato, Moira Doolan, la productora, telefoneó a casa de los Hughes para concertar la cita, pero fue Sylvia quien se puso al teléfono. Según cuenta Anne Stevenson en su biografía de Plath, aunque Doolan era una mujer mayor, su voz creó inmediatamente en la mente de Sylvia una imagen de atractiva pelirroja con lascivas intenciones. Como en el caso de la heroína de su historia, los temores de Sylvia Plath se dispararon al comprobar que Ted tardaba en volver a casa.

Ya en Court Gree, la casa que los Hughes compran en Devon, Sylvia Plath escribe «Una comparación», breve ensayo radiofónico para la BBC, sobre las diferencias entre escribir un poema y una novela, en el que habla de su experiencia personal, puesto que para entonces ya ha terminado *The Bell Jar* y está escribiendo una segunda novela que se ha perdido.

Más o menos de la misma época es «Contexto», el breve ensayo que figura a continuación, escrito como respuesta a un cuestionario sobre el compromiso político de los escritores. La frase «los pensamientos nocturnos de un cirujano fatigado» es una alusión al poema de Plath «The Surgeon at 2 a. m.», recogido con el núm. 151 en los *Collected Poems*.

«Madres», escrito probablemente a principios de 1962, está ligado a uno de los intentos de Sylvia Plath por incorporarse a la vida social de North Tawton, el pueblecito de Devon donde está Green Court (la casa que, como ya se ha indicado, sigue siendo el domicilio de Ted Hughes), intento que fracasa por el desagrado que le produce la actitud reaccionaria del rector de la iglesia anglicana.

Y, ya a finales de enero de 1963, semanas antes de su muerte, Sylvia Plath escribe «El ataque relámpago de la nieve», un relato en tono humorístico en el que recoge sus experiencias de primera mano sobre los métodos, prácticamente dickensianos, con que los londinenses hacen frente a las tormentas de nieve, las cañerías heladas y los frecuentes apagones de uno de los inviernos más fríos de la postguerra.

José Luis López Muñoz
Berkeley, 1995

Johnny Panic
y la Biblia de los Sueños

Ocean 1212-W

El paisaje de mi infancia no fue la tierra sino el límite de la tierra: ondulantes colinas del Atlántico, frías y llenas de sal. A veces pienso que no poseo imagen alguna tan precisa como la del mar. La separo para contemplarla, exiliada que soy, como las «piedras de la suerte» que coleccionaba, moradas y con un anillo blanco alrededor, o la concha de un mejillón azul cuyo interior era una uña de ángel irisada; y al pasarles por encima la primera ola de la memoria los colores se intensifican y brillan y el mundo de mi infancia respira.

Aliento, ésa es la primera cosa. Algo que respira. ¿Mi aliento? ¿El aliento de mi madre? No, algo distinto, algo más grande, más lejano, más serio, más abrumado. De esa manera floto durante algún tiempo tras párpados cerrados; soy capitán de un pequeño buque, averiguando el tiempo que hará: arietes golpeando el rompeolas, una rociada de metralla sobre los valientes geranios de mi madre, o el susurro arrullador de un gran charco espejeante; el charco agita la arenisca de cuarzo de sus bordes perezosa y amablemente, como una dama que acariciara sus joyas. Quizá haya un repiqueteo de lluvia en el cristal, tal vez el viento suspire y haga probaturas con las grietas de la casa como si dispusiera de otras tantas llaves. Yo no me dejaba engañar por aquellos signos. El latido maternal del mar ridiculizaba tales falsificaciones. Como una mujer misteriosa, se escondía mucho; tenía muchos rostros, muchos velos delicados, terribles. Hablaba de milagros y distancias; podía cortejar, pero también matar. Cuando yo estaba aprendiendo a andar a gatas, mi madre me llevó a la playa para ver qué impresión me causaba. Me arrastré directamente hacia la ola que llegaba, y atravesaba ya la pared verde cuando me sujetó por los talones.

Con frecuencia me pregunto qué habría sucedido si hubiera logrado cruzar al otro lado del espejo. ¿Habrían entrado en acción mis agallas infantiles, la sal que llevaba en la sangre? Durante algún tiempo no tuve fe ni en Dios ni en Santa Claus, sino en las sirenas. Me parecían tan lógicas y tan posibles como la quebradiza ramita de un hipocampo en el acuario del jardín zoológico o los cohombros de mar que se enganchaban en los sedales de indignados pescadores dominicales: holoturias semejantes a viejas fundas de almohadas con esquivos labios carnosos de mujer.

Y me acuerdo de mi madre, también criada junto al mar, leyéndonos a mí y a mi hermano —que vino después— «Tritón olvidado», de Matthew Arnold:

Cavernas con suelo de arena, frías y profundas,
Donde duermen todos los vientos;
Donde las luces agotadas tiemblan y brillan;
Donde las algas se balancean en la corriente;
Donde los animales marinos
Se alimentan con el légamo de sus pastizales;

Donde las serpientes de mar se agitan y retuercen,
Secan sus cotas de malla y se asolean en el agua marina;
Por donde pasan las grandes ballenas,
Navegando, con ojos siempre abiertos
Alrededor del mundo para siempre jamás.

Notaba que se me ponía la carne de gallina. Y no sabía por qué. No era que tuviese frío. ¿Acaso había pasado un fantasma? No, era la poesía. Una chispa saltó de Arnold y me hizo estremecerme, como un escalofrío. Tenía ganas de llorar; me sentía muy rara. Me había dado de bruces con una nueva manera de ser feliz.

De tarde en tarde, cuando me domina la nostalgia de mi infancia junto al océano, los gritos de las gaviotas y el olor a sal, alguien, solícito, me sube a un automóvil y me conduce hasta el horizonte salino más próximo. En Inglaterra, después de todo, no hay ningún sitio que esté a más de… ¿cuánto? cien kilómetros del mar. «Ahí», me dicen, «ahí lo tienes». Como si el mar fuese una gran ostra que pudiera servirse en una bandeja, siempre con el mismo sabor, en todos los restaurantes del mundo. Salgo del coche, estiro las piernas, huelo. El mar. Pero no es eso, no es eso en absoluto.

Para empezar, la geografía no funciona ni por lo más remoto. ¿Dónde está el pulgar gris del arca de agua a la izquierda y, debajo, el banco de arena (en realidad de piedras) con forma de guadaña, además de la prisión de Deer Island en el extremo de la punta, muy a la derecha? La carretera que yo conocía se curvaba hacia las olas con el océano a un lado y la bahía al otro; y la casa de mi abuela, a mitad de camino, estaba orientada al este, llena de sol rojo y luces marinas.

Aún hoy en día recuerdo su número de teléfono: OCEAN 1212-W. Se lo repetía a la telefonista, desde mi casa en el lado más tranquilo de la bahía como un conjuro, como un verso maravilloso, esperando casi que el negro auricular me devolviera, como un caracol marino, el murmullo susurrante del mar junto con el «Dígame» de mi abuela.

El aliento del mar, más bien. Y además sus luces. ¿Era un enorme animal luminoso? Incluso con los ojos cerrados sentía los destellos de sus brillantes espejos deslizarse como arañas sobre mis párpados. Descansaba en una cuna bañada por las aguas, y los fulgores del mar descubrían las grietas en las oscuras persianas verdes de las ventanas, jugaban y bailaban, o bien, otras veces, descansaban y temblaban levemente. A la hora de la siesta yo hacía tintinear con la uña la cabecera de la cama, de latón hueco, por la música que producía y, en una ocasión, en un paroxismo de curiosidad y emoción, descubrí la línea de unión del nuevo papel pintado de color rosa, y, con la misma uña curiosa, dejé una gran calva en la pared. Se me riñó por ello y también me dieron unos cachetes; más tarde mi abuelo me arrancó de las furias domésticas y me llevó a dar un largo paseo exploratorio por la playa, sobre montañas de piedras moradas que se entrechocaban y crujían.

Mi madre nació y se crió en aquella misma casa mordida por el mar; todavía

recordaba días de naufragios en los que la gente de su pueblo hurgaba entre los restos que arrastraban las olas como si se tratara de un mercadillo: teteras, empapadas piezas de tela, el lúgubre zapato solitario. Pero nunca, que ella recordara, los marineros ahogados, que se iban directamente al fondo del océano. De todos modos, ¿no tenía el mar poder suficiente para concedernos cualquier cosa? Yo no perdía la esperanza. Era corriente encontrar pepitas de cristal marrones y verdes y, con menos frecuencia, azules y rojas: ¿las linternas de barcos destrozados? ¿O los corazones, pulidos por el mar, de botellas de cerveza y whisky? Era imposible saberlo.

Pienso que el mar se tragaba docenas de juegos de té, arrojados despreocupadamente desde buques de pasajeros o entregados a las olas por novias traicionadas. Yo tenía una colección de fragmentos de porcelana, con bordes de espuelas de caballero y pájaros o guirnaldas de margaritas. Nunca encontré dos dibujos que coincidieran.

Pero un día el entramado de la playa se abrasó para siempre en las lentes de mis ojos. Fue un cálido abril. Me estaba calentando el trasero en los escalones de piedra de la casa de mi abuela, resplandecientes de mica, contemplando el estuco de la pared, con su diseño urraquil de piedras con forma de huevo, conchas como abanicos y cristales de colores. Mi madre llevaba tres semanas en el hospital y yo estaba de muy mal humor. No quería hacer nada. Su desaparición había abierto en mi cielo un agujero humeante. ¿Cómo era posible que ella, tan cariñosa y tan fiel, me hubiera abandonado con tanta facilidad? Mi abuela canturreaba y golpeaba la masa del pan con contenido entusiasmo. Vienesa, victoriana, apretaba los labios y no me decía nada. Finalmente se ablandó un poco. Iba a encontrarme con una sorpresa cuando mi madre volviera. Una sorpresa muy agradable. Se trataba de… un bebé.

Un bebé.

Yo aborrecía a los bebés. Yo, que por espacio de dos años y medio había sido el centro de un universo de ternura sentí que se torcía el eje del mundo y que un frío polar me helaba los huesos. Iba a convertirme en espectadora, en un mamut de museo. ¡Bebés!

Ni siquiera mi abuelo, en la galería acristalada, con sus habituales galanteos, logró sacarme de mi inmenso malhumor. Me negué a esconderle la pipa en la planta del caucho, convirtiéndola en árbol, y él se levantó y salió muy digno, herido también, pero silbando. Esperé a que su silueta rodeara la colina donde estaba el arca de agua y se fuera perdiendo en dirección al paseo marítimo; los puestos de helados y de perritos calientes aún estaban cerrados, a pesar de la tibieza de la pretemporada. El lírico silbido de mi abuelo me invitaba a la aventura y al olvido. Pero yo no quería olvidar. Abrazada a mi resentimiento, feo y espinoso, triste erizo de mar, eché a andar con desgana en la dirección opuesta, hacia la adusta cárcel. Como desde una estrella vi, fría y sobriamente, el *aislamiento* de todas las cosas. Sentí mi piel como pared: yo soy yo. Esa piedra es una piedra. Se había acabado mi maravillosa identificación con las cosas de este mundo.

La ola retrocedió, devorándose a sí misma. Allí estaba yo, también desecho, junto con las negras algas secas cuyas duras cuentas me gustaba hacer estallar, medias naranjas y pomelos vacíos y restos de conchas. Simultáneamente vieja y solitaria, contemplé todas aquellas cosas —navajas, barquichuelos de hadas, mejillones cubiertos de algas, los grises encajes con marcas de viruela de las ostras (nunca con perla) y diminutos «cucuruchos de helado» de color blanco. Siempre se sabía dónde estaban las mejores conchas: en el borde de la última ola, marcado por un *rimmel* hecho de alquitrán. Recogí, fríamente, una tiesa estrella de mar de color rosado que, colocada sobre la palma, resultó ser una cómica caricatura de mi propia mano. A veces guardaba estrellas de mar vivas en frascos con agua salada, para ver cómo les crecían de nuevo brazos perdidos. En aquel día, con motivo de aquel horrible nacimiento de la alteridad, de mi rival, del otro, lancé la estrella de mar contra una roca. Que pereciera. Carecía de entendimiento.

Mis pies descalzos tropezaron con los ciegos cantos rodados. No se inmutaron. Supuse que eran felices. El mar valseaba hasta disolverse en la nada, en el cielo, casi invisible la línea divisoria en aquel día de calma. Sabía, por lo que me enseñaban en el colegio, que el mar abrazaba el bulto del mundo como un abrigo azul, pero, por alguna razón, lo que sabía nunca enlazaba con lo que *veía*: agua levantada hasta media altura en el aire, convertida en pantalla cristalina, los rastros como de caracol de los barcos a lo largo del borde. Por lo que a mí se me alcanzaba, giraban eternamente alrededor de aquella línea. ¿Qué era lo que había detrás? «España», decía mi amigo Harry Bean, el de los ojos de búho. Pero el limitado mapa que yo tenía en la cabeza no alcanzaba tan lejos. España. Mantillas, castillos dorados y toros. Sirenas sobre rocas, cofres con joyas, el mundo de lo fantástico. Y el mar, en su incesante devorar y revolver, podía depositar uno de sus fragmentos a mis pies en cualquier momento. Como signo.

¿Signo de qué?

Signo de elección, de singularidad. Como señal de que no se me iba a desposeer para siempre. Y la señal apareció. De un amasijo de algas, todavía reluciente, de olor húmedo y fresco, sobresalía una manita morena. ¿Qué era lo que yo *quería* que fuera? ¿Una sirena, una infanta española?

En realidad resultó ser un mono.

No un mono de verdad, sino un mono de madera. Hinchado por el agua que había bebido y con cicatrices dejadas por el alquitrán, permanecía acurrucado en su pedestal, remoto y sagrado, con su largo hocico prominente y su aire curiosamente extranjero. Lo limpié y lo sequé, admirando su cabello delicadamente tallado. No se parecía a ninguno de los monos de carne y hueso que yo había visto comiendo cacahuetes o completamente en babia. Tenía la noble postura de un pensador simiesco. Me doy cuenta ahora de que el totem al que con tanta devoción libré de su membrana de algas (y que, desgraciadamente, he perdido después con el resto del equipaje de la infancia) era un mandril sagrado.

Porque el mar, al advertir lo necesitada que estaba, me había enviado su bendición. Mi hermano pequeño ocupó aquel día su sitio en la casa, pero lo mismo sucedió con mi mandril, una criatura maravillosa y (¿por qué no?) inestimable.

¿Fue el paisaje marino de mi infancia responsable de mi amor por el cambio y la extravagancia? Las montañas me aterran: están ahí, arrellanadas y ¡son tan orgullosas! La inmovilidad de las colinas me sofoca como si fueran almohadas demasiado gruesas. Cuando no caminaba por la orilla del mar, estaba encima o dentro de él. Mi tío, joven, atlético y habilidoso, nos instaló un columpio en la playa. Cuando la marea estaba lo bastante alta, podíamos columpiarnos hasta lo más alto, soltarnos y caer al agua.

Nadie me enseñó a nadar. Sencillamente aprendí. Me hallaba en un círculo de compañeros de juego en la bahía tranquila, el agua hasta las axilas, mecida por las ondulaciones del mar. Un niñito mimado tenía un neumático en el que se sentaba y desde el que pateaba el agua, aunque no sabía nadar. Mi madre nunca nos permitía, ni a mí ni a mi hermano, pedir prestados flotadores, neumáticos o colchonetas por temor a que nos arrastraran hasta donde el agua nos cubría, empujándonos a una temprana muerte. «Primero aprended a nadar», era su lema inflexible. El niñito se bajó de su neumático y, sin soltarlo, se balanceó en el agua, negándose a compartirlo. «Es mío», decía con mucha razón. De repente, un ligero soplo de viento agitó el agua, ennegreciéndola, el niño se soltó, y el neumático de color salmón, con forma de salvavidas, se situó fuera de su alcance. La pérdida le agrandó los ojos y empezó a llorar. «Yo te lo traeré», dije, la baladronada una manera de disimular mi ardiente deseo de subirme en el neumático. Me arrojé al agua con las manos juntas; dejé de tocar fondo. Estaba en el país prohibido donde el agua me cubría. Según las predicciones de mi madre, debiera haberme hundido como una piedra, pero no fue eso lo que sucedió. Mantuve la barbilla levantada mientras manos y pies agitaban el frío verdor del agua. Atrapé el neumático que se alejaba rápidamente y regresé con él. Estaba nadando. Sabía nadar.

En el aeropuerto al otro lado de la bahía soltaron un pequeño dirigible que se elevó como una burbuja de plata, a manera de saludo.

Aquel verano mi tío y su prometida construyeron un bote. Mi hermano y yo les llevábamos clavos resplandecientes. Nos despertábamos con el repicar del martillo. El color como de miel de la madera nueva, las virutas blancas (convertidas en anillos) y el blando serrín creaban un ídolo, algo muy hermoso: un auténtico bote de vela. Mi tío volvía del mar con caballas que llegaban a nuestra mesa cuando aún permanecía intacto el brocado verdoso, azul y negro de su piel. Vivíamos del mar. Con una cabeza y una cola de bacalao mi abuela preparaba un guiso que se inmovilizaba, al enfriarlo, en su propia gelatina triunfal. Cenábamos almejas al vapor suaves como la mantequilla y preparábamos hileras de cacerolas para cocer bogavantes. Pero yo nunca fui capaz de presenciar cómo mi abuela sumergía los crustáceos de color verde oscuro, todavía moviendo las pinzas, sujetas con cuñas de madera, en el agua

hirviendo, de la que volvían a salir, un minuto después, rojos, muertos y comestibles. Sentía en mi piel, con demasiada intensidad, la horrible quemadura del agua.

El mar era nuestra principal distracción. Cuando teníamos visitas, las sentábamos delante de él sobre esteras, con termos y sandwiches y sombrillas de colores, como si el agua, azul, verde, gris, azul marino o plata, según los momentos, fuese por sí sola suficiente espectáculo. En aquellos días las personas mayores aún utilizaban los negros bañadores puritanos que dan un aire tan arcaico a nuestro álbum de fotos familiares.

Mi último recuerdo del mar es violento: un día inmóvil, de un color amarillo malsano, en 1939, el mar de metal fundido, con un lustre acerado, agitándose al extremo de su correa como un animal inquieto, violetas de maldad en los ojos. Alarmadas conversaciones telefónicas se cruzaron entre mi abuela, desde su casa en la costa, a mar abierto, y mi madre, en la bahía. Mi hermano y yo, todavía de corta estatura, bebíamos aquellos diálogos sobre olas gigantescas, seguridad en las alturas, ventanas cubiertas con tablas y barcos a la deriva como un elixir milagroso. Se esperaba el huracán al caer la noche. Por aquel entonces los huracanes no se iniciaban en Florida cada otoño y alcanzaban su plenitud en Cape Cod, como ahora, cuando se suceden con celeridad de petardos en un cuatro de julio y se les bautiza caprichosamente con nombre de mujer. Aquel era un ejemplar monstruoso, un leviatán. Nuestro mundo podía perecer devorado, saltar por los aires, y queríamos estar presentes.

La tarde sulfúrea se ennegreció demasiado pronto, como si lo que se nos venía encima no pudiera estar iluminado ni por estrellas ni por luz artificial, como si no pudiera verse. Se presentó la lluvia, un inmenso diluvio. Luego el viento. El mundo se había convertido en un tambor que aullaba y se estremecía al golpearlo. Mi hermano y yo, en la cama, pálidos y alborozados, nos bebíamos a sorbos la leche caliente. Como es lógico, no pensábamos en dormir. Nos deslizamos hasta una persiana y la levantamos un poco. Sobre un espejo de fluida negrura nuestras caras temblaban como mariposas nocturnas que trataran de abrirse camino a través del cristal. No se veía nada en absoluto. El único ruido era un aullido, interrumpido por los golpes, porrazos, gruñidos y el astillamiento de objetos arrojados como piezas de loza en una pelea entre gigantes. La casa se mecía sobre sus cimientos. Y siguió meciéndose y meciéndose hasta dormir a sus dos pequeños vigilantes.

La destrucción al día siguiente era todo lo terrible que cabía desear: árboles y postes de teléfonos derribados, frágiles *cottages* veraniegos flotando en el mar junto al faro y restos, por todas partes, de cuadernas de pequeñas embarcaciones. La casa de mi abuela había sobrevivido, valerosa, aunque las olas saltaron por encima de la carretera hasta llegar a la bahía. El rompeolas de mi abuelo la había salvado, decían los vecinos. La arena enterró su caldera formando espirales doradas; la sal había manchado el sofá, y un tiburón muerto ocupaba lo que fuera el arriate de los geranios, pero mi abuela había sacado ya la escoba, y todo volvería a estar muy pronto en

orden.

Y así es como se congela mi visión de una infancia junto al mar. Al morir mi padre nos mudamos tierra adentro, con lo que aquellos primeros nueve años de mi vida quedaron sellados como un barco dentro de una botella: hermosos, inaccesibles, obsoletos; un maravilloso mito de alas blancas.

¡América, América!

Fui a centros de enseñanza públicos, verdaderamente públicos. *Todo el mundo* iba: el listo, el tímido, el gordito, el larguirucho, el futuro genio de la electrónica, el futuro polizonte que una noche patearía, hasta matarlo, a un diabético, bajo la errónea impresión de que era un borracho que necesitaba serenarse; los pobres, que olían a lana agria, tenían en casa al bebé siempre empapado en orines y se alimentaban de guisos políglotas; y los más ricos, que llevaban abrigos con cuello de piel, aunque fuese arratonada, sortijas de cumpleaños con ópalos engastados y papás con coche («¿Qué hace tu papá?» «No trabaja, conduce un autobús». Risas). Allí estaba: la Educación, que se nos ofrecía gratuitamente a todos nosotros, una buena muestra de pueblo americano víctima de la depresión, aunque *nosotros*, por supuesto, no estuviésemos deprimidos. Eso lo dejábamos para nuestros padres, que producían con dificultad un hijo o dos, y que, después de la jornada de trabajo y de la frugal cena, se desplomaban mudamente junto a la radio para escuchar las noticias de su «país natal» y de un personaje de bigote oscuro llamado Hitler.

Pero en la camorrista ciudad costera —gran batiburrillo vociferante de católicos irlandeses, judíos alemanes, suecos, negros, italianos y, *rara avis*, esa excepcional gota incontaminada, procedente del Mayflower, algún *inglés*— donde recogí, como si fueran pelusa, mis primeros diez años de enseñanza, lo que nos sentíamos, por encima de todo, era americanos. Y en aquel conglomerado de ciudadanos infantiles quedarían grabadas, gracias a las escuelas gratuitas y comunales, las doctrinas de la Libertad y de la Igualdad. Aunque casi podíamos llamarnos bostonianos (el aeropuerto de la ciudad, con su hermosa flota de aviones y dirigibles plateados, gruñía y resplandecía al otro lado de la bahía), los iconos que adornaban las paredes de nuestra sala de estudios eran los rascacielos de Nueva York, la misma Nueva York y la gran reina verde que alzaba una lamparita de noche símbolo de la Libertad.

Todas las mañanas, la mano en el corazón, prometíamos fidelidad a las Barras y a las Estrellas, una especie de paño de altar aéreo por encima de la mesa del profesor. Y cantábamos letras llenas de humo de pólvora y sentimientos patrióticos con imposibles y temblorosas melodías para soprano. Una hermosa y noble canción «La majestad de los picachos carmesíes sobre la llanura feraz» siempre lograba hacer llorar a la larva de poetisa que había en mí. En aquellos días yo no hubiera sido capaz de distinguir una llanura feraz de un picacho carmesí y confundía a Dios con George Washington (cuyo manso rostro de abuelita también nos iluminaba desde la pared de la clase entre cuidadas anteojeras de rizos blancos), pero gorjeaba, de todos modos, junto con mis mocosos compatriotas «¡América, América! Dios derramó sobre ti Su gracia, y coronó tu virtud hermanando pueblos desde mar a mar resplandeciente».

Del mar algo sabíamos. Término de casi todas las calles, caracoleaba y atronaba y arrojaba sobre la arena, expulsándolos de su grisura informe, platos de porcelana, monos de madera, elegantes conchas y zapatos de difunto. Húmedos vientos salinos

azotaban interminablemente nuestros patios de recreo, aquellas góticas combinaciones de grava, macadán, granito y tierra calva y desgranada, malévolamente destinadas a descortezar y pulir la tierna rodilla. Allí intercambiábamos naipes (por los dibujos del revés) e historias sórdidas, allí saltábamos a la comba con cuerdas de tender la ropa, jugábamos a las canicas y representábamos los dramas de la radio y de los tebeos de nuestro tiempo («¿Quién conoce la maldad que se esconde en el corazón humano? ¡La Sombra!» o «¡Allá en el cielo, mira! ¿Es un pájaro, es un avión? ¡No! Es…, ¡Supermán!») Si se nos destinaba a algún fin especial —si estábamos encajados en un surco, condenados, limitados, predestinados—, lo cierto era que no lo sentíamos. Sonreíamos alegremente y desde nuestros pupitres corríamos chapoteando hasta la hondonada donde jugábamos a la pelota, que nos parecía tan amplia y esperanzadora como el mismo océano.

Después de todo, podíamos llegar donde quisiéramos. Si trabajábamos. Si estudiábamos con suficiente ahínco. Nuestro acento, nuestro dinero, nuestros padres no importaban. ¿No surgían abogados de los lomos de cargadores de carbón, médicos de los cubos de los basureros? La educación era la respuesta, y sólo Dios sabe cómo llegaba hasta nosotros. De manera invisible, creo, en los primeros tiempos: un místico resplandor infrarrojo que brotaba de las manoseadas tablas de multiplicar, de los espantosos poemas que ensalzaban el brillo azul del cielo en octubre, y de un universo histórico que más o menos empezaba y concluía con el té arrojado a la bahía de Boston, puesto que los primeros inmigrantes y los indios eran tan prehistóricos como el eohipo.

Más tarde se apoderaría de nosotros la obsesión por los estudios universitarios, virus sutil y aterrador. Todo el mundo tenía que llegar a la enseñanza superior: *college* de negocios, *college* de dos años, *college* estatal, *college* de secretariado, *college* de la Ivy League, *college* para criadores de cerdos. Primero el libro, después el trabajo práctico. Cuando por fin (tanto el futuro policía como el futuro genio de la electrónica, junto con todos los demás) aparecimos en los prósperos centros de segunda enseñanza de la postguerra, orientadores profesionales a jornada completa empezaron a conferenciar con nosotros, a intervalos cada vez más breves, para analizar motivos, esperanzas, asignaturas, empleos… y *colleges*. Profesores excelentes cayeron sobre nosotros como meteoros: profesores de biología que nos mostraban el cerebro humano, profesores de inglés que eran una fuente de inspiración con su personal intensidad ideológica acerca de Tolstoy y de Platón, profesores de arte que nos llevaban a los barrios miserables de Boston y luego nos colocaban ante los caballetes para utilizar, con furia y conciencia social, las pinturas a la aguada de la escuela pública. Las excentricidades, los peligros de ser *demasiado* distintos, eran objeto de razonado análisis y extirpados como si se tratara de la mala costumbre de chuparnos el dedo.

La orientadora de las chicas diagnosticó mi problema de inmediato. Yo era, sencillamente, demasiado talentuda, y eso era peligroso. Mi impecable ristra de

sobresalientes en todas las asignaturas, sin el adecuado ajuste de las actividades extracurriculares, me situaba al borde del abismo. Por si eso fuera poco, los *colleges* querían alumnos completos. Para entonces yo había estudiado a Maquiavelo en la asignatura llamada Actualidades. Seguí al instante la indicación que se me hacía.

Sucedió, sin embargo, que mi orientadora tenía, sin que yo lo supiera, una hermana gemela idéntica, también de cabellos blancos, con la que me tropezaba repetidamente en los supermercados y en la consulta del dentista. Hice confidencias a esta hermana gemela sobre la diversidad cada vez mayor de mis actividades: mordisquear gajos de naranja en el banquillo durante los partidos de baloncesto femenino (me habían incluido en el equipo), pintar L'il Abners y Daisy Maes gigantescas para los bailes de nuestro curso, preparar las maquetas del periódico del instituto a medianoche mientras mi coeditor, disipado ya, leía los chistes al final de las columnas del *New Yorker*. La expresión extrañamente apagada, perpleja, de la hermana gemela de mi orientadora no me detuvo, como tampoco la imaginaria amnesia de su eficiente doble de cabellos igualmente blancos en el despacho del instituto. Así me convertí en una adolescente furibundamente pragmática.

«La costumbre es verdad y la verdad, costumbre», podría haber murmurado yo, al hacerme el doblez de los calcetines a la misma altura que mis compañeras de instituto. No existía uniforme, pero *había* un uniforme: la melena a lo paje, limpia hasta la exageración, la falda y el jersey, los *loafers*, esas tristes imitaciones de los mocasines indios. Y hasta en nuestro democrático edificio alimentábamos dos antiguas reliquias de esnobismo, dos clubs femeninos: «Subdeb» y «Sugar'n'Spice». Al comienzo de cada año académico las asociadas enviaban tarjetas de invitación a chicas nuevas: las mejor parecidas, las populares, en cierta manera, las que eran capaces de competir. Una semana de iniciación precedía a la autocomplaciente admisión de las candidatas, lo que suponía ajustarse a una norma entronizada. Los profesores predicaban contra la semana de iniciación y los muchachos se burlaban, pero no lograban acabar con ella.

A mí, como a todas las iniciandas, se me asignó una hermana mayor que se dedicó, de manera sistemática, a la destrucción de mi yo. Durante toda una semana no pude maquillarme, ni lavarme, ni peinarme, ni cambiarme de ropa ni hablar con chicos. Al amanecer ya había ido andando hasta su casa, le estaba haciendo la cama y me disponía a prepararle el desayuno. Luego, cargada con sus libros, intolerablemente pesados, además de los míos, la seguía, a distancia de perro, hasta el instituto. Por el camino podía mandarme que trepara a un árbol y que me colgara de una rama hasta caerme, que hiciera preguntas impertinentes a los peatones o que me acercara furtivamente a las tiendas para mendigar uvas estropeadas y arroz mohoso. Si se me ocurría sonreír, es decir, mostrar el menor indicio de actitud irónica ante mi esclavitud, tenía que arrodillarme en mitad de la calle y borrarme la sonrisa de la cara. En el momento en que sonaba el timbre para señalar el final de las clases, mi hermana mayor volvía a tomar las riendas. Al caer la noche me dolía todo el cuerpo y

apestaba; mis deberes para casa zumbaban, revoloteando, dentro de un cerebro embotado y deprimido. Se me estaba moldeando para que tuviera una buena imagen.

Por alguna razón, aquella iniciación a la nada de la integración no funcionó. Quizá ya era yo, para empezar, demasiado rara. ¿Qué hacían aquellos escogidos capullos de la feminidad americana en las reuniones de su club? Comían dulces; comían dulces y criticaban al muchacho con el que habían salido el sábado por la noche. El privilegio de ser alguien, ante las presiones para ser como todo el mundo, estaba mostrando su otra cara, dando como resultado el no ser nadie.

Años después, miré un buen día a través de la cristalera que formaba la pared lateral de una escuela primaria americana: pupitres y sillas infantiles muy limpios y de madera clara, estufas de juguete y fuentes diminutas para beber. Raudales de sol por todas partes. En un cuarto de siglo, y sin alboroto, habían desaparecido la anarquía, la incomodidad y los granos de arena. Una clase había empleado la mañana montada en un autobús para aprender cómo pagar el billete y preguntar con acierto por la parada en la que el usuario quería apearse. Leer (mi generación aprendió a los cuatro años en las tapas de los tambores de detergente) se ha convertido en un arte tan traumático y atormentado que quien supera la prueba a los diez años se considera afortunado. Pero los niños sonreían en su corro diminuto. ¿Vislumbré quizá, en el armarito de los primeros auxilios, un brillo de frascos: tranquilizantes y suavizantes para el rebelde, para el artista, para el excéntrico en embrión?

Supermán y el traje nuevo para la nieve de Paula Brown

El año que empezó la guerra yo estudiaba quinto grado en el colegio Annie F. Warren de Winthrop, y aquel invierno, gracias a los letreros sobre defensa civil que presenté, gané el premio de dibujo. Fue también el invierno en que Paula Brown estrenó su traje para la nieve, e incluso ahora, trece años después, todavía recuerdo los colores cambiantes de aquellos días, claros y precisos como formas vistas a través de un caleidoscopio.

Yo vivía en el lado de la ciudad que daba sobre la bahía, en la avenida Johnson, frente al aeropuerto Logan y, todas las noches, antes de acostarme, me arrodillaba frente a la ventana de mi habitación, que daba al oeste, y contemplaba el brillo y el parpadeo lejano de las luces de Boston, al otro lado del agua cada vez más oscura. El crepúsculo desplegaba su bandera rosada sobre el aeropuerto, y el ruido de las olas se perdía entre el perpetuo zumbido de los aviones. Me fascinaban las señales luminosas moviéndose sobre las pistas, y contemplaba, hasta que se hacía completamente de noche, los destellos rojos y verdes que se elevaban y se instalaban en el cielo como estrellas fugaces. El aeropuerto era mi Meca, mi Jerusalén. Me pasaba las noches enteras soñando con volar.

Eran los días de mis sueños en tecnicolor. Mi madre tenía el convencimiento de que yo necesitaba dormir muchísimas horas, de manera que nunca estaba realmente cansada cuando me iba a la cama. El momento en que me tumbaba en el impreciso atardecer, adormilándome poco a poco, pero inventándome mientras tanto los sueños que quería tener, era el mejor del día. Mis sueños voladores tenían la consistencia de un paisaje de Dalí, eran tan realistas que me despertada con un repentino sobresalto, una intensa sensación de haberme precipitado como Ícaro desde el cielo para ser detenida justo a tiempo por mi blanda cama.

Esas aventuras nocturnas en el espacio se iniciaron cuando Supermán empezó a invadir mis sueños y a enseñarme a volar. Llegaba rugiendo con el resplandeciente traje azul y la capa agitada por el viento, y se parecía mucho a mi tío Frank, que por entonces vivía con mi madre y conmigo. En el mágico zumbido de su capa oía yo las alas de un centenar de gaviotas, los motores de mil aviones.

Yo no era la única adoradora de Supermán en nuestra manzana. David Sterling, un chico pálido y aficionado a los libros que vivía calle abajo, compartía mi amor por la incontaminada poesía del vuelo. Todas las noches, antes de la cena, escuchábamos juntos a Supermán en la radio, y durante el día, camino de clase, inventábamos nuestras aventuras.

El colegio Annie F. Warren era un edificio de ladrillo rojo, apartado de la carretera principal y con una calle alquitranada propia, rodeada de campos de juego con piso de grava y sin vegetación alguna. David y yo encontramos, junto al aparcamiento, un refugio perfecto para nuestros dramas en la línea de Supermán. La oscura entrada trasera al colegio se hallaba al final de un largo pasadizo, sitio

excelente para capturas por sorpresa y rescates repentinos.

Durante los recreos, David y yo nos declarábamos independientes. Hacíamos caso omiso de los chicos que jugaban al béisbol en el patio de grava y de las chicas que lanzaban risitas mientras jugaban a evitar los pelotazos en la hondonada vecina. Nuestros juegos a lo Supermán nos colocaban fuera de la ley, pero nos daban al mismo tiempo un frágil sentimiento de superioridad. Encontramos incluso a un sustituto para el papel de villano en Sheldon Fein, el pálido hijito de mamá de nuestra manzana al que los chicos expulsaban de sus juegos porque se echaba a llorar cuando alguien corría tras él y siempre conseguía caerse y despellejarse las rodillas, excesivamente carnosas.

Al principio teníamos que hacer de apuntadores, pero al cabo de algún tiempo Sheldon se convirtió en un experto inventor de torturas e incluso las practicaba en privado, una vez concluidos nuestros juegos. Solía arrancarles las alas a las moscas y las patas a los saltamontes, y luego mantenía cautivos a los insectos mutilados en un frasco oculto debajo de la cama, de manera que podía sacarlos a escondidas y contemplarlos mientras se debatían. David y yo sólo jugábamos con Sheldon durante los recreos. Después del colegio lo dejábamos con su mamá, sus bombones y sus desvalidos insectos.

Mi tío Frank vivía por entonces con nosotros, mientras esperaba a que lo llamaran a filas, y yo estaba convencida de que tenía un extraordinario parecido con Supermán cuando Supermán iba de incógnito. David no notaba ese parecido con tanta claridad como yo, pero reconocía que el tío Frank era el hombre más fuerte que había visto nunca, y que sabía muchísimos trucos, como hacer desaparecer caramelos de debajo de las servilletas y caminar sobre las manos.

Aquel mismo invierno se declaró la guerra, y me recuerdo sentada junto a la radio con mamá y el tío Frank, sintiendo flotar en el aire un extraño presentimiento. Se hablaba en voz baja y con gran seriedad de aviones y de bombas alemanas. El tío dijo algo acerca de que a los alemanes de los Estados Unidos los iban a encarcelar mientras durase la guerra, y mamá repetía una y otra vez su frase preferida sobre mi padre: «Sólo me alegro de que Otto no haya tenido que vivir para ver esto».

En el colegio empezamos a dibujar carteles de defensa civil, y fue entonces cuando gané a Jimmy Lane, que vivía en la misma manzana de casas, porque me dieron a mí el premio para alumnos de quinto grado. A veces hacíamos prácticas en previsión de un ataque aéreo. Cuando sonaba la campana de los bomberos cogíamos los abrigos y los lápices y bajábamos en fila las escaleras del sótano, que crujían mucho, buscábamos determinados rincones de acuerdo con el color de nuestras etiquetas y nos colocábamos un lápiz entre los dientes para evitar que las bombas nos hicieran mordernos la lengua por equivocación. Algunos de los niños más pequeños de los primeros cursos se echaban a llorar porque el sótano estaba oscuro, ya que sólo había unas bombillas al aire en el techo, sobre la piedra fría y negra.

La amenaza de la guerra se filtraba por todas partes. En los recreos, Sheldon se

convertía en nazi e imitaba el paso de oca que veíamos en las películas, aunque su tío Macy estaba de verdad en Alemania, y la señora Fein adelgazó y se quedó muy pálida porque primero se enteró de que habían encarcelado a su hermano y luego ya no supo nada más.

El invierno se fue arrastrando, con un viento húmedo que llegaba siempre del océano, por lo que la nieve se derretía antes de que hubiera la suficiente para deslizarse en trineo por las pendientes. Un viernes por la tarde, inmediatamente antes de Navidades, Paula Brown celebró su fiesta de cumpleaños igual que otros años, y a mí me invitó porque era para todos los niños de nuestra manzana. Paula vivía enfrente de Jimmy Lane en Somerset Terrace, y en realidad no nos caía bien a ninguno porque era muy mandona y estirada, con su tez pálida, sus largas coletas rojas y unos ojos azules demasiado claros.

La tarde de la fiesta Paula nos recibió a la puerta de su casa con un vestido blanco de organdí y el pelo rojo en tirabuzones y con un lazo de satén. Antes de que nos sentáramos a la mesa para tomar la tarta de cumpleaños y el helado insistió en enseñarnos todos los regalos que le habían hecho. Eran muchos, por tratarse de su cumpleaños y porque estábamos ya en época de Navidades.

El regalo preferido de Paula era un traje nuevo para la nieve, que procedió a ponerse para que la viéramos con él. El traje era de color azul cobalto y, según nos explicó, había venido de Suecia en una caja plateada. El delantero de la chaqueta estaba todo él bordado con flores rosas y blancas y pájaros; también estaban bordadas las correas de las polainas. El conjunto contaba incluso con una boinita de angora blanca y unas manoplas también de angora. Después del postre el padre de Jimmy Lane nos llevó a todos en coche a una primera sesión de cine como obsequio especial. Mi madre, antes de darme permiso para ir, se informó de que la película importante era *Blancanieves*, pero nadie le explicó que se trataba de un programa doble, y que la otra era una película de guerra sobre unos prisioneros que los japoneses torturaban privándolos de comida y agua. Nuestros juegos de guerra y los programas de radio eran todo invenciones, pero aquello era real, aquello pasaba de verdad. Me tapé los oídos para no oír los gemidos provocados por el hambre y la sed, pero no fui capaz de apartar los ojos de la pantalla.

Finalmente, los prisioneros arrancaban del techo del barracón un madero largo, y rompían con él la pared de barro para alcanzar así la fuente que había en el patio, pero, precisamente cuando el primer prisionero llegaba a donde estaba el agua, los japoneses empezaban a matarlos a todos a tiros, a pisotearlos y a reírse. Yo estaba sentada junto al pasillo, de manera que me levanté de un salto, fui corriendo al tocador de señoras, me arrodillé junto a un retrete y vomité la tarta y el helado.

Aquella noche, después de acostarme, tan pronto como cerraba los ojos el campo de prisioneros resucitaba en mi cabeza, y de nuevo los hombres desesperados salían por el agujero en la pared y una vez más los japoneses los mataban a tiros cuando llegaban al chorrito de la fuente. A pesar de lo mucho que me esforcé por pensar en

Supermán antes de dormirme, no descendió de lo alto ninguna figura azul con espíritu de cruzada y poseído de cólera celestial para aplastar a los hombrecillos amarillos que invadían mis sueños. Cuando me desperté por la mañana tenía las sábanas empapadas en sudor.

El sábado el frío era cortante, y el cielo estaba gris y oscuro, amenazando nieve. Por la tarde, cuando volvía de la tienda sin apresurarme demasiado y encogiendo los dedos helados dentro de las manoplas, vi a un par de niños jugando a la variante china de «Tú la llevas» delante de la casa de Paula Brown.

Paula se detuvo a mitad del juego y me miró con frialdad.

—Necesitamos alguien más —dijo—. ¿Quieres jugar?

Me dio un golpecito en el tobillo y estuve yendo de aquí para allá a la pata coja hasta que finalmente atrapé a Sheldon Fein cuando se agachó para abrocharse el chanclo con forro de piel. Un deshielo precoz había derretido la nieve de la calle, y sobre el suelo alquitranado había quedado la arena que echaban los camiones de la limpieza. Un coche había dejado una resplandeciente mancha de aceite delante de la casa de Paula.

Íbamos y veníamos corriendo por la calle, retirándonos a las zonas de césped, marrones y endurecidas, cada vez que el que «la llevaba» se nos acercaba peligrosamente. Jimmy Lane salió de su casa, estuvo mirándonos un rato y luego se incorporó al juego. Siempre que él «la llevaba», perseguía a Paula, que se había puesto su traje azul para la nieve. Paula lanzaba chillidos muy agudos y se le quedaba mirando, abriendo mucho aquellos ojos suyos demasiado azules antes de echar a correr. Jimmy siempre conseguía alcanzarla.

Paula sólo se olvidó una vez de mirar por dónde iba, y cuando Jimmy extendió el brazo para tocarla, se escurrió sobre la mancha de aceite. Al caerse Paula de lado todos nos quedamos quietos como si estuviéramos jugando a estatuas mudas e inmóviles. Nadie dijo una palabra, y por espacio de un minuto sólo se oyó el ruido de los aviones al otro lado de la bahía. La luz mortecina y verde del final de la tarde se nos vino encima, fría y definitiva como la persiana de una ventana.

El traje de Paula tenía una mancha negra de aceite a todo lo largo del costado. Las manoplas de angora parecían la piel húmeda de un gato negro. Ella se incorporó muy despacio y miró a todos los que estábamos a su alrededor, como buscando algo. Luego, de repente, clavó los ojos en mí.

—Tú —dijo muy despacio, señalándome con el dedo—, tú me has empujado.

Hubo otro segundo de silencio, y a continuación Jimmy Lane se volvió hacia mí.

—Has sido tú —dijo con tono insultante.

Sheldon y Paula y Jimmy y los demás se me quedaron mirando con un extraño júbilo brillándoles en el fondo de los ojos.

—Has sido tú —dijeron—, tú la has empujado.

E incluso cuando grité «¡No es verdad!» siguieron viniendo hacia mí, repitiendo a coro «Sí; has sido tú, has sido tú, te hemos visto». No encontré la menor sombra de

esperanza en las caras que avanzaban hacia mí, y empecé a preguntarme si Jimmy había empujado a Paula o si se había caído sola, pero no estaba segura. No estaba nada segura.

Eché a andar hacia ellos para volver a casa, aunque decidida a no correr, pero cuando ya los había dejado atrás sentí el golpe violento de una bola de nieve en el hombro izquierdo y a continuación el impacto de otra. Aceleré el paso y torcí por la esquina con Kelly. Inmediatamente tuve delante mi oscura casa marrón cubierta con ripias, y dentro a mamá y al tío Frank, que disfrutaba de un permiso. De manera que eché a correr en aquel atardecer frío y desapacible hacia los brillantes rectángulos de luz que eran las ventanas de mi hogar.

El tío Frank me recibió en la puerta.

—¿Qué tal está mi soldado favorito de caballería? —me preguntó antes de lanzarme tan alto en el aire que rocé el techo con la cabeza. La abundancia de afecto que había en su voz ahogó por completo los gritos que aún me resonaban en los oídos.

—Estoy muy bien —mentí.

Luego el tío Frank me estuvo enseñando algo de jiu-jitsu en el cuarto de estar hasta que mamá nos llamó para cenar.

Había velas encendidas sobre el mantel de hilo blanco, y los diminutos reflejos de las llamas parpadeaban vacilantes en cubiertos y copas. Más allá de la ventana oscura del comedor yo veía una habitación distinta en la que la gente reía y hablaba dentro de un firme entramado de luz, sostenido por su brillo indestructible.

De repente sonó el timbre y mamá se levantó para abrir la puerta. Oí en el vestíbulo la voz clara y potente de David Sterling. Hasta el comedor llegó una corriente fría porque la puerta de la calle se había quedado abierta, pero mamá y él siguieron hablando, y David no terminó de entrar en casa. Cuando mamá volvió a la mesa, su rostro tenía una expresión triste.

—¿Por qué no me lo has dicho? —preguntó—, ¿por qué no me has dicho que habías tirado a Paula en el barro, estropeándole el traje nuevo para la nieve?

Un bocado de pudín de chocolate se me atragantó, espeso y amargo. Tuve que beber leche para terminar de pasarlo. Finalmente dije:

—No he sido yo.

Pero las palabras brotaron como semillas pequeñas, duras y secas, vacías e insinceras. Lo intenté de nuevo.

—No he sido yo. Ha sido Jimmy Lane.

—Por supuesto que te creemos —dijo mamá lentamente—, pero no se habla de otra cosa en todo el vecindario. La señora Sterling ha oído la historia de labios de la señora Fein, y ha mandado a David para decirnos que debemos comprarle a Paula un traje nuevo. No lo entiendo.

—No he sido yo —repetí, y la sangre me latió en los oídos como un tambor que ya no está tenso. Aparté la silla de la mesa, sin mirar ni al tío Frank ni a mamá, que

seguían allí sentados, solemnes y melancólicos a la luz de las velas.

La escalera y el segundo piso estaban a oscuras, pero recorrí el largo pasillo hasta mi cuarto sin encender la luz. Después de entrar cerré la puerta. Una luna pequeña y en agraz dibujaba cuadrados de luz verdosa sobre el suelo, y los cristales de las ventanas tenían una orla de escarcha.

Me arrojé violentamente sobre la cama y me quedé allí tumbada, los ojos secos y ardiendo. Al cabo de un rato oí cómo el tío Frank subía las escaleras y llamaba a mi puerta. Al no contestarle, entró y se sentó en la cama. Desde donde yo estaba distinguía el bulto de sus hombros poderosos, recortados por la luz de la luna, pero el rostro, que quedaba en sombra, parecía desprovisto de facciones.

—Cuéntamelo, cariño —me dijo con mucha suavidad—. Explícame lo que ha pasado. No tengas miedo. Lo entenderemos. Pero cuéntame lo que ha pasado de verdad. Nunca has tenido que ocultarme nada, lo sabes muy bien. Sólo tienes que decirme qué es lo que en realidad ha sucedido.

—Os lo he contado ya —dije—. Os he dicho lo que ha pasado, y no puedo cambiarlo. Ni siquiera para darte gusto puedo hacer que sea diferente.

Entonces suspiró, se levantó y se marchó.

—De acuerdo, cariño —dijo desde la puerta—. De acuerdo. Pero de todos modos le compraremos otro traje a Paula para que todo el mundo se quede contento, y dentro de diez años nadie notará la diferencia.

La puerta se cerró y oí sus pasos, cada vez más débiles a medida que se alejaban por el pasillo. Seguí tumbada en la cama, sintiendo cómo la sombra negra se extendía por la parte inferior del mundo como una marea viva. Nada resistía, no quedaba nada. Los aviones plateados y las capas azules se disolvían y desaparecían, borrados de la pizarra colosal de la oscuridad como si fueran los toscos dibujos que hace un niño con tizas de colores. Aquello sucedió el año que empezó la guerra, y con ella el mundo de verdad y también la diferencia.

Iniciación

La habitación del sótano estaba oscura y tibia, como el interior de un tarro sellado, pensó Millicent, mientras sus ojos se habituaban a la extraña penumbra. El silencio tenía la suavidad de las telarañas, y por la ventanita rectangular, muy arriba en el muro de piedra, se filtraba una débil luz azulada, procedente sin duda de la luna llena de octubre. Ahora veía ya que estaba sentada en un montón de leña junto a la caldera de la calefacción.

Millicent se apartó de la cara un mechón de cabellos, tieso y pegajoso a causa del huevo que le habían roto poco antes en la cabeza, mientras estaba arrodillada ante el altar del club. Después de unos instantes de silencio se había oído un ligero crujido, y luego sintió la fría y viscosa clara del huevo derramándosele y extendiéndosele por la cabeza y bajándole por el cuello. También oyó la risa ahogada de alguien. Todo era parte de la ceremonia.

Luego las chicas la habían llevado allí, aún con los ojos vendados, por los corredores de la casa de Betsy Johnson, y la habían encerrado bajo llave en el sótano. Pasaría una hora antes de que vinieran a liberarla, pero para entonces el tribunal de las ratas habría concluido, Millicent diría lo que tenía que decir y se iría a casa.

Porque aquella noche era el paso definitivo, la prueba de fuego. Ya no había la menor duda de que sería admitida. A decir verdad, Millicent no recordaba candidata alguna que no hubiera superado el período de iniciación. Pero con todo y con eso, su caso sería muy diferente. Ya se encargaría ella. No podía decir con exactitud qué era lo que había provocado su rebeldía, pero sin duda tenía algo que ver con Tracy y, también, con los pájaros de los brezales.

¿Qué chica del instituto de Lansing no querría estar ahora en su lugar?, pensó Millicent, divertida. ¿Qué chica rechazaría ser una de las elegidas, aunque eso significara cinco días de iniciación antes y después de las clases, para acabar el viernes por la noche, con el momento culminante del tribunal de las ratas, después del cual las elegidas se convertían en miembros del club? Hasta Tracy se quedó pensativa cuando supo que Millicent era una de las cinco candidatas propuestas.

—No cambiará nada entre nosotras, Tracy —había dicho Millicent—. Seguiremos saliendo juntas igual que siempre, y el año que viene, con toda seguridad, te elegirán a ti.

—Lo sé, pero, de todas formas —había dicho Tracy con mucha tranquilidad—, cambiarás, independientemente de lo que pienses ahora. Las cosas nunca son iguales.

Todo cambia, es cierto, había pensado Millicent. Sería terrible que no se cambiara nunca…, que ella estuviera condenada para siempre a ser la Millicent tímida e insignificante de pocos años antes. Afortunadamente existía el cambio, el crecimiento, el seguir adelante.

A Tracy le sucedería lo mismo. Millicent se encargaría de contarle las tonterías que habían dicho las chicas, y Tracy cambiaría también, entrando a la larga en el

círculo mágico. Llegaría a conocer los ritos especiales como había empezado a hacerlo Millicent una semana antes.

—Lo primero de todo —les había dicho Betsy Johnson, la vivaracha secretaria rubia del club, a las cinco candidatas el lunes, mientras tomaban unos sandwiches en la cafetería del instituto—, lo primero es que a cada una de vosotras le corresponde una hermana mayor, que es la que manda, y tenéis que hacer lo que os diga.

—No os olvidéis de todo lo referente a replicar y a sonreír —había añadido riendo Louise Fullerton, que era otra celebridad en el instituto, bonita y morena y vicepresidenta del consejo estudiantil—. No tenéis que hablar a no ser que vuestra hermana mayor os haga una pregunta u os mande decir algo a alguien. Y tampoco tenéis que sonreír, aunque os estéis muriendo de ganas —las candidatas se rieron, un poco nerviosas, y luego sonó el timbre que anunciaba el comienzo de las clases de la tarde.

Resultaría un cambio bastante divertido, reflexionó Millicent, recogiendo los libros de su taquilla en el corredor, sería estimulante formar parte de un grupo estrechamente unido, la gente más selecta del instituto. No se trataba, por supuesto, de una organización oficial. De hecho, el director, el señor Cranton, quería que la semana de iniciación desapareciera, porque le parecía antidemocrática y perturbadora de las tareas escolares. Pero, en realidad, no estaba en su mano hacer nada. Era verdad que, durante cinco días, las iniciandas llegarían al instituto sin pintarse ni rizarse el pelo y, por supuesto, todo el mundo se daría cuenta, pero ¿qué podían hacer los profesores?

Millicent se sentó en su escritorio de la gran sala de estudio. Al día siguiente llegaría al instituto orgullosa, riendo, con los labios sin pintar y hasta los hombros el cabello castaño liso, y entonces todo el mundo sabría, incluidos los chicos, que era una de las elegidas. Los profesores, por su parte, sonreirían perplejos, pensando quizá: De manera que ahora han seleccionado a Millicent Arnold. Nunca lo hubiera adivinado.

Uno o dos años antes no se le hubiera ocurrido a casi nadie. Millicent había esperado mucho para que la aceptaran, más que la mayoría. Era como si hubiera permanecido durante años en un pabellón junto a una pista de baile, mirando a través de las ventanas el interior resplandeciente, con el brillo de las luces y el aire como miel, contemplando anhelante a las alegres parejas que valseaban a los acordes de una música que nunca se acababa, a las personas que reían en parejas y en grupos, sin que nadie estuviera nunca solo.

Pero por fin, durante una semana de festejos y diversiones, Millicent respondería a la invitación para entrar en el salón de baile por la entrada principal, sobre la que se leía «Iniciación». Se recogería la falda de terciopelo, la cola de seda, o lo que fuera que las princesas desheredadas llevaban en los libros de cuentos, y tomaría posesión del reino que le pertenecía por derecho… En aquel momento sonó el timbre que señalaba el fin de la hora de estudio.

—¡Millicent, espera! —era Louise Fullerton desde detrás, Louise que siempre se había mostrado muy amable, muy cortés, más amistosa que las demás, desde hacía ya tiempo, desde antes de que llegara la invitación.

—Escucha —Louise fue con ella por el corredor hacia la clase siguiente, que era la de latín—, ¿tienes algo que hacer después de las clases? Porque me gustaría hablar contigo sobre mañana.

—Estupendo. Tengo montones de tiempo.

—Entonces reúnete conmigo en el vestíbulo cuando acabe economía doméstica, y nos iremos al *drugstore* o algo parecido.

Más tarde, cuando iba con Louise camino del *drugstore*, Millicent sintió una oleada de orgullo. Para cualquiera que las viese en aquel momento, Louise y ella eran amigas íntimas.

—¿Sabes? Me alegré mucho de que te eligieran —dijo Louise.

Millicent sonrió.

—A mí me encantó que me invitarais —dijo con sinceridad—, pero he sentido que dejarais fuera a Tracy.

Pensó en Tracy. Si existe esa cosa llamada una amiga íntima, Tracy lo había sido durante todo aquel año.

—Sí, Tracy —estaba diciendo Louise—, es una chica simpática, y la pusieron en la lista, pero…, bueno, tuvo tres bolas negras.

—¿Bolas negras? ¿Qué es eso?

—En realidad no debemos contárselo a nadie de fuera del club, pero como tú ya estarás dentro a final de semana, supongo que no importa.

Ya habían llegado al *drugstore*.

—Sucede —empezó a explicar Louise en voz baja cuando estuvieron sentadas en una de las mesas con tabiques a los lados—, que una vez al año el club hace una lista con todas las chicas que han sido propuestas…

Millicent empezó a beber lentamente el frío líquido dulce, dejando el helado para tomárselo al final con la cuchara, mientras escuchaba a Louise con mucha atención.

—… y luego se celebra una reunión plenaria, donde se leen los nombres de todas las chicas y se estudia cada una de las propuestas.

—Ah —dijo Millicent de manera mecánica, aunque en su voz apareció una entonación extraña.

—Sí, claro, ya sé lo que estás pensando —rió Louise—. Pero en realidad no es tan horrible como te imaginas. No se ensañan demasiado. Se habla de cada chica y de las razones en pro o en contra para admitirla en el club. Y luego se vota. Tres bolas negras eliminan a la candidata.

—¿Te importa que te pregunte qué fue lo que pasó con Tracy? —dijo Millicent.

Louise rió un poco forzadamente.

—Bueno, ya sabes cómo son las chicas. Se fijan en nimiedades. Me refiero a que algunas pensaron que quizá Tracy era un poco *demasiado* distinta. Quizá le puedas

hacer unas cuantas sugerencias.

—¿Cuáles, por ejemplo?

—Por ejemplo que no venga al instituto con calcetines hasta la rodilla ni con esa cartera tan vieja para libros. Ya sé que no parece gran cosa, pero, bueno, son cosas como ésas las que apartan a la gente. Quiero decir que, como muy bien sabes, cualquier chica de Lansing preferiría morirse antes que llevar calcetines hasta la rodilla, por mucho frío que haga, y que sólo las niñas pequeñas y las novatas llevan cartera.

—Supongo que sí —dijo Millicent.

—En cuanto a mañana —siguió Louise—, te ha tocado Beverly Mitchell de hermana mayor. Quería avisarte porque es la más dura, pero tendrás más mérito aún si lo superas todo.

—Gracias, Lou —dijo Millicent agradecida, mientras pensaba, esto empieza a parecer serio. Peor que una prueba de lealtad, aquel tener que pisar sobre carbones encendidos. ¿Qué es lo que hay que demostrar, después de todo? ¿Que soy capaz de obedecer órdenes sin arredrarme? ¿O se trata de que se sientan satisfechas teniéndonos a su disposición y haciéndonos correr de un lado para otro?

—Todo lo que tienes que hacer, en realidad —dijo Louise, tomándose la última cucharada de su helado—, es mostrarte muy sumisa y obediente cuando estés con Bev y hacer exactamente lo que te diga. No te rías ni le contestes ni trates de decir cosas divertidas, porque te lo pondrá todo más difícil, y te aseguro que eso lo sabe hacer como nadie. Preséntate en su casa a las siete y media.

Y así lo hizo. Millicent llamó al timbre y se sentó en los escalones de la entrada a esperar a Bev. Al cabo de unos minutos se abrió la puerta y allí estaba Bev, el gesto serio.

—Levántate, topo —le ordenó.

Había algo en su tono de voz que molestó a Millicent. Algo casi malévolo. Y un desagradable anonimato en el empleo de la palabra «topo», aunque fuese así como siempre se llamaba a las iniciandas. Era degradante, una manera de negar la propia individualidad, como que a uno lo llamen por un número.

Millicent sintió un intenso deseo de rebelarse.

—Te he dicho que te levantes. ¿Estás sorda?

Millicent se puso en pie, inmovilizándose.

—Entra en la casa, topo. Haz la cama y limpia la habitación que está en lo alto de la escalera.

Millicent subió en silencio. Encontró el cuarto de Bev y empezó a hacer la cama. Sonriendo para sus adentros, pensaba al mismo tiempo: qué absurdamente divertido me resulta recibir órdenes de esta chica como si fuera una criada.

De repente Bev apareció en el umbral.

—Quítate esa sonrisa de la cara —exigió.

En aquella relación parecía haber algo que no era del todo divertido. Millicent

estaba convencida de haber visto brillar un relámpago de jubilosa crueldad en los ojos de Bev.

Camino del instituto, Millicent tuvo que situarse diez pasos detrás de su hermana mayor, llevándole los libros. Cuando llegaron al *drugstore* ya estaba allí un buen grupo de chicos y chicas del instituto aguardando el espectáculo.

Las otras candidatas habían llegado ya, y Millicent se sintió aliviada. Formando parte del grupo nada resultaría demasiado desagradable.

—¿Qué les decimos que hagan? —le preguntó Betsy Johnson a Bev. Poco antes Betsy había ordenado a su topo que cruzara la plaza con una vieja sombrilla de colores y cantase «Siempre persigo arcoiris».

—Yo sé lo que tienen que hacer —intervino Herb Dalton, el apuesto capitán del equipo de baloncesto.

Fue notable el cambio que se produjo en Bev. Todo su ser exhaló de repente suavidad y coquetería.

—Tú no les puedes decir lo que tienen que hacer —dijo Bev con mucha dulzura —. Los hombres no pintáis nada en este asunto.

—Está bien, está bien —rió Herb, retrocediendo y fingiendo esquivar un golpe.

—Se está haciendo tarde —había aparecido Louise—. Son casi las ocho y media. Será mejor que se pongan en camino.

Las topos tuvieron que ir hasta el instituto bailando el charlestón, cada una cantando su propia canción, tratando de gritar más que las otras. Durante las clases, por supuesto, no se podía hacer el payaso, pero incluso entonces se mantenía la regla de que estaba prohibido hablar con los chicos fuera de clase o a la hora del almuerzo…, y también en cualquier otro momento después de salir del instituto. De manera que las chicas del club hacían que los muchachos más populares se acercaran a las topos y les invitaran a salir, o trataran de hacerles hablar; a veces alguna se dejaba sorprender y empezaba a decir algo antes de darse cuenta. Entonces el chico la denunciaba y a la culpable se le ponía una marca negra.

Herb Dalton se acercó a Millicent a mediodía, cuando estaba comprando un helado en el *drugstore*. Lo vio venir antes de que hablara con ella, y bajó la vista deprisa, pensando: Es demasiado principesco, demasiado moreno y sonriente. Y yo demasiado vulnerable. ¿Por qué ha de ser él quien venga a tentarme?

No voy a decir nada, pensó, sólo le sonreiré con dulzura.

De manera que sonrió a Herb muy dulcemente y en perfecto mutismo. La sonrisa con que él le respondió fue una verdadera maravilla. Mucho más, desde luego, de lo que exige el cumplimiento del deber.

—Ya sé que no puedes hablar conmigo —dijo, en voz baja—. Pero lo estás haciendo muy bien, según las otras chicas. Y a mí me pareces bien incluso con el pelo liso y todo lo demás.

Bev se dirigía hacia ellos, la boca encarnada fija en una resplandeciente sonrisa calculadora. Ignorando a Millicent avanzó hasta colocarse junto a Herb.

—¿Para qué perder el tiempo con topos? —dijo con alegre voz cantarina—. Sus bocas están selladas, sin excepción.

Herb no se marchó sin una última andanada.

—Pero el silencio de esta topo es muy atractivo.

Millicent sonrió mientras se tomaba el helado en el mostrador con Tracy. En general, las chicas que seguían excluidas, como le había sucedido a Millicent hasta entonces, se reían de las bufonadas de la iniciación por infantiles y absurdas, tratando así de ocultar su secreta envidia. Pero Tracy seguía mostrándose tan comprensiva como siempre.

—Imagino que esta noche será lo peor —le dijo Millicent—. He oído que nos van a llevar en un autobús a Lewiston y nos harán actuar en la plaza.

—Limítate a poner cara impasible —le aconsejó Tracy—. Pero por dentro no pares de reírte.

Millicent y Bev tomaron el autobús antes de las demás chicas; tuvieron que ir de pie todo el trayecto hasta la plaza de Lewiston. Bev parecía muy contrariada por algo. Finalmente dijo:

—A la hora del almuerzo has estado hablando con Herb Dalton.

—No —dijo Millicent honestamente.

—Pues yo te he visto sonreírle. Y eso, prácticamente, está tan mal como hablar. Recuérdalo y que no se repita.

Millicent guardó silencio.

—Quedan quince minutos hasta que el autobús llegue a Lewiston —dijo Bev a continuación—. Quiero que vayas y le preguntes a todo el mundo qué ha desayunado esta mañana. Recuerda que no les puedes contar que se trata de tu iniciación.

Millicent recorrió con la mirada el pasillo del autobús abarrotado y sintió de repente una angustia terrible. ¿Cómo, pensó, voy a hacer una cosa así, plantarme delante de toda esa gente con cara de palo que mira fríamente por la ventanilla y…?

—Ya me has oído, topo.

—Perdóneme, señora —le preguntó Millicent cortésmente a la señora en la primera fila de asientos—, pero estoy haciendo una encuesta. ¿Le importaría decirme qué ha desayunado esta mañana?

—Pues…, hem…, sólo zumo de naranja, tostadas y café —fue la respuesta.

—Muchas gracias.

Millicent pasó a la siguiente persona, un joven hombre de negocios, que tomaba huevos fritos para desayunar, además de tostadas y café.

Para cuando llegó al final del autobús la mayoría de los viajeros le sonreían. Sin duda alguna saben, pensó, que se trata de algún tipo de iniciación.

Finalmente sólo le faltaba el pasajero que ocupaba el extremo del último asiento, bajito y jovial, y su rostro rojizo y arrugado se iluminó con una sonrisa beatífica al acercársele Millicent. Con su traje marrón y la corbata de color verde bosque, parecía algo así como un gnomo o un alegre elfo.

—Perdóneme, señor —sonrió Millicent—, pero estoy haciendo una encuesta. ¿Qué ha desayunado usted hoy?

—Cejas de pájaros de los brezales sobre pan tostado —respondió rápidamente el hombrecillo.

—*¿Cómo ha dicho?* —exclamó Millicent.

—Cejas de pájaros de los brezales —explicó el hombrecillo—. Los pájaros de los brezales viven en los páramos mitológicos y vuelan de aquí para allá durante todo el día, cantando al sol dulces canciones silvestres. Son de color morado brillante y tienen unas cejas *muy* sabrosas.

Millicent se echó a reír sin poder evitarlo. Era maravilloso sentir de pronto una camaradería tan intensa con un desconocido.

—¿También usted es mitológico?

—No exactamente —le replicó el otro—, pero espero llegar a serlo algún día. Ser mitológico representa una gran ventaja para la propia estimación.

El autobús estaba torciendo ya, camino de la estación; a Millicent le hubiera gustado seguir con el hombrecillo. Quería preguntarle más sobre aquellos pájaros.

Y, a partir de aquel momento, las distintas fases de la iniciación dejaron de molestarla. Fue alegremente de tienda en tienda por la plaza de Lewiston preguntando por trozos de galletitas saladas y por mangos, limitándose a reírse interiormente cuando la gente se le quedaba mirando y luego se les iluminaba el gesto, contestando a sus absurdas preguntas como si fuera una persona muy seria e importante. ¡Eran tantas las personas que estaban encerradas dentro de sí mismas como cajas fuertes, pero que se abrían, revelándose de forma maravillosa, con tal de que alguien se interesara por ellas! Y, a decir verdad, no era necesario pertenecer a un club para descubrir vínculos con otros seres humanos.

Una tarde Millicent había estado hablando con Liane Morris, otra de las chicas elegidas, sobre cómo serían las cosas cuando finalmente formaran parte del club.

—Yo sé bastante bien lo que pasa —le había dicho Liane—. Mi hermana era del club hasta que se graduó hace dos años.

—¿Y qué es exactamente lo que hacen en el club? —quiso saber Millicent.

—Bueno…, tienen una reunión a la semana…, las chicas se turnan invitando a las demás a su casa…

—Quieres decir que sólo es un grupo social selecto…

—Imagino que sí…, aunque es una manera curiosa de decirlo. Pero desde luego sirve para dar prestigio a una chica. Mi hermana se hizo novia del capitán del equipo de fútbol. Eso no tiene nada de malo, diría yo.

No, no tenía nada de malo, había pensado Millicent, cuando aún estaba en la cama el viernes, el día del tribunal de las ratas, mientras escuchaba a los gorriones alborotar en los canalones del tejado. Pensó en Herb. ¿Habría sido tan amable con ella sin la etiqueta del club? ¿La invitaría a salir (si es que llegaba a hacerlo) sólo por ella misma, sin tener en cuenta otras consideraciones?

Aún había otra cosa más que la molestaba. Dejar fuera a Tracy. Porque iba a ser así; Millicent había visto en otros casos que era eso lo que sucedía.

Fuera, los gorriones seguían piando y, tumbada aún en la cama, Millicent se los imaginó, una bandada de pajaritos pardos, todos exactamente iguales.

Y luego, sin saber por qué, pensó en los pájaros de los brezales. Volando despreocupados sobre el páramo, recorrerían cantando y gritando los grandes espacios aéreos, veloces como flechas, remontando el vuelo y arrojándose en picado, fuertes y orgullosos de su libertad y en ocasiones de su soledad. Fue en aquel momento cuando tomó la decisión.

Sentada ahora sobre el montón de leña en el sótano de Betsy Johnson, Millicent tenía la seguridad de haber salido triunfante de la prueba del fuego, el período crítico que para ella podía terminar con dos tipos de victoria: la más fácil sería que la coronasen como princesa, etiquetándola definitivamente como miembro del grupo selecto.

La otra victoria sería mucho más dura, pero Millicent sabía que era ésa la que deseaba. No era una cuestión de nobleza ni nada semejante. Tan sólo había aprendido que existían otros modos de entrar en la gran sala, resplandeciente de luces, de la gente y de la vida.

Iba a ser difícil explicárselo a las chicas aquella noche, por supuesto, pero más tarde podía contárselo a Louise. Cómo se había demostrado algo a sí misma superándolo todo, incluso el tribunal de las ratas, y decidiendo luego que no quería formar parte del club. Y seguir siendo amiga de todo el mundo. Hermanada con todo el mundo. Tracy incluida.

Se abrió la puerta que tenía detrás y un rayo de luz atravesó la suave penumbra del sótano.

—Vamos, Millicent, sal ya. Has terminado —había varias chicas fuera.

—Ya voy —dijo, poniéndose en pie y avanzando desde la penumbra hasta el vivo resplandor de la luz, mientras pensaba: He terminado, de acuerdo. La peor parte, la más dura, la parte de la iniciación para la que me había preparado.

Pero precisamente entonces, desde algún lugar lejano, sin confusión posible, le llegó un melódico sonido aflautado, muy exótico y dulce, y Millicent supo que era el canto de los pájaros de los brezales mientras giraban y se deslizaban sobre el amplio horizonte azul, atravesando la vastedad del aire, las veloces alas moradas agitándose al sol.

En el interior de Millicent se elevó otra melodía exuberante, llena de fuerza, una respuesta triunfal a la música de los veloces pájaros de los brezales que cantaban con tanta claridad y alegría sobre tierras lejanas. Y supo que su propia iniciación no había hecho más que empezar.

Domingo en casa de los Minton

Bastaría con que Henry no fuese tan exigente y descontentadizo, suspiró Elizabeth Minton mientras enderezaba un mapa que colgaba de la pared en el estudio de su hermano. Tan soberanamente descontentadizo. Perdida en sus ensueños, se inclinó, por un momento sobre su escritorio de caoba, los arrugados dedos de venas azules destacando, blancos, sobre la madera, oscura y lustrosa.

El sol del final de la mañana iluminaba el suelo en pálidos rectángulos, y las motas de polvo flotaban a la deriva, descendiendo por el aire luminoso. A través de la ventana Elizabeth veía el resplandor inmóvil del verde océano de septiembre que se curvaba mucho más allá de la desdibujada línea del horizonte.

Cuando hacía buen tiempo, si las ventanas estaban abiertas, se oía el ruido de las olas al romper. Estallaba una y luego retrocedía deslizándose, y luego llegaba otra y después una tercera. Algunas noches, todavía medio despierta, pero a punto ya de perderse en el sueño, oía las olas, y luego el viento empezaba a mover los árboles, hasta que un sonido se confundía con otro, de manera que tanto podía ser el ruido del agua trayendo las hojas, como el de las hojas cayendo en silencio y dejándose llevar hacia el mar.

—Elizabeth —la voz de Henry resonó, grave y ominosa, por el cavernoso corredor.

—¿Sí, Henry? —contestó Elizabeth humildemente a su hermano mayor. Desde que vivían juntos de nuevo en la vieja casa, desde que, una vez más, atendía a las necesidades de Henry, lograba imaginarse en ocasiones que no era más que una niñita, obediente y sumisa, como lo había sido muchos años antes.

—¿Has terminado de arreglar el estudio? —Henry avanzaba por el corredor. Sus pasos, lentos y pesados, resonaban ya junto a la puerta. Elizabeth, nerviosa, se llevó a la garganta la mano delicada, acariciando, como para sentirse segura, el broche de amatistas de su madre, que siempre se colocaba en el cuello del vestido. Recorrió con la vista la habitación en penumbra. Sí, se había acordado de quitar el polvo a las pantallas de la lámpara. Henry no toleraba el polvo.

Luego miró atentamente a su hermano, que estaba ya en el umbral. Debido a la escasa luz no distinguía sus facciones con claridad, tan sólo la oscura redondez del rostro, su voluminosa sombra fundiéndose con la oscuridad del pasillo que tenía detrás. Al mirar con ojos entornados la silueta imprecisa de su hermano, descubrió que no llevar puestas las gafas le proporcionaba un extraño placer. Henry, siempre tan claro, tan preciso, quedaba así, por una vez, completamente oscurecido y desdibujado.

—¿Soñando otra vez despierta? —la reprendió Henry entristecido, al descubrir en los ojos de su hermana una mirada característicamente perdida. Siempre había sido así entre los dos, Henry salía una y otra vez a buscarla, para decirle que su madre necesitaba ayuda en la cocina o que había que sacar brillo a la plata, y la encontraba

leyendo en el jardín, bajo la rosaleda, o haciendo castillos en la arena junto al rompeolas.

—No, Henry —respondió Elizabeth, irguiéndose en toda su frágil estatura y pasando junto a su hermano con una mínima sugerencia de gesto indignado—. No, Henry, nada de eso. Estaba a punto de meter el pollo en el horno.

Henry se la quedó mirando mientras el leve repicar de sus tacones descendía hacia la cocina, la falda de color malva agitándose en torno a sus pantorrillas con una alarmante insinuación de impertinencia. Elizabeth nunca había sido una chica con sentido práctico, pero sí dócil, al menos. Ahora, en cambio…, había hecho su aparición aquella actitud suya casi desafiante. De hecho, desde que, con motivo de la jubilación de su hermano, Elizabeth se había venido a vivir con él. Henry movió la cabeza apesadumbrado.

En la antecocina, Elizabeth hacía ruido con fuentes de loza y cubertería, colocando los platos para la comida dominical, amontonando uvas y manzanas en el recipiente de cristal tallado destinado a ocupar el centro de la mesa, sirviendo agua helada en vasos altos de color verde pálido.

En la penumbra del austero comedor, convertida en una suave figura violeta a la media luz de las cortinas corridas, Elizabeth se movía como lo hiciera su madre en otro tiempo…, ¿cuántos años habían pasado? Elizabeth perdía la cuenta. Pero Henry se lo diría. Henry recordaría el día exacto, la hora precisa de la muerte de su madre. Henry era escrupulosamente exacto en cuestiones como aquélla.

Sentado ya a la cabecera de la mesa, Henry inclinó la cabeza y dio gracias con su voz profunda, dejando que las palabras brotaran de sus labios con el ritmo suntuoso de una salmodia bíblica. Pero en el momento mismo en que llegaba al amén, a Elizabeth le llegó el olor de algo que se quemaba. Con el corazón encogido pensó en las patatas.

—¡Henry, las patatas! —se levantó de un salto de la silla y corrió hacia la cocina, donde pudo comprobar cómo el objeto de su preocupación se ennegrecía lentamente en el horno.

Después de apagar el gas, sacó las patatas, colocándolas sobre la encimera, no sin antes dejar caer una al suelo al quemársele los dedos, tan esbeltos y sensibles.

—Sólo son las pieles Henry. No les ha pasado nada —exclamó en dirección al comedor. A modo de respuesta Elizabeth oyó un bufido de irritación. A Henry le gustaban mucho las pieles de las patatas untadas con mantequilla.

—Ya veo que no has cambiado nada en todos estos años —reflexionó Henry en voz alta cuando su hermana volvió al comedor con las patatas quemadas.

Elizabeth se sentó haciendo oídos sordos a la reprimenda de Henry. Supo de inmediato que se disponía a iniciar un largo discurso condenatorio. La santurronería que rezumaba su voz era semejante a densas gotas de dorada mantequilla.

—A veces me pregunto cómo lo has conseguido, Elizabeth —siguió su hermano, mientras se peleaba con una tajada de pollo particularmente testaruda—. Me pregunto

cómo has logrado defenderte durante todos esos años que trabajaste sola en la biblioteca pública, con esa costumbre tuya de soñar despierta y todo lo demás.

Elizabeth inclinó serenamente la cabeza sobre el plato. Lo más sencillo era pensar en otras cosas mientras Henry la sermoneaba. De pequeña siempre se tapaba los oídos cuando él le recordaba sus deberes, siguiendo las instrucciones de su madre con admirable perseverancia. Pero ahora le resultaba muy sencillo ignorar discretamente las censuras de Henry por el sencillo procedimiento de flotar a la deriva en su mundo privado, soñando o reflexionando sobre cualquier cosa que se le pasara por la cabeza. En aquel momento se acordó de cómo el horizonte se desdibujaba agradablemente en el azul del cielo, lo que le permitía creer, sin esfuerzo alguno, que el agua se estaba adelgazando hasta convertirse en aire, o que el aire, al espesarse y asentarse, se convertía en agua.

Comieron en silencio, Elizabeth levantándose de cuando en cuando para retirar algunos platos, volver a llenar de agua el vaso de Henry y traer de la cocina los cuencos de moras con nata que iban a tomar de postre. Mientras iba y venía y su amplia falda de color malva acariciaba los relucientes muebles de angulosos perfiles tuvo la extraña sensación de que se estaba fundiendo con otra persona, su madre quizás. Alguien que era eficaz y que se aplicaba con éxito a las tareas domésticas. Era bien extraño que ella, después de todos aquellos años de independencia, hubiera vuelto con Henry, atada una vez más a las obligaciones domésticas.

Después miró a su hermano, inclinado sobre el postre, vaciándose en la boca cavernosa cucharada tras cucharada de moras con nata. Henry se fundía por completo, pensó, con la vaga penumbra translúcida del comedor en sombras, y le gustaba verlo sentado así, en aquel crepúsculo artificial, sabiendo como sabía que detrás de las persianas corridas brillaba un sol riguroso y cegador.

Elizabeth se demoró en lavar los platos del almuerzo mientras su hermano estudiaba con atención algunos de los mapas del estudio. Nada le gustaba tanto como hacer diagramas y cálculos, pensó Elizabeth, las manos moviéndose entre la tibia espuma del detergente mientras contemplaba a través de la ventana el parpadeo cegador del agua azul. Cuando eran niños, Henry estaba siempre haciendo diagramas y dibujando mapas, copiándolos de su libro de geografía, reduciendo cosas a escala, mientras ella soñaba sin otro apoyo que las fotografías de las montañas y de los ríos con extraños nombres extranjeros.

En las profundidades del fregadero los cubiertos se entrechocaban ciegamente con la cristalería en pequeños crescendos tintineantes. Elizabeth introdujo los últimos platos en el agua jabonosa y los contempló mientras se inclinaban y hundían hasta el fondo. Cuando terminase se reuniría con Henry en la sala de estar, donde leerían juntos durante un rato, o quizá salieran a dar un paseo. Henry estaba convencido de que el aire fresco era muy saludable.

Elizabeth recordó, con una sombra de resentimiento, los muchos días que pasara en la cama cuando era pequeña. Siempre había sido una niña pálida y enfermiza y

cuando Henry entraba a verla, su cara redonda y encendida desbordaba vigor.

Llegaría un momento, pensó Elizabeth, como ya lo había pensado tantas otras veces anteriormente, en que se enfrentaría con Henry para decirle dos o tres cosas. No sabía muy bien qué, pero sería algo estremecedor y terrible. Algo, de eso estaba segura, sumamente irrespetuoso y frívolo. Y entonces, por una vez al menos, vería a un Henry estupefacto, desconcertado, titubeando impotente, falto de palabras.

Sonriendo para sus adentros, con el rostro transfigurado por el regocijo interior, Elizabeth se reunió con Henry, que estudiaba un atlas en la sala de estar.

—Ven aquí, Elizabeth —ordenó Henry, palmeando el asiento del sofá para que su hermana se sentara a su lado—. He encontrado un mapa muy interesante de los Estados de Nueva Inglaterra que quiero que veas.

Elizabeth, obediente, se instaló junto a su hermano. Permanecieron allí algún tiempo, sosteniendo el atlas entre los dos y repasando con cuidado las brillantes páginas con los mapas, de color rosa pálido, azul y amarillo, de Estados y distritos. De repente Elizabeth reconoció un nombre familiar en el centro de Massachussetts.

—Espera un momento —exclamó—. Déjame que vea todos los sitios donde he estado. Desde aquí —con el dedo trazó una línea por la superficie de la página desde el oeste de Boston hasta Springfield— y hasta aquí —el dedo giró hasta colocarse en la esquina del estado, sobre North Adams— y luego en Vermont, casi junto a la frontera del estado, cuando fui a visitar a la prima Ruth…, ¿cuándo fue eso? La primavera pasada…

—La semana del seis de abril —apuntó Henry.

—Sí, claro. ¿Sabes? Nunca he pensado —dijo— en la dirección que seguía en el mapa…, si iba hacia arriba, hacia abajo o de izquierda a derecha.

Henry miró a su hermana con algo parecido al desaliento.

—¡Nunca lo has pensado! —suspiró incrédulo—. ¿Quieres decir que nunca has averiguado si ibas hacia el norte o el sur, el este o el oeste?

—No —respondió Elizabeth con vehemencia—. No lo hago nunca. Nunca me ha parecido que tuviera importancia.

Pensó entonces en el despacho de su hermano, en las paredes de las que colgaban los grandes mapas, cuidadosamente cuadriculados y meticulosamente anotados. Vio con la imaginación las líneas negras de contorno, concienzudamente dibujadas, y el suave azul en torno a la orilla de los continentes. También había símbolos, recordó. Estilizadas masas de hierba para indicar los pantanos y manchas verdes para los parques.

Se imaginó recorriendo, diminuta, las curvas de nivel; descendiendo luego para vadear los óvalos azules de los lagos y abrirse paso a empujones entre las tiesas masas simétricas de las hierbas de los marjales.

Luego se vio llevando en la mano una brújula redonda, de esfera blanca. La aguja de la brújula giraba, temblaba y se inmovilizaba, apuntando siempre al norte, prescindiendo de los movimientos que ella hiciera. La implacable exactitud del

mecanismo la irritaba.

Henry todavía la estaba mirando con algo que se parecía mucho al escándalo. Se fijó en que sus ojos eran muy fríos y muy azules, muy parecidos a las aguas del Atlántico en el mapa de la enciclopedia. Desde la pupila, delicadas líneas negras se extendían hacia la periferia. Vio alzarse de repente con toda claridad la breve franja negra de las pestañas. Henry sabría dónde estaba el norte, pensó desesperada. Sabría con exactitud dónde estaba el norte.

—A decir verdad, no creo que la dirección tenga mucha importancia. Lo que importa es el sitio al que se va —anunció impaciente—. ¿Me vas a decir en serio que siempre piensas en qué dirección te mueves?

La habitación misma pareció ofenderse ante una insolencia tan patente. Elizabeth tuvo la seguridad de haber visto cómo se entiesaban los rígidos morillos y cómo palidecía notablemente el tapiz azul sobre la repisa de la chimenea. El reloj de pared se la quedó mirando, estupefacto, antes de volver a marcar el tiempo con tono reprobador.

—Por supuesto que pienso en qué dirección me muevo —declaró Henry con firmeza, mientras se le enrojecían las mejillas—. Siempre marco antes el recorrido que voy a hacer y luego llevo conmigo un mapa para seguirlo mientras viajo.

Elizabeth lo veía ya con toda claridad, aguardando expectante, sobre la plana superficie del mapa, la salida del sol por el este. (Henry sabría exactamente dónde estaba el este.) No sólo eso, también sabría la dirección del viento. Por algún infalible procedimiento mágico podría decir desde qué cuadrante de la brújula soplaba el viento.

Se imaginó a Henry en el centro del mapa que, bajo la cúpula azul de una semiesfera, estaba dividido en cuatro partes como una tarta de manzana. Bien plantado sobre el suelo, hacía cálculos con lápiz y papel, comprobando que el mundo giraba de acuerdo con el horario previsto. Por la noche contemplaría el paso de las constelaciones como si fueran relojes luminosos, y las llamaría alegremente por su nombre, como saludando a parientes virtuosamente puntuales. Casi le oía clamar con ardor: «¡Qué tal, Orión, viejo amigo!» Totalmente insoportable.

—Supongo que cualquiera puede aprender a hacerlo —murmuró finalmente Elizabeth.

—Por supuesto —le respondió Henry, sonriendo ante su humildad—. Incluso te prestaría un mapa que podrías utilizar para hacer prácticas.

Mientras Henry pasaba las páginas del atlas, examinando mapas que le parecían de especial interés, Elizabeth permaneció completamente inmóvil, dirigiendo palabras de aliento y consuelo al vago mundo impreciso en el que vivía, como si se tratara de un amigo muy querido, falsamente calumniado.

El suyo era un mundo crepuscular, donde de noche la luna flotaba sobre los árboles como un trémulo globo de luz plateada y los rayos azulados temblaban entre las hojas más allá de su ventana, estremeciéndose en dibujos fluidos sobre el papel de

las paredes de su habitación. El aire mismo era suavemente opaco, y las formas vacilaban, fundiéndose entre sí. El viento soplaba en suaves ráfagas caprichosas, primero en una dirección, luego en otra, procedentes del mar o de la rosaleda (lo sabía por el olor del agua o el aroma de las flores).

Elizabeth se encogió ante el benevolente resplandor de la sonrisa de superioridad de Henry. Deseaba decir algo valiente y descarado, y a continuación algo que perturbara la espantosa serenidad de sus facciones.

Recordó que una vez se había arriesgado a decir algo espontáneo y caprichoso…, ¿qué había sido? Algo sobre levantar la parte alta de la cabeza de las personas como si fuera la tapa de una tetera y mirar dentro para averiguar lo que estaban pensando. Henry se puso rígido al oírlo, se aclaró la garganta, y dijo con un suspiro, como si hablara con un niño irresponsable, algo como «Y, ¿qué esperas encontrar dentro? No engranajes y ruedecitas, desde luego, ¡ni ideas almacenadas como resmas de papel, etiquetadas y atadas con una cinta!» Luego había sonreído, satisfecho con su tedioso ingenio.

No, por supuesto que no, le había respondido Elizabeth, desanimada. Y procedió a imaginarse cómo sería el interior de su cabeza: una habitación oscura y tibia, con luces de colores colgadas y balanceantes, como otras tantas linternas reflejadas sobre el agua, y fotografías que aparecerían y desaparecerían sobre las brumosas paredes, suaves y difusas como cuadros impresionistas. Los colores estarían divididos en pequeños fragmentos, y el rosado de la tez de las señoras sería el mismo color de las rosas, y el malva de los vestidos se mezclaría con las lilas. Y también se oiría, llegando dulcemente desde algún lugar oculto, un sonido de violines y campanas.

La mente de Henry, sin duda alguna, sería plana y uniforme, equipada con instrumentos de medición y estaría perfectamente iluminada por la luz del sol. Tendría caminos de cemento geométricamente distribuidos y sólidos edificios cuadrados con relojes de pared, todos en punto, todos perfectamente sincronizados. El aire estaría lleno de sus certeros tic-tac.

Se produjo una repentina mejoría en el exterior, y la sala pareció dilatarse con la llegada de la nueva luz.

—Salgamos, va a ser una tarde espléndida para un paseo —dijo Henry, levantándose sonriente del sofá y ofreciéndole una mano sólida y cuadrada.

Todas las tardes de domingo después de la comida Henry tenía por costumbre llevarla a dar un paseo a lo largo del bulevar que bordeaba el océano. El vigorizante aire salado, decía, sería para ella un tónico fortificante. Elizabeth siempre estaba un poco pálida, tenía las mejillas un poco chupadas.

Con el viento, los grises cabellos de Elizabeth se levantaban y le revoloteaban alrededor de la cara formando una frágil aureola, ligeramente húmeda. Pero a pesar de la brisa saludable, Elizabeth sabía que a Henry le desagradaba verla con el pelo desordenado y se alegraba de que volviera a peinárselo para atrás, en forma de moño, y se lo sujetara como siempre con una horquilla.

Hoy el aire era transparente, aunque tibio para primeros de septiembre, y Elizabeth salió al porche delantero con repentina exultación, el abrigo gris de paño abierto sobre el vestido de color malva. A lo lejos divisó una pequeña acumulación de nubes oscuras que podía estar transformándose lentamente en una futura tormenta. Las nubes moradas eran como racimos diminutos, y las gaviotas que describían círculos, como copos blancos recortados sobre ellas.

Abajo, ante los cimientos de piedra del paseo entarimado, las olas frenaban bruscamente, las grandes crestas verdes suspendidas en una curva de frío cristal con vetas azuladas; luego, después de un momento de inmovilidad, se derrumbaban en una blanca oleada de espuma, y las resplandecientes capas de agua trepaban playa arriba en delgadas láminas de cristal convertido en espejo.

Con la mano en el brazo de Henry, Elizabeth se sentía amarrada, como un globo, segura frente al viento. Respirar las ráfagas de aire fresco hacía que se sintiera especialmente ligera, casi inflada, como si un soplo de viento un poco más enérgico pudiera levantarla del suelo, empujándola sobre el agua.

Lejos, en el remoto horizonte, los racimos de uvas se hinchaban, dilatándose, y el viento resultaba extrañamente cálido y agresivo. De repente el sol de septiembre pareció diluirse, debilitarse.

—Henry, me parece que va a haber tormenta.

Su hermano se burló de las nubes lejanas que flotaban sobre el horizonte.

—Tonterías —dijo resueltamente—. Desaparecerán. No es el viento de las tormentas.

El viento, que no era el de las tormentas, soplando en repentinas ráfagas caprichosas, revolviéndole el borde de la falda y arrojándole sobre los ojos un mechón de cabellos, jugueteó con Elizabeth, que se sintió extrañamente traviesa y alborozada, secretamente contenta ante el dictamen de su hermano.

Henry se detuvo junto al rompeolas. Había sacado del bolsillo del chaleco el reloj de oro macizo. Faltaba un cuarto de hora para la pleamar, que se produciría, dijo, exactamente a las cuatro y siete minutos. Lo verían desde el viejo espigón que se adentraba en el mar sobre las rocas.

Elizabeth sintió un júbilo creciente mientras caminaban sobre el entarimado del embarcadero, oyendo cómo las tablas crujían y se quejaban bajo sus pies. Por entre las grietas veía que el agua verde y profunda le hacía guiños. Las olas, en su agitación, parecían susurrarle algo misterioso, algo ininteligible, que se perdía entre los rugidos del viento. Levemente mareada, sintió que los musgosos pilares del muelle oscilaban y crujían bajo sus pies debido al fuerte tirón de la marea.

—Aquí —dijo Henry, inclinándose sobre la barandilla al final del muelle, el severo traje azul de finísimas rayas agitándose bajo el soplo del viento retozón, que también le levantaba los cabellos cuidadosamente peinados de la coronilla hasta que vibraban, tiesos en el aire, como las antenas de un insecto.

Elizabeth se inclinó sobre la barandilla junto a su hermano, y contempló las olas

que se revolvían entre las rocas. La falda de color malva se le hinchaba una y otra vez y le golpeaba las piernas, y aunque se esforzaba por sujetarla con los dedos, frágiles y esbeltos, seguía agitándose, rebelde.

Algo le molestó en la garganta. Distraídamente alzó una mano, a tiempo para sentir que se le aflojaba el broche de amatistas, se le deslizaba entre los dedos y caía, lanzando destellos morados durante el vuelo hasta detenerse sobre las rocas, desde donde siguió centelleando rencorosamente.

—Henry —exclamó, agarrándose a su hermano—. ¡Henry, el broche de mamá! ¿Qué voy a hacer? —Henry siguió con los ojos la dirección que marcaba la mano de Elizabeth, su tembloroso dedo índice, hasta donde yacía el broche—. Henry —repitió ella, sollozando a medias—, ¡tienes que bajar a recogerlo antes de que se lo lleven las olas!

Henry, entregándole el bombín negro, se transformó de repente en un ser responsable y protector. Inclinado sobre la barandilla, buscó con la vista el mejor camino para descender.

—No temas —dijo con valentía, y el viento le devolvió las palabras, abofeteándole desdeñosamente con ellas—; tranquilízate, se puede descender por algo que es muy parecido a una escalera. Te devolveré el broche.

Con precaución y habilidad Henry inició el descenso. Situó los pies, uno después de otro, precisamente en los extremos de las piezas transversales de madera, alcanzando finalmente la parte alta y musgosa de las rocas, que estaba seca, y allí se detuvo triunfante. Las olas se estrellaban un poco más abajo, subiendo y bajando rítmicamente, haciendo violentos ruidos ominosos en las cavernas y grietas entre las grandes rocas. Sujeto con una mano al último escalón de su improvisada escalera, Henry se inclinó, voluminoso, para recoger el broche, agachándose lenta, majestuosamente, resoplando un poco a causa del copioso almuerzo dominical.

Elizabeth se dio cuenta de que la ola debía de llevar bastante tiempo acercándose, aunque hasta entonces ella no hubiera reparado en que era mucho más alta que las demás. Allí estaba, sin embargo, una gran masa de agua verde moviéndose lenta, majestuosamente, hacia la tierra firme, deslizándose inexorable, gobernada por alguna infalible ley natural, en dirección a Henry, que estaba precisamente empezando a erguirse, disponiéndose a sonreír a su hermana, con el broche en la mano.

—Henry —susurró Elizabeth, dominada por el horror, mientras se inclinaba hacia adelante para ver cómo la ola se tragaba la roca, derramando una enorme cantidad de agua sobre el sitio mismo donde estaba Henry, alzándose de inmediato en torno a sus tobillos, girando en remolino a la altura de sus rodillas. Durante un interminable momento Henry se sostuvo valientemente, un coloso a caballo sobre el mar rugiente, mientras una dolorosa e infrecuente expresión de sorpresa se apoderaba poco a poco de su blanco rostro, vuelto hacia lo alto.

Los brazos de Henry se agitaron en el aire como dos frenéticas hélices de avión al

sentir cómo el musgo se escurría, se le deslizaba bajo los lustrosos zapatos sumergidos, hasta que, con una última mirada de impotencia, vacilante, desmañado, en silencio, se hundió en las profundidades de la siguiente ola negra. Con creciente serenidad Elizabeth contempló cómo los brazos desesperados se levantaban, se hundían y se alzaban de nuevo. Finalmente la oscura silueta se inmovilizó, hundiéndose lentamente en sucesivos niveles de negrura marina. La marea estaba cambiando.

Meditabunda, Elizabeth se inclinó sobre la barandilla, la afilada barbilla entre las manos de venas azuladas. Imaginó un Henry verde y acuático descendiendo, como una marsopa, por capas de agua cada vez más oscuras. Llevaría algas en el pelo y agua en los bolsillos. Arrastrado por el peso del reloj de oro, de la brújula de esfera blanca, descendería hasta el suelo del océano.

El agua se filtraría en el interior de sus zapatos y entre los engranajes del reloj hasta detener su tic-tac. Cuando llegara ese momento, sacudidas y golpes, por insistentes e irritados que fueran, no lograrían poner de nuevo en marcha la maquinaria. Incluso las misteriosas y exactas ruedas dentadas de la brújula se llenarían de herrumbre, y Henry podría agitarlas y empujarlas, pero la delicada aguja estremecida permanecería testarudamente inmóvil, y el norte estaría en cualquier dirección en que su hermano se volviera. Lo vio, solitario, dando su paseo de los domingos por la tarde, caminando con energía en la desleída luz verde, pinchando con su bastón las anémonas de mar, movido por la curiosidad.

Y luego pensó en su estudio, con todos los mapas y las serpientes marinas dibujadas decorativamente en medio del océano Atlántico; en Neptuno majestuosamente sentado en una ola con el tridente en la mano y una corona sobre los revueltos cabellos blancos. Y mientras meditaba, los rasgos regios de Neptuno se emborronaron, hinchándose y redondeándose hasta que, volviéndose para mirarla, aparecía el rostro desconcertado de un Henry muy venido a menos. Tiritando sin el chaleco, sin el traje azul de finísimas rayas, se acurrucaba en la cresta de la ola, y le castañeteaban los dientes. Y, mientras lo contemplaba, Elizabeth oyó un insignificante y patético estornudo.

Pobre Henry. Su corazón se llenó de compasión. Porque, ¿quién cuidaría de él entre aquellas escurridizas e indolentes criaturas marinas? ¿Quién le escucharía cuando hablara de cómo la luna determinaba las mareas o de las variaciones de la presión atmosférica? Pensó, compadecida, en que Henry nunca había digerido bien los mariscos.

Una nueva ráfaga del viento, que volvía a soplar, hizo que a Elizabeth se le levantaran las faldas, que se le agitaran, acampanándosele, llenas de aire. Al intentar alisarlas se inclinó peligrosamente, perdiendo la sujeción de la barandilla. Los pies se le levantaron del entarimado, volvieron a posarse y a alzarse otra vez, hasta que se encontró, como una pálida simiente voladora de color malva llevada por el viento, flotando sobre las olas hacia alta mar.

Y aquella fue la última vez que el mundo supo de Elizabeth Minton, que se lo estaba pasando tan ricamente mientras flotaba primero en una dirección, luego en la contraria, hasta que su vestido de color malva se fundió con el morado de las nubes lejanas. Sus risitas, agudas y triunfales, se mezclaron con la profunda risa ahogada de Henry, también arrastrado como ella hacia alta mar por la marea en retirada.

La tarde empezaba a oscurecerse con las sombras del crepúsculo. Elizabeth sintió de pronto un tirón en el brazo.

—Tenemos que volver a casa —dijo Henry—. Se está haciendo tarde.

Elizabeth dejó escapar un suspiro de sometimiento.

—Ya voy —dijo.

En las montañas

Mientras el autobús trepaba a gran velocidad por la carretera y el día pasaba del gris al negro, se encontraron de pronto con la nieve, que el viento escupía con violencia contra las ventanillas. En el exterior, más allá de los fríos cristales, se alzaban las montañas y, tras ellas, otras montañas, cada vez más altas. Isobel nunca las había visto tan altas, amontonadas delante de un cielo cada vez más bajo.

—Noto cómo se va plegando la tierra —le dijo Austin, muy seguro de sí mismo, mientras el autobús seguía trepando—, y también noto la manera en que se disponen los ríos, y cómo descienden creando valles.

Isobel no dijo nada. Se limitó a seguir mirando más allá de Austin, a través de la ventanilla. Por todas partes las montañas se alzaban hacia el cielo de la tarde, y en sus negras pendientes de piedra brillaban tiznones de nieve.

—Entiendes lo que quiero decir, ¿verdad que sí? —insistió Austin, mirándola con el nuevo ardor que le caracterizaba desde que vivía en el sanatorio—. ¿Verdad que entiendes lo que quiero decir sobre los contornos de la tierra?

Isobel evitó mirarle a los ojos.

—Sí —replicó—. Sí, creo que es maravilloso.

Pero los contornos de la tierra habían dejado de interesarle.

Complacido porque Isobel le había confirmado que eran maravillosos, Austin le pasó el brazo por el hombro. El anciano que estaba sentado en el extremo más lejano del asiento del fondo los estaba mirando, y había amabilidad en sus ojos. Isobel le sonrió y él le devolvió la sonrisa. Era un anciano muy simpático y a Isobel no le importó, como solía sucederle en el pasado, que la gente viera a Austin pasándole el brazo por el hombro.

—Llevo mucho tiempo pensando en lo estupendo que sería tenerte aquí y todo lo demás —le estaba diciendo Austin—. Que vieras este sitio por primera vez. ¿Hace ya seis meses, no es eso?

—Aproximadamente. Dejaste la facultad de medicina en la segunda semana de otoño.

—No me va a costar olvidarme de esos seis meses, estando otra vez contigo como ahora —le sonrió desde lo alto. Todavía fuerte, pensó Isobel, y seguro de sí mismo, y una vez más, aunque todo había cambiado para ella, sintió una punzada del miedo antiguo, tan doloroso, simplemente por recordar cómo eran las cosas antiguamente.

El brazo de Austin descansaba tibio y posesivo sobre sus hombros y, a través del abrigo de lana sentía, contra el suyo, la solidez de su muslo. Pero incluso sus dedos, que ahora jugueteaban con su pelo, entrelazándose suavemente, no le despertaban deseo alguno de estar con él.

—Ha pasado mucho tiempo desde el otoño —dijo ella—. Y el viaje hasta el sanatorio ha sido muy largo.

—Pero lo has hecho —dijo él, orgulloso—. Los trasbordos en el metro, el taxi

para atravesar la ciudad y todo lo demás. Nunca te ha gustado viajar sola. Siempre estabas convencida de que te perderías.

Isobel se echó a reír.

—Me las arreglo. Pero ¿y tú? ¿No estás cansado del viaje desde el sanatorio, tener que ir y volver, todo en el mismo día?

—Por supuesto que no estoy cansado —se burló él—. Ya sabes que no me canso.

Austin había despreciado siempre la debilidad. Cualquier clase de debilidad, e Isobel recordó cómo se burlaba de ella porque le daba pena que se matara a los conejillos de indias.

—Ya lo sé —dijo ella—, pero creía que ahora, después de pasar tanto tiempo en la cama…

—Sabes que no me canso. ¿Por qué crees que me han dejado bajar a la ciudad a buscarte? Me encuentro muy bien —afirmó.

—También tienes buen aspecto —dijo ella para apaciguarlo. Después guardó silencio.

En Albany la estaba esperando en la estación de autobuses cuando el taxi de Isobel patinó junto a la acera: tenía exactamente el mismo aspecto que ella recordaba, el pelo rubio muy corto y pegado al cráneo de huesos altos, y el rostro encendido por el frío. Ningún cambio en aquel capítulo.

Vivir con una bomba en el pulmón, le había escrito Austin desde la escuela de medicina después de que le dijeran lo que tenía, es como vivir de cualquier otro modo. No lo ves. Tampoco lo sientes. Pero te lo crees porque te lo dicen y porque los que te lo dicen saben de qué hablan.

—¿Me dejarán estar contigo la mayor parte del tiempo? —le preguntó entonces Isobel.

—Sí. Excepto la hora de reposo después del almuerzo. Pero el doctor Lynn me va a conseguir pases mientras estés aquí. Te vas a alojar en su casa, de manera que es legal.

—¿Legal? —Isobel le lanzó una oblicua mirada de curiosidad.

—No lo digas de esa manera —rió Austin—. Es legal que yo te visite, eso es todo. Con tal de que esté de vuelta y en la cama a las nueve en punto.

—No entiendo esas reglas. Te imponen un régimen muy estricto de medicamentos y se aseguran de que te acuestas a las nueve, pero te dejan bajar a la ciudad, y a mí me permiten subir aquí. No es coherente.

—Bueno, cada sitio tiene un sistema diferente. Aquí arriba nos dejan patinar sobre hielo, y son bastante tolerantes con la mayoría de las cosas. Excepto las horas de paseo.

—¿Qué es lo que sucede con las horas de paseo? —preguntó ella.

—Son distintas para cada sexo. Nunca coinciden.

—Pero, ¿por qué? Eso es una tontería.

—Cuentan con que aquí arriba ya hay suficientes aventuras sin necesidad de dar

facilidades.

—¿Lo dices en serio? —rió ella.

—Aunque a mí es una cosa que me parece absurda. No tiene sentido.

—¿No?

El tono de Isobel molestó a Austin.

—No —respondió con gran seriedad—. Ese tipo de cosas no tiene futuro aquí arriba. Demasiado complicado. Sólo tienes que ver, por ejemplo, lo que pasó con Leni.

—¿Te refieres a Leni, el bajito peleón sobre el que me escribiste?

—Precisamente ése. Se enamoró aquí arriba de una chica griega. Bueno, pues se casó con ella durante las vacaciones. Y ahora están otra vez aquí los dos, ella con veintisiete años, y él con veinte.

—Cielo santo, ¿por qué se ha casado con ella?

—Nadie lo sabe. Dice que la quiere, eso es todo. Sus padres están muy enfadados.

—Las aventuras son una cosa —dijo ella—. Pero hipotecar la vida entera porque estás solo, o porque tienes miedo de quedarte solo, es otra completamente distinta.

Austin le lanzó una mirada rápida.

—Eso suena curioso viniendo de ti.

—Tal vez —dijo ella poniéndose a la defensiva—. Pero es así como lo veo. Al menos es como lo veo ahora.

Austin la estaba mirando de una manera tan peculiar que Isobel quebró la tensión con una risita; luego, alzando la mano enguantada, le palmeó la mejilla. Unas palmaditas rígidas y distantes, pero él no advirtió la diferencia, e Isobel se dio cuenta de que aquel gesto espontáneo le había hecho sentirse feliz, y el brazo que le rodeaba los hombros aumentó su presión.

Desde algún sitio en la parte delantera del autobús llegó una corriente fría que soplaba con fuerza, cortante y heladora. Tres asientos por delante, un pasajero había abierto una ventanilla.

—Vaya frío que hace —exclamó Isobel en voz alta, apretándose la bufanda verde y negra alrededor de la garganta.

El anciano sentado al otro extremo del asiento trasero la oyó y sonrió, diciendo:

—Sí, es esa ventanilla que han abierto. Me gustaría que la cerraran. Ojalá alguien les pidiera que la cerrasen.

—Ciérrala para él —le susurró Isobel a Austin—. Hazlo por ese anciano.

Austin la miró severamente.

—¿De verdad quieres que la cierre? —preguntó.

—A mí me da igual, en realidad. Me gusta el aire fresco. Pero ese anciano quiere que se cierre.

—La cerraré por ti, pero no por él. ¿Quieres que la cierre?

—Chsss, no tan alto —dijo ella, temiendo que les oyera el anciano. No era normal que Austin se enfadara tanto. Porque estaba enfadado, los dientes apretados y la boca

firmemente cerrada. Austin tenía enfados de acero frío.

—De acuerdo, quiero que esté cerrada —suspiró Isobel.

Austin se levantó, avanzó tres filas de asientos y pidió al pasajero que había abierto la ventanilla que la cerrara. Al volver hacia donde estaba ella, le sonrió:

—Lo he hecho por ti. Pero por nadie más.

—Eso es una tontería —dijo ella—. ¿Por qué te pones tan desagradable con ese anciano? ¿Qué es lo que tratas de demostrar?

—¿No lo ves? ¿No te has fijado en cómo me miraba? Está perfectamente capacitado para levantarse y cerrarla él mismo. Pero quería que lo hiciera yo.

—También yo quería que lo hicieras tú.

—Eso es distinto. Eso es completamente distinto.

Isobel guardó silencio, pesarosa por el anciano y con la esperanza de que no los hubiera oído. El rítmico traqueteo del autobús y el calor le estaban dando sueño. Al cerrársele los párpados se esforzaba por abrirlos, pero se le volvían a cerrar. Las oleadas de sueño llegaban desde abajo, e Isobel sintió deseos de tumbarse y de marcharse con ellas.

Apoyando la cabeza en el hombro de Austin, y dentro del círculo de sus brazos, se dejó arrullar por el balanceo del autobús. Después de intervalos de cálida languidez tibia, Austin le dijo suavemente al oído: «Estamos llegando a la parada. La señora Lynn lo habrá preparado todo para recibirte, y yo tengo un pase hasta las nueve».

Isobel abrió los ojos lentamente y permitió que reaparecieran las luces y la gente y el anciano. Se irguió, dejando escapar un enorme bostezo. Tenía la nuca entumecida de apoyar la cabeza contra el brazo con el que Austin seguía rodeándole los hombros.

—Pues yo no veo nada —dijo Isobel, limpiando con la mano el cristal empañado hasta dibujar un círculo, para mirar después por él—. No veo absolutamente nada.

Fuera la oscuridad sólo se quebraba por el reflejo de los faros sobre los altos taludes de nieve que retrocedían velozmente para perderse en la oscuridad de los árboles y, más arriba, en la oscuridad de las montañas.

—Tan sólo un minuto más —le prometió Austin—. Lo verás enseguida. Casi estamos ya. Voy a decirle al conductor cuándo tiene que parar.

Se levantó y empezó a caminar de lado por el estrecho pasillo. Los pasajeros volvían la cabeza mientras avanzaba. La gente siempre se volvía para mirarlo por dondequiera que iba.

Isobel miró de nuevo por la ventanilla. De la confusa oscuridad brotaron repentinos rectángulos de luz. Las ventanas de una casa de bajos aleros en un pequeño pinar.

Austin le estaba haciendo gestos de que viniera hacia la portezuela. Ya había recogido su maleta de la red para equipajes. Isobel se levantó y se dirigió hacia él, balanceándose insegura por los movimientos del autobús, pero riendo al mismo tiempo.

El autobús giró bruscamente antes de detenerse, y la portezuela se dobló sobre sí misma con un suspiro de acordeón.

Austin saltó sobre la nieve desde lo alto del escalón y alzó los brazos para ayudarla. Después del aire húmedo y cálido del autobús, la frialdad exterior le produjo a Isobel la sensación seca y punzante de la hoja de un cuchillo.

—¡Cuantísima nieve! ¡Nunca había visto tanta nieve junta! —exclamó, mientras bajaba.

El conductor del autobús la oyó y se echó a reír; luego cerró la portezuela desde dentro y reanudó la marcha. Isobel vio alejarse los cuadrados iluminados de las ventanillas, y el anciano se volvió para mirarlos desde el asiento de atrás. Impulsivamente, alzó el brazo y lo agitó a modo de despedida. La respuesta del anciano fue semejante a un saludo militar.

—¿Por qué has hecho eso? —preguntó Austin, curioso.

—No lo sé —respondió ella, riéndose un poco de él—. Me apetecía hacerlo, eso es todo.

Entumecida por haber estado sentada tanto tiempo, se estiró, y golpeó con los pies el blando polvo de nieve. Austin la miró unos instantes con mucha atención antes de volver a hablar.

—Está ahí mismo —dijo, señalando las resplandecientes ventanas de la casa de aleros bajos—. La casa de la señora Lynn está ahí, al final del camino de grava. Y el sanatorio sólo queda un poquito más allá, carretera adelante, pasada la curva.

Recogió la maleta, la tomó del brazo y, entre los altos muros de nieve, empezaron a andar por el camino de grava, con las estrellas parpadeando frías y distantes sobre sus cabezas. Cuando ya estaban delante de la casa se abrió la puerta y una saeta de luz cortó la nieve.

—Qué tal —con lánguidos ojos azules y cabellos rubios que se rizaban alrededor de un rostro de piel muy tersa, Emmy Lynn los recibió en el umbral. Vestía pantalones negros muy ajustados a las piernas y una camisa de leñador con cuadros de color azul celeste.

—Os estaba esperando —dijo, arrastrando las palabras, y su voz tenía la lentitud cristalina de la miel—. Vamos, dadme los abrigos.

—¡Dios mío, qué guapa es! —le susurró Isobel a Austin mientras Emmy Lynn colgaba los abrigos en el perchero del vestíbulo.

—Ahí tienes el modelo de la mujer de un médico —dijo Austin. Y sólo cuando notó que la estaba mirando con gran seriedad comprendió Isobel que no bromeaba.

Emmy volvió junto a ellos sonriendo soñolienta.

—Ahora id al cuarto de estar y tomáoslo con calma durante un rato. Yo voy a leer un poco en la cama. Si necesitáis algo no tenéis más que llamarme.

—Mi habitación… —empezó a decir Isobel.

—La primera puerta al final de la escalera. Ya te subo yo la maleta. Lo único que tienes que hacer es cerrar con llave la puerta principal después de que se vaya Austin,

¿me harás el favor? —Emmy Lynn giró en redondo y recorrió con andares felinos la distancia que la separaba del pie de la escalera.

—Ah, casi me olvido… —volviéndose a mirarlos con una sonrisa—. Tenéis café caliente en la cocina.

Un instante después había desaparecido.

El papel con dibujos azules del vestíbulo se extendía hasta un amplio cuarto de estar con un fuego de leña que agonizaba en la chimenea. Isobel se dejó caer en el sofá, hundiéndose en las blandas profundidades de los almohadones, y Austin vino a sentarse a su lado.

—¿Quieres café? —le preguntó—. Ha dicho que había café en la cocina.

—Sí —dijo Isobel—. Sí, creo que necesito beber algo caliente.

Austin regresó con dos tazas humeantes que colocó sobre la mesita baja.

—¿Tú también? —preguntó Isobel sorprendida—. Antes no te gustaba el café.

—He aprendido a apreciarlo —respondió él sonriendo—. Negro, como a ti te gusta, sin leche ni azúcar.

Isobel inclinó la cabeza muy deprisa para que no pudiera verle los ojos. Le escandalizaba que se sometiera de aquella manera, él, que había sido tan orgulloso. Alzando la taza de café bebió lentamente el abrasador líquido negro sin decir nada.

Estoy leyendo un libro, le había escrito Austin en una de sus últimas cartas, en el que el protagonista es un soldado y la chica a la que ha dejado embarazada muere y, vaya, empecé a imaginar que tú eras la chica, y que yo era el soldado y, durante no sé cuantos días, no pude dejar de pensar en lo terrible que era todo.

Isobel había dado vueltas a aquella confidencia durante mucho tiempo, viendo a Austin en su cuarto, solo, leyendo día tras día y preocupado por aquel soldado imaginario y la chica que se moría. No encajaba para nada con su manera de ser. Antes decía siempre que era una tontería compadecerse de los personajes de los libros porque no eran reales. No era normal que Austin se preocupara por una chica que moría en un libro.

Terminaron juntos el café, inclinando las tazas y apurando las últimas gotas tibias. En la chimenea una llamita azul lanzó una llamarada muy brillante y se extinguió. Debajo de las cenizas blancas del tronco consumido, aún quedaban ascuas rojas cada vez más opacas.

Austin le cogió la mano. Isobel le dejó que entrelazara los dedos con los suyos, aun a sabiendas de que su mano se mostraba fría e insensible.

—He estado pensando… —le dijo Austin al cabo de un rato, hablando lentamente —; todo este tiempo que hemos estado separados he pensado mucho acerca de nosotros. Hemos superado juntos muchas cosas, no sé si te das cuenta.

—Sí —dijo ella cautamente—. Sí que me doy cuenta.

—¿Te acuerdas —empezó él— de aquel viernes por la noche en la ciudad, cuando nos quedamos hasta tan tarde que perdimos el último autobús, y de aquellos chicos tan locos que nos llevaron a casa cuando nos pusimos a hacer autostop?

—Sí —dijo ella, recordando cómo por entonces todo era mágico y doloroso. Cómo todo lo que Austin decía le hacía daño.

—Aquel tipo tan loco —insistió él— del asiento de atrás. ¿Lo recuerdas? El que iba cortando el billete de dólar en trozos muy pequeños y luego los tiraba por la ventanilla.

—No lo olvidaré nunca —dijo ella.

—Fue la noche que vimos nacer al bebé —dijo Austin—. Era la primera vez que estabas en el hospital, con el pelo recogido bajo un gorro blanco, y con bata blanca, y por encima de la mascarilla los ojos muy oscuros y llenos de animación.

—Tenía miedo de que alguien descubriera que no era una estudiante de medicina.

—Me clavaste las uñas en la mano mientras trataban de conseguir que el niño respirase —continuó Austin—. No dijiste nada, pero con las uñas me hiciste pequeñas medias lunas rojas en la palma de la mano.

—Eso fue hace medio año. Ahora sería distinto.

—No me refiero a eso. Aquellas señales rojas me gustaban. Era un dolor sano y me gustaba.

—No me lo dijiste entonces.

—Fueron muchas las cosas que no dije entonces. Pero aquí he pensado en todo lo que no te he dicho nunca. Cuando estoy tumbado en la cama, me acuerdo siempre de cómo eran las cosas entre nosotros dos.

—Lo recuerdas porque has estado ausente mucho tiempo —dijo ella—. Cuando vuelvas a la facultad de medicina y a vivir a toda velocidad como antes ya no pensarás así. No es bueno que pases tanto tiempo pensando.

—En eso estás equivocada. Durante mucho tiempo no he querido reconocerlo, pero creo que lo necesitaba. Alejarme y pensar. Estoy empezando a enterarme de quién soy.

Isobel contempló la taza vacía, dibujando con la cucharilla secos círculos sin objeto.

—Cuéntame entonces quién eres —le dijo en voz muy baja.

—Tú ya lo sabes —le respondió—. Tú lo sabes mejor que nadie.

—Pareces muy seguro. Yo no lo estoy tanto.

—¡Claro que lo sabes! Has visto lo peor que hay en mí y has vuelto, sin importarte lo malo que era. Has vuelto siempre.

—¿Qué estás intentando decirme?

—¿No te das cuenta? —dijo él con sencillez—. Quiero decir que siempre me has aceptado como soy, pasara lo que pasase. Como aquella vez que te conté lo de Doris, y tú te echaste a llorar y me volviste la espalda. Pensé que sería el final entre nosotros, contigo llorando al otro lado, la mirada perdida en el río y sin hablar.

—Me acuerdo —dijo ella—. Iba a ser el final.

—Pero entonces me dejaste que te besara. Después de todo me dejaste que te besara, todavía llorando, y tu boca tenía un sabor húmedo y salado a causa de las

lágrimas. Me dejaste que te besara y todo volvió a ser como antes.

—De eso hace mucho tiempo. Ahora es diferente.

—Sé que ahora es diferente porque no quiero volver a hacerte llorar nunca. ¿Me crees? ¿Sabes lo que estoy tratando de decirte?

—Creo que sí, pero no estoy segura. Antes nunca me habías hablado así. Siempre dejabas que adivinara lo que querías decir.

—Todo eso se ha terminado ya —dijo él—. Y el que me vaya de aquí no cambiará nada. Me iré de aquí y empezaremos de nuevo. Un año no es demasiado tiempo. No creo que necesite más de un año, y después volveré.

—Hay algo que tengo que saber —dijo ella—. Tengo que preguntártelo con palabras para estar segura.

—¿Ahora necesitas palabras? —dijo él.

—Tengo que saberlo. Dime, ¿por qué querías que viniera?

Austin la miró y sus ojos reflejaron el miedo que ella sentía.

—Me hacías muchísima falta —le confesó él, en voz muy baja. Vaciló, y después añadió con sencillez—: Es una lástima que no pueda besarte.

Inclinó la cabeza hasta colocarla en el hueco entre el cuello y el hombro de Isobel, cegándose con su cabello, y ella sintió el repentino ardor húmedo de sus lágrimas.

Sobrecogida, Isobel no se movió. Las paredes con dibujos azules de la habitación rectangular se perdían a lo lejos, al igual que la tibia luz geométrica, y fuera, las montañas cubiertas de nieve sobresalían enormes a través de la irrevocable oscuridad. No soplaba ni una brizna de viento y todo estaba callado e inmóvil.

El día en que murió el señor Prescott

El día en que murió el anciano señor Prescott brillaba un sol esplendoroso y hacía mucho calor. Mamá y yo nos instalamos en el asiento lateral del desvencijado autobús verde que hacía el recorrido desde la estación del metro hasta Devonshire Terrace y que iba traqueteando todo el camino. Las gotas de sudor me corrían por la espalda, lo sentía perfectamente, y la tela negra del vestido se me había pegado por completo al asiento. Cada vez que me movía hacía un ruido como de tela rasgada, y yo miraba a mi madre con furia, diciéndole en silencio «fíjate en lo que has conseguido», como si todo fuera culpa suya, aunque no era verdad que tuviera ella la culpa. Mi madre, de todos modos, se limitaba a seguir sentada con las manos cruzadas sobre el regazo, saltando sobre el asiento, sin decir nada. Tan sólo resignada con su destino, nada más.

—Sólo digo —le había explicado yo después de que la señora Mayfair llamara por la mañana— que entiendo lo de ir al funeral aunque no crea en los funerales, pero ¿por qué te empeñas en que nos quedemos con ellos y velemos al difunto?

—Es lo que se hace cuando se muere alguien que es íntimo tuyo —dijo mamá, muy puesta en razón—. Te reúnes con ellos y les haces compañía. Es un momento muy difícil.

—De manera que es un momento difícil —protesté—. ¿Y qué pinto yo en todo eso? No me he tratado ni con Liz ni con Ben Prescott desde que era niña, y sólo los veo una vez al año en Navidades, cuando vamos a casa de la señora Mayfair a llevarles los regalos. ¿Quizá quieres que te acompañe para que tenga preparada media docena de pañuelos por si alguien los pide?

Aquel comentario hizo que mamá se levantara y me diera un bofetón, algo que no sucedía desde que era muy pequeña y muy insolente.

—Vas a venir conmigo —me anunció con su tono más digno, que quería decir, de una vez por todas, que ya estaba bien de tonterías.

Así que ésa era la razón de que ocupara un asiento en aquel autobús el día más caluroso del año. No estaba segura de cómo había que vestirse para velar a alguien, pero supuse que si la ropa era de color negro nadie protestaría. De manera que me puse un traje negro de hilo muy elegante y un sombrerito con velo, que es lo que llevo a la oficina cuando después voy a ir a cenar fuera sin pasar por casa, y me consideré preparada para cualquier eventualidad.

El autobús siguió traqueteando y atravesamos los barrios realmente deprimidos del este de Boston por los que no había vuelto a pasar desde que, todavía niña, nos fuimos a vivir al campo con la tía Myra. Lo único que de verdad echaba de menos después de mudarnos era el mar. Incluso aquel día me descubrí impaciente en el autobús, esperando a que apareciese el primer trozo azul.

—Mira, mamá, ahí está nuestra antigua playa —dije, señalándola con el dedo.

Mamá miró y se sonrió.

—Sí —luego se volvió hacia mí y en sus facciones descarnadas apareció una expresión muy seria—. Quiero que hoy hagas que me sienta orgullosa de ti. Cuando tengas que hablar, habla. Pero habla bien. Nada de esas cosas tan raras acerca de quemar a la gente como si se tratara de asar a un cerdo. No es decente.

—Vamos, mamá —le dije, muy cansada. Siempre tenía que estar dándole explicaciones—. ¿Tan falta me crees de sentido común? ¿Sólo porque el viejo señor Prescott se lo tenía bien merecido? Aunque estoy convencida de que nadie siente que se haya muerto, no por eso voy a dejar de comportarme como es debido.

Sabía que aquello haría saltar a mi madre.

—¿Qué quieres decir con que nadie lo siente? —me susurró, asegurándose antes de que no había ningún pasajero lo bastante cerca para oírla—. ¿Qué es lo que te propones cuando hablas de esa manera tan desagradable?

—Vamos, mamá —dije—; sabes perfectamente que el señor Prescott era veinte años mayor que su mujer, y que la señora Prescott estaba esperando a que se muriera para divertirse un poco. No hacía otra cosa que esperar. El señor Prescott ha sido un viejo gruñón desde que lo recuerdo. Nunca le faltaba una palabra desagradable para todo el mundo, y siempre con recaídas de la dermatosis que tenía en las manos.

—Eso es una desgracia que el pobrecillo no podía evitar —dijo mamá, con excesiva deferencia—. Estaba en su derecho si era un poco especial con las manos, porque le desazonaban todo el tiempo y no paraba de frotárselas.

—¿Recuerdas cuando vino a la cena de Nochebuena el año pasado? —proseguí, testarudamente—. Se sentó a la mesa y no paró de frotarse las manos; hacía tanto ruido que no se oía otra cosa, tan sólo su piel, como de lija, cayéndosele a pedacitos. ¿Qué te parecería tener que soportar eso todos los días?

La había atrapado. Era evidente que nadie iba a sentir la desaparición del señor Prescott. En realidad, no podía haber pasado nada mejor.

—Bueno —suspiró mamá—, al menos podemos felicitarnos de que todo haya acabado tan deprisa y sin crear problemas a nadie. Sólo espero que a mí me suceda lo mismo cuando me llegue mi hora.

Luego, como por ensalmo, las calles empezaron a estar muy juntas, y antes de que nos diéramos cuenta habíamos llegado a Devonshire Terrace y mamá tiraba de la campanilla. El autobús frenó con violencia y yo me agarré a la barra cromada llena de arañazos de detrás del conductor justo a tiempo para no salir disparada por el parabrisas.

—Muchas gracias, buen hombre —le dije con mi tono glacial más conseguido, procediendo a apearme del autobús pasito a paso.

—Recuerda —dijo mamá, mientras avanzábamos por la acera, tan estrecha que teníamos que ir en fila india cuando había una boca de riego— que nos vamos a quedar todo el tiempo que nos necesiten. Y nada de refunfuñar. Limítate a lavar los platos, o a hablar con Liz o lo que haga falta.

—Pero mamá —me quejé—, ¿cómo voy a decir que siento lo del señor Prescott,

cuando en realidad no lo siento en absoluto? ¿Cuando pienso que es una buena cosa?

—Puedes decir que Dios ha sido muy misericordioso dándole una muerte tan tranquila —dijo mamá con mucha firmeza—. Y no estarás diciendo más que la verdad.

Sólo me puse nerviosa cuando ya nos dirigíamos por el caminito de grava hacia la vieja casa amarilla que los Prescott poseían en Devonshire Terrace. No me sentía pero que nada triste. Habían extendido el toldo naranja y verde sobre el porche, tal como yo lo recordaba y, al cabo de los años, no resultaba distinto, sólo más pequeño. También los dos álamos a los lados de la casa habían encogido, pero eso era todo.

Empecé a oír el chirrido mientras ayudaba a mamá a subir los escalones de piedra hasta el porche y, como no podía ser menos, allí estaba Ben Prescott, sentado en la hamaca y balanceándose, como si fuera un día cualquiera y no, precisamente, el día en que se había muerto su padre. Allí estaba, tan desgarbado y tan alto como siempre. Lo que de verdad me sorprendió fue que tuviera a su lado, en la hamaca, su guitarra preferida. Como si acabara de tocar «The Big Rock Candy Mountain» o algo parecido.

—Hola, Ben —dijo mamá, con tono afligido—. No sabes cuánto lo siento.

Ben pareció desconcertado.

—¡Caramba, son cosas que pasan! —dijo—. Están todos en el cuarto de estar.

Seguí a mamá cuando abrió la puerta de tela metálica para entrar en la casa, no sin antes sonreír levemente a Ben. No sabía si estaba bien sonreír a Ben porque era un tipo simpático, o si hubiera sido mejor no hacerlo, en señal de respeto hacia su padre.

La casa, por dentro, era también tal como la recordaba, tan oscura que apenas se veía, y las persianas verdes de las ventanas no se puede decir que ayudaran. Estaban todas bajadas. No sabría decir si por el calor o por el funeral. Mamá se dirigió a tientas hacia el cuarto de estar y apartó la cortina de la entrada.

—¿Lydia? —llamó.

—¿Agnes?

Se produjo un leve rebullir en la oscuridad del cuarto de estar y la señora Prescott salió a recibirnos. Yo no la había visto nunca con tan buen aspecto, pese a los surcos de las lágrimas en los polvos que se daba en la cara.

Yo no hice más que quedarme allí de pie mientras ellas dos se abrazaban y se besaban y emitían ruiditos que simbolizaban su mutuo afecto. Luego la señora Prescott se volvió hacia mí y me ofreció la mejilla para que se la besara. Intenté de nuevo parecer triste, pero no me fue posible, de manera que dije:

—No sabe cuánto nos ha sorprendido la noticia —aunque, en realidad, a nadie le había sorprendido, porque el viejo sólo necesitaba otro ataque al corazón y era cosa hecha. Pero era lo que había que decir.

—Claro —suspiró la señora Prescott—. Yo también pensaba que faltaban muchos años para que llegara este día.

Acto seguido entró en la sala de estar precediéndonos.

Cuando me acostumbré a la semioscuridad empecé a distinguir a las personas que estaban sentadas. Reconocí a la señora Mayfair, la cuñada de la señora Prescott y la mujer más enorme que he visto nunca, sentada en el rincón junto al piano. También estaba Liz, que apenas me dijo hola. Llevaba pantalones cortos y una camisa vieja, y fumaba sin descanso. Para una chica que había visto morirse a su padre aquella misma mañana parecía de verdad despreocupada, aunque un poquito pálida, eso era todo.

Bien, pues cuando estuvimos todos instalados nadie dijo nada durante un minuto, como esperando a que alguien diera la entrada, como al comienzo de una función. Tan sólo la señora Mayfair, con todos sus rollos de grasa, se estaba limpiando los ojos con un pañuelo, pero yo estaba razonablemente segura de que era sudor y no lágrimas, desde luego.

—Qué pena —empezó mamá, en voz muy baja—, qué pena, Lydia, que haya tenido que suceder de esa forma. Me he puesto en camino tan deprisa que ni siquiera sé quién se lo ha encontrado.

Mamá pronunció «lo» como si tuviera que escribirse con L mayúscula, pero imaginé que daba ya lo mismo, ahora que el viejo señor Prescott no volvería a molestar a nadie con aquel pésimo humor suyo y sus manos rasposas. En todo caso, fue el pie que la señora Prescott estaba esperando para intervenir.

—¡Cuánta razón tienes, Agnes! —empezó, con un brillo peculiar en las facciones—. Yo ni siquiera estaba aquí. Ha sido Liz quien lo ha encontrado, pobrecita.

—Pobrecita —dijo la señora Mayfair, sorbiéndose la nariz al mismo tiempo. Su enorme rostro rojizo se arrugó como una sandía agrietada—, se le murió en los brazos, eso ha sido lo que ha pasado.

Liz no dijo nada, pero aplastó un cigarrillo a medio fumar y encendió otro inmediatamente. Ni siquiera le temblaban las manos. Y, créanme, la estuve mirando con mucho detenimiento.

—Yo estaba en casa del rabino —prosiguió la señora Prescott, más partidaria que nadie de todo lo que tenga que ver con otras religiones. En su casa siempre tiene algún clérigo o algún predicador nuevo invitados a cenar. De manera que ahora se trataba de un rabino—. Estaba en casa del rabino y Liz aquí preparando la cena, cuando papá regresó de bañarse en el mar. Ya sabes lo mucho que le ha gustado siempre nadar, Agnes.

Mamá dijo que sí, que sabía lo mucho que al señor Prescott le gustaba nadar.

—Pues bien —siguió la señora Prescott, tan tranquila como el tipo ese de Dragnet, el programa de televisión—, no eran más que las once y media. A papá siempre le gustaba darse un chapuzón por la mañana, incluso con el agua tan fría como el hielo, y ya había vuelto y estaba en el patio secándose, hablando con el vecino de la casa de al lado junto al seto de malvarrosas.

—Sólo hace un año que plantó ese seto —intervino la señora Mayfair, como si fuera un dato importante.

—Y al señor Gove, nuestro vecino, una excelente persona, le pareció que papá tenía un aspecto extraño, azul, dijo, y de pronto papá dejó de contestarle, y se quedó allí quieto, mirándolo, con una sonrisa muy rara en la cara.

Liz miraba hacia la ventana que da a la fachada principal, por donde todavía llegaba el ruido de la hamaca que chirriaba en el porche, y lanzaba anillos de humo. Ni una sola palabra en todo aquel tiempo. Sólo anillos de humo.

—De manera que el señor Gove le da un grito a Liz, que sale corriendo, y papá cae al suelo como un árbol, y el señor Gove entra corriendo en su casa para traer un poco de brandy mientras Liz coge a papá en brazos…

—¿Qué pasó entonces? —no pude por menos de preguntarle, de la misma manera que solía hacer de niña cuando mamá nos contaba historias de ladrones.

—Entonces —nos dijo la señora Prescott—, papá sencillamente…, pasó a mejor vida, ahí mismo, en brazos de Liz. Sin llegar siquiera a acabarse el brandy.

—¡Pobre Lydia! —exclamó mamá— ¡Es mucho lo que habéis tenido que pasar!

La señora Prescott no daba la sensación de haber tenido que pasar mucho de nada. Su cuñada empezó a sollozar hundida en el pañuelo y a invocar el nombre del Señor. Debía de tenérsela jurada al viejo, porque no hacía más que repetir «Perdónanos nuestros pecados», como si hubiese venido y lo hubiera matado ella misma.

—Seguiremos adelante —dijo la señora Prescott, sonriendo valerosa—. Papá hubiera querido que siguiéramos adelante.

—Eso es todo lo que, incluso los mejores, pueden hacer —suspiró mamá.

—Yo sólo pido marcharme con la misma paz —dijo la señora Prescott.

—Perdónanos nuestros pecados —sollozó la señora Mayfair sin dirigirse a nadie en particular.

En aquel momento cesó fuera el chirrido de la hamaca, y Ben Prescott apareció en el umbral, parpadeando detrás de las gafas de gruesos cristales y tratando de ver dónde estábamos todos en aquella oscuridad.

—Tengo hambre —dijo.

—Creo que debemos tomar algo —nos sonrió la señora Prescott—. Los vecinos nos han traído comida suficiente para una semana.

—Pavo y jamón, sopa y ensalada —enumeró Liz con entonación aburrida, como si fuese una camarera leyendo un menú—. Yo ya no sabía donde ponerlo.

—Por favor, Lydia —exclamó mamá—, déjanos que lo preparemos. Déjanos ayudar. Espero que no sea demasiada molestia…

—Ninguna molestia —la señora Prescott sonrió con su nueva sonrisa radiante—. Vamos a dejar que la gente joven se encargue de todo.

Mamá se volvió hacia mí con una de sus inclinaciones de cabeza llenas de intención y yo me puse en pie como sacudida por una descarga eléctrica.

—Enséñame dónde están las cosas, Liz —dije—, y lo tendremos todo listo en un momento.

Ben nos siguió hasta la cocina, donde la vieja cocina de gas de color negro y el

fregadero estaban llenos de platos sucios. Lo primero que hice fue coger un gran vaso de cristal muy grueso, a remojo en el fregadero, y llenarlo de agua.

—Cuánta sed tengo —dije, antes de apurarlo. Liz y Ben me miraron como hipnotizadlos. Entonces me di cuenta de que el agua tenía un sabor extraño, como si yo no hubiera lavado el vaso suficientemente bien y hubiesen quedado en el fondo gotas de alguna bebida muy fuerte que se habían mezclado con el agua.

—Ése es el vaso —dijo Liz después de dar una chupada al cigarrillo— del que bebió papá por última vez. Pero no importa.

—Ay, señor, cuánto lo siento —dije, dejándolo lo antes que pude. Sentí de inmediato algo que se parecía mucho a un mareo, porque me imaginé al viejo señor Prescott bebiendo por última vez del vaso y poniéndose azul—. Lo siento mucho, de verdad.

Ben sonrió.

—Alguien tenía que beber ahí algún día.

Ben me gustaba. Siempre era una persona práctica cuando quería serlo.

Liz subió al piso alto para cambiarse, después de mostrarme lo que tenía que preparar para la cena.

—¿Te importa que traiga la guitarra? —me preguntó Ben cuando estaba empezando a preparar la ensaladilla de patata.

—Claro, por mí no hay inconveniente —dije—. Aunque, ¿no les parecerá mal a los demás, por eso de que las guitarras se usan sobre todo para fiestas y cosas parecidas?

—Pues que digan lo que quieran. Me apetece rasguear.

Yo iba de un lado a otro por la cocina y Ben apenas decía nada, sólo cantaba muy bajito esas canciones de montañeses que de ordinario te dan ganas de reír y algunas veces de llorar.

—Sabes, Ben —le dije, mientras cortaba pato frío—, me pregunto si realmente lo sientes.

Ben sonrió, de esa manera peculiar tan suya.

—Ahora no lo siento realmente, pero podría haber sido un poco más amable con él. Más amable, eso es todo.

Pensé en mamá y, de repente, toda la tristeza que no había sido capaz de encontrar durante el día se me puso en la garganta.

—Seguiremos adelante mejor que antes —dije. Y a continuación cité a mamá, que es algo que nunca había pensado que se me ocurriera hacer—. Eso es todo lo que pueden hacer incluso los mejores —y fui a retirar del fuego el puré de guisantes.

—Es extraño, ¿verdad que sí? —dijo Ben—. Cómo vas y piensas que algo está muerto y que ya eres libre, y después te lo encuentras instalado en tus propias entrañas y riéndose de ti. Es como si no tuviera la sensación de que papá se ha muerto de verdad. Lo tengo dentro de mí en algún sitio, viendo lo que está pasando. Y sin dejar de sonreír.

—Eso puede ser la parte buena —dije, sabiendo de pronto que podía ser verdad—. La parte de la que no tienes que escapar. Sabes que la llevas contigo y luego, cuando te vas a cualquier sitio, no es como si te estuvieras escapando. Eso es precisamente hacerse mayor.

Ben me sonrió y yo salí a llamar a los demás. La cena resultó muy tranquila, con abundancia de jamón y pavo frío de muy buena calidad. Hablamos de mi trabajo en la compañía de seguros, y conseguí incluso que la señora Mayfair se riera cuando conté lo de mi jefe, el señor Murray, y los puros con truco que tiene para gastar bromas. Liz estaba casi prometida, dijo la señora Prescott, y prácticamente no era ella misma cuando le faltaba Barry. No se mencionó siquiera al viejo señor Prescott.

La señora Mayfair se atiborró de los tres postres y no se cansaba de decir «Sólo un pedacito, nada más. ¡Un pedacito muy pequeño!» cuando servimos el pastel de chocolate.

—Pobre Henrietta —dijo la señora Prescott, viendo cómo su enorme cuñada consumía el helado—. Es el hambre psicosomática de la que siempre están hablando la que le hace comer así.

Después del café, que Liz molió en aquel momento, para que todo el mundo oliera lo bueno que era, se produjo un pequeño silencio algo incómodo. Mamá cogía una y otra vez la taza para beber a sorbitos, aunque yo me daba cuenta de que ya había terminado. Liz fumaba de nuevo y tenía una especie de neblina a su alrededor. Ben estaba haciendo un planeador con su servilleta de papel.

—Bien —dijo la señora Prescott, aclarándose la garganta—, creo que ahora voy a irme a la capilla del tanatorio con Henrietta. Entiéndelo, Agnes, en esto no tengo nada de anticuada. Hemos dicho con toda claridad que no se mandaran flores y que nadie se sintiera obligado a venir. Sólo aparecerán algunos colegas de mi marido.

—Yo quiero asistir —dijo mamá, su decisión inquebrantable.

—Los chicos se quedan —dijo la señora Prescott—. Ya han tenido bastante.

—Barry vendrá más tarde —dijo Liz—. Tengo que recoger la cocina.

—Yo lavaré los platos —me ofrecí, sin mirar a mamá—. Ben me ayudará.

—Bien, eso lo soluciona todo, creo yo —la señora Prescott ayudó a levantarse a la señora Mayfair, y mamá la cogió del otro brazo. Cuando las vi por última vez, sujetaban a la señora Mayfair mientras bajaba de espaldas los escalones de la entrada, jadeando y resoplando. Era la única manera de hacerlo con seguridad, sin caerse, dijo.

La caja de los deseos

Agnes Higgins entendía perfectamente, podría decirse incluso que demasiado bien, la causa de la expresión —ausente y beatífica— de Harold, su marido, ante el zumo de naranja y los huevos revueltos matutinos.

—Veamos —investigó Agnes, untando mermelada de ciruela sobre su tostada con vengativos movimientos del cuchillo para la mantequilla—, ¿qué es lo que has soñado *esta* noche?

—Precisamente me acordaba ahora —dijo Harold, todavía con la mirada extática y borrosa que atravesaba, sin verla, la forma extraordinariamente atractiva y tangible de su mujer (de mejillas tan sonrosadas y cabellos tan sedosamente rubios como de costumbre en aquella mañana de primeros de septiembre, envuelta en su bata con rameado de rosas)— de los manuscritos que he estudiado con William Blake.

—Pero —objetó Agnes, logrando a duras penas ocultar su irritación— ¿cómo *sabías* que era William Blake?

Harold pareció sorprenderse.

—¿Cómo lo sabía? Por sus retratos, claro está.

Y ¿qué podía replicar Agnes? Tuvo que limitarse a sufrir en silencio ante el café, luchando con los extraños celos que crecían en ella como un oscuro cáncer maligno desde la misma noche de bodas, tan sólo tres meses antes, cuando se enteró de que Harold soñaba. En aquella primera noche de su luna de miel, ya de madrugada, por medio de una violenta contracción de todo el brazo derecho, Harold despertó a Agnes de un dormir tranquilo y sin sueños. Momentáneamente asustada, Agnes zarandeó a Harold para despertarlo y preguntarle, con afectuosa voz maternal, qué le pasaba; se le había ocurrido que quizá sufriera las angustias de una pesadilla, aunque tal cosa era imposible tratándose de Harold.

—Me disponía a interpretar el *Concierto Emperador* —explicó, medio dormido—. Probablemente estaba levantando el brazo para tocar el primer acorde cuando me has despertado.

Al comienzo de su matrimonio, los vividos sueños de Harold divertían a Agnes. Todas las mañanas le preguntaba qué había soñado por la noche y él se lo contaba con la minuciosidad detallística de quien estuviera describiendo algún suceso importante de la vida real.

—Me estaban presentando a un grupo de poetas estadounidenses en la Biblioteca del Congreso —le informaba con deleite—. Figuraba entre ellos William Carlos Williams, con un abrigo imposible, ese otro que escribe sobre Nantucket, y Robinson Jeffers, que tenía aspecto de indio americano, a la manera en que aparece en la antología fotográfica; y luego apareció Robert Frost[3], que había llegado en el coche salón de un tren, y dijo algo ingenioso que me hizo reír.

O bien:

—He visto un desierto muy hermoso, todo rojos y morados, con cada grano de arena como un rubí o un zafiro que despidieran luz. Había un leopardo blanco con lunares dorados sobre la brillante corriente azul, las patas traseras en una orilla y las delanteras en la otra, y un reguero de hormigas rojas que cruzaba la corriente sobre el leopardo: le subían por la cola, continuaban por la espalda, le pasaban entre los ojos y descendían luego a la otra orilla.

Los sueños de Harold eran, a decir verdad, meticulosas obras de arte. Sin duda alguna, tratándose de un contable diplomado con marcadas inclinaciones literarias (en el tren que lo llevaba diariamente a su trabajo en la ciudad, en lugar del periódico leía a ETA. Hoffman y a Kafka, así como revistas mensuales de astrología), Harold poseía una imaginación llena de colorido y asombrosamente despierta. Gradualmente, sin embargo, su peculiar costumbre de aceptar los sueños como si fueran realmente parte integrante de la existencia cotidiana empezó a irritar a Agnes. Se sentía relegada. Era como si Harold pasara la tercera parte de la vida entre celebridades y fabulosas criaturas legendarias en un mundo tremendamente estimulante del que ella quedaba perpetuamente excluida, excepto por referencias.

Con el paso de las semanas, Agnes empezó a preocuparse y a deprimirse. Aunque se negaba a comentarlo con Harold, sus propios sueños, cuando los tenía (lo que, desgraciadamente, sucedía con muy poca frecuencia), la horrorizaban: oscuros paisajes deprimentes poblados de ominosas figuras irreconocibles. Nunca recordaba con detalle aquellas pesadillas: tan sólo que sus formas estaban ya desvaneciéndose cuando se esforzaba por despertarse, y que conservaba únicamente la intensa vivencia de su atmósfera sofocante y tormentosa que, de manera opresiva, la angustiaba a lo largo de todo el día. A Agnes le daba vergüenza mencionar a Harold aquellas fragmentarias escenas de horror, temerosa de que fuesen una muestra demasiado reveladora de su falta de imaginación. Sus sueños —pocos y distantes— resultaban terriblemente prosaicos y tediosos al compararlos con el regio esplendor barroco de los de Harold. ¿Cómo limitarse a contarle, por ejemplo, «Me caía»; o «Mamá se había muerto y yo estaba muy triste»; o «Algo me perseguía y era incapaz de correr»? La verdad pura y simple, Agnes se daba cuenta con una punzada de envidia, era que sus sueños obligarían a contener un bostezo hasta al psicoanalista más concienzudo.

¿Qué se había hecho, se preguntaba Agnes con melancolía, de aquellos fecundos días infantiles cuando creía en las hadas? Por aquel entonces, al menos, nunca andaba escasa de sueños que nada tenían ni de aburridos ni de feos. A los siete años, recordó con tristeza, soñó con un país, más allá de las nubes, en el que cajas de deseos, con un aspecto muy parecido al de molinillos de café, crecían en los árboles; se cogía una y se giraba nueve veces la manivela al tiempo que, ante un agujerito lateral, se repetía en voz baja el deseo, que no tardaba en hacerse realidad. En otra ocasión soñó que encontraba tres briznas de hierba que crecían junto al buzón de correos al final de su calle: los tallos de hierba brillaban como las cintas de oropel de Navidad, una roja, otra azul y la tercera plateada. En otro sueño, sin embargo, su hermano menor,

Michael, y ella, con sus trajes para la nieve, se hallaban delante de la casa de Dody Nelson, con su tejado de ripias blancas; el suelo, pardo y duro, estaba atravesado por nudosas y culebreantes raíces de arce; Agnes llevaba unas manoplas de lana de rayas rojas y blancas; y, de repente, cuando tenía un brazo extendido y la mano doblada en forma de cuenco, empezó a nevar y cayeron del cielo chicles de sulfamidas de color azul turquesa. Pero ése era, más o menos, el repertorio completo de los sueños de sus días infantiles, infinitamente más creativos que los de su existencia actual. ¿A qué edad había sido expulsada de aquellos mundos de ensueño tan benévolamente decorados? Y, ¿por qué motivo?

Mientras tanto, de manera incansable, Harold seguía contando sus sueños durante el desayuno. En una ocasión, durante una época de su vida deprimente y mal orientada, anterior a su encuentro con Agnes, Harold soñó que un zorro con graves quemaduras, el pelaje chamuscado y ennegrecido, y sangrando por diversas heridas, atravesaba al trote la cocina. Más tarde, confesó, en otro momento más favorable, poco después de su boda con Agnes, el mismo zorro había aparecido de nuevo, milagrosamente curado, con un pelaje muy lustroso, para regalarle una botella de tinta negra indeleble. A Harold le gustaban mucho sus sueños con zorros, que se repetían con frecuencia. Lo mismo, curiosamente, sucedía con el sueño del lucio gigante.

—Había un estanque lleno hasta rebosar de lucios —informó Harold a Agnes una sofocante mañana de agosto—, en el que mi primo Albert y yo solíamos pescar. Pues bien, anoche estaba pescando allí, y cogí el lucio más enorme que puedas imaginarte…, debía de ser el tatarabuelo de todos ellos; yo tiraba y tiraba y tiraba, y el lucio no acababa nunca de salir del estanque.

—En cierta ocasión —replicó Agnes, removiendo, malhumorada, el azúcar de su café, que tomaba sin leche—, cuando era pequeña, soñé con Superman, todo en tecnicolor. Iba vestido de azul, con capa roja y pelo negro, tan guapo como un príncipe, y yo volaba a su lado: sentía cómo soplaba el viento y cómo se me saltaban las lágrimas. Volamos sobre Alabama; sabía que era Alabama porque el suelo era igual que en un mapa, con «Alabama», en grandes letras de molde, escrito sobre las majestuosas montañas verdes.

Harold quedó visiblemente impresionado.

—¿Qué soñaste anoche? —le preguntó a Agnes acto seguido. Su tono era casi contrito: a decir verdad, sus sueños le absorbían tanto que nunca se le había ocurrido convertirse en oyente de los de su mujer y dedicarse a investigarlos. Contempló sus agradables facciones y su expresión preocupada con nuevo interés: Agnes era, Harold se detuvo un momento para constatarlo quizá por vez primera desde los comienzos de su matrimonio, un espectáculo extraordinariamente atractivo al otro lado de la mesa del desayuno.

De momento, la bienintencionada pregunta de Harold llenó de confusión a Agnes; quedaba ya muy atrás la etapa en la que había considerado seriamente la posibilidad

de esconder en el armario, para disponer así por las mañanas de algún relato vicario con que mantener el interés de Harold, un ejemplar de los escritos de Freud sobre los sueños. Finalmente, sin embargo, tirando por la borda sus reservas, decidió, desesperada, confesar su problema.

—No sueño nada —admitió en voz baja y con tono trágico—. He dejado de soñar.

La turbación de Harold fue evidente.

—Quizá —la consoló— usas demasiado poco la imaginación. Deberías practicar. Trata de cerrar los ojos.

Agnes los cerró.

—Ahora, ¿qué es lo que ves? —le preguntó Harold con tono esperanzado.

Agnes sintió que la dominaba el pánico. No veía nada.

—Nada —dijo con voz trémula—. Nada, excepto una especie de mancha.

—Bien —dijo Harold, adoptando la actitud de un médico que se enfrenta con una enfermedad grave pero no necesariamente mortal—, imagina una copa.

—¿Qué *clase* de copa? —imploró Agnes.

—Eso es cosa tuya —dijo Harold—. Descríbemela.

Con los ojos aún cerrados, Agnes escarbó frenéticamente en las profundidades de su cerebro. Con grandes esfuerzos logró evocar la vaga imagen trémula de una copa de plata que flotaba en algún lugar de las regiones nebulosas del fondo de la mente, y que parpadeaba como si, igual que una vela, pudiera apagarse en cualquier momento.

—Es de plata —dijo, casi desafiante—. Y tiene asas.

—Muy bien. Ahora imagina una escena grabada en ella.

Agnes, a viva fuerza, colocó un reno en la copa, rodeado de hojas de parra, grabadas sobre el metal únicamente en silueta.

—Se trata de un reno, dentro de una guirnalda de hojas de parra.

—¿Qué colores ves en la escena? —a Agnes su marido le pareció despiadado.

—Verde —mintió, mientras se apresuraba a esmaltar las hojas de parra—. Las hojas de parra son verdes. El cielo, negro —se sintió casi orgullosa de aquel toque original—. Y el reno es de color rojizo con manchas blancas.

—De acuerdo. Ahora saca brillo a la copa hasta que resplandezca toda ella.

Agnes frotó la copa imaginaria, sintiéndose una completa impostora.

—Pero todo eso lo veo en la parte de atrás de la cabeza —dijo dubitativamente, abriendo los ojos—. Lo veo todo allá en el fondo. ¿Es ahí donde tú ves *los* sueños?

—No, claro —dijo Harold, sorprendido—. Los veo delante de los párpados, como sobre la pantalla de un cine. Se me presentan; no dependen de mí. Ahora mismo, por ejemplo —cerró los ojos—, veo unas coronas resplandecientes que van y vienen, colgadas de un gran sauce.

Agnes, ceñuda, guardó silencio.

—Ya verás como acaba funcionando —Harold trató, con tono jovial, de animarla —. Sólo tienes que practicar todos los días e imaginar cosas distintas, tal como te he

enseñado.

Agnes cambió de tema. Mientras Harold estaba fuera de casa, trabajando, empezó de repente a leer muchísimo; la lectura hacía que tuviera la mente llena de imágenes. Dominada por una especie de histeria febril, leía a la carrera novelas, revistas para mujeres, periódicos e incluso las anécdotas de su ejemplar de *Los placeres de la cocina*; leía folletos turísticos, circulares sobre aparatos electrodomésticos, catálogos para hacer compras por correo en grandes almacenes, las instrucciones de las cajas de detergente para lavadoras, la propaganda de las fundas de los discos: cualquier cosa que le impidiera enfrentarse con aquel terrible vacío de la propia mente del que Harold le había hecho tomar conciencia de manera tan dolorosa. Pero tan pronto como alzaba los ojos de la letra impresa que tenía delante, era como si un muro protector hubiera desaparecido.

La realidad totalmente autosuficiente e inmutable de las *cosas* que la rodeaban empezó a deprimirla. Con un temor lleno de resentimiento, su mirada asustada, casi paralizada, se detenía sobre la alfombra oriental, el papel azul Williamsburg de las paredes, los dragones dorados del jarrón chino sobre la repisa de la chimenea, los medallones azules y dorados de la tapicería del sofá en el que estaba sentada. Se sentía ahogada, asfixiada por aquellos objetos cuya pesada existencia pragmática amenazaba de algún modo las raíces más profundas y secretas de su efímera identidad. Harold, Agnes lo sabía perfectamente, no toleraría semejante estupidez vanidosa por parte de mesas y sillas; si no le gustaba la escena que tenía delante, si le aburría, procedía a cambiarla de acuerdo con su fantasía. Si gracias a alguna dulce alucinación, se lamentaba Agnes, un pulpo avanzase hacia ella cruzando el suelo, ofreciéndole complicados dibujos abstractos en violeta y naranja, lo recibiría como una bendición del cielo. Cualquier cosa para demostrar que su capacidad de crear formas con la imaginación no estaba irremediablemente perdida; que sus ojos no eran tan sólo la lente de una cámara que, sin pasar de ahí, se limitaba a registrar los fenómenos que la rodeaban. «Una rosa», se descubrió repitiendo huecamente, como un canto fúnebre, «es una rosa es una rosa…»

Una mañana, cuando leía una novela, Agnes comprobó de repente, aterrorizada, que sus ojos habían recorrido cinco páginas sin captar el significado de una sola palabra. Lo intentó de nuevo, pero las letras se separaban, retorciéndose como malévolas viborillas negras por toda la página en una especie de jerga sibilante e intraducible. A partir de aquel momento empezó a frecuentar a diario el cine de la esquina. No le importaba ver varias veces el mismo programa; el fluido caleidoscopio de formas que pasaba ante sus ojos la arrullaba, sumergiéndola en un trance rítmico; las voces, al utilizar un código tranquilizador e ininteligible, exorcizaban el silencio muerto de su cerebro. Finalmente, a fuerza de súplicas y zalemas, convenció a su marido para que comprase a plazos algo mucho mejor que las películas: un televisor, cambio que le permitía beber jerez durante las largas horas solitarias de la tarde mientras contemplaba la pantalla. En aquellos últimos días, cuando Agnes saludaba a

Harold a su regreso a casa por la noche, descubría, con cierta satisfacción maliciosa, que el rostro de su marido se difuminaba ante sus ojos, de manera que podía cambiarle las facciones a su antojo. En ocasiones le daba una tez verde guisante, otras azul lavanda; en unos casos nariz griega y en otras pico de águila.

—Pero es que el jerez me *gusta* —le respondió testarudamente cuando, al hacerse notorias, incluso para los ojos indulgentes de su marido, las consecuencias de sus tardes de bebedora solitaria, Harold le suplicó que se moderara—. Me tranquiliza.

El jerez, sin embargo, no la tranquilizaba lo suficiente para dormirla. Cruelmente sobria, esfumada la neblina visionaria del jerez, permanecía rígida en la cama, retorciéndose las manos como garras nerviosas entre las sábanas, mucho después de que Harold empezara a respirar pausadamente, con total regularidad, en medio de alguna extraña aventura maravillosa. Presa de un pánico glacial, siempre en aumento, Agnes pasaba despierta, una tras otra, todas las noches. Y lo que era aún peor, ni siquiera se cansaba. Finalmente alcanzó una clara conciencia desolada de lo que le estaba sucediendo: las cortinas del sueño, de la refrescante oscuridad del olvido que separa cada día del anterior y del siguiente, se habían descorrido para ella de manera definitiva, irrevocable. Vio extendiéndose ante sí sin solución de continuidad una intolerable perspectiva de días y noches de vigilia —la mente condenada a un vacío perfecto—, sin una sola imagen suya que le permitiera rechazar el devastador asalto de unas mesas y sillas tan autónomas como pagadas de sí mismas. Cabía además, reflexionó sintiendo náuseas, que viviera hasta cumplir el siglo: todas las mujeres de su familia habían sido longevas.

El doctor Marcus, el médico de cabecera de los Higgins, con su tono jovial acostumbrado, intentó tranquilizarla cuando Agnes le dijo que sufría de insomnio: «No es más que un poquito de tensión nerviosa, eso es todo. Tómese una de estas cápsulas por la noche durante varios días y veremos qué tal duerme».

Agnes no le preguntó si aquel medicamento le haría soñar; guardó la caja de cincuenta píldoras en el bolso y tomó el autobús de vuelta a casa.

Dos días después, el último viernes de septiembre, Harold, al regresar del trabajo (había mantenido los ojos cerrados en el tren durante la hora que duraba el viaje de vuelta a casa, fingiendo que dormía pero, en realidad, viajando contra corriente en una embarcación ligera con velas de color cereza por un río luminoso en donde elefantes blancos se reunían y cruzaban la cristalina superficie del agua a la sombra de torreones moriscos hechos de cristales multicolores), encontró a Agnes tumbada en el sofá del cuarto de estar, ataviada con su traje de noche favorito de tafetán esmeralda y talle princesa, tan pálida y encantadora como un lirio; tenía los ojos cerrados; a su lado, vacía, estaba la caja de las píldoras y, en la alfombra, derribado, un vaso de agua. Sobre sus tranquilas facciones se dibujaba una leve, secreta sonrisa de triunfo, como si, por fin, en algún remoto país inalcanzable a los mortales, Agnes estuviera valseando con el príncipe moreno, tocado con gorro rojo, de sus sueños primerizos.

Todos los queridos difuntos

—Me tiene sin cuidado lo que diga Herbert —proclamó la señora Nellie Meehan mientras se echaba en el té dos cucharadas de azúcar—. Yo vi un ángel una vez, la noche que murió Lucas. Era mi hermana Minnie.

Aquella tarde de noviembre, después de anochecer, los cuatro —Nellie Meehan, Clifford, su marido, Herbert, el primo de Nellie, que vivía con los Meehan desde que unos veintisiete años antes, en la época en que se prepara el heno, lo abandonara su mujer, que era pelirroja, y Dora Sutcliffe, que se había presentado para tomar una taza de té cuando volvía a su casa en Caxton Slack después de visitar a su amiga Ellen, que acababa de salir del hospital y se estaba reponiendo de una operación de cataratas — estaban sentados en torno a un buen fuego de carbón en la casa que los Meehan acababan de comprar.

El fuego moribundo aún calentaba, la abollada tetera de aluminio humeaba sobre el fogón y Nellie Meehan, en honor de Dora, había sacado el mantel de hilo bordado a mano, con guirnaldas de violetas y amapolas carmesíes. Un ejército de bollos con pasas de Corinto y de bizcochos de mantequilla llenaba la bandeja de sauces azules, y en un pequeño cuenco de cristal tallado se acumulaban generosas pellas de la mermelada de grosella que hacía la dueña de la casa. Fuera, en la noche clara y ventosa, la luna llena brillaba muy alta; del fondo del valle empezaba a levantarse una luminosa neblina azul en el sitio donde el torrente que bajaba de las montañas corría oscuro y profundo por encima del espumeante salto de agua que, el lunes haría una semana, había elegido el cuñado de Dora para ahogarse. La casa de los Meehan (comprada a principios de aquel otoño a Katherine Edwards, una solterona, después de que Maisie, su madre, muriera a la meritoria edad de ochenta y seis años) estaba colgada a mitad de una abrupta ladera —con vegetación de serbales y helechos—, que se hacía menos pendiente hacia el final, para convertirse en un páramo agreste y yermo, en el que sólo crecían brezos y por el que merodeaban las ovejas de cara negra, con sus cuernos retorcidos y sus dementes ojos amarillos que miraban con tanta fijeza.

Durante la larga velada habían hablado ya de los días de la Gran Guerra, y de las distintas vicisitudes tanto de los que aún vivían como de los muertos y, en el momento oportuno en el curso de la conversación, Clifford Meehan se había puesto en pie entre crujidos de huesos, como tenía por costumbre, y había sacado, del último cajón del aparador de caoba barnizada donde guardaban la vajilla, la caja de cartón de los recuerdos —medallas, cintas y la destrozada cartilla militar que llevaba providencialmente en el bolsillo del pecho cuando le alcanzó la bala (trocitos de metralla todavía incrustados en sus páginas descoloridas)—, para enseñar a Dora Sutcliffe el borroso daguerrotipo de color ocre hecho en el hospital la Navidad anterior al armisticio, con los rostros de cinco jóvenes sonrientes, iluminados por un pálido sol invernal que había salido y se había puesto hacía ya cuarenta años. «Ése

soy yo», había dicho Clifford y, como si describiera el destino de los personajes de una obra de teatro bien conocida, fue dirigiendo el pulgar hacia las otras caras, una por una: «Perdió una pierna. Lo mataron. Muerto y muerto».

Y así siguieron charlando mansamente, trayendo a colación los nombres de los vivos y de los muertos, reviviendo cada suceso como si no tuviera principio ni fin y existiera, intenso e irrevocable, desde los comienzos del tiempo, y fuese a seguir existiendo mucho después de que sus propias voces desaparecieran.

—¿Qué llevaba Minnie? —le preguntó a continuación Dora Sutcliffe a Nellie Meehan con el tono de voz, lleno de recogimiento, con que se habla en la iglesia.

En los ojos de Nellie Meehan apareció una mirada soñadora.

—Una túnica blanca estilo Imperio —dijo—, muy bien ajustada a la cintura, con cientos y cientos de plieguecitos. Lo recuerdo con toda claridad. Y alas, grandes alas blancas recubiertas de plumas, que le llegaban hasta los dedos de los pies, porque iba descalza. Clifford y yo no supimos lo que le había pasado a Lucas hasta la mañana siguiente, pero aquélla fue la noche en la que tuve el dolor y oí los golpes a la puerta. ¿No fue ésa la noche que vino Minnie, Clifford?

Clifford Meehan aspiró meditativamente el humo de la pipa, el cabello despidiendo reflejos plateados a la luz del fuego, y los pantalones y el jersey del color gris del fruto del laurel; a excepción de la nariz, llamativa, con venas de color morado, el resto de su persona parecía a punto de hacerse translúcido, como si la repisa de la chimenea, adornada con resplandecientes bronces ecuestres, pudiera en cualquier momento empezar a trasparentarse débilmente a través de su flaca silueta grisácea.

—Sí —dijo finalmente—. Fue ésa la noche.

Los destellos de conocimiento del futuro que eran privilegio innegable de su mujer siempre le habían sobrecogido y, en cierta medida, purificado.

El primo Herbert permanecía inmóvil, terco y escéptico, las enormes manos desmañadas, surcadas de arrugas, colgándole inertes a los lados del cuerpo. La mente de Herbert había quedado fija, hacía ya mucho tiempo, en aquel remoto domingo soleado, el primer día de buen tiempo después de una semana de aguaceros, cuando la familia de Rhoda, su mujer, que estaba de visita para ayudarle a preparar el heno, se fue de excursión a Manchester con Rhoda, dejándolo solo con el heno. Cuando regresaron al atardecer, se encontraron las maletas tiradas en el extremo más apartado del campo donde pastaban las vacas; Rhoda, indignada, lo había abandonado, marchándose con sus padres. Testarudo y orgulloso, Herbert no le había pedido nunca que regresara; y Rhoda, tan testaruda y orgullosa como su marido, nunca había vuelto.

—Me desperté… —a Nellie Meehan se le velaron los ojos, como si estuviera en trance, y su voz adquirió una cadencia rítmica. Fuera, el viento azotaba la casa, que crujía y se estremecía hasta los cimientos ante aquellos poderosos ataques—. Me desperté con un dolor terrible en el hombro izquierdo y oyendo al mismo tiempo unos

golpes muy fuertes por toda la casa, y allí estaba Minnie, al pie de la cama, muy pálida y con una expresión muy dulce…, yo tenía unos siete años cuando enfermó de pulmonía; por entonces dormíamos en la misma cama. Y mientras la estaba mirando se fue desvaneciendo cada vez más, hasta que al final no quedó nada. Me levanté con mucho cuidado para no despertar a Clifford, y bajé a hacerme un poco de té. El hombro me dolía aún una barbaridad y seguía oyendo aquellos golpes una y otra vez…

—¿Qué era? —suplicó Dora Sutcliffe, abriendo mucho los ojos, de un azul acuoso. Había oído incontables veces, de segunda y tercera mano, la historia del suicidio de Lucas, pero con cada nuevo relato los anteriores se desdibujaban, fundiéndose en uno, y cada vez, llegado aquel momento, preguntaba, anhelante, curiosa, como si formara parte de algún coro perpetuamente inquisitivo: «¿Qué era lo que daba los golpes?»

—Primero pensé que era nuestro vecino, el carpintero —dijo Nellie Meehan—, porque a veces se quedaba hasta las tantas martilleando en el taller que tenía en el garaje, pero cuando miré por la ventana de la cocina vi que todo estaba a oscuras, aunque seguían oyéndose los golpes y a mí continuaba latiéndome el mismo dolor en el hombro. Me quedé en el cuarto de estar y traté de leer, pero debí de quedarme dormida, porque fue allí donde me encontró Clifford por la mañana, antes de irse a trabajar. Cuando desperté ya no se oían los golpes y me había desaparecido el dolor del hombro. El lechero nos trajo la carta con orla negra, contando lo que le había pasado a Lucas.

—No fue una carta —le contradijo Clifford. Invariablemente, en alguna fase del relato a Nellie se le escapaban inexactitudes como aquélla, porque improvisaba cualquier detalle que no recordara en el momento—, sino un telegrama. No podrían haber echado una carta al correo para que tú la recibieses la misma mañana.

—Un telegrama, entonces —aceptó Nellie Meehan—, que decía: Ven, Lucas muerto.

—Tiene que ser uno de tus tíos, le dije yo —intervino Clifford Meehan—. Le dije que no podía tratarse de Lucas, tan joven, que era maestro ebanista y de los mejores.

—Pero era Lucas —dijo Nellie—. Se había ahorcado aquella misma noche. Daphne, su hija, lo encontró en el ático. Imagínate.

—Se me pone la carne de gallina —susurró Dora Sutcliffe. Su mano, como independizada de su cuerpo, inmóvil y atento, se apoderó de un bizcocho de mantequilla.

—Fue la guerra —anunció de repente el primo Herbert con tono sepulcral, como si la voz misma se le hubiera oxidado por falta de uso—. No se conseguía madera a ningún precio.

—Bien, sea como fuere, eso es lo que pasó con Lucas —Clifford Meehan golpeó la pipa contra la rejilla de la chimenea y sacó la bolsa del tabaco—. Acababan de hacerle socio de la empresa de ebanistería donde trabajaba. Tan sólo unos días antes

de ahorcarse se quedó parado delante de donde estaban construyendo los nuevos apartamentos y le dijo a su antiguo jefe: «Me pregunto si llegarán alguna vez a terminarlos». La gente que habló con él aquella noche no le notó nada raro.

—Fue su mujer, Agnes —afirmó Nellie Meehan, agitando tristemente la cabeza mientras recordaba el fin de su desaparecido hermano, los ojos castaños tan apacibles como los de una vaca—. Tan cierto como si lo hubiera envenenado; nunca le dijo una palabra amable. Lo dejaba que se preocupara y se preocupara hasta que se ahorcó. Muy poco después vendió su ropa en una subasta y, con el dinero que consiguió y lo que él le había dejado, compró una confitería.

—¡Vaya! —resopló Dora Sutcliffe—. Siempre he dicho que había algo mezquino en Agnes. Se empeñaba en poner un pañuelo en el platillo del peso, y lo vendía todo unos cuantos peniques más caro que en los demás sitios. Hace sólo dos años que le compré un bollo para Navidad; la semana siguiente, cuando estaba en Halifax, comparé precios. El bollo de Agnes era media corona más caro.

Clifford Meehan aplastó el tabaco dentro de la pipa.

—Lucas estuvo con su hija Daphne en varios *pubs* aquella misma noche —dijo lentamente; también él había contado su parte de la historia innumerables veces, y en todas ellas le parecía como si se detuviera en aquel momento, anhelante, con la esperanza de que, de sus propias palabras, brotara una brizna de claridad para iluminar y explicar los hechos, tan manidos ya y tan desolados, de la desaparición de su cuñado—. Había subido al piso de arriba después de cenar, y cuando Daphne lo llamó desde abajo para salir juntos, tardó un par de minutos en aparecer, con la cara extrañamente hinchada, dijo Daphne después, y los labios amoratados. Pues bien, estuvieron en el Toro Negro tomándose unas cervezas, como acostumbraba a hacer Lucas los jueves por la noche y, al regresar a casa, se quedó primero un rato abajo, sentado con Daphne y con Agnes, pero luego colocó las manos en los brazos del sillón, se levantó apoyándose en ellas (recuerdo habérselo visto hacer cientos de veces) y dijo «Imagino que tengo que ir a prepararme». Daphne subió poco después y llamó a Agnes desde arriba para decirle: «Papá no está aquí». Luego empezó a subir las escaleras del sobrado. Y allí lo encontró, colgado de la viga, completamente muerto.

—Había un agujero en la viga del centro —dijo Nellie Meehan—. Lucas había colgado de allí un columpio para Daphne cuando era pequeña, y pasó por aquel mismo agujero la soga con la que se ahorcó.

—En el suelo encontraron marcas de pies arrastrados —señaló Clifford Meehan, con la objetiva frialdad del recorte amarillento de periódico, con fecha de nueve años atrás, que Nellie conservaba en el álbum familiar—; era el sitio donde Lucas había tratado de ahorcarse la primera vez, momentos antes de que saliera con Daphne para ir al *pub*, sólo que la cuerda era demasiado larga. Pero al volver la acortó lo suficiente.

—Me pregunto cómo pudo hacerlo —suspiró Dora Sutcliffe—. Y tampoco me

explico lo de mi cuñado Gerald.

—Sí, sí, Gerald era un hombre estupendo —se compadeció Nellie Meehan—. Fuerte y con un color de lo más sano, un hombre de lo más robusto que se pueda imaginar. ¿Qué hará Myra con la granja, ahora que falta él?

—Sólo Dios lo sabe —dijo Dora Sutcliffe—. Gerald se había pasado todo el invierno entrando y saliendo del hospital. Debido a los riñones. Myra contó que el médico acababa de decirle que tenía que volver, que todavía no estaba bien del todo. Y ahora Myra se ha quedado completamente sola. Su hija Beatrice se casó con uno que hace experimentos con vacas en África del Sur.

—A mí me sorprende que tu hermano Jalee lleve treinta años manteniéndose tan bien, Nellie —meditó en voz alta Clifford Meehan, volviendo a aquella sinfonía de fantasmas familiares, con toda la melancolía que puede tener la voz de un hombre a quien sus dos fornidos hijos han abandonado cuando ya es anciano, el uno por Australia y las granjas de ovejas, y el otro por el Canadá y una secretaria caprichosa llamada Janeen—. Con esa bruja que tiene por mujer y la única hija que aún le vive, Cora, los veintiocho años cumplidos ya, y tan insensible como una planta. Me acuerdo de cuando Jake vino a nuestra casa antes de casarse con Esther…

—Aquellos días brillan por encima de todos, con tantas conversaciones agudas y divertidas —le interrumpió Nellie Meehan, su sonrisa pálida y pensativa, como si ya se hubiera congelado en alguna vieja fotografía familiar.

—…, vino a nuestra casa, se dejó caer en el sillón y dijo: «No sé si me conviene casarme con Esther; tiene una salud muy delicada, siempre está hablando de enfermedades y hospitales». Efectivamente, una semana después ya estaban casados, y Esther en el hospital para una operación que a Jake le costó cien libras; esperó a estar casada, para que mi cuñado tuviera que pagar hasta el último penique.

—Toda la vida un esclavo de la fábrica de paños, eso es lo que ha sido mi hermano Jake —Nellie Meehan removió los fríos posos de su taza de té—. Y ahora tiene una fortuna y está dispuesto a ver mundo, pero Esther no quiere salir de casa; no hace más que estar sentada, riñendo a esa pobre tonta de Cora; ni siquiera ha querido llevarla a una institución donde viviría entre los que son como ella. Siempre tomando hierbas y pociones, eso es lo único que hace Esther. Cuando Gabriel venía de camino, el único normal de todos ellos, al que le funcionaba la cabeza, después de aquel Albert tan extraño que nació con la lengua mal puesta, Jake fue y le dijo a Esther, sin andarse por las ramas: «Si echas a perder a éste, te mato». Y luego una pulmonía se los llevó a los dos, bueno y malo, en menos de siete años.

Nellie Meehan volvió los ojos compasivos hacia las rojas ascuas de la chimenea como si allí brillaran los corazones de todos sus difuntos.

—Pero están esperando —su voz, al bajar, se convirtió en algo tan tranquilizador como una canción de cuna—. Vuelven —Clifford Meehan aspiró lentamente el humo de la pipa. El primo Herbert siguió completamente inmóvil; el fuego casi consumido dibujaba sus melancólicas facciones con violentas luces y sombras, como talladas en

piedra—. Lo sé —susurró Nellie Meehan casi hablando consigo misma—. Los he visto.

—¿Quieres decir —Dora Sutcliffe se estremeció al sentir el soplo de aire frío que se colaba por la ventana que tenía detrás— que has visto *fantasmas*, Nellie? —era una pregunta retórica; Dora Sutcliffe no se cansaba nunca de oír hablar a Nellie Meehan de sus intermitentes relaciones con el mundo de los espíritus.

—No se trata exactamente de fantasmas, Dora —dijo Nellie Meehan pausadamente, tan modesta y reservada como siempre sobre su extraño don—, sino de *presencias*. Me ha sucedido entrar en una habitación y sentir que había alguien allí, como si fuera una persona de carne y hueso. Y muchas veces me he dicho: «Sólo con que miraras un poco más *fijamente*, Nellie Meehan, los verías con toda claridad».

—¡Sueños! —la voz del primo Herbert había adquirido una dureza áspera—. ¡Sandeces!

Los otros siguieron hablando y gesticulando como si el primo Herbert no estuviera en el cuarto, como si sus palabras se perdieran en el aire.

Finalmente, Dora Sutcliffe hizo ademán de marcharse.

—Clifford te acompañará por el camino de Slack —dijo Nellie Meehan.

El primo Herbert se levantó sin decir una palabra más, los hombros encorvados, como bajo el peso de algún indecible dolor privado. Volvió la espalda al grupo sentado en torno al fuego y se dirigió hacia su cuarto, sus pasos resonando pesadamente en la escalera.

Nellie Meehan acompañó a Dora Sutcliffe y a su marido hasta la puerta y los despidió con la mano mientras avanzaban entre ráfagas de viento y girones de niebla. Luego permaneció un minuto en el umbral, viendo cómo aquellas dos siluetas desaparecían en la oscuridad y sintiendo que un frío más mortal que cualquier cuchillada se le metía en la médula de los huesos. A continuación cerró la puerta y volvió a la sala de estar para recoger la mesa del té, pero, al entrar en la habitación, se detuvo, sobrecogida. Delante del sofá con tapicería floreada, estaba suspendida, a unos cuantos centímetros por encima del suelo, una columna de claridad, no tanto la encarnación de una luz en el aire como un borrón delante de un fondo familiar, una zona empañada que se extendía a lo largo del sofá, del aparador de caoba situado detrás, y del empapelado de la pared con su dibujo de rosas y nomeolvides. Mientras Nellie Meehan lo contemplaba, la mancha empezó a adquirir una forma vagamente familiar, de pálidas facciones, solidificándose como hielo en el aire brumoso hasta adquirir la misma consistencia que Nellie Meehan, que permaneció inmóvil, sin parpadear, con la mirada totalmente fija en la brillante aparición.

—Sé quién eres, Maisie Edwards —dijo con entonación suave, conciliadora—. Estás buscando a tu Katherine. Pero no la vas a encontrar. Ya no vive aquí, sino en Todmorden.

Y luego, casi excusándose, Nellie Meehan volvió la espalda a la forma que brillaba débilmente, y que seguía suspendida en el aire, para recoger y lavar el

servicio de té antes que Clifford regresara. Y estaba sintiendo ya una extraña nueva claridad mental cuando reparó en la mujer, rolliza y diminuta, recostada muy tiesa, la boca abierta, los ojos fijos, completamente inmóvil en la mecedora junto a la mesa del té. Al mismo tiempo que la dominaba el asombro, Nellie Meehan sintió que el frío invasor se apoderaba del último refugio de su corazón; con un suspiro que no fue más que una lenta expiración, comprobó que el delicado dibujo azul de sauces que decoraba el plato se hacía claramente visible a través de su propia mano translúcida, al tiempo que oía a su espalda, como si resonara a lo largo de un corredor abovedado, por el que circulaban expectantes sombras murmuradoras, una voz que la saludaba como lo haría una anfitriona satisfecha que ha esperado mucho tiempo a un huésped impuntual:

—Vaya —dijo Maisie Edwards—, ya iba siendo hora, Nellie.

El águila de quince dólares

Hay otros establecimientos en Madigan Square donde hacen tatuajes, pero ninguno de ellos puede compararse con el de Carmey, porque Carmey es un auténtico poeta con la aguja y el tinte; un artista con un corazón como un piano. Todo el mundo, sin excepción —los chicos, los vagabundos del puerto, las parejas de fuera de la ciudad que van de camino para tomarse una cerveza—, echan el freno delante de la tienda de Carmey, para pegar la nariz al escaparate. Si tienes un sueño, explica Carmey, aunque es verdad que lo hace sin decir una palabra, si tienes una rosa en el corazón, un águila en el músculo, al dulce Jesús en persona, ven a mí. Lleva el corazón sobre la piel en esta vida, soy la persona capaz de hacerlo realidad. Perros, lobos, caballos y leones para el amante de los animales. Para las señoras, mariposas, aves del paraíso, sonrientes o llorosas cabezas de bebé, lo que prefieran. Rosas, de todas clases, grandes, pequeñas, capullos todavía o completamente abiertas, rosas con un nombre en un pergamino, rosas con espinas, rosas con cabezas de muñecas de porcelana que sobresalen en el centro exacto, pétalos rosados, hojas verdes, convenientemente resaltadas por una línea de color negro plomo. Serpientes y dragones para Frankenstein. Sin olvidarse de las chicas de los rodeos, de las que bailan el hula-hula, de las sirenas y de las reinas del cine, con pezones color de rubí o completamente desnudas, según los deseos del cliente. Si se tiene una espalda disponible, ahí está Cristo en la cruz, un ladrón a cada lado y por encima ángeles a izquierda y derecha sosteniendo un cartel en el que se lee «Monte Calvario» en caligrafía inglesa antigua, tan cerca del original como el amarillo lo está del oro.

Desde fuera los mirones señalan con el dedo las imágenes multicolores pegadas a las tres paredes de la tienda de Carmey, desde el techo hasta el suelo. Murmuran como en una escena de populacho, y se les oye a través del cristal:

—¡Cariño, fíjate en esos pavos reales!

—Es de locos pagar por tatuajes. Sólo pagué por uno que tengo, una pantera en el brazo.

—Necesitas un corazón, ya le diré yo dónde al que hace los tatuajes.

Veo por vez primera a Carmey en acción gracias a mi acompañante habitual, Ned Bean. Recostado en una pared de corazones y flores, a la espera de clientes, Carmey mata el tiempo con un tal señor Tomolillo, persona extraordinariamente pequeña, con una chaqueta de lana que cubre sus hombros inexistentes sin la menor intención de sentarle bien o de reformar su silueta. La chaqueta tiene un dibujo a base de cuadrados marrones del tamaño de paquetes de cigarrillos, cada cuadrado vigorosamente enmarcado en negro. Podría servir para jugar a tres en raya. Un sombrero marrón de fieltro le abraza la cabeza por encima de las cejas como si se tratara del sombrerete de una seta. Tiene el rostro fino, ensimismado y triangular de una mantis religiosa. Cuando Ned me presenta, el señor Tomolillo se dobla por la cintura en una reverencia tan precisa como el sutil bigotito que adorna su labio

superior. No puedo por menos de admirar esa reverencia: la tienda está tan llena de cosas que apenas hay sitio para que los cuatro permanezcamos de pie, y se diría que, al menor movimiento, codos y rodillas van a tropezar con algo.

Todo el local huele a pólvora y a algún antiséptico combustible. A lo largo de la pared del fondo se alinean, de izquierda a derecha, la mesa de trabajo de Carmey, agujas eléctricas enganchadas a un estante por encima de una bandeja giratoria donde descansan tarros de tinte, la silla giratoria de Carmey frente al escaparate, una silla recta delante de la de Carmey, para el cliente, una papelera y un cajón de embalaje de color naranja lleno de pedazos de papel y trozos de lápices. En la parte delantera de la tienda, junto a la puerta de cristal, hay otra silla recta, con el gran cartel del Monte Calvario apoyado en ella, y, sobre una desvencijada mesa de madera, un fichero de cartón. Entre los bebés y las margaritas de la pared, encima del sillón de Carmey, cuelgan dos descoloridos daguerrotipos de color sepia que representan el torso de un muchacho, de frente y de espaldas. Desde lejos parece que lleva una camisa negra de encaje y mangas largas muy ajustadas. Pero de cerca se advierte que está desnudo, cubierto únicamente por una enredadera de tatuajes.

En un recorte amarillento de un antiquísimo rotograbado, orientales de ambos sexos, sentados con las piernas cruzadas sobre cojines con borlas, dan la espalda a la cámara con la piel bordada de dragones de siete cabezas, cordilleras, cerezos y cataratas. «Esas personas están completamente en cueros», señala la propaganda. «Son de una sociedad que exige tatuajes para ser miembro. A veces el costo de un trabajo completo sobrepasa los trescientos dólares». A su lado está colocada una foto de la cabeza de un calvo con los tentáculos de un pulpo rodeando desde detrás la parte superior del cuero cabelludo.

—Imagino que esas pieles, extendidas sobre una tabla —dice el señor Tomolillo— serían más valiosas que muchos cuadros.

Pero el muchacho de los tatuajes y los selectos orientales del rotograbado no aventajan en nada al mismo Carmey, que es un vivo anuncio de su arte: una goleta con todas las velas desplegadas sobre un océano de pétalos de rosas y hojas de acebo en el bíceps derecho, Gypsy Rose Lee moviendo su musculoso vientre en el izquierdo, antebrazos repletos de corazones, estrellas, anclas, números de la suerte y pergaminos, de borrosos bordes de color añil, llenos de nombres, con lo que su persona entera adquiere la apariencia de un tebeo abandonado en la calle durante un chaparrón dominical. Admirador del Salvaje Oeste, se rumorea que Carmey tiene, desde las clavículas hasta el ombligo, el tatuaje de un potro encabritado con un vaquero encima, tan pegajoso como un cardo, bien sujeto a la silla de montar. Pero es posible que se trate de una simple fábula, inspirada por su costumbre de ponerse botas de cuero estampadas, típicas de los vaqueros, con primorosos tacones, y un cinturón a lo Bill Hickock, adornado con piedras rojas, para sostener los pantalones negros, de recia tela de algodón, que lleva siempre. Los ojos de Carmey son azules. Un azul en modo alguno inferior al del cielo de Texas del que tantos elogios se hacen.

—Llevo dieciséis años con esto —dice Carmey, recostándose sobre la pared que es como un libro ilustrado— y se puede decir que todavía estoy aprendiendo. Mi primer trabajo lo hice en Maine, durante la guerra. Se enteraron de que hacía tatuajes y me llamaron a una guarnición del Cuerpo Militar Femenino…

—¿Para *tatuarlas*? —le pregunto.

—Para tatuarles los números, ni más ni menos.

—¿No hubo alguna que se *asustara*?

—Sí, claro que sí. Pero otras volvieron. Un día se presentaron dos para que las tatuara. Pero antes carraspearon y vacilaron.

»—Vamos a ver —les dije—, ya estuvisteis aquí el otro día y sabéis lo que queréis, de manera que ¿cuál es el problema?

»—El problema no es lo que queremos sino dónde lo queremos —me empieza a decir una de ellas.

»—Si sólo se trata de eso, os podéis fiar de mí —les explico—. Soy como un médico, ¿me entendéis lo que quiero decir? Trabajo con tantas mujeres que eso no significa nada para mí.

»—Bien, pues yo quiero tres rosas —dice la primera—; una en el estómago y las otras dos en los carrillos del trasero.

De manera que también la otra hace de tripas corazón, ya saben lo que pasa, y me pide una rosa…

—¿Pequeñas o grandes? —el señor Tomolillo no deja escapar ni un solo detalle.

—Como ésas de ahí —Carmey señala en la pared una postal con rosas, cada flor del tamaño de una col de Bruselas—. Las más grandes que se hacen. De manera que les tatué las rosas y les dije:

»—Os rebajo diez dólares si volvéis y me las enseñáis cuando se os hayan caído las costras.

—¿Volvieron? —quiere saber Ned.

—Ya lo creo que sí —Carmey expele un anillo de humo que se inmoviliza, tembloroso, en el aire a medio metro de su nariz, convertido en la vaporosa silueta azul de una rosa centifolia.

—¿Quieres saber de una ley que es una locura? —pregunta—. Te puedo hacer un tatuaje en cualquier sitio —me mira de arriba abajo con gran atención—; donde te apetezca. En la espalda. En el trasero —baja los párpados, y cualquiera pensaría que está rezando—. Los pechos. En cualquier sitio menos en la cara, las manos y los pies.

—¿Es una ley *federal*?

Carmey asiente con la cabeza.

—Sí, señor: una ley federal. Tengo una persiana —señala con el dedo gordo la veneciana polvorienta recogida en lo alto del escaparate—. Bajo esa persiana y de manera privada puedo trabajar en cualquier parte del cuerpo. A excepción de la cara, las manos y los pies.

—Apuesto a que es porque *se ven* —digo yo.

—Claro. Piensa en el ejército, cuando los soldados hacen la instrucción. Tendrían un aspecto muy raro. La cara y las manos destacarían, no podrían tapárselas.

—Como quiera que sea —interviene el señor Tomolillo—, me parece una ley escandalosa, totalitaria. En cualquier democracia debería haber libertad en materia de adorno personal. Quiero decir que si una señora *quiere* una rosa en el revés de la mano, yo pienso…

—Que debería poder tatuársela —termina Carmey con calor—. La gente debe poder tener lo que quiera, a costa de lo que sea. Sin ir más lejos, el otro día tuve aquí a una damita —Carmey coloca la palma de la mano a poco más de un metro cincuenta del suelo—, así de alta. Quería el Calvario completo en la espalda, y se lo hice. Me llevó dieciocho horas.

Contemplo a ladrones y ángeles en el cartel del Monte Calvario con cierto escepticismo.

—¿No tuviste que reducirlo un poco?

—No.

—¿Ni suprimir un ángel? —se asombra Ned—. ¿O un poco del primer término?

—Nada en absoluto. Un trabajo de treinta y cinco dólares a todo color, ladrones, ángeles, inglés antiguo…, sin que faltara un solo detalle. Se marchó de la tienda más contenta que unas pascuas. No son muchas las damas de su tamaño con un Calvario a todo color en la espalda. Sí, claro, copio fotos que trae la gente, copio estrellas de cine. Hago lo que quieren. Tengo dibujos que no pongo en la pared por no ofender a algún cliente. Os los voy a enseñar —Carmey abre el fichero de cartón que está sobre la mesa en la parte delantera de la tienda—. La parienta tiene que limpiar esto —dice —. Está hecho un asco.

—¿Le ayuda su esposa? —le pregunto interesada.

—¿Laura? Se pasa la mayor parte del día en la tienda —por alguna razón Carmey suena de repente tan solemne como un monje en domingo. Me pregunto si la utiliza como reclamo: Laura, la Dama Tatuada, una obra maestra viviente, dieciséis años de trabajo. Ni un solo trozo blanco en ella, señoras y caballeros…, examínenla todo lo que quieran—. Tendrías que venir por aquí de vez en cuando y hacerle compañía, le gusta hablar —está buscando en el cajón, sin llegar a sacar nada, cuando se detiene de pronto y se queda tan rígido como un perro de muestra.

Un mozarrón se ha detenido en el umbral.

—¿Qué se le ofrece? —Carmey da un paso hacia adelante, ejerciendo de maestro.

—Quiero el águila que me enseñó el otro día.

Ned, el señor Tomolillo y yo nos aplastamos contra las paredes laterales para que el recién llegado se sitúe en el centro del local. Debe de ser marinero, aunque lleve chaquetón y camisa de lana a cuadros. Su cabeza romboidal, con el máximo de anchura entre las orejas, se estrecha hasta alcanzar una reducida meseta de pelo negro muy corto.

—¿La de nueve o la de quince dólares?

—La de quince.

El señor Tomolillo deja escapar un suspiro de amable admiración.

El marinero se instala en el asiento frente a la silla giratoria de Carmey, se desembaraza del chaquetón, se desabrocha el puño izquierdo de la camisa y empieza a remangarse muy despacio.

—Ponte aquí mismo —me dice Carmey en voz baja y cargada de promesas—, donde puedas verlo todo. Seguro que nunca has presenciado un tatuaje.

Trato de ocupar el menor espacio posible y me siento en el rincón a la izquierda de la silla de Carmey, sobre la caja llena de papeles, con tanto cuidado como se coloca una gallina sobre sus huevos.

Carmey revuelve en el fichero de cartón y esta vez extrae un trozo cuadrado de plástico.

—¿Es ésta?

El marinero contempla el águila punteada sobre el plástico. Luego dice:

—Esa misma —y se la devuelve a Carmey.

—Mmmm —murmura el señor Tomolillo, en honor del buen gusto del marinero.

—Es un águila espléndida —dice Ned.

El marinero se yergue con cierto orgullo. Carmey, que ha empezado a bailar a su alrededor, le coloca sobre el regazo un trozo de tela de saco con manchas oscuras, prepara sobre la mesa de trabajo una esponja, una navaja de afeitar, varios tarros con etiquetas emborronadas y un cuenco con antiséptico, y lo hace con tantos remilgos como un gran sacerdote que afilara el machete para sacrificar al ternero cebado. Todo tiene que estar exactamente en su sitio. Finalmente, Carmey se sienta. El marinero extiende el brazo derecho y Ned y el señor Tomolillo se acercan por detrás, Ned inclinándose sobre el hombro derecho y el señor Tomolillo sobre el izquierdo. Yo, a la altura del codo de Carmey, disfruto de un lugar privilegiado.

Con un rápido y certero movimiento de la navaja barbera, Carmey desembaraza el antebrazo de su tupido vello negro; luego limpia el borde de la hoja con el pulgar, y los pelos segados caen al suelo. A continuación unge la zona de carne que queda al descubierto con vaselina de un tarrito situado sobre la mesa.

—¿Le han tatuado antes?

—Sí —el marinero no es muy hablador—. Una vez —sus ojos están ya perdidos en algo situado más allá de la cabeza de Carmey, a través de las paredes y del aire transparente, olvidado de las cuatro personas que ocupamos la habitación.

Carmey rocía de polvo negro la superficie del cuadrado de plástico y lo frota para que penetre por los agujeros. La silueta del águila se oscurece. Con un movimiento rápido, Carmey aprieta el lado empolvado del cuadrado de plástico contra el brazo engrasado del marinero. Cuando lo retira, con la misma facilidad con que se quita la camisa a una cebolla, la silueta de un águila, con las alas extendidas, las garras preparadas para la acción, nos mira, con gesto desaprobador, desde el brazo del marinero.

—¡Ah! —el señor Tomolillo se balancea hacia atrás sobre sus tacones de corcho y lanza una mirada de complicidad a Ned, que levanta las cejas en señal de aprobación. El marinero se permite un leve movimiento del labio. Tratándose de él resulta tan expresivo como una sonrisa.

—Ahora —Carmey toma de lo alto una de las agujas eléctricas, empuñándola como el prestidigitador saca el conejo del sombrero—, voy a mostrarles cómo convertimos un águila de nueve dólares en otra de quince.

Aprieta el botón de la aguja. No sucede nada.

—Vaya —suspira—, no funciona.

—¿Otra vez? —gime el señor Tomolillo.

Entonces Carmey se da cuenta de algo, ríe y gira un conmutador en la pared que tiene detrás. Esta vez, cuando aprieta el botón, la aguja zumba y despide chispas azules.

—No la había conectado, eso era lo que le pasaba.

—Gracias a Dios —dice el señor Tomolillo.

Carmey llena la aguja de tinte negro en un tarro situado en la bandeja giratoria.

—El águila de nueve dólares —Carmey dirige la aguja hacia el extremo del ala derecha— que sólo es negra y roja, se convierte, por seis dólares más, en una combinación de cuatro colores, que es lo que vais a tener ocasión de ver —la aguja avanza por las líneas marcadas con el polvo—: negro, verde, marrón y rojo. Hoy estamos sin azul; de lo contrario serían cinco colores —la aguja salta y rebota como una taladradora, pero la firmeza de la mano de Carmey emula a la de un cirujano—. ¡Cómo me gustan las águilas!

—Yo diría que vives de las águilas del Tío Sam —apunta el señor Tomolillo.

Tinta negra resbala por la curva del brazo del marinero y cae en la lona del tieso delantal de matarife, cubierto de manchas, que le cubre el regazo, pero la aguja sigue su camino, esculpiendo las plumas del ala desde la punta hasta la raíz. Brillantes perlas rojas surgen entre la tinta, burbujas de sangre de corazón que manchan la corriente negra.

—La gente se queja —Carmey habla con voz monótona—. Semana tras otra recibo la misma queja: ¿Qué novedades tienes? No queremos el mismo tipo de águila, rojo y negro. De manera que preparo esta mezcla. Esperad un momento y lo veréis. Un águila de colores compactos.

El águila está desapareciendo bajo una nube de tormenta cada vez mayor, creada por la tinta negra. Carmey se detiene, introduce la aguja en el cuenco de antiséptico y un géiser blanco sube hasta la superficie desde el fondo del cuenco. Luego hunde una gran esponja redonda de color canela en el cuenco y limpia la tinta del brazo del marinero. El águila reaparece bajo la tinta ensangrentada, una silueta en relieve sobre la piel en carne viva.

—Ahora vais a ver algo que merece la pena —Carmey mueve la bandeja giratoria hasta que tiene el tarro de tinte verde bajo el pulgar, y entonces toma otra aguja de la

estantería.

El marinero, desde detrás de sus ojos, se ha marchado a algún sitio del Tíbet, de Uganda o de las islas Barbados, a algún lugar que está a una distancia de océanos y continentes de las gotas de sangre que saltan en la estela de las anchas líneas verdes que Carmey dibuja en la sombra de las alas del águila.

Más o menos en ese momento me invade una extraña sensación. Del brazo del marinero se eleva un intenso perfume dulzón. Los ojos se me desvían de la mezcla de rojo y verde y me descubro mirando fijamente el cubo para desechos situado a mi izquierda. Mientras contemplo el montón de envolturas de caramelos, colillas de cigarrillos y arrugados pañuelos de papel con manchas como de barro, Carmey arroja encima otro pañuelo, manchado de rojo brillante. Detrás de las cabezas en silueta de Ned y del señor Tomolillo, las panteras, las rosas y las damas de pezones encarnados me hacen guiños y tiemblan. Si caigo hacia adelante o hacia la derecha, golpearé a Carmey en el codo, haré que le clave la aguja al marinero y echaré a perder una estupenda águila de quince dólares además de poner en ridículo a todo el sexo débil. La única alternativa es zambullirme en el cubo de papeles ensangrentados.

—Ahora voy a empezar con el marrón —anuncia Carmey a gritos a un kilómetro de distancia, y mis ojos se fijan de nuevo en el brazo del marinero, sobre el que brilla la sangre—. Cuando la piel cicatrice, los colores del águila se combinarán entre sí, como en un cuadro.

El rostro de Ned es un garabato de tinta china sobre una colcha hecha con retazos de siete colores.

—Voy a… —mis labios se mueven, pero no producen ningún sonido.

Ned se dirige hacia mí, pero, antes de que llegue, la habitación se apaga como se apaga una luz.

Cuando recobro el conocimiento estoy mirando, con los ojos de rayos X de un ángel, la tienda de Carmey desde una nube, y oyendo el diminuto sonido de una abeja que escupe fuego azul.

—¿Le ha afectado la sangre? —es la voz de Carmey, débil y distante.

—Está blanca como el papel —dice el señor Tomolillo—. Y mira de una manera extraña.

Carmey le pasa algo al señor Tomolillo.

—Que huela esto —el señor Tomolillo le pasa algo a Ned—. Pero no demasiado.

Ned me acerca algo a la nariz.

Aspiro y enseguida estoy sentada en la silla de la parte delantera de la tienda, con el Monte Calvario por respaldo. Aspiro de nuevo. Nadie parece enfadado, así que no debo de haber tropezado con la aguja de Carmey. Ned está enroscando la tapa de un frasquito que contiene un líquido amarillo. Sales aromáticas de Yardley.

—¿Lista para volver? —el señor Tomolillo señala amablemente al cajón de color naranja, ahora abandonado.

—Casi —el instinto me advierte con toda claridad sobre la conveniencia de ganar

tiempo—. ¿También *usted* se ha hecho tatuar? —el señor Tomolillo es tan bajo que se lo susurro al oído.

Bajo el ala, como de seta, de su sombrero de fieltro mi interlocutor levanta los ojos al cielo.

—¡Válgame Dios, no! Sólo estoy aquí por una cuestión de muelles. Los muelles de la máquina del señor Carmichael tienen cierta tendencia a romperse a mitad de un cliente.

—Qué desagradable.

—Por eso me encuentro aquí. Estamos probando un muelle nuevo, mucho más recio. Ya sabe usted lo deprimente que resulta, cuando se está en el sillón del dentista, con la boca llena de chismes…

—¿Bolas de algodón y sifoncitos metálicos…?

—Eso mismo. Y en medio de todo eso el dentista se da la vuelta —el señor Tomolillo gira a medias la espalda a modo de ejemplo y aparece en su rostro una expresión sigilosa y malévola—, y durante diez minutos enreda en un rincón con la maquinaria, sin que se sepa lo que está haciendo —el rostro del señor Tomolillo se alisa como la ropa bajo la plancha—. Ése es el motivo de mi presencia aquí, un muelle más resistente. Un muelle que no deje al cliente compuesto y sin novia.

Ya estoy otra vez en condiciones de volver a ocupar mi asiento de honor en el cajón naranja. Carmey acaba de terminar con el marrón y durante mi ausencia las tintas se han mezclado. Sobre la piel afeitada, el águila herida se hincha en furia tricolor, las garras violentamente curvas, como ganchos de carnicero.

—Creo que podemos enrojecer un poco el ojo.

El marinero asiente con una inclinación de cabeza, y Carmey retira la tapa de un tarro de tinte con color de salsa de tomate. En cuanto deja de trabajar con la aguja, la piel del tatuado lanza sus cuentas de sangre, que brotan no sólo de la negra silueta del ave, sino de todo su cuerpo raspado y semejante a un arcoiris.

—El rojo —dice Carmey— aviva de verdad las cosas.

—¿Conserva usted la sangre? —pregunta de pronto el señor Tomolillo.

—Se me ocurre —dice Ned— que quizá podrías llegar a un acuerdo con la Cruz Roja.

—¡Más bien con un banco de sangre! —las sales aromáticas me han dejado la cabeza tan clara como un día sin nubes en Monadnock—. Sólo hay que poner una palanganita en el suelo para recoger lo que gotea.

Carmey está reforzando el ojo encarnado del águila.

—Nosotros, los vampiros, no compartimos nuestra sangre —el ojo del águila se enrojece, pero todavía no hay manera de distinguir entre sangre y tinta—. Ustedes no han oído nunca de un vampiro que lo haga, ¿no es cierto?

—Nooo… —admite el señor Tomolillo.

Carmey inunda de rojo la carne de detrás del águila, y el ave terminada queda suspendida en un cielo rojo, nacida y bautizada en la sangre de su dueño.

El marinero regresa de lugares desconocidos.

—¿Le parece bien? —con la esponja Carmey limpia el águila de la sangre que difumina los colores, del mismo modo que un artista que trabaja sobre una acera puede soplar el polvo de las pinturas al pastel utilizadas para un dibujo de la Casa Blanca o de Liz Taylor o de la perra Lassie.

—Siempre digo —señala el marinero sin dirigirse a nadie en particular— que si alguien se hace un tatuaje, que se lo haga bueno. Sólo lo mejor —contempla el águila, que ha empezado otra vez a sangrar a pesar de los esfuerzos de Carmey con el algodón. Se produce una pequeña pausa. Carmey está esperando algo y no es dinero —. ¿Cuánto costaría escribir Japón debajo?

Carmey sonríe complacido.

—Un dólar.

—Ponga Japón, entonces.

Carmey marca las letras sobre el brazo del marinero, con adornos especiales para el gancho de la J, la curva de la P y la N final, una carta de amor al Oriente conquistado por el águila. Luego llena la aguja de tinte y empieza con la J.

—Tengo entendido —observa el señor Tomolillo, con su nítida voz de profesor— que el Japón es un emporio del tatuaje.

—No cuando estuve yo allí —dice el marinero—. Está prohibido.

—¡Prohibido! —exclama Ned—. ¿Por qué razón?

—Ahora piensan que es una costumbre bárbara —Carmey no levanta los ojos de la O, mientras la aguja responde como un cimarrón ya domado bajo su pulgar magistral—. Hay profesionales, por supuesto. Trabajan a escondidas. Siempre pasa —pone el último rasgo a la N y seca con la esponja los manantiales de sangre que parecen empeñados en oscurecer sus hábiles líneas—. ¿Era eso lo que quería?

—Precisamente eso.

Carmey dobla varios pañuelos de papel para formar un vendaje rudimentario y lo aplica sobre el águila y sobre Japón. Con la eficacia de una dependienta que envuelve un regalo, lo fija con cinta adhesiva.

El marinero se pone en pie y se enfunda el chaquetón. Varios colegiales, larguiruchos, de tez pálida marcada de espinillas, se amontonan en el umbral, contemplando la escena. Sin decir una palabra, el marinero saca la cartera y retira dieciséis billetes de dólar de un fajo verde. Carmey guarda el dinero en su billetero. Cuando sale el marinero, los colegiales retroceden para dejarle paso.

—Espero que no le haya importado mi mareo.

Carmey sonríe.

—¿Por qué cree que tengo tan a mano esas sales? Se me han desmayado hombres como castillos. Los traen sus compañeros y no saben cómo escaparse. He tenido tipos devolviendo hasta la primera papilla.

—Nunca le había pasado una cosa así —me defiende Ned—. Ha visto sangre de todas clases. Partos, corridas de toros, otras cosas por el estilo.

—Estaba nerviosa —Carmey me ofrece un cigarrillo, que acepto; él coge otro, Ned también, mientras que el señor Tomolillo dice «no, muchas gracias»—. Estaba en tensión, ése ha sido el motivo.

—¿Cuánto cuesta un corazón? —La pregunta viene de un muchacho, con una chaqueta de cuero negro, que acaba de entrar en la tienda. Sus compañeros se dan codazos y dejan escapar risas ásperas que son como ladridos de cachorros. Bajo el punteado azul de su acné el chico sonríe y se ruboriza al mismo tiempo—. Un corazón con una tira de pergamino debajo y un nombre escrito dentro.

Carmey se echa para atrás en la silla giratoria y se mete los pulgares en la cintura. El pitillo se le bambolea sobre el labio inferior.

—Cuatro dólares —dice sin pestañear.

—¿Cuatro dólares? —la voz del chico se eleva hasta quebrarse en estridente incredulidad. Los otros dos también murmuran entre sí y se agitan inquietos.

—En el apartado de corazones no trabajamos por menos de tres dólares —Carmey no hace concesiones a los agarrados. Si quieres una rosa, si quieres un corazón en esta vida, lo tienes que pagar, y pagarlo a conciencia.

El muchacho vacila delante de los carteles con corazones que decoran la pared, corazones rosados, exuberantes, corazones atravesados por dardos, corazones en el centro de guirnaldas de botones de oro.

—¿Cuánto por sólo un nombre? —pregunta el chico, atemorizado, con un hilo de voz.

—Un dólar —el tono de Carmey es estrictamente comercial.

El chico extiende la mano izquierda.

—Póngame Ruth —traza una línea imaginaria sobre la muñeca izquierda—. Aquí…, para taparlo, si quiero, con un reloj de pulsera.

Sus dos amigos ríen a carcajadas desde el umbral.

Carmey señala con la mano a la silla recta y deja el cigarrillo a medio fumar en la bandeja giratoria, entre dos tarros de tinte. El chico se sienta, los libros de texto en equilibrio sobre el regazo.

—¿Qué sucede si se quiere cambiar el nombre? —pregunta el señor Tomolillo al mundo en general—. ¿Se tacha el primero y se escribe el siguiente más arriba?

—Se puede —sugiere Ned— llevar el reloj sobre el antiguo de manera que sólo se vea el nuevo.

—Y luego un reloj más —digo yo—, cuando haya un tercer nombre.

—Y acabar con el brazo cubierto de relojes hasta el hombro —asiente el señor Tomolillo.

Carmey está afeitando los escasos pelos ralos que crecen en la muñeca de su nuevo cliente.

—Te están tomando el pelo a conciencia.

El chico se mira la muñeca con una sonrisa tímida e insegura, una sonrisa que quizá no sea más que el sustituto público de las lágrimas. Con la mano derecha sujeta

los libros para evitar que se le escurran.

Carmey termina de marcar R-U-T-H en la muñeca del muchacho y empuña la aguja sin utilizarla aún.

—Te va a echar una bronca cuando lo vea.

Pero el chico le hace un gesto con la cabeza para que siga.

—¿Por qué? —pregunta Ned—. ¿Por qué tendría que echarle una bronca?

—¡Mira que ir y hacer que te tatúen! —Carmey imita una melindrosa repugnancia—. ¡Y sólo el nombre! ¿Es *eso* todo lo que te importo? Querría rosas, pájaros, mariposas… —la aguja se clava un segundo y el muchacho se estremece como un potro—. Y si te tatuaras todo eso para complacerla, las rosas y todo lo demás…

—Pájaros y mariposas —añade el señor Tomolillo.

—…, diría, tan seguro como que la tierra es redonda: ¿A quién se le ocurre ir y gastarse todo ese dinero? —Carmey limpia la aguja haciéndola funcionar dentro del cuenco de antiséptico—. Con una mujer siempre se llevan las de perder —unas insignificantes gotitas de sangre surgen junto a las cuatro letras, letras tan negras y tan corrientes que apenas se nota que son tatuaje y más bien parecen marcadas a tinta con una pluma. Carmey sujeta con esparadrapo una estrecha tira de kleenex sobre el nombre. La operación, en total, dura menos de diez minutos.

El muchacho se saca un arrugado billete de dólar del bolsillo trasero. Sus amigos le palmean amistosamente en el hombro y los tres, al intentar salir al mismo tiempo, se dan codazos, se empujan y se pisan. Varios rostros, que adquieren palidez de lapas al pegarse al cristal del escaparate, acaban desapareciendo al fijarse en ellos la mirada de Carmey.

—No tiene nada de extraño que no quiera un corazón el chico ése: no sabría qué hacer con él. Volverá la semana que viene pidiendo una Betty o una Dolly o cualquier cosa por el estilo, y si no al tiempo —suspira, se acerca al fichero de cartón, saca un montón de esas fotografías que no coloca en las paredes y nos las va pasando—. Hay una que no tengo y me gustaría mucho —Carmey se recuesta en la silla giratoria y apoya las botas de vaquero en una caja de cartón—. Me refiero a la mariposa. Tengo fotografías de la caza del conejo. Tengo fotografías de señoras con serpientes enroscadas en las piernas y penetrándolas, pero podría ganar un montón de dinero si tuviera una fotografía de la mariposa en una mujer.

—¿Alguna mariposa de un tipo extraño que nadie quiere? —Ned lanza una mirada en la dirección aproximada de mi estómago como si se tratara de un pergamino de calidad superior y susceptible de venta.

—No se trata del qué, sino del dónde. Un ala en la parte delantera de cada muslo. ¿No han notado cómo las mariposas, cuando están posadas en una flor, mueven las alas, aunque sea muy poco? Bien; pues con cada movimiento que hace una mujer, esas alas parecen entrar y salir, entrar y salir. Me gustaría tanto tener una fotografía de eso que prácticamente haría la mariposa gratis.

Jugueteo por un momento con la idea de una mariposa dorada de Nueva Guinea, alas extendidas desde el hueso de la cadera hasta la rótula, diez veces ampliada, pero la abandono enseguida. Menudo problema si me cansara de mi piel antes que del vestido del año pasado.

—Muchas mujeres *piden* una mariposa en ese sitio preciso —continúa Carmey—, pero ¿saben lo que pasa? Ninguna quiere que se le haga una fotografía una vez terminado el trabajo. Ni siquiera de la cintura para abajo. No crean que no lo he preguntado. Cualquiera pensaría, por cómo reaccionan ante el simple hecho de mencionarlo, que hasta el último ciudadano de los Estados Unidos las reconocería.

—¿No podría complacerle su mujer? —aventura tímidamente el señor Tomolillo —. ¿Convertirlo en un asunto de familia?

El rostro de Carmey se ensombrece.

—No —mueve la cabeza, y hay en su voz el peso de un asombro y un pesar antiguos—. No; Laura no quiere ni oír hablar de la aguja. Antes me consolaba pensando que acabaría acostumbrándose con el tiempo, pero no hay nada que hacer. A veces logra que me pregunte por qué demonios me dedico a esto. Laura sigue tan blanca como el día en que nació. La verdad es que *aborrece* los tatuajes.

Hasta este momento he estado anticipando, neciamente, visitas íntimas a Laura en casa de Carmey. Me imaginaba una Laura esbelta y flexible, con una mariposa dispuesta para el vuelo en cada pecho; rosas floreciéndole en las nalgas; en la espalda un dragón guardián de tesoros y Simbad el Marino en seis colores sobre el vientre: una mujer con Experiencia escrita por todo el cuerpo, una mujer con mucho que enseñar. Tendría que haber sido más realista.

Los cuatro estamos hundidos en una espesa niebla de humo de cigarrillos, sin decir una palabra, cuando una mujer regordeta y musculosa entra en la tienda, seguida de cerca por un hombre de cabellos grasientos y una expresión sombría y desafiante. La mujer está envuelta hasta la barbilla en un abrigo de paño color azul eléctrico; un pañuelo fucsia le cubre toda la cabeza excepto el copete de sus centelleantes cabellos rubios. Se sienta en la silla junto al escaparate sin preocuparse por el Monte Calvario y fija su mirada en Carmey. Su acompañante se coloca a su lado y también mira con severidad a Carmey, como si esperase que se diera a la fuga sin el menor preámbulo.

Hay un momento de intenso silencio.

—Vaya —dice Carmey, lleno de amabilidad—, aquí tenemos a la Esposa.

Contemplo por segunda vez a la recién llegada y abandono la comodidad del cajón de embalaje junto al codo de Carmey. A juzgar por su postura de perro guardián, concluyo que el desconocido es el hermano de Laura o su guardaespaldas o un detective privado de tres al cuarto. El señor Tomolillo y Ned se dirigen hacia la puerta sin ponerse previamente de acuerdo.

—Tenemos que irnos —murmuro, puesto que nadie parece inclinado a hablar.

—Saluda a estas personas, Laura —suplica Carmey, la espalda contra la pared.

No puedo por menos de sentirlo por él, de avergonzarme incluso un poco. Ha perdido el vigor, la alegría con la que hablaba.

Laura no dice una sola palabra. Está esperando con la amplia tranquilidad de un bóvido a que desaparezcamos. Me imagino su cuerpo —con la blancura mortal del lirio y totalmente desnudo—, el cuerpo de una mujer tan inmune como una monja a la ira del águila, al deseo de la rosa. Desde la pared de la tienda, la casa de fieras del mundo aúlla y sólo tiene ojos para ella.

Johnny Panic y la Biblia de los Sueños

Todos los días, de nueve a cinco, me siento en el escritorio que está frente a la puerta del despacho y escribo a máquina los sueños de otras personas. No sólo los sueños, porque mis jefes necesitan además otros datos más prácticos. Recojo también las quejas de los enfermos sobre lo que les sucede mientras están despiertos: problemas con la madre, problemas con el padre, problemas con la bebida, la cama, el dolor de cabeza que acierta en el blanco y apaga las agradables luces del mundo sin razón aparente. La gente acude a nuestro despacho porque tiene problemas, y problemas para cuyo diagnóstico correcto no basta con la reacción de Wassermann ni con la de Wechsler-Bellvue.

Quizá a un ratón empiece a preocuparle muy pronto cómo gobiernan el mundo esos pies tan enormes. Pues bien, desde donde estoy sentada llego a la conclusión de que al mundo lo gobierna una cosa y nada más que una. Pánico con cara de perro, cara de demonio, cara de bruja, cara de puta, pánico con letras mayúsculas y sin rostro alguno: se trata siempre del mismo Johnny Panic, despierto o dormido.

Cuando la gente me pregunta que dónde trabajo, les digo que soy la ayudante de la secretaria de una de las salas para enfermos externos en el edificio clínico del hospital municipal. Eso suena tan importante y definitivo que raras veces llegan más allá de preguntarme qué es lo que hago, aunque lo que hago es, sobre todo, pasar a máquina historiales clínicos. Por mi cuenta, y completamente de tapadillo, sigo una vocación que pondría los pelos de punta a los médicos para los que trabajo. En la intimidad del apartamento donde vivo, me tengo, ni más ni menos, por secretaria del mismísimo Johnny Panic.

Sueño a sueño me estoy educando para convertirme en ese personaje excepcional —más excepcional, a decir verdad, que cualquier miembro del instituto psicoanalítico — que es el experto en sueños. No en alguien que pone fin a los sueños, en alguien que los explica; tampoco en alguien que los explota sin otra finalidad que la vulgar búsqueda, con fines eminentemente prácticos, de la salud y de la felicidad, sino en coleccionista de sueños, libre de toda sordidez; en alguien que colecciona sueños únicamente por los sueños mismos. En alguien que atesora sueños por amor a Johnny Panic, el creador de todos ellos.

Me sé de memoria todos los sueños que he pasado a limpio para incorporarlos a nuestros libros de registro, porque todos los he vuelto a copiar en casa, en la Biblia de los Sueños de Johnny Panic.

Ésa es mi verdadera vocación.

Algunas noches subo en ascensor a la azotea del edificio donde está mi apartamento. En ocasiones lo hago a eso de las tres de la madrugada. Sobre los árboles, al otro lado del parque, la llamarada de la antorcha del United Fund palidece y se recupera según un impulso invisible y brujeril; y aquí y allá, en los gigantes de

piedra y ladrillo, diviso una luz. Pero, sobre todo, siento que la ciudad duerme. Que duerme desde el río, que está al oeste, hasta el océano, situado al este, a semejanza de una isla desarraigada que se meciera sobre la nada.

Aunque me encuentre tan tensa y vibrante como la prima de un violín, cuando el cielo empieza a teñirse de azul estoy lista para irme a dormir. Pensar en todas las personas que sueñan y en los sueños que tienen me agota hasta que me duermo con el sueño de la fiebre. ¡Y qué hago de lunes a viernes, sino pasar a máquina esos mismos sueños! Es verdad que a mis manos sólo llega una pequeña parte de lo que sueña la ciudad, pero página a página, sueño a sueño, los cuadernos donde los consigno engordan y aumentan de peso en los estantes del armario del estrecho corredor —paralelo al vestíbulo principal—, al que dan las puertas de las diminutas salas de consulta de todos los médicos.

He ido adquiriendo la curiosa costumbre de identificar a los pacientes que acuden al hospital por sus sueños. Por lo que a mí se refiere, los sueños los diferencian más que el apellido. Hay un tipo, por ejemplo, que trabaja para una fábrica de cojinetes: todas las noches sueña que está tumbado de espaldas con un grano de arena sobre el pecho. Poco a poco el grano de arena crece y crece hasta hacerse más grande que una casa, y a él le resulta imposible respirar. Otro individuo sobre el que tengo información sigue repitiendo el mismo sueño desde que, cuando era niño, lo durmieron con éter y le quitaron las amígdalas. En el sueño queda atrapado en los rodillos de una desmotadora de algodón, y tiene que luchar a vida o muerte. No, claro, no es el único, aunque él así lo cree. En los tiempos que corren, muchísima gente sueña que las máquinas los atropellan o se los comen: se trata de los cautelosos, de los que nunca utilizan ni el metro ni los ascensores. Cuando vuelvo de almorzar en la cafetería del hospital, con frecuencia los adelanto mientras suben resoplando, por las escaleras de piedra sin barrer, hasta nuestro despacho en el cuarto piso. De vez en cuando me pregunto qué sueños tenía la gente antes de que se inventaran los cojinetes y las desmotadoras de algodón.

También yo tengo mi sueño. Exclusivamente mío. Y mi sueño es un sueño de sueños.

Hay un gran lago, transparente a medias, que se extiende en todas direcciones, demasiado grande para verle las orillas, si es que las tiene; yo estoy suspendida en el aire, mirando hacia abajo desde el vientre de cristal de un helicóptero. En el fondo del lago —tan profundo que sólo adivino las masas oscuras que se mueven y respiran— están los verdaderos dragones, los que ya poblaban la tierra antes de que los hombres empezaran a vivir en cuevas, a cocinar la carne con el fuego y a inventar la rueda y el alfabeto. Enormes no es el adjetivo que les va: tienen más arrugas que el mismísimo Johnny Panic. Si sueñas con ellos el tiempo suficiente, los pies y las manos, cuando los miras desde muy cerca, se te apergaminan. El sol se encoge hasta tener el tamaño de una naranja, solo que mucho más helado, y habrás estado viviendo en Roxbury desde la última glaciación. No hay ya otro sitio para ti que una habitación de paredes

acolchadas, como el primer cuarto de tus recuerdos, para que puedas soñar y flotar, flotar y soñar, hasta que, finalmente, te halles de nuevo entre esos grandes primitivos y no haga ya falta que sigas soñando.

En ese lago desemboca de noche la mente de las personas, arroyos e hilillos de agua que llegan a un embalse común, carente de límites. No tiene el menor parecido con esas fuentes de agua potable, de un puro azul centelleante, que, en las zonas residenciales de las grandes ciudades, en medio de pinares y alambradas con púas, son custodiadas más celosamente que el diamante Hope.

Se trata de un huerto abonado con aguas residuales desde la noche de los tiempos, y donde la transparencia es una cuestión secundaria.

Como es lógico, el agua de ese lago hiede y humea a consecuencia de los sueños que llevan siglos y siglos en remojo. Si piensas en el espacio que necesitan los accesorios para una noche de sueños de una sola persona en una ciudad, y que esa ciudad no es más que un alfilerazo en el mapa del mundo, y empiezas a multiplicar ese espacio por la población mundial, y el espacio resultante por el número de noches transcurridas desde que a los monos les dio por tallar hachas con trozos de piedras y por perder el pelo del cuerpo, llegas a hacerte una idea de lo que quiero decir. A mí no me da por las matemáticas: para que me estalle la cabeza me basta con tratar de calcular el número de sueños que se producen durante una noche en el estado de Massachussetts.

A esas alturas, veo ya cómo pululan las serpientes por la superficie del lago, los cadáveres, tan hinchados como peces globo, los embriones humanos agitándose en el interior de frascos de laboratorio como otros tantos mensajes inacabados desde el gran Yo Soy. Veo almacenes enteros de ferretería: cuchillos, guillotinas para cortar papel, émbolos y ruedas dentadas y cascanueces; la reluciente parte delantera de automóviles que surgen de las profundidades, con ojos de cristal y dientes aterradores. Luego aparecen el hombre araña y el hombre palmípedo, procedente de Marte, y la sencilla y lúgubre visión de un rostro humano que se aparta para siempre, pese a todos los anillos y todas las promesas, del último de los enamorados.

Una de las formas que con más frecuencia aparece en medio de esos remolinos es tan vulgar que parece una tontería mencionarla. Se trata de un grano de arena. El agua está repleta de granos así. Se cuelan entre todo lo demás y se agitan movidos por una extraña fuerza propia, opacos, omnipresentes. Al agua se le puede llamar lo que se quiera, lago de las pesadillas, ciénaga de la locura, pero es ahí donde la gente dormida está tumbada y se revuelve junta entre los accesorios de sus peores sueños, una gran hermandad, aunque cada uno de ellos, en las horas de vigilia, se considere singular, completamente distinto.

Tal es mi sueño. No lo encontrarás escrito en ningún registro de historias clínicas. A decir verdad, la manera de proceder en nuestra consulta es muy distinta de la que se sigue en dermatología, por ejemplo, o en oncología. Las otras clínicas se parecen mucho entre sí, pero ninguna es como la nuestra, donde no se prescribe tratamiento

alguno, porque es invisible. Tiene lugar directamente en esos aposentos diminutos, cada uno con su mesa, sus dos sillas, su ventana y su puerta con un rectángulo de cristal opaco rodeado de madera. Hay un algo de pureza espiritual ligado a este tipo de atención médica. Me resulta imposible no sentir el privilegio especial de mi posición como ayudante de la secretaria de la clínica psiquiátrica para adultos. Orgullo corroborado por las groseras invasiones de nuestros aposentos por otras clínicas en determinados días de la semana, debido a la falta de espacio: nuestro edificio es muy antiguo, y las instalaciones no se han ampliado para acomodarlas a las necesidades en continua expansión. En esos días en que los servicios se superponen, el contraste entre nosotros y las demás clínicas es notable.

Los martes y los jueves por la mañana, por ejemplo, se hacen punciones lumbares en uno de nuestros despachos. Si por casualidad la enfermera deja abierta la puerta de la habitacioncita, como sucede con frecuencia, vislumbro el extremo de la camilla blanca y los pies descalzos del paciente, sucios y de plantas amarillentas, que la sábana deja al descubierto. A pesar de lo que me desagrada ese espectáculo, no soy capaz de apartar los ojos de los pies descalzos, y me descubro levantando la vista de la máquina de escribir cada pocos minutos para comprobar que aún siguen allí, que no han cambiado en lo más mínimo de posición. No es difícil entender que se trata de una distracción muy molesta cuando estoy trabajando. Con frecuencia tengo que volver a leer varias veces lo que he mecanografiado, con el pretexto de una revisión cuidadosa que evite posibles erratas, para poder así aprenderme de memoria los sueños que he transcrito después de oírlos en el magnetófono, grabados por la voz del médico.

La clínica neurológica, en la puerta de al lado, que representa la parte más basta, menos imaginativa del tema que nos ocupa, también nos perturba por las mañanas. Por las tardes utilizamos sus despachos para nuestras terapias, dado que ellos sólo atienden a sus pacientes por las mañanas, pero tener que aguantar a su gente llorando, o cantando, o parloteando a voz en grito en italiano o en chino, como sucede con frecuencia, es motivo de distracción, como mínimo.

Pese a las interrupciones de las otras clínicas, mi trabajo avanza a buen ritmo. En la actualidad he llegado mucho más allá de una simple copia de lo que viene después de que el paciente diga: «Lo que sueño es esto, doctor». Estoy ya en el momento de recrear sueños que ni siquiera han sido escritos. Sueños que se anuncian de la más vaga de las maneras, y que aún permanecen escondidos, como una estatua bajo terciopelo rojo antes de la gran inauguración.

A modo de ejemplo. Llegó una mujer con la lengua tan hinchada y salida de la boca que, para que la trajeran a toda prisa a nuestra sala de urgencias, tuvo que abandonar la fiesta que estaba dando para veinte amigas de su suegra, todas canadienses francesas. La enferma pensaba que no quería sacar la lengua de aquella manera y, a decir verdad, se trataba de un asunto tremendamente molesto para ella, pero lo cierto es que no soportaba a su suegra canadiense francesa, y su lengua era un

fiel reflejo de su opinión, aunque estuviera en desacuerdo con el resto de su persona. Ahora bien, la enferma no manifestó que hubiera tenido sueño alguno, de manera que si bien sólo dispongo, como punto de partida, de los escuetos hechos que acabo de citar, adivino detrás de ellos el bulto y la promesa de un sueño.

De manera que me dispuse a sacar aquel sueño de su cómodo asidero debajo de la lengua de nuestra paciente.

Sea cual sea el sueño que saco a la luz con mi esfuerzo, esfuerzo agotador, e incluso con algo que se parece mucho a una oración, siempre estoy segura de encontrar en una esquina una huella dactilar, de tropezarme casi en el centro con un detalle malicioso, o, a media altura, con la sonrisa incorpórea del gato de Cheshire, lo que basta para revelarme que todo ello no tiene otro autor que el genio de Johnny Panic; que, una vez más, me encuentro ante otra obra exclusivamente suya. Johnny es astuto, sutil, repentino como el trueno, pero se delata con demasiada frecuencia. Le pierde el melodrama, sencillamente. Y el melodrama de la especie más antigua, más directa.

Me acuerdo de un tipo, un individuo robusto, con una chaqueta de cuero negro claveteado, que vino corriendo hasta nosotros desde un combate de boxeo en Mechanics Hall, con Johnny Panic pisándole los talones. Aquel tipo, aunque era buen católico, y joven y honrado y todo lo que se quiera, le tenía un miedo cerval a la muerte. Le ponía lívido la idea de ir al infierno. Trabajaba como destajista en una fábrica de bombillas fluorescentes. Recuerdo ese detalle porque me pareció divertido que trabajara allí, con todo el miedo a la oscuridad que luego supimos que sentía. Johnny Panic incorpora a su trabajo un elemento poético que difícilmente se encuentra en otras profesiones. Y por esa razón cuenta con mi eterna gratitud.

También recuerdo con toda claridad el argumento del sueño que llegué a elaborar para aquel tipo: en la cripta de algún monasterio, un interior gótico que se extendía por todas partes hasta donde alcanzaba la vista, como una de esas perspectivas entre espejos que no tienen fin, donde columnas y paredes estaban exclusivamente hechas de calaveras y huesos humanos y donde, en cada nicho, había un cadáver: se trataba de la galería del tiempo, en donde los difuntos del primer término todavía estaban tibios, mientras que los que quedaban un poco más allá habían perdido el color y empezaban a pudrirse; a lo lejos, al final de la hilera, sólo asomaban huesos, mondos y lirondos ya, iluminados por una especie de blanco resplandor futurista. Tal como lo recuerdo, hice que la escena estuviera iluminada, por mor de exactitud, no con velas, sino con esa helada fluorescencia que da un tono verdoso a la piel y convierte a los resplandores rosas y rojos en morados mortecinos.

Me preguntas que cómo sé cuál era el sueño del tipo con la chaqueta de cuero. No lo sé. Sólo poseo el íntimo convencimiento de que era así, y cultivo esa fe con más energía y lágrimas y exhortaciones de las que empleo para recrear el sueño mismo.

Mi despacho, por supuesto, tiene sus limitaciones. La señora con la lengua fuera, el tipo de Mechanics Hall son nuestros casos más llamativos. La gente que de verdad

ha descendido hasta el fondo de ese lago cenagoso aparece una sola vez, y se la envía de inmediato a un lugar más permanente que nuestra consulta, que sólo recibe al público de nueve a cinco, cinco días a la semana. Incluso a las personas que todavía son capaces de ir por la calle y seguir trabajando, que aún no están ni a mitad de camino de las profundidades del lago, se las envía al ambulatorio de otro hospital especializado en casos más graves. O pueden quedarse hasta un mes, aproximadamente, en nuestra sala de observación (que no he visto nunca) del hospital central.

Sí he visto, en cambio, a la secretaria de esa sala. Hay algo tan desagradable en su manera de fumar y de tomarse el café en el bar durante el descanso de las diez de la mañana, que nunca he vuelto a sentarme a su lado. Tiene un apellido curioso que nunca consigo recordar correctamente, algo verdaderamente raro, que suena como señorita Milleravage. Uno de esos apellidos con más aspecto de ser un chiste, resultado de mezclar Milltown y Ravage, que cualquier otra cosa incluida en la guía de teléfonos de la ciudad. Pero no excesivamente raro, después de todo, para quien haya hojeado la guía telefónica, con sus Hyman Diddlebockers y sus Sasparilla Greenleafs. Una vez me leí la guía de cabo a rabo, no importa cuándo, y satisfice con ello una profunda necesidad personal al descubrir, por ese procedimiento, cuantísimas personas hay que no se llaman Smith.

En cualquier caso la señorita Milleravage es una mujer grande, aunque no gruesa; toda ella recios músculos y aventajada estatura. Cubre su sólida figura con un traje gris que vagamente me recuerda algún tipo de uniforme, aunque los detalles del corte nada tengan de marcadamente militar. El rostro, cuadrado como el de un buey, está recubierto de un notable número de diminutas manchitas, como si hubiera pasado algún tiempo bajo el agua y algas microscópicas se le hubiesen agarrado a la piel, manchándola con marrones y verdes como de tabaco. Los lunares resultan muy llamativos sobre todo por la palidez de la piel que los rodea. A veces me pregunto si la señorita Milleravage ha visto alguna vez la saludable luz del día. No me sorprendería en lo más mínimo enterarme de que no ha conocido desde la cuna otra luz que la artificial.

Byrna, la secretaria de la clínica para alcohólicos, frente por frente en el pasillo, me presentó a la señorita Milleravage con la disculpa de que «también yo había estado en Inglaterra».

La señorita Milleravage, como descubrí entonces, había pasado los mejores años de su vida en hospitales londinenses.

—Tenía una amiga —tronó con su extraña voz de bajo, en la que había algo de perruno, pero sin mirarme nunca a los ojos—, una enfermera que trabajaba en Bart’s. Traté de ponerme en contacto con ella después de la guerra, pero habían cambiado a la enfermera jefe, todo el mundo era nuevo, y nadie había oído hablar de ella. Debió de desaparecer con la antigua enfermera jefe, entre todos los escombros, durante los bombardeos —la señorita Milleravage subrayó sus palabras con una sonrisa de oreja

a oreja.

Vaya por delante que he visto las prácticas de anatomía de los estudiantes de medicina, cuatro fiambres por clase, con un aspecto tan humano como el de Moby Dick, y a los alumnos jugando a la pelota con el hígado de los difuntos. He oído a los médicos hacer chistes sobre la equivocación cometida, en la sala de beneficencia de la Maternidad, al coser mal a una mujer después de un parto. Pero no me gustaría enterarme de qué es lo que la señorita Milleravage consideraría como el mejor chiste de todos los tiempos. No, muchas gracias como mínimo. Se le podrían raspar los ojos con un alfiler y jurar que se ha tropezado con cuarzo puro.

Mi jefa también tiene sentido del humor, pero en su caso lleno de amabilidad, y es tan generosa como san Nicolás en Nochebuena.

Trabajo para una señora de mediana edad apellidada Taylor que es secretaria jefe de nuestra clínica y lo ha sido desde que la clínica empezó a funcionar hace treinta y tres años, el año en que, curiosamente, vine yo al mundo. La señorita Taylor conoce a todos los médicos, a todos los pacientes, conoce todos los volantes para consulta y envío de enfermos y todos los sistemas de facturación que el hospital ha usado alguna vez o ha tenido intención de usar, y se propone seguir con la clínica hasta que la destierren a los verdes pastos que proporcionan los cheques de la seguridad social. No he conocido a otra mujer más dedicada a su trabajo. Le interesan las estadísticas tanto como a mí los sueños: si hubiera un incendio en el edificio, aun a riesgo de su vida, empezaría por arrojar, a los bomberos que la estuvieran esperando abajo, hasta el último de esos volúmenes de estadísticas.

Yo me llevo francamente bien con la señorita Taylor. La única cosa que no le permito es que me sorprenda leyendo los antiguos libros de registro. Aunque en realidad dispongo de muy poco tiempo para eso. Nuestra clínica tiene más movimiento que la Bolsa gracias a un personal de veinticinco médicos que entran y salen, a estudiantes que hacen cursillos, a enfermos, a parientes de enfermos y a profesionales de otras clínicas que nos envían pacientes y vienen a visitarnos, de manera que incluso cuando me quedo sola, durante el descanso de la señorita Taylor para tomar café o a la hora del almuerzo, raras veces consigo garrapatear más de una nota o dos.

Como mínimo, este trabajo a salto de mata le destroza los nervios a cualquiera. Muchos de los mejores soñadores están en los registros antiguos, los soñadores que han acudido a nosotros sólo una o dos veces para que los evaluemos antes de enviarlos a otro sitio. Para copiar todos esos sueños necesito tiempo, muchísimo tiempo. Mi situación dista mucho de ser la ideal para el ejercicio sin prisas de mi vocación. Trabajar exponiéndose a riesgos tiene, por supuesto, su atractivo, pero anhelo disfrutar el ocio del verdadero entendido que se permite pasear las ventanillas de la nariz sobre la copa de *cognac* por espacio de una hora antes de que la lengua se aventure, por vez primera, a entrar en contacto con el líquido.

En los últimos tiempos me descubro con demasiada frecuencia imaginando el

placer que sería acudir por la mañana al trabajo con una cartera, lo bastante grande para que cupiera dentro uno de esos gruesos libros de registro, azules, encuadernados en tela y llenos de sueños. Durante el tiempo libre que la señorita Taylor tiene para almorzar, en los momentos de calma antes de la aglomeración de médicos y estudiantes para hacerse cargo de los pacientes de primera hora de la tarde, yo podría sencillamente guardarme uno en la cartera, con fecha de hace diez o quince años, y dejarlo bajo mi escritorio hasta que dieran las cinco. Por supuesto, el portero del edificio donde están las clínicas inspecciona los paquetes de aspecto sospechoso y el hospital tiene su cuerpo de policía propio que se ocupa de las múltiples variedades de hurto que se producen, pero, ¡cielo santo!, yo no me propongo poner pies en polvorosa con las máquinas de escribir ni con la heroína. Sólo me llevaría el libro prestado durante una noche y lo devolvería a la mañana siguiente antes de que llegara nadie al hospital. De todos modos, si me pillaran llevándome un libro del hospital, probablemente perdería el empleo y con él todas mis fuentes de material.

La idea de consultar un libro de registro en la intimidad de mi apartamento y con la comodidad que eso me proporcionaría, incluso aunque tuviera que quedarme levantada noche tras noche para ese fin, me seduce tanto que cada vez me resulta más molesto el método habitual de recoger sueños durante minutos robados en la media hora que la señorita Taylor falta de la oficina.

El problema es que nunca sé con exactitud cuándo va a volver. Es tan cumplidora en su trabajo que muy probablemente recortaría la media hora del almuerzo y los veinte minutos del café si no fuera por la cojera de la pierna izquierda. El característico sonido de esa pierna en el pasillo me previene con tiempo suficiente para guardar en mi cajón el libro de registro que estoy leyendo y fingir que pongo los últimos toques a un mensaje telefónico o cualquier otra coartada similar. El único inconveniente, por lo que a mis nervios se refiere, es que la clínica para amputados se halla a la vuelta de la esquina en la dirección opuesta a la clínica neurológica, y he llegado a ponerme de verdad muy nerviosa debido a un buen número de falsas alarmas por haber interpretado el sonido de alguna pata de palo como los pasos de la señorita Taylor regresando a nuestro despacho antes de la hora.

En los días más negros, cuando apenas tengo tiempo para extraer un sueño de los viejos libros y el material disponible no es otra cosa que llorosos alumnos de segundo curso de *college* que no consiguen el papel de protagonista en *Camino Real*, siento que Johnny Panic me vuelve la espalda, tan pétreo como el Everest, más remoto que Orión, y el lema de la gran Biblia de los Sueños, «El miedo perfecto acaba con todo lo demás», se vuelve ceniza y agua de limón en mis labios. Soy un ermitaño apolillado en un país de cerdos ganadores de campeonatos, tan contentos con el maíz que les dan que son incapaces de ver el matadero al final del camino. Soy, en la tierra de Jauja, un Jeremías plagado de visiones.

Y lo que es peor: un día tras otro veo a estos doctores de la psique esforzándose

por ganarle conversos a Johnny Panic por las buenas o por las malas y, sobre todo, hablando sin parar. Los coleccionistas de sueños de ojos hundidos y barba asilvestrada que me precedieron en la historia, así como sus herederos contemporáneos de chaqueta blanca y despachos con revestimiento de pino nudoso y sofás de cuero, practicaron y todavía practican la recogida de sueños con fines mundanos: salud y dinero, dinero y salud. Para ser un verdadero miembro de la feligresía de Johnny Panic hay que olvidarse del soñador y recordar el sueño: para el gran hacedor de sueños el soñador no es más que un medio insignificante. Johnny Panic tiene oro en las entrañas, y tratan de arrancárselo mediante lavados de estómago espirituales.

Vean lo que le pasó a Harry Bilbo. El señor Bilbo llegó a nuestra consulta con la mano de Johnny Panic pesándole sobre el hombro como un ataúd de plomo. Tenía unas ideas muy interesantes sobre la porquería de este mundo. Yo le había asignado ya un papel destacado en la Biblia de los Sueños, tercer libro que trata del miedo, capítulo noveno sobre suciedad, enfermedad y deterioro generalizado. Un amigo de Harry tocaba de niño la trompeta en la banda de los *boy scouts*. Harry Bilbo también había llegado a utilizar la trompeta de su amigo. Años más tarde el amigo enfermó de cáncer y murió. Luego un día, no hace mucho tiempo, un médico especialista en cáncer estuvo en casa de Harry, se sentó en una silla, pasó parte de la mañana con su madre y, al despedirse, estrechó la mano de la dueña de la casa y abrió él mismo la puerta para marcharse. Y de repente Harry Bilbo, por temor a enfermar de cáncer, se negó a tocar la trompeta o a sentarse en sillas o a dar la mano, aunque todos los cardenales de Roma se dedicaran a bendecirlo las veinticuatro horas del día. Su madre tenía que encender y apagar la televisión y abrir y cerrar los grifos y las puertas que Harry se negaba a tocar. Muy pronto dejó de ir a trabajar debido a los escupitajos y a las cacas de perro que encontraba por la calle. Primero la porquería se te pega a los zapatos y cuando te quitas los zapatos se te pasa a las manos y luego, a la hora de comer, el camino hasta la boca es muy rápido y ni cien avemarías te salvan de la reacción en cadena.

El colmo fue que Harry dejó de hacer levantamiento de pesas en el gimnasio cuando vio a un lisiado que hacía ejercicios con las pesas. Nunca se puede saber qué gérmenes llevan los lisiados detrás de las orejas y debajo de las uñas. Harry Bilbo vivía día y noche en santa adoración de Johnny Panic, tan devoto como cualquier sacerdote entre incensarios y sacramentos. Harry se había convertido en un bello espectáculo.

Pero el caso es que esos enredadores de bata blanca consiguieron, entre todos, convencer a Harry para que volviera a encender la televisión y abriera los grifos, además de las puertas de los armarios, la puerta principal de su casa y las puertas de los bares. Antes de que terminaran con él, ya se sentaba en las butacas de los cines y en todos los bancos del jardín público y hacía levantamiento de pesas todos los días de la semana en el gimnasio, pese a que otro lisiado se aficionó a utilizar la máquina

de remar. A la conclusión del tratamiento se presentó en la clínica para estrecharle la mano al director. Según palabras del mismo Harry Bilbo, era «un hombre distinto». La luz purísima de los discípulos de Panic había desaparecido de su rostro. Salió del despacho condenado a ese estúpido destino que los médicos llaman salud y felicidad.

Más o menos en la época de la curación de Harry Bilbo, noto que una nueva idea empieza a abrirse paso desde el fondo de mi cerebro. Me resulta tan difícil hacer caso omiso de ella como de los pies descalzos que sobresalen de la camilla en la habitación donde hacen las punciones lumbares. Si no me quiero arriesgar a sacar del hospital un libro de registro, por temor a que me descubran y me despidan, acabando con ello para siempre con mi investigación, puedo acelerar mucho mi tarea quedándome por la noche en el edificio donde trabajo. Estoy muy lejos de haber agotado los recursos de la clínica, y el insignificante número de casos que consigo leer durante las breves ausencias de la señorita Taylor a lo largo del día no es nada comparado con lo que adelantaría en unas cuantas noches dedicadas a copiar sin descanso. Necesito acelerar mi trabajo, aunque sólo sea para contrarrestar a esos médicos.

Antes casi de darme cuenta me pongo el abrigo a las cinco en punto y me despido de la señorita Taylor, que de ordinario se queda unos cuantos minutos más para ordenar las estadísticas del día. Al llegar a la esquina del pasillo me escondo en el servicio de señoras, que está vacío. Me meto en el retrete de los pacientes, cierro la puerta por dentro y espero. Existe la posibilidad, sin embargo, de que una de las señoras de la limpieza trate de tirar la puerta abajo creyendo que alguna paciente se ha desmayado en el trono. Cruzo los dedos. Unos veinte minutos después se abre la puerta y alguien cruza el umbral cojeando como una gallina con una pata mala. Es la señorita Taylor: lo sé por el suspiro de resignación con que recibe la mirada llena de amargura del espejo colocado encima del lavabo. Oigo el abrir y cerrar de varios utensilios para retocarse el maquillaje, así como un salpicar de agua, el raspar de un peine sobre pelo rizado y luego la puerta que finalmente se cierra con un lento resuello de goznes.

Estoy de suerte. Cuando salgo a las seis del servicio de señoras se han apagado las luces del pasillo y el vestíbulo del cuarto piso está tan vacío como una iglesia en lunes. Tengo mi propia llave para entrar en nuestra oficina; soy la primera que llega por la mañana, de manera que eso no es problema. Las máquinas de escribir están guardadas en los escritorios, los teléfonos bloqueados con sus correspondientes candados; el mundo está en orden.

Fuera se desvanecen los últimos rayos de luz invernal. Yo, sin embargo, no caigo en la trampa de encender la lámpara que cuelga del techo. No quiero que me descubra algún médico u ordenanza con ojos de halcón desde los edificios del hospital al otro lado del patinillo. El armario con los libros de registro está en el pasillo sin ventanas que desemboca en los despachitos de los médicos que sí tienen ventanas que dan al patio. Me aseguro de que las puertas de todos esos despachitos están cerradas. Luego

enciendo la luz del pasillo, una bombilla mortecina de veinticinco vatios, ennegrecida por la parte superior. Para mí, sin embargo, mejor, en este momento, que todo un altar lleno de velas. No se me ha ocurrido traer un bocadillo. En el cajón de la mesa tengo una manzana que me ha sobrado del almuerzo, de manera que después de decidir reservarla para las punzadas de hambre que pueda sentir a la una de la madrugada, saco el bloc que llevo en el bolsillo. Al llegar a casa todas las noches tengo por costumbre, antes de copiarlas en mi manuscrito, arrancar las páginas que he garrapateado en el despacho. De esa manera evito que alguien que por casualidad ojee mi bloc en la clínica pueda imaginar siquiera el tipo o la amplitud de mi trabajo.

Empiezo sistemáticamente por abrir el libro de registro más antiguo de la estantería de abajo. La cubierta que fue azul en otro tiempo se ha quedado incolora, las páginas han sido mil veces hojeadas y se trata de borrosas copias hechas con papel carbón, pero yo estoy vibrando de la cabeza a los pies: este libro de sueños acababan de estrenarlo el día que yo nací. Cuando me organice de verdad traeré sopa caliente en un termo para las noches de riguroso invierno, junto con empanada de pavo y *éclairs* de chocolate. Y, los lunes por la mañana, rulos y cuatro mudas de blusa en el bolso más grande que tengo, de manera que nadie note que mi aspecto exterior se deteriora a ojos vistas y empiecen a atribuirme desengaños amorosos o militancias de extrema izquierda o se les ocurra que cuatro noches por semana trabajo en la clínica con los registros de los sueños.

Once horas más tarde he llegado al corazón y a las pepitas de la manzana y estoy en el mes de mayo de mil novecientos treinta y uno, con una enfermera a domicilio que acaba de abrir la bolsa de la ropa sucia en el armario de la enferma que está cuidando y encuentra dentro cinco cabezas, incluida la de su madre.

Un aire helado me acaricia la nuca. Desde donde estoy sentada en el suelo con las piernas cruzadas delante del armario, el pesado libro de registro sobre el regazo, noto con el rabillo del ojo que por la puerta de la habitacioncita que tengo al lado escapa un mínimo resplandor de luz azul. No sólo a la altura del suelo; también por el lateral de la puerta. Es muy extraño, porque desde el primer momento me aseguré de que todas las puertas estaban bien cerradas. La cuña de luz azul se amplía cada vez más y los ojos se me quedan clavados en dos zapatos inmóviles en el umbral, con las punteras dirigidas hacia mí.

Son zapatos marrones de cuero, fabricados en el extranjero, con gruesas suelas que hacen parecer más alto al que los lleva. Por encima de los zapatos la palidez de la carne trasciende a través de los calcetines negros. Sólo llego hasta la vuelta de los pantalones, de rayas grises.

—Vaya, vaya —me reprende una voz infinitamente amable desde las nebulosas regiones por encima de mi cabeza—. ¡Qué postura tan incómoda! A estas alturas se le deben de haber dormido las piernas. Permítame que la ayude a incorporarse. El sol no tardará mucho en salir.

Desde detrás, dos manos se deslizan bajo mis brazos y me veo alzada, tan

temblorosa como un flan que no ha cuajado bien, hasta que el peso de mi cuerpo descansa sobre los pies, aunque no los siento, porque, efectivamente, se me han dormido las piernas. El libro de registro se desploma, abierto, en el suelo.

—Quédese quieta un momento —la voz del director de la clínica me acaricia el lóbulo de la oreja derecha—, hasta que se restablezca la circulación.

La sangre de mis piernas ausentes empieza a zumbar bajo el impacto de un millón de agujas de máquina de coser y la visión del director de la clínica se me grava al aguafuerte en el cerebro. No es necesario que vuelva la cabeza: redonda tripa encarcelada por el chaleco de rayas grises, dientes amarillos de marmota americana y multicolores ojos de antílope que se mueven con rapidez de pececillos detrás de las gafas de gruesos cristales.

Yo me agarro a mi bloc. El último resto del naufragio del *Titanic*.

¿Qué es lo que sabe el director, en realidad?

Todo.

—Sé dónde podemos encontrar una buena taza de caldo de pollo con fideos —su voz cruje, polvo bajo la cama, ratones entre la paja. Su mano se funde con mi brazo izquierdo en gesto de amor paternal. Con un discreto empujón de su pie resplandeciente esconde bajo la estantería el libro de registro de todos los sueños que circulaban por mi ciudad natal el día de mi primer vagido.

No encontramos a nadie en el vestíbulo donde aún reina la oscuridad que precede a la aurora. Nadie en la fría escalera de piedra que desciende hasta los corredores del sótano y en la que Billy, el ordenanza de la sala de archivos, se abrió la cabeza una noche al bajar los escalones de tres en tres para atender a un recado urgente.

Acelero el paso para que no crea que es él quien me obliga a descender.

—No me puede despedir —le digo, tranquila—. Soy yo quien se va.

La risa del director de la clínica brota jadeante de su tripa de acordeón.

—No queremos perderla tan pronto —su susurro culebrea por los pasadizos enjalbegados del sótano, despertando ecos entre los codos de las cañerías, las sillas de ruedas y las camillas varadas de noche a lo largo de las paredes manchadas de vapor —. La necesitamos más de lo que usted cree.

Torcemos y volvemos a torcer y mis piernas se mantienen al ritmo de las suyas hasta que llegamos, en algún lugar de esos túneles desprovistos de ratas, a un ascensor que funciona toda la noche, atendido por un negro manco. Entramos y, al cerrarse, la puerta chirría como la de un vagón para el transporte de ganado, y subimos durante mucho tiempo. Se trata de un montacargas, tosco y ruidoso, sin el menor parecido con los lujosos ascensores a los que estoy acostumbrada en el edificio de las clínicas.

Salimos en un piso indeterminado. El director me precede a lo largo de un corredor vacío, iluminado a intervalos regulares por bombillas que cuelgan del techo dentro de pequeñas jaulas de alambre. Puertas encristaladas pero con persianas interiores se alinean a ambos lados del pasillo. Me propongo separarme de mi

acompañante en cuanto aparezca el primer letrero en rojo con la palabra Salida, pero no hay ninguno en el tramo que recorremos. Me hallo en territorio desconocido, mientras mi abrigo descansa en la percha de la oficina, el bolso y el dinero en el primer cajón del escritorio, el bloc en la mano y sin otra compañía que Johnny Panic para defenderme de la época glacial que me espera en el exterior.

Por delante de nosotros surge una luz que se hace más brillante. El director, con un leve jadeo, a consecuencia del largo trecho recorrido y del paso ligero, cosas a las que, evidentemente, no está acostumbrado, me hace doblar una esquina y me introduce en una habitación cuadrada, brillantemente iluminada.

—Aquí la tenemos.

—¡La muy bruja!

La señorita Milleravage levanta su tonelaje desde detrás de la mesa de acero situada frente a la puerta.

Las paredes y el techo de la habitación son planchas de metal remachadas, como en un acorazado. No hay ventanas.

Desde pequeñas celdas con barrotes a lo largo de las paredes laterales y de la pared trasera de la habitación me contemplan —los ojos más encendidos que brasas y febrilmente ávidos— los sumos sacerdotes de Johnny Panic, los brazos detrás de la espalda en los blancos camisones del hospital.

Me dan la bienvenida con extraños graznidos y gruñidos, como si tuvieran la lengua aprisionada entre las mandíbulas. Gracias, sin duda, a la radio macuto de Johnny Panic han tenido noticia de mi trabajo y quieren saber cómo prosperan en el mundo los apóstoles de su maestro.

Levanto las manos, y con ellas el bloc, para tranquilizarlos, mi voz tan potente como la del órgano de Johnny Panic con todos los registros abiertos.

—¡La paz sea con vosotros! Os traigo…

El Libro.

—No te van a servir de nada esas mañas viejas, corazón —la señorita Milleravage viene bailando hacia mí desde detrás de la mesa como un elefante amaestrado.

El director de la clínica cierra la puerta de la habitación.

En el momento mismo en que la señorita Milleravage empieza a moverse advierto lo que su mole mantenía escondido detrás de la mesa: una blanca camilla, alta como la cintura de un hombre, con una sola sábana blanca extendida sobre la colchoneta, inmaculada y tan tirante como la membrana de un tambor. Junto a la cabecera hay una mesa con una caja de metal recubierta de esferas e indicadores.

La caja parece estar mirándome, con la peligrosidad de una cobra, desde los anillos formados por cables eléctricos, el último modelo para asesinos de Johnny Panic.

Me preparo para eludir el ataque. Cuando la señorita Milleravage extiende la zarpa, su mano gordezuela regresa con el puño lleno de nada. Enseguida reanuda la caza, su sonrisa tan pesada como la canícula de agosto.

—No te servirá de nada. Voy a quedarme con ese bloc.

Por mucho que yo corra en torno a la alta camilla blanca, la velocidad de la señorita Milleravage es tanta que cualquiera pensaría que lleva patines. Me agarra y me sujeta. Estrello mis puños contra su mole y contra sus enormes pechos estériles, hasta que sus manos son como aros de hierro en mis muñecas y su respiración me arrulla con un hedor amatorio más fétido que el sótano de un empresario de pompas fúnebres.

—Cariño mío, mi corazón, que me ha sido devuelto…

—Esta muchacha —dice el director, con entonación triste y severa— ha estado otra vez perdiendo el tiempo con Johnny Panic.

—Desobediente, muy desobediente.

La camilla blanca está preparada. Con terrible amabilidad la señorita Milleravage me quita el reloj de la muñeca, las sortijas que llevo en los dedos, las horquillas del pelo. Empieza a quitarme la ropa. Cuando estoy desnuda, me unge las sienes y me viste con sábanas tan virginales como las primeras nieves del otoño.

Luego, de las cuatro esquinas de la habitación y de la puerta que tengo detrás surgen cinco sacerdotes falsos con batas blancas de cirujano y máscaras cuya única tarea de por vida es destronar a Johnny Panic. Me tumban, las piernas bien extendidas, de espaldas, sobre la camilla. Me colocan en la cabeza la corona de alambre y en la lengua la hostia del olvido. Los falsos sacerdotes enmascarados se acercan y toman posiciones: uno se apodera de mi pierna izquierda, otro de mi derecha, otro de mi brazo derecho, otro del izquierdo. Otro se coloca detrás de mi cabeza, junto a la caja de metal que no alcanzo a ver.

Desde sus reducidos nichos a lo largo de la pared, los fieles de Johnny Panic alzan la voz en protesta e inician su canto devoto:

Nuestro único amor es el miedo.
El amor al miedo es el comienzo de la sabiduría.
Hay que amar únicamente al miedo.
Ojalá el miedo, tres veces repetido, reine por doquier.

No queda tiempo para que ni la señorita Milleravage, ni el director ni los sacerdotes los amordacen.

Se da la señal.

La máquina los traiciona.

En el momento en que creo estar más perdida, en el techo, sobre mi cabeza, aparece, en una aureola de luces de arco, el rostro de Johnny Panic. Me estremezco como una hoja entre los dientes de la gloria. Su barba es el relámpago, que también brilla en su mirada. Su palabra se lanza a la carga e ilumina el universo.

El aire vibra con sus ángeles de lengua azul aureolados de relámpagos.

Su amor es el salto de veinte pisos, la cuerda en la garganta, el cuchillo en el corazón.

Johnny Panic nunca abandona a los suyos.

Las hijas de la calle Blossom

Tal como las cosas se presentan, no necesito un aviso de tornado durante las noticias de las siete de la mañana para saber que hoy va a ser un mal día. Lo primero que me encuentro, al bajar al tercer piso del edificio clínico para abrir el despacho, es un montón de historiales que me esperan junto a la puerta, con la puntualidad del periódico de la mañana. Pero es un montón demasiado pequeño y sé ya, como sé que el jueves es un día de mucho trabajo, que pasaré más de media hora telefoneando a todos los puestos de la sala de archivos para recuperar los historiales ausentes. Aunque todavía es muy pronto, mi blusa blanca está perdiendo el almidonado, y siento cómo debajo de cada axila me crece una pequeña mancha húmeda. Fuera el cielo es bajo, espeso y tan amarillo como mayonesa. Abro a empujones la única ventana del despacho para renovar el aire; no sucede nada. Todo sigue inmóvil, más pesado que la colada húmeda en el sótano. Luego corto la cinta que sujeta las carpetas con los historiales y, mirándome desde la cubierta del primer historial, veo, marcado en tinta roja: MUERTO, MUERTO, MUERTO.

Trato de arreglármelas para que las letras digan MUDO, pero no lo consigo. No es que yo sea supersticiosa. Incluso aunque la tinta en la cubierta de la historia clínica tenga color de sangre, eso sólo significa que Lillian Ulmer ha muerto, y el número nueve-uno-siete-cero-seis ha sido retirado del fichero activo de la sala de archivos de una vez para siempre. Billy, el Siniestro, en el puesto nueve, ha vuelto a mezclar una vez más los números, aunque no lo haga para molestarme. De todos modos, con el cielo tan oscuro, y el huracán subiendo con gran fragor por la costa, más cercano cada vez que me doy la vuelta, siento que Lillian Ulmer, descanse en paz, ha hecho que mi día empiece con el pie izquierdo.

Cuando entra la señorita Taylor, mi jefa, le pregunto por qué no se queman las historias clínicas de las personas que se han ido a la calle Blossom, haciendo así sitio en los archivos. Pero me dice que con frecuencia se guardan los historiales algún tiempo, si se trata de una enfermedad interesante, por si se llegara a hacer un estudio estadístico de los enfermos que la han padecido o que han fallecido a causa de ella.

Fue mi amiga Dotty Berrigan, de la clínica para alcohólicos, quien me habló de la calle Blossom. Dotty se ocupó de enseñarme el hospital cuando me incorporé como secretaria a la consulta de psiquiatría para adultos, dado que estaba frente a mí en el corredor y que compartíamos muchos casos.

—Seguro que todos los días tenéis gente que se muere —le dije.

—Ya lo creo que sí —me respondió—. Y todos los accidentados y las víctimas de palizas que llegan a urgencias desde el South End con la regularidad de los impuestos.

—Bien, pero ¿dónde guardan a los muertos? —yo no quería entrar en una sala por equivocación y encontrarme de buenas a primeras con gente amortajada o cortada en pedazos, ya que por entonces me parecía bien fácil perderme en los innumerables

niveles de corredores del hospital general más grande del mundo.

—En una habitación de la calle Blossom, ya te enseñaré dónde. Los médicos nunca dicen literalmente que alguien se *ha muerto*, compréndelo, para evitar que los pacientes se depriman. Dicen: «¿Cuántos de los tuyos se han ido a la calle Blossom esta semana?». Y el otro le contesta: «Dos». O «Cinco». O los que sean. Porque la salida que da a la calle Blossom es el sitio desde donde se mandan los difuntos a las funerarias para que allí los preparen antes de enterrarlos.

A Dotty no hay quien la gane. Es una verdadera mina de información, porque le toca ir a buscar a los alcohólicos a urgencias y comparar notas con los médicos de guardia en la sala de psiquiatría, sin olvidar que ha salido con diferentes miembros del personal de la institución, incluso con un cirujano cierta vez, y otra con un interno persa. Dotty es irlandesa, más bien baja y un poco regordeta, pero se viste de la manera que más la favorece, y siempre lleva algo azul: azul cielo para que haga juego con sus ojos, además de esos cómodos jerseys negros que se hace con los patrones de *Vogue* y zapatos de tacones altos muy finos.

Cora, del servicio social psiquiátrico, que está a continuación de Dotty y de mí en el corredor, no se parece nada a Dotty; los cuarenta, desde luego, ya no los cumple: se le nota en los pliegues alrededor de los ojos, aunque el pelo lo mantenga rojo, gracias a los reflejos que ponen ahora. Cora vive con su madre, y al oírla hablar cualquiera pensaría que es una adolescente inexperta. Una noche invitó a tres chicas de la clínica neurológica a su casa, para jugar al brigde y cenar, y puso en el horno la comida, junto con los bollos de frambuesas todavía congelados, sorprendiéndose una hora después de que no se hubieran calentado, cuando durante todo aquel tiempo no se le había ocurrido encender el horno. Cora sigue haciendo las excursiones en autobús al lago Louise y los cruceros a Nassau en vacaciones para conocer al perfecto pretendiente, pero en realidad sólo se encuentra con las chicas de la clínica oncológica o de la clínica para discapacitados, todas ellas en busca de lo mismo que la tal Cora.

En cualquier caso, como el tercer jueves del mes es el día en que tenemos la reunión de secretarias en la sala Hunnewell del segundo piso, Cora va a buscar a Dotty, las dos pasan a recogerme, y bajamos haciendo clic-clac con nuestros tacones por la escalera de piedra hasta llegar a una sala realmente elegante, dedicada —según se lee en una placa de bronce sobre la puerta— a un tal doctor Augustus Hunnewell en 1892, llena de vitrinas repletas de antiguos instrumentos médicos y, en las paredes, borrosas fotografías, de color marrón rojizo, de médicos de la Guerra de Secesión, con largas barbas frondosas, semejantes a las de los hermanos Smith en los paquetes de pastillas para la tos. En el centro de la habitación, casi de pared a pared, hay una gran mesa oval, de madera de nogal, muy oscura, las patas talladas en forma de garras de león, sólo que con escamas en lugar de pelo, y toda la superficie tan brillante que se puede ver el reflejo de las caras. En torno a esa mesa nos sentamos fumando y hablando, a la espera de que llegue la señora Rafferty y empecemos la

reunión.

Minnie Dapkins, la diminuta recepcionista de pelo blanco que está en dermatología, distribuye fichas de envío de enfermos de color rosa y amarillo.

—¿Hay un doctor Crawford en neurología? —pregunta, una ficha rosa en la mano.

—¡El doctor Crawford! —Mary Ellen, de neurología, se echa a reír a carcajadas, su morena corpulencia agitándose como gelatina dentro del vestido estampado con dibujo de flores—. Lleva seis, siete años muerto, ¿quién pregunta por él?

Minnie frunce los labios hasta reducir su boca a la mínima expresión.

—Una paciente *dijo* que la había atendido el doctor Crawford —replica con frialdad. Minnie no soporta que se falte al respeto a los muertos. Trabaja en el hospital desde que se casó, en tiempos de la Depresión, y el invierno pasado, en una ceremonia especial durante la fiesta de Navidad de las secretarias, recibió el distintivo de plata por veinticinco años de servicio, pero, según cuenta la crónica, en todo ese tiempo jamás ha hecho un chiste sobre un enfermo o un difunto, a diferencia de Mary Ellen, o de Dotty, o incluso de Cora, dispuestas con frecuencia a ver el lado humorístico de una situación.

—Chicas, ¿qué vais a hacer sobre eso del huracán? —nos pregunta Cora en voz baja a Dotty y a mí, estirándose sobre la mesa para depositar la ceniza del cigarrillo en el cenicero de cristal, que tiene el sello del hospital en transparencia—. Estoy muerta de miedo pensando en mi coche. Al motor le afecta la menor brisa marina, y si se para ya no hay quien lo eche a andar.

—Ya verás como nos habremos marchado antes de que llegue —dice Dotty, tan despreocupada como de costumbre—. Te dará tiempo de volver a casa.

—De todos modos no me gusta el aspecto del cielo —Cora arruga la nariz pecosa como si oliera a podrido.

A mí tampoco me hace mucha gracia el aspecto del cielo. La sala se ha ido oscureciendo progresivamente desde que llegamos, hasta el punto de que ahora estamos todas sentadas en una especie de crepúsculo, el humo saliendo de nuestros pitillos y extendiendo su velo en un aire ya adensado. Por espacio de un minuto nadie dice nada. Cora parece haber expresado en voz alta la preocupación secreta de todo el mundo.

—¡Vaya, vaya, vaya! ¿Qué es lo que nos pasa, chicas? ¡Estamos tan melancólicas como si esto fuera un funeral! —se encienden las bombillas en los cuatro globos de la lámpara de cobre sobre nuestras cabezas y, de manera casi mágica, la habitación se anima, colocando el cielo tormentoso a la distancia que le corresponde, y volviéndolo tan inofensivo como el forillo pintado de un escenario. La señora Rafferty se sitúa en la cabecera de la mesa, los brazaletes de plata resonándole alegres en ambos brazos y sus pendientes, réplicas exactas, en miniatura, de estetoscopios, columpiándosele, jubilosos, de los lóbulos regordetes. Con estimulante animación coloca sus notas y documentos sobre la mesa, su moño teñido de rubio, brillando bajo las luces como un

casquete metálico. Ni siquiera Cora mantiene el gesto avinagrado ante semejante optimismo profesional—. Vamos a resolver nuestros asuntos en un abrir y cerrar de ojos y luego le he dicho a una de las chicas que nos mande la cafetera para que tengamos un pequeño reconstituyente —la señora Rafferty recorre la mesa con la vista, aceptando con una sonrisa de satisfacción las exclamaciones de complacencia.

—Hay que reconocérselo —me susurra Dotty al oído—. Esa mujer debería comercializar su sistema.

La señora Rafferty, que comienza con una de sus estimulantes regañinas, funciona en realidad como parachoques entre nosotras y los mandamases de la administración, y entre nosotras y los médicos, con sus extrañas e inacabables locuras y manías, su letra ilegible («Yo misma la he visto mejor en un *jardín de infancia*» se asegura que ha dicho la señora Rafferty en alguna ocasión), su infantil incapacidad para colocar recetas e informes en la página adecuada de las libretas de los pacientes, etc.

—Bueno, chicas —dice, alzando un dedo con gesto guasón—, estoy recibiendo toda clase de quejas sobre las estadísticas diarias. Algunas llegan sin el sello de la clínica o sin fecha —hace una pausa dramática para que nos hagamos cargo de la enormidad que denuncia—. En algunos casos las sumas no están bien hechas. Hay otras —nueva pausa— que no llegan *en absoluto* —yo bajo los ojos y, a base de fuerza de voluntad, trato de reprimir el rubor que siento crecer hasta encenderme las mejillas. La vergüenza no es por mí, sino por mi jefa, la señorita Taylor, quien, a poco de llegar yo, y dispuesta a ser totalmente sincera y a no ocultarme nada, me hizo la confidencia de que *aborrecía* las estadísticas. Las charlas de nuestros pacientes con los psiquiatras de la casa se prolongan con frecuencia hasta después de la hora oficial de cierre de la clínica, y por consiguiente la señorita Taylor no puede hacer llegar todas las noches las estadísticas a su destino, a no ser que se convierta en más mártir de la oficina de registros de lo que ya es—. Ya he dicho bastante, chicas.

La señora Rafferty ojea sus notas, se inclina para hacer una señal con lápiz rojo, y vuelve a erguirse con la facilidad de un junco.

—Una cosa más. La sala de registros dice que está recibiendo muchísimas llamadas acerca de historiales que ya tenéis a vuestra disposición, y están sencillamente furiosos…

—Furiosos es la palabra exacta —se queja sin acritud Mary Ellen, alzando los ojos al cielo, de manera que por espacio de un minuto sólo se le ve el blanco de los ojos—. Ese tipo…, no recuerdo cómo se llama, en el puesto nueve, se comporta como si no debiéramos llamar nunca.

—Ah, ése es *Billy* —dice Minnie Dapkins.

Ida Kline y otras dos chicas más del grupo de mecanógrafas del primer sótano ríen disimuladamente entre ellas y luego se callan.

—Imagino que a estas alturas todas sabéis —la señora Rafferty envía una sonrisa, bienintencionada a toda la mesa— que Billy tiene sus problemas personales. De manera que no seáis demasiado duras con él.

—¿No está saliendo con alguien de tu clínica? —me pregunta Dotty en un susurro. Dispongo del tiempo justo de asentir con la cabeza antes de que los ojos de color verde claro de la señora Rafferty nos silencien como con un baño de hielo.

—Yo tengo una queja por mi parte, señora Rafferty —interviene Cora, aprovechándose de la interrupción—. ¿Qué es lo que está pasando en ingresos, si puede saberse? Yo les digo a nuestros enfermos que lleguen con una hora de adelanto a sus citas con las chicas del servicio social, y tengan así tiempo sobrado para hacer la cola abajo y pagar en caja y todo lo demás, pero con todo y con eso sigue faltándoles tiempo. Llaman muy asustados desde abajo, porque ya llevan diez minutos de retraso, y dicen que la cola no se mueve desde hace media hora, y las chicas del servicio social, por su lado, también están esperando, y yo pregunto, ¿qué se puede hacer en un caso así?

Los ojos de la señora Rafferty descienden, durante un breve instante, hacia sus anotaciones, como si ya tuviera preparada la respuesta.

—Algunas de las otras chicas también se han quejado de eso, Cora —dice por fin, levantando la vista—. Nos falta una persona en ingresos, de manera que es un trabajo muy duro organizar todos esos datos…

—¿Por qué no contratan a alguien? —pregunta Mary Ellen con decisión—. Quiero decir, ¿qué es lo que se lo impide?

La señora Rafferty intercambia una mirada rápida con Minnie Dapkins. Minnie se frota las manos, pálidas y como de papel, y se lame los labios de esa manera tan conejil que tiene ella. Del otro lado de la ventana se ha levantado de repente un viento ligero, y suena como si estuviera empezando a llover, aunque se trata probablemente del entrechocarse y arrastrar de papeles que empiezan a correr de aquí para allá por la calle.

—Supongo que será mejor que hable con franqueza y os lo explique —la señora Rafferty se interrumpe unos instantes—. Algunas de vosotras lo sabéis ya y Minnie, aquí presente, también lo sabe; la razón de que estemos retrasando contratar a alguien para ese puesto es… Emily Russo. Cuéntaselo, Minnie.

—Emily Russo —anuncia Minnie con fúnebre solemnidad— tiene cáncer. Ahora mismo está aquí, en este hospital. Quiero deciros, quiero decirle a cualquiera que la conozca, que quizá le guste estar acompañada. Todavía puede recibir visitas, dado que carece de familiares que estén con ella…

—No lo sabía —dice Mary Ellen muy despacio—. Sí que es triste.

—Se supo en la última comprobación sobre cáncer —dice la señora Rafferty—. Está pendiente de un *hilo*. Esos medicamentos nuevos ayudan a disminuir los dolores, por supuesto. Lo que sucede es que, enferma y todo, Emily *cuenta* con volver a trabajar. Le *encanta* su trabajo, ha sido su vida durante cuarenta años, y el doctor Gilman, por temor a conmocionarla demasiado, no quiere decirle la dura verdad: que no va a volver nunca. A todos los que van a verla les pregunta si ya han contratado a alguien para ese puesto. Si ya tienen otra persona en ingresos. En el momento en que

contraten a alguien, Emily lo interpretará como su sentencia de muerte, es así de sencillo.

—Y, ¿qué tal una sustituta? —quiere saber Cora—. Podrían decir que quienquiera que sea está de suplente, algo parecido.

La señora Rafferty agita la cabeza dorada, impecablemente peinada.

—No; Emily está en una situación en la que no se lo creería ya, pensaría que estábamos llevándole la corriente. Las personas en su estado tienen muchísima penetración. No podemos arriesgarnos. Yo misma bajo a ingresos cuando puedo, y echo una mano. Es sólo —su voz se hace más baja, tan discreta como la de un empresario de pompas fúnebres— cuestión de muy poco tiempo ya, dice el doctor Gilman.

Minnie parece estar a punto de llorar. Todas las que participamos en la reunión nos sentimos peor que antes de entrar la señora Rafferty, la cabeza inclinada sobre el cigarrillo o arrancándonos el esmalte de las uñas.

—Vamos, vamos, chicas, no os lo toméis así —dice la señora Rafferty, lanzando a todas una luminosa mirada de ánimo—. Emily no podría encontrarse en un sitio donde la atendieran mejor, en eso supongo que estamos todas de acuerdo, y el doctor Gilman es como de su familia, hace diez años que lo conoce. Y vosotras podéis visitarla, eso la encantará…

—¿Qué tal unas flores? —aventura Mary Ellen. Se produce un murmullo general de aprobación. Cada vez que alguien de nuestro grupo enferma, o anuncia su compromiso matrimonial o se casa o tiene un hijo (aunque esto último sea mucho menos frecuente que lo demás) o recibe un premio por los servicios prestados, todas contribuimos y mandamos flores o un regalo adecuado y una tarjeta. Aunque éste es el primer caso sin esperanza en el que me ha tocado participar. Las chicas, por otra parte, no podrían haberse portado mejor, si se me permite decirlo.

—¿Qué tal algo rosa, algo que resulte alegre? —sugiere Ida Kline.

—Una guirnalda, ¿por qué no? —dice con voz suave una chica que han contratado recientemente en el servicio de mecanografía—. Una gran guirnalda rosa, de claveles quizá.

—¡Una guirnalda no, chicas! —gime la señora Rafferty—. Con Emily tan susceptible, ¡una guirnalda no, por el amor del cielo!

—Un jarrón, entonces —dice Dotty—. Las enfermeras siempre se están quejando de la falta de jarrones. Uno que sea de verdad bonito, de la tienda de regalos del hospital, quizá; tienen esos jarrones de importación, y en el jarrón un ramo variado de la floristería del hospital.

—Ésa sí que me parece una excelente idea, Dorothy —la señora Rafferty parece aliviada—. Precisamente lo más indicado en este caso. ¿Cuántas estáis de acuerdo con el jarrón y el ramo? —todo el mundo, incluida la mecanógrafa nueva, levanta la mano—. Voy a pedirte que te encargues tú, Dorothy —dice la señora Rafferty—. Entregad vuestras aportaciones a Dorothy, chicas, antes de salir, y esta tarde haremos

circular la tarjeta para que la firme todo el mundo.

La reunión se levanta en ese momento, todas hablando con todas, y algunas sacando ya del bolso billetes de dólar y empujándolos por encima de la mesa en dirección a Dotty.

—¡Escuchad! —grita la señora Rafferty—. ¡Callaos, por favor, sólo un minuto más, chicas! —en el silencio que sigue, la sirena de una ambulancia que se acerca emite, con los correspondientes altibajos, su gemido de hada maligna, y, después de pasar bajo nuestras ventanas, pierde volumen al doblar la esquina y cesa por completo ante la entrada de urgencias—. Tenía intención de decíroslo. Me refiero al huracán, chicas, en el caso de que os estéis preguntando qué es lo que hay que hacer. De acuerdo con el último boletín de la oficina del director, puede que las cosas empiecen a volar alrededor del mediodía, pero no os tenéis que preocupar. Mantened la calma. Seguid trabajando como si no pasara nada —risas regocijadas del servicio de mecanografía— y, sobre todo, no dejéis traslucir a los pacientes que estáis preocupadas. Ya se habrán alarmado lo suficiente sin necesidad de eso. Las que viváis muy lejos, si las cosas se ponen mal, podéis quedaros aquí esta noche. Se están preparando literas en los pasillos del edificio clínico, y hemos reservado el tercer piso para vosotras, chicas, sin otra excepción que los casos de emergencia.

Al llegar a este punto se abren de golpe las puertas batientes, y entra una enfermera empujando la cafetera sobre un carrito metálico. Sus zapatos con suela de goma crujen como si estuviera pisando ratones vivos.

—Se levanta la sesión —anuncia la señora Rafferty—. Café para todo el mundo.

Dotty me aleja del remolino que se forma en torno a la cafetera.

—Cora querrá tomar café, pero ese brebaje está tan amargo que no lo soporto. Y en vasos de papel, por añadidura —Dotty hace una leve mueca de desagrado—. ¿Por qué no nos vamos tú y yo ahora mismo a gastarnos este dinero en un jarrón y unas flores para la señorita Emily?

—De acuerdo —al abandonar la sala con Dotty, advierto que avanza con pasos cortos e indecisos—. Vamos a ver, dime qué te pasa. ¿Es que no quieres comprar un jarrón?

—No es el jarrón lo que me importa, sino la idea de que a esa señora mayor de ahí arriba le estén dando tanta coba. Se va a morir y debería tener tiempo suficiente para acostumbrarse a la idea, para hablar con un sacerdote, en lugar de oír que todo le va a pedir de boca —Dotty estuvo algún tiempo de novicia, me explicó en una ocasión, antes de saber qué era lo que pasaba en el mundo, sólo que, según me dijo, era tan incapaz de llevar los ojos bajos, las manos bien metidas en las mangas y la lengua quieta como de ponerse cabeza abajo y recitar al revés el alfabeto griego. De vez en cuando, sin embargo, noto que asoma la formación que recibió en el convento, como el brillo de su hermosa piel bajo los polvos de color rosa y melocotón que utiliza.

—Deberías haber sido misionera —le digo.

Para entonces ya hemos llegado a la tienda de regalos, un sitio muy bien organizado, con artículos de fantasía por todas partes, desde el suelo hasta el techo: jarrones estriados, tazas de desayuno con esmaltes de corazones y flores, muñecas vestidas de novia y ruiseñores de porcelana, barajas de cartas con los cantos dorados, perlas cultivadas, todo lo que se le pueda ocurrir a cualquiera, aunque todo demasiado caro para quien no sea un familiar afectuoso despreocupado de su billetero.

—Más le vale no saberlo —añado, puesto que Dotty no dice nada.

—Te juro que estoy medio decidida a contárselo —Dotty se apodera de un gran jarrón morado de cristal tipo Venecia, con un ancho adorno alrededor del borde y lo contempla con ferocidad—. Toda esa actitud de Nosotros-lo-sabemos-mejor-que-tú que tanto abunda por aquí me da escalofríos con bastante frecuencia. A veces pienso que si hubiera menos revisiones para detectar el cáncer y menos semanas nacionales de la diabetes con cabinas en el vestíbulo para que uno mismo compruebe si tiene azúcar, no habría tanto cáncer ni tanta diabetes, si entiendes lo que quiero decir.

—Ahora estás hablando como los tipos de Ciencia Cristiana —digo—. Y me parece, además, que ese jarrón es demasiado llamativo para alguien tan mayor como la señorita Emily.

Dotty me obsequia con una extraña sonrisita, lleva el jarrón hasta la dependienta situada detrás del mostrador y se desprende decidida de los seis dólares que cuesta. Acto seguido, en lugar de limitarse al dinero del fondo común que aún le queda después de habérselo gastado casi todo en el jarrón, añade un par de dólares más y, he de reconocerlo, yo hago lo mismo, sin que tenga que insistirme demasiado. Cuando aparece el florista de la tienda vecina, frotándose las manos y con aspecto de estar tan dispuesto para los parabienes como para las condolencias, y nos pregunta qué queremos, una docena de rosas de tallo largo, o quizá un ramillete de botones de oro y florecitas blancas con una cinta de plata, Dotty le muestra el jarrón morado.

—Un poco de todo, amigo. Llénelo.

El florista se la queda mirando, saltándole una sonrisita en un lado de la boca, mientras espera con el otro a asegurarse de que Dotty no está bromeando.

—Vamos, vamos —mi amiga golpea el mostrador de cristal con el jarrón, consiguiendo que el florista se lo quite rápidamente al tiempo que esboza una mueca de dolor—. Lo que le he dicho. Rosas de té, claveles, algunos de esos no-recuerdo-cómo-se llaman…

Los ojos del florista siguen el dedo de Dotty.

—Gladiolos —apunta, con gesto dolorido.

—Algunos de ésos, de diferentes colores: rojo, naranja, amarillo, ya sabe usted. Y un par de lirios morados…

—Ah, harán juego con el jarrón —dice el florista, empezando a entender la intención de Dotty—. Y, ¿*un* surtido de anémonas?

—También —dice Dotty—. Aunque ese nombre suena a sarpullido.

Salimos enseguida de la floristería, recorremos el pasillo cubierto que une el

edificio de los ambulatorios y el hospital propiamente dicho y subimos hasta el piso de la señorita Emily, Dotty con el jarrón morado donde ya no cabe una flor más.

—¿Señorita Emily? —susurra Dotty mientras entramos de puntillas en la sala con cuatro camas. Desde detrás de las cortinas que ocultan la cama que ocupa la esquina más alejada de la puerta, junto a la ventana, aparece, deslizándose, una enfermera.

—Chsss —se lleva un dedo a los labios y señala en dirección a las cortinas.

—Es ahí. No se queden mucho rato.

La señorita Emily está hundida entre las almohadas, con unos ojos muy abiertos que le llenan casi toda la cara y el pelo extendido en abanico gris alrededor de la cabeza. Frascos de todos los tamaños cubren la mesa de las medicinas, se acumulan en el suelo debajo de la cama y cuelgan incluso alrededor. Finos tubos de goma salen de dos de los frascos: uno de ellos desaparece bajo la ropa de la cama; otro se introduce directamente por la ventanilla izquierda de la nariz de la señorita Emily. En la sala no hay más ruido que el seco susurro de la respiración de la enferma, ni más movimiento que el débil subir y bajar de la sábana sobre su pecho y los rítmicos globos plateados de las burbujas de aire que suben, interminables, por uno de los frascos con líquido. Procedente de la ventana, la luz enfermiza del huracán que se aproxima hace que la señorita Emily parezca una muñeca de cera, a excepción de los ojos, fijos en nosotras. Casi los siento quemarme la piel, tal es la intensidad de su mirada.

—Le hemos traído unas flores, señorita Emily —le señalo el enorme ramo multicolor de flores de invernadero que llenan el jarrón, mientras Dotty lo coloca sobre la mesa de las medicinas. La mesa es tan pequeña que, para hacerle sitio, tiene primero que retirar todos los tarros y vasos y jarras y cucharas y colocarlos en el estante inferior.

Los ojos de la señorita Emily se vuelven hacia el gran ramo de flores. Hay algo en ellos que parpadea. Tengo la impresión de estar contemplando dos velas al final de un largo corredor, dos llamas como cabezas de alfiler, azotadas por un viento oscuro, que vacilan y se recuperan. Del otro lado de la ventana el cielo está más negro que una sartén de hierro colado.

—Las mandan las chicas —Dotty se apodera de la mano inerte, cérea, que descansa sobre el cubrecama—. La tarjeta llegará después, todo el mundo la está firmando, pero no hemos querido esperar para traerle las flores.

La señorita Emily se esfuerza por hablar. De sus labios escapa un débil silbido y un estertor, pero no palabras reconocibles.

Dotty, sin embargo, parece saber lo que quiere decir.

—Su puesto sigue esperándola, señorita Emily —dice, separando las palabras y pronunciándolas con mucha claridad y muy despacio, como cuando se explica algo a un niño muy pequeño—. Lo tiene reservado —las mismas palabras que utilizaría la señora Rafferty, pienso maravillada. Aunque sin duda la señora Rafferty añadiría algo que lo echase a perder: algo como «Estará usted en pie y trabajando en un abrir y

cerrar de ojos, señorita Emily, no se preocupe». O «Aún recibirá usted su pulsera de oro por los cincuenta años de servicios, señorita Emily, espere y verá». Lo extraño es que Dotty no da la menor sensación de deformar los hechos convirtiéndolos en mentira. Está contando sinceramente la verdad cuando dice: «en ingresos, señorita Emily, todo el mundo corre de aquí para allá como pollos descabezados, porque quieren que se sepa que es usted irreemplazable. Ni tan pronto ni tan deprisa, por lo menos».

La señorita Emily deja que se le cierren los ojos. La mano se le desmaya sobre la palma de Dotty, y a continuación suspira, con un suspiro que le atraviesa todo el cuerpo como un estremecimiento.

—Lo sabe —me dice Dotty cuando nos vamos—. Ahora lo sabe ya.

—Pero tú no se lo has dicho. No con esas palabras.

—¿Quién demonios crees que soy? —Dotty se indigna—. ¿Te parece que no tengo un corazón en el pecho o algo parecido? Espera —cambia bruscamente de conversación, cuando cruzamos el umbral y salimos al vestíbulo—, ¿quién es ése?

Una figura enteca y menuda está apoyada contra la pared del corredor vacío un poco más allá de la puerta de la señorita Emily. Al acercarnos, la figura se aplasta contra la pared, como si, por algún milagro peculiar, pudiera confundirse con el pálido yeso pintado de verde y desaparecer por completo. En el sombrío corredor, la luz eléctrica crea una impresión de crepúsculo anticipado.

—¡Billy Moniham! —exclama Dotty—. ¿Puede saberse, en el nombre del cielo, qué estás haciendo aquí?

—Espe…, espe…, esperando —consigue responder Billy con voz muy aguda, mientras su rostro adquiere una dolorida tonalidad roja bajo el recubrimiento carmesí de granos y forúnculos. Es un muchacho muy bajo, apenas más alto que Dotty, y extraordinariamente delgado, aunque ya ha terminado de crecer y no le quede esperanza alguna en ese sentido. Su pelo, negro y largo, muy liso gracias a algún tipo de brillantina perfumada, muestra las estrías producidas por el peine que ha surcado recientemente su lustrosa superficie, semejante a charol.

—¿Qué es exactamente —Dotty se yergue al máximo, y gracias a sus tacones altos domina ligeramente a Billy— lo que te imaginas que haces rondando por aquí?

—Sólo…, sólo estoy esperando —Billy baja la cabeza para eludir la mirada penetrante de Dotty. Se diría que se está esforzando por tragarse la lengua y situarse así más allá de toda posible comunicación.

—En este momento deberías estar subiendo a buen paso historiales clínicos desde la sala de registros del edificio clínico —dice Dotty—. No has tratado en toda tu vida a la señorita Emily, así que déjala tranquila, ¿me oyes?

Un extraño gorgoteo indescifrable escapa de la garganta de Billy.

—Di…, di…, dijo que po…, que podía venir —articula después.

Dotty lanza un intenso resoplido de exasperación. Hay algo, sin embargo, en los ojos de Billy que le hace darse la vuelta y dejarlo que se las arregle solo. Cuando el

ascensor se detiene para recogernos, Billy se ha desvanecido, granos, pelo repeinado, tartamudeo y todo lo demás, en la habitación de la señorita Emily.

—No me gusta ese chico… —hace una pausa para encontrar la palabra adecuada—, es un verdadero *buitre*. Pasa algo extraño con él desde hace una temporada, si me permites que te lo diga. Anda siempre por los alrededores de la sala de urgencia, cualquiera diría que Dios Padre en persona se dispusiera a entrar por esa puerta para anunciar el día del Juicio Final.

—Viene a ver al Dr. Resnik en nuestra consulta —le digo—, pero no me han entregado aún ninguna de sus grabaciones para pasarlas a máquina, de modo que no estoy al tanto. ¿Ha sido una cosa repentina, eso de portarse como un buitre?

Dotty se encoge de hombros.

—Todo lo que sé es que la semana pasada le dio un susto de muerte a Ida Kline en el servicio de mecanografía, contándole no sé qué historia sobre una mujer que llegó a dermatología toda morada e hinchada como un elefante en una silla de ruedas, con una enfermedad tropical. Ida no pudo almorzar pensando en eso. Creo que existe un nombre para eso, para las personas que andan siempre a vueltas con los cadáveres y todo eso. Nega…, negafilia o algo parecido. Llegan a hacer cosas terribles, se ponen a cavar para sacar los cadáveres de las tumbas.

—Precisamente ayer estuve haciendo el historial de una recién ingresada —dije—. Y era algo bastante parecido. No conseguía creer que su hijita se le hubiera muerto, seguía viéndola por todas partes, en la iglesia, en la tienda de ultramarinos. Iba cada dos días al cementerio. En una ocasión, me explicó, la niñita vino a verla, con un traje blanco de encaje, y le dijo que no se preocupara, que estaba en el cielo y que la cuidaban muy bien, que le iba estupendamente.

—Me pregunto… —dice Dotty—. Me pregunto cómo se cura una cosa así.

Desde la cafetería del hospital, donde estamos sentadas alrededor de una de las mesas grandes tomándonos el postre y firmando la tarjeta para desearle a la señorita Emily que se restablezca enseguida, veo cómo la lluvia golpea los cristales de las ventanas que dan al patio ajardinado. Alguna señora con mucho dinero hizo construirlo y lo llenó de hierba y árboles y flores para que, mientras comían, médicos y enfermeras vieran algo más bonito que grava y paredes de ladrillo. Pero ahora chorrea tanta agua por los cristales que ni siquiera se distingue el color verde del jardín.

—¿Vosotras os vais a quedar, chicas? —la voz de Cora tiembla tanto como la gelatina que se está comiendo—. Quiero decir que no sé qué hacer con mi madre sola en casa. Si se fuese la luz, podría romperse la cadera buscando a oscuras velas en el sótano, y el tejado no está nada bien: basta un simple chaparrón para que tengamos goteras en el ático…

—Tú te quedas, Cora —afirma Dotty con decisión—. Trata de volver a casa con este diluvio y te ahogarás en un abrir y cerrar de ojos. Mañana por la mañana le das un telefonazo y encontrarás a tu madre tan contenta como unas pascuas y la tormenta

a ciento cincuenta kilómetros de aquí, desapareciendo ya en dirección a Maine.

—¡Mirad! —digo, en parte para distraer a Cora—. Acaba de entrar la señora Rafferty con su bandeja. Vamos a llamarla para que firme —antes de que podamos hacerle un gesto de saludo, la señora Rafferty nos descubre y se dirige hacia nosotras, un balandro blanco con todas las velas desplegadas, los pendientes con estetoscopios balanceándose a ambos lados de una cara cuya expresión sólo puede anunciar malas noticias.

—Chicas —dice, viendo la tarjeta abierta sobre la mesa delante de nosotras—; no me agrada ser la mensajera de tan tristes nuevas, pero tengo que deciros que esa tarjeta ya no va a ser necesaria.

Cora se vuelve del color de la masilla por debajo de las pecas, una cucharada de gelatina de fresa a medio camino hacia la boca.

—Emily Russo nos dijo adiós definitivamente hace menos de una hora —la señora Rafferty inclina la cabeza un segundo, y vuelve a levantarla con segura fortaleza—. Es lo mejor que ha podido pasarle, lo sabéis tan bien como yo. Se ha ido como si se quedara dormida, así que no hay por qué deprimirse. Tenemos —hace un enérgico movimiento de cabeza en dirección a los cristales ciegos por donde chorrea el agua— otras personas en qué pensar.

—¿Estaba la señorita Emily…? —pregunta Dotty, mientras mueve con extraña concentración la crema que acaba de añadirle al café—, ¿estaba sola la señorita Emily en el último momento?

La señora Rafferty vacila.

—No, Dorothy —responde al cabo de un momento—. No. No estaba sola. Billy Monihan se encontraba presente. La enfermera de servicio dice que parecía *muy* afectado, muy conmovido. Le dijo a la enfermera —añade la señora Rafferty— que la señorita Emily era su tía.

—Pero la señorita Emily no tiene ni hermanos ni hermanas —protesta Cora—. Nos lo dijo Minnie. No tiene a *nadie*.

—Sea como fuere —la señora Rafferty parece deseosa de cerrar el tema—, sea como fuere, el muchacho estaba terriblemente afectado. Muy conmovido.

Lloviendo a cántaros como llueve y con un viento capaz de derribar toda la ciudad, por la consulta no aparece ningún paciente en toda la tarde. Nadie, tengo que corregirme, a excepción de la anciana señora Tomolillo. La señorita Taylor acaba de salir para traer dos tazas de café de la máquina que hay al final del pasillo cuando la señora Tomolillo se me viene encima, furiosa y mojada, semejante a una bruja con el vestido negro de lana que lleva todo el año, agitando una empapada masa de papeles.

—Dónde está el doctor Chrisman, quiero saber dónde está el doctor Chrisman.

La empapada masa de papeles resulta ser su historial clínico, un documento que nunca, bajo ninguna circunstancia, debe llegar a manos de los pacientes. Es un verdadero desastre, las anotaciones en tinta roja, azul y verde de los numerosos médicos de las numerosas clínicas que frecuenta la señora Tomolillo se confunden en

un absurdo arcoiris, desprendiendo gotas de agua y tinta de distintos colores incluso mientras se lo quito de las manos.

—Mentiras, mentiras, mentiras —silba en mi dirección la señora Tomolillo, impidiéndome decir una sola palabra—. Mentiras.

—¿Qué mentiras, señora Tomolillo? —le pregunto a continuación, con voz alta y clara, porque la señora Tomolillo es notablemente dura de oído, aunque no quiere aprender a manejar un audífono—. Estoy segura de que el doctor Chrisman…

—Mentiras, nada más que mentiras lo que ha escrito en ese cuaderno. Soy una buena mujer que ha tenido la desgracia de perder a su marido. Déjeme que le ponga las manos encima, ya le enseñaré yo a escribir mentiras…

Lanzo una rápida ojeada hacia el pasillo. La señora Tomolillo extiende y encoge los dedos de manera alarmante. Un hombre con muletas, una pernera del pantalón vacía y doblada con un pliegue perfecto a la altura de la cadera, cruza por delante de nuestra puerta. Le sigue un auxiliar de la clínica de amputados que acarrea una pierna artificial de color rosa y la mitad de un torso artificial. Al presenciar tan breve desfile la señora Tomolillo se calma. Deja caer los brazos, y las manos se le pierden en los pliegues de la voluminosa falda de lana.

—Se lo diré al doctor Chrisman, señora Tomolillo. Estoy segura de que ha sido alguna equivocación, no tiene usted que preocuparse —detrás de mí, la ventana cruje dentro de su marco como si, desde el exterior, alguna corriente gigantesca estuviera tratando de abrirse camino hacia la luz. La lluvia golpea los cristales con la fuerza de pistoletazos.

—Mentiras… —silba la señora Tomolillo, sólo que con más placidez, como una tetera en el momento en que empieza a hervir el agua—. Dígaselo.

—Se lo diré. Por cierto, señora Tomolillo…

—¿Sí? —se detiene en el umbral, negra y formidable como una de las parcas, atrapada en una tormenta de su propia invención.

—¿De dónde debo decirle al doctor Chrisman que procede el cuaderno con su historial clínico?

—De la sala que tienen ahí abajo —dice con toda sencillez—. La sala donde están todos. Lo he pedido y me lo han dado.

—Entiendo —el número del historial de la señora Tomolillo, impreso en tinta indeleble, es Nueve-tres-seis-dos-cinco—. Muy bien. Gracias, señora Tomolillo.

El edificio clínico, grande como es, con sólidos cimientos de hormigón y construido de piedra y ladrillos, parece temblar hasta sus raíces mientras Dotty y yo recorremos los pasillos del primer piso y descendemos luego hasta el corredor para dirigirnos a la cafetería del hospital en busca de una cena caliente. Oímos las sirenas, estridentes o débiles, en el interior de la ciudad o en las afueras: coches de bomberos, ambulancias, furgonetas de la policía. El estacionamiento delante de urgencias está abarrotado de ambulancias y coches particulares que llegan continuamente de las ciudades de los alrededores: personas con fallos cardiacos, personas con colapso

pulmonar, personas con histeria galopante. Y para acabar de arreglarlo hay un apagón, de manera que tenemos que avanzar a tientas pegadas a las paredes en la semioscuridad. Por todas partes médicos e internos dan órdenes con brusquedad, las enfermeras pasan de largo, blancas como fantasmas en sus uniformes, y camillas ocupadas —por personas que gimen, que lloran o que no se mueven—, circulan de aquí para allá. Y en medio de todo ello, una silueta familiar pasa velozmente junto a nosotras y desciende el tramo de escalones de piedra sin iluminar que llevan al primer y al segundo sótanos.

—¿No es él?

—¿Quién? —quiere saber Dotty—. No veo nada con esta oscuridad, tendría que empezar a usar gafas.

—Billy. De la sala de registros.

—Deben de estar haciéndole traer historiales a toda prisa para los casos de urgencia —dice Dotty—. Cuando las cosas se ponen así de difíciles necesitan toda la ayuda extra que puedan conseguir.

Ignoro por qué, pero no soy capaz de contarle a Dotty lo sucedido con la señora Tomolillo.

—No es tan mal chico —me descubro diciendo, a pesar de lo que sé acerca de la señora Tomolillo y de Emily Russo y de Ida Kline y la mujer elefante.

—No está mal —dice Dotty irónicamente— si da la casualidad de que te gustan los vampiros.

Mary Ellen y Dotty están sentadas con las piernas cruzadas en una de las literas que han instalado en el anexo del tercer piso, tratando de hacer al alimón un solitario sin otra luz que la de una linterna de bolsillo que alguien ha encontrado, cuando Cora viene corriendo pasillo adelante hacia la hilera que formamos, apoyadas en las literas.

Dotty coloca un nueve rojo sobre un diez negro.

—¿Has podido hablar con tu madre? ¿El techo todavía sigue en su sitio?

En el pálido círculo luminoso que arroja la linterna, los ojos de Cora están muy abiertos, las pestañas humedecidas.

—Dinos —Mary Ellen se inclina hacia ella—, ¿es que te han dado alguna mala noticia? Estás tan blanca como la pared, Cora.

—No…, no se trata de mi madre —articula finalmente Cora—. Las líneas están cortadas, ni siquiera he podido comunicar. Ha sido ese chico, ese Billy…

Todo el mundo se queda muy callado de repente.

—Estaba subiendo y bajando las *escaleras* —dice Cora, la voz tan compungida que cualquiera pensaría que hablaba de su hermano pequeño o algo parecido—. Arriba y abajo, arriba y abajo con esos historiales, a oscuras, y con tanta prisa que se saltaba dos, tres escalones. Y se cayó. Se cayó todo un tramo…

—¿Dónde está? —pregunta Dotty, dejando lentamente sobre la litera las cartas que tiene en la mano—. ¿Dónde está ahora?

—¿Dónde *está*? —la voz de Cora se alza una octava—. Está muerto.

Es una cosa bien extraña. En el momento en que de la boca de Cora salen esas palabras, todo el mundo olvida lo pequeño que era Billy, su aspecto realmente ridículo, con el tartamudeo y esa tez tan horrible. Debido a la preocupación por el huracán, y al hecho de que nadie pueda hablar con su familia, la memoria lo envuelve en una especie de aureola. Se diría que se ha tumbado y ha muerto por todo el grupo que formamos nosotras, sentadas en las literas.

—No habría muerto —observa Mary Ellen— si no hubiese estado ayudando a otras personas.

—Viendo cómo están las cosas —interviene Ida Kline—, me gustaría retirar lo que dije el otro día, acerca de él y de la mujer con elefantiasis. Billy no sabía que tengo tan mal el estómago ni nada parecido.

Sólo Dotty guarda silencio.

Mary Ellen apaga la linterna, todo el mundo se quita la ropa en la oscuridad y se tumba. Dotty se sube a la litera en el extremo de la fila, junto a la mía. A todo lo largo del corredor se oye el ruido de la lluvia, más reposada ahora, que golpea ininterrumpidamente los cristales. Al cabo de un rato, de la mayoría de las literas llega el sonido de respiraciones uniformes.

—Dotty —susurro—. Dotty, ¿estás despierta?

—Claro —me responde ella, también con un susurro—. El insomnio y yo somos viejos amigos.

—Dime Dotty, ¿a ti qué te parece?

—¿Quieres saber lo que yo pienso? —se diría que la voz de Dotty me llega hasta los oídos desde un puntito invisible en medio de una gran oscuridad—. Creo que ese chico tiene suerte. Por una vez en su vida ha hecho una cosa sensata. Por una vez en su vida creo que ese chico va a ser un héroe.

Y con las historias de los periódicos y las ceremonias en la iglesia y la medalla de oro a título póstumo concedida por el director del hospital a los padres de Billy después de que haya pasado la tormenta, tengo que darle la razón a Dotty. Está en lo cierto. Está totalmente en lo cierto.

El oso número cincuenta y nueve

Para cuando llegaron, siguiendo el mapa del Grand Loop que había en el folleto, una densa neblina envolvía los estanques irisados; tanto el aparcamiento como los caminos entarimados estaban vacíos. Con la excepción del sol, muy bajo ya sobre las colinas violetas, y de su reflejo, rojo como un tomate enano alojado en la reducida superficie de agua visible, no había nada que ver. De todos modos, puesto que estaban llevando a cabo un ritual de penitencia y perdón, cruzaron el puente sobre el río abrasador. A ambos lados, por delante y por detrás, columnas de vapor se alzaban sobre la superficie de los estanques. Velo tras velo de blancura se deshilachaban sobre el camino entarimado, borrando al azar trozos del cielo y de las colinas lejanas. Avanzaron despacio, circundados por un entorno a la vez íntimo e insufrible, sintiendo en el rostro, en las manos y en los brazos descubiertos el aire sulfuroso cálido y húmedo.

Norton se entretuvo entonces, permitiendo que su mujer se adelantara. Su silueta esbelta, vulnerable, perdió nitidez, vaciló, a medida que las neblinas se espesaban entre ellos. Desaparecía en una tormenta de nieve, en una cascada de agua blanca: no estaba en ningún sitio. ¿Es que había algo que no hubieran visto? Los niños en cuclillas junto a los orificios en la tierra, cociendo los huevos del desayuno en coladores herrumbrosos; monedas de cobre que hacían guiños desde cornucopias de agua color zafiro; los estruendosos surtidores ascendiendo, primero aquí, luego allá, en un yermo paisaje lunar de color ocre y blancuzco. Sadie había insistido, aunque sin perder nunca su innata delicadeza, en ver el inmenso cañón, de color amarillo mostaza, donde, a mitad de camino hacia el río, halcones y sombras de halcones describían círculos en el aire y quedaban colgados como negras cuentas ensartadas en un alambre muy fino. Sadie había insistido en ver la Boca del Dragón, aquel ronco y estruendoso torrente de agua mezclada con barro, y la Caldera del Diablo. Norton confiaba en que los habituales remilgos de su mujer la llevaran a alejarse de aquella masa negra, como de gachas, que estallaba y hervía a pocos metros por debajo su nariz, peno ella se había inclinado sobre la sima, devota como una sacerdotisa en medio de aquellas repugnantes emanaciones. Y fue Norton, al fin y a la postre, la cabeza descubierta bajo el sol del pleno mediodía, parpadeando para defenderse del blanco resplandor de la sal y respirando los vapores con olor a huevos podridos, quien se había rendido, presa del dolor de cabeza. Bajo los pies sentía el suelo tan frágil como el cráneo de un pájaro, una mera cáscara de cordura y decoro entre él y las oscuras entrañas de la tierra de donde nacían los cienos perezosos y las aguas hirvientes. Para colmo de males, alguien les había robado la bolsa para el agua, que era como las que se utilizan en el desierto; sencillamente se la habían llevado del parachoques delantero del automóvil mientras a ellos las multitudes del mediodía los arrastraban por el camino entarimado. Podía haber sido cualquiera: el individuo con la máquina de fotos, el niño, la negra del vestido rosa con ramitos. Culpabilidad

diluida entre la multitud como una gota de tinte bermellón en un vaso de agua clara, manchándolos a todos. Todos eran ladrones; sus rostros inexpresivos, bestiales o astutos. A Norton se le espesó la repugnancia en la garganta. Una vez en el coche, se recostó en el asiento, cerró los ojos y dejó que Sadie condujera. Un aire más fresco le abanicó las sienes. Parecía que las manos y los pies se le elevaban, se le alargaban, pálidos e hinchados gracias a una levadura de sueños. Como una estrella de mar, enorme y luminosa, se dejaba llevar, inundado de sueño, la conciencia comprimida en algún lugar, oscura y secreta como una nuez.

—Cincuenta y seis —dijo Sadie.

Norton abrió los ojos; le picaron y se le llenaron de lágrimas como si alguien se los hubiera restregado con arena mientras dormitaba. Era un oso estupendo, compacto y de pelaje negro, que iba siguiendo, decidido, el límite del bosque. A izquierda y derecha, las altas y abigarradas copas de los pinos se alzaban hacia el cielo, extendiendo, muy por encima de sus cabezas, su oscuro techo de agujas. Aunque el sol permanecía alto, sólo unos pocos rayos de luz atravesaban la masa refrescante de los árboles, de un azul casi negro. Llevar la cuenta de los osos empezó como un juego durante el primer día en el parque, y aún continuaba, cinco días más tarde, mucho después de que renunciaran a anotar las matrículas de diferentes estados y a fijarse en cuándo el cuentakilómetros marcaba cuatro, o cinco, o seis números idénticos al mismo tiempo. Quizá fuese la apuesta lo que lo mantenía vivo.

Sadie había apostado diez dólares a que llegarían a ver cincuenta y nueve osos antes de marcharse. Norton había elevado la cifra, despreocupadamente, a setenta y uno. En secreto tenía la esperanza de que Sadie ganara. Su mujer se tomaba los juegos con mucha seriedad, como un niño. Perder la hería, tan confiada era; y, sobre todo, se fiaba de su suerte. Cincuenta y nueve era para Sadie el símbolo de la plenitud. Para Sadie nunca había «centenares de mosquitos», ni «millones», ni siquiera «muchísimos», sino siempre cincuenta y nueve. Cincuenta y nueve osos, predijo con desenvoltura, sin pensárselo dos veces. Ahora que ya estaban tan cerca de aquella cifra, después de contar abuelos osos, osas con sus oseznos, osos color de miel y osos negros, osos marrones y de color canela, osos hundidos hasta la cintura en cubos de basura, osos mendigando al borde de la carretera, osos nadando en el río y osos husmeando alrededor de las tiendas y de los remolques a la hora de la cena, más les valía quedarse en los cincuenta y nueve. Al día siguiente se marchaban del parque.

Lejos de los caminos entarimados, de las peroratas de los guardas, de las maravillas que todo el mundo quería ver, Norton revivió un poco. Su dolor de cabeza, apartado hasta el límite más remoto de la conciencia, describía círculos y se detenía allí, como un pájaro frustrado. De pequeño Norton había elaborado, completamente solo, un método para rezar con mucha intensidad, no a una imagen de Dios, sino a lo que a él le gustaba considerar como el genio *local*, el espíritu protector de un bosque de fresnos, de un trozo de costa. Cuando él rezaba, lo hacía para que, de una forma u

otra, se produjera un milagro particular: verse favorecido con la visión de una cierva, o encontrar un fragmento de cuarzo pulido por el agua. Nunca sabía a ciencia cierta si se producía una coincidencia o si realmente se le concedía el milagro. En cualquier caso, lo cierto era que Norton disfrutaba de cierto poder. Ahora, arrullado por el lento movimiento del coche y fingiendo dormir, Norton empezó a desear que acudieran a él todos los animales del bosque: el antílope color de niebla y delicadamente estriado, el desgreñado y torpe búfalo, los zorros rojos y los osos. Mentalmente los vio detenerse, como sorprendidos por alguna extraña presencia, en lo más profundo de la espesura y en sus retiros del mediodía. Los vio, uno a uno, darse la vuelta para dirigirse hacia el centro donde él permanecía inmóvil, provocando con su voluntad feroz, infatigable, el movimiento de cada pezuña y de cada garra.

—¡Alces! —exclamó Sadie, y a Norton le pareció que la voz surgía de las profundidades de su cabeza. El automóvil torció para detenerse al borde de la carretera. Norton volvió a la realidad sobresaltado. Otros coches se estaban deteniendo a su alrededor y por detrás. Aunque Sadie era tímida, no le daban miedo los animales. Sabía tratar con ellos. Norton la había sorprendido en una ocasión dando moras a un ciervo salvaje; un ciervo cuyos cascos podían, con un solo golpe, derribarla violentamente. Pero nunca pensaba en el peligro.

Ahora la vio apresurarse tras los hombres en mangas de camisa, las mujeres con vestidos de algodón estampados, los niños de todas las edades que se dirigían en masa hacia el borde de la carretera como si acabara de producirse un asombroso accidente. Desde la carretera el terreno descendía de manera muy pronunciada hasta un claro en un espeso pinar. Todo el mundo llevaba una cámara. Ajustando diafragmas, agitando fotómetros o llamando a los familiares o amigos que quedaban arriba para que les buscaran nuevos rollos de película, se lanzaron por la pendiente en oleadas, escurriéndose, tropezando, cayéndose a medias, provocando una avalancha de herrumbrosas agujas de pino y de césped arrancado. Los alces, de grandes ojos, majestuosos bajo el peso de la dilatada cornamenta con festones oscuros, estaban arrodillados en el húmedo fondo verde del vallecito. Cuando la gente se dirigió hacia ellos a paso de carga y gritando, se incorporaron con lento y somnoliento asombro y se alejaron, sin prisa e indiferentes, hacia el bosque sin caminos más allá del claro. Norton se quedó en lo alto de la loma con tranquila dignidad independiente. Hizo caso omiso de las personas que tenía alrededor, y que se movían torpe y ruidosamente entre la maleza, manifestando su frustración. Mentalmente formuló una disculpa dirigida a los alces. Su intención había sido buena.

—Ni siquiera he tenido tiempo de hacerles una foto —dijo Sadie junto a su codo —. De todas formas supongo que estaba demasiado oscuro ahí abajo —sus dedos se apoyaron sobre la piel del antebrazo de Norton, las puntas tan blandas como moluscos—. Vayamos a ver el estanque. El que hierve cada quince minutos.

—Ve tú —dijo Norton—. Me duele la cabeza, un conato de insolación, creo. Te esperaré sentado en el coche.

Sadie no respondió, pero puso el automóvil en marcha con inconfundible violencia, y Norton comprendió que la había defraudado.

Poco después, con la sensación de que se acercaba una tormenta, Norton vio alejarse del coche a Sadie, con el puntiagudo sombrero de paja sujeto por una cinta roja bajo la barbilla, y el labio inferior, rosado y reluciente, proyectado hacia adelante en un inconfundible gesto de resentimiento, hasta desaparecer, incorporada a la fila que formaban otros turistas, más allá del deslumbrante horizonte blanco.

A menudo, cuando soñaba despierto, Norton se veía en el papel de viudo: una figura hamletiana, de mejillas hundidas y trajes oscuros, dado a permanecer inmóvil, ensimismado, azotado por vientos fortuitos sobre promontorios solitarios o en la cubierta de algún barco, mientras el cuerpo de Sadie, esbelto, elegante, blanco, embalsamado, en una especie de bajorrelieve, descansaba sobre la lápida central de su mente. A Norton nunca se le ocurría que su mujer pudiera sobrevivirlo. Su sensualidad, sus sencillos entusiasmos paganos, su incapacidad para argumentar partiendo de algo que no fueran sus emociones del momento: todo ello era un tejido demasiado endeble, demasiado frágil para sobrevivir sin la protección que le prestaban las alas de su tutela.

Como había imaginado, el paseo solitario de su mujer no resultó nada satisfactorio. El estanque entró en ebullición, como estaba previsto, hasta conseguir una maravillosa tonalidad azul, pero un extraño cambio en la dirección del viento había arrojado vapor caliente contra la cara de Sadie, escaldándola casi. Y alguien, un muchacho o grupo de muchachos, la había interpelado en el camino entarimado, estropeándolo todo. Una mujer nunca conseguía que la dejaran en paz cuando estaba sola; una mujer solitaria era un blanco ambulante para cualquier tipo de impertinencias.

Norton no ignoraba que todo aquello era una manera de solicitar nuevamente su compañía. Pero, desde el incidente de la bolsa de agua, la repugnancia por las multitudes de turistas le había estado hirviendo a fuego lento en la base del cráneo. Se le crispaban las manos cuando pensaba en volver a mezclarse con aquella muchedumbre. Se vio a sí mismo, desde una gran distancia, desde el Olimpo, arrojando a un niño a un estanque hirviente, dando un puñetazo en la tripa a un gordo. El dolor de cabeza le golpeó de nuevo inesperadamente como un pico de buitre.

—¿Por qué no dejamos lo que nos queda por ver para mañana? —dijo—. Mañana ya seré capaz de ir andando contigo.

—Hoy es nuestro último *día*.

A Norton no se le ocurrió ninguna respuesta.

Tan sólo cuando se encontraron con el oso número cincuenta y siete se dio cuenta Norton de lo disgustada que estaba Sadie. El oso se hallaba tumbado en la carretera delante de ellos, una pesada esfinge marrón que ocupaba una mancha de sol. Era imposible que Sadie no lo hubiera visto, porque tuvo que desviar el coche al carril de la izquierda para evitarlo, pero apretó los labios y no dijo nada, acelerando en

cambio, por lo que tomaron la curva siguiente a gran velocidad. Conducía ya temerariamente. Cuando llegaron al cruce cercano a los grandes estanques irisados, lo atravesó tan deprisa que los integrantes de un grupo que se disponía a atravesar la carretera saltaron hacia atrás alarmados, y el guardabosques que iba con ellos gritó enfadado «¡Eh, ustedes, vayan más despacio!» Unos cientos de metros más allá del cruce Sadie se echó a llorar. La cara se le llenó de arrugas y se le enrojeció la nariz; las lágrimas le corrieron hasta las comisuras de la boca y le cayeron por la barbilla.

—Para —le ordenó Norton finalmente, tomando las riendas de la situación. El coche se metió a saltos en el lateral de la carretera, dio un par de sacudidas y se caló. Sadie se derrumbó como una muñeca de trapo sobre el volante.

—No te pedí nada más —sollozó vagamente—. Dije que me conformaba con los estanques y los manantiales.

—Escucha —dijo Norton—. Ya sé qué es lo que nos pasa. Van a ser las dos, y llevamos seis horas conduciendo sin probar bocado.

Los sollozos de Sadie cesaron. Dejó que su marido le deshiciera el lazo del sombrero de paja y le acariciase el pelo.

—Vamos a llegarnos a Mammoth Junction —prosiguió Norton, como si se tratara de una de las historias que se cuenta a los niños en la cama para que concilien el sueño—, nos tomaremos una sopa caliente y unos sandwiches, veremos si hay algo de correo, subiremos a todos los manantiales de agua caliente y luego, al bajar, nos pararemos en todos los estanques. ¿Qué te parece?

Sadie asintió con la cabeza. Norton notó que vacilaba un segundo. Luego le dijo bruscamente:

—¿Has visto el *oso*?

—Claro que sí —dijo Norton, ocultando una sonrisa—. ¿Qué número hacía?

—El cincuenta y siete.

Debilitada ya la fuerza del sol y sintiendo la agradable y flexible forma de la cintura de Sadie contra el pliegue del brazo, Norton sintió que florecía en él una nueva benevolencia hacia la humanidad. La llama de la irritación en la base del cráneo se le enfrió. Puso el coche en marcha con firme superioridad, seguro de sí mismo.

Ahora Sadie caminaba, bien alimentada y en paz, unos cuantos metros por delante, envuelta en niebla, pero tan suya, sin duda alguna, como un cordero atado con una cuerda. Su inocencia, su confianza, le proporcionaban la aureola de un dios protector. Él la comprendía, la abarcaba. No veía, o no tenía ganas de ver, cómo su sumisión le conmovía y le atraía, ni cómo ahora, a través de los humeantes y asfixiantes baños de niebla, ella le guiaba y él la seguía, aunque hubieran desaparecido los arcoiris bajo el agua clara.

Cuando terminaron el circuito del camino entarimado, el sol se había escondido detrás de las colinas y los altos pinos amurallaban con sus sombras la carretera

desierta. Mientras conducía, una punzada de inquietud hizo que Norton mirase el nivel del depósito de gasolina. La aguja blanca señalaba que se había quedado vacío. Sadie también debía de haberlo visto, porque le estaba vigilando, pese a que la luz, en constante disminución, escaseaba.

—¿Crees que llegaremos? —le preguntó, con una peculiar tensión en la voz.

—Por supuesto —dijo Norton, aunque no estaba ni mucho menos tan seguro. No había ninguna gasolinera hasta el lago, y tardarían más de una hora en hacer el recorrido. El depósito tenía una reserva, claro está, pero nunca la había puesto a prueba, nunca había permitido que el nivel descendiera por debajo de la cuarta parte de su capacidad. El incidente con Sadie quizá había hecho que se olvidara de la gasolina. Porque podían haber llenado el depósito en Mammoth Junction sin ningún problema. Encendió las luces largas, pero incluso así la pequeña cueva de luz que se movía por delante de ellos no parecía capaz de competir con los oscuros batallones de pinos que los rodeaban. Pensó en lo agradable que sería, para variar, ver, reflejadas en el retrovisor, las luces de otro automóvil que se les acercara por detrás. Pero el espejo sólo acumulaba oscuridad. Durante un irracional momento de miedo, Norton sintió todo el peso de la oscuridad, que se le acumulaba en lo alto del cráneo, presionándole por todas partes, de manera brutal, concentrada, como decidido a aplastar el frágil recipiente, chapado en hueso, que hacía de él un hombre aparte.

Mientras procuraba humedecerse los labios, que se le habían quedado completamente secos, Norton empezó a cantar para luchar contra la oscuridad, algo que no había vuelto a hacer desde niño.

«Muchachos de Liverpool,
Tened cuidado, os lo ruego,
Cuando salgáis a cazar,
Con rifle, señuelo y perro…»

Las lastimeras cadencias de la melodía aumentaban la soledad a su alrededor.

«Tumbado en mi catre,
Soñaba con el pasado…»

De repente, como la llama de una vela expuesta a una corriente, la memoria de Norton parpadeó. Las palabras de la canción desaparecieron. Pero Sadie tomó el relevo:

«Me soñé de vuelta en Liverpool,
Mi amor al lado…»

Y los dos concluyeron juntos:

«Me soñé en Marylebone,
Una cerveza en la mano.
Y desperté abatido,
De la tierra de Van Diemen separado.»

A Norton le preocupó haberse olvidado de la letra de la canción: se la sabía de carrerilla, como su propio nombre. Daba la impresión de que se le estaba ablandando el cerebro.

En media hora de viaje no pasaron por ningún lugar reconocible, y la aguja del depósito de gasolina se hundía cada vez más por debajo de la línea roja. Norton se descubrió escuchando el tenue zumbido del motor como si se tratase de la respiración de un familiar moribundo, los oídos atentos a la quiebra de la continuidad, a la vacilación, al silencio.

—Aunque salgamos de ésta —dijo Sadie en una ocasión, con una risita crispada—, aún nos quedarán dos cosas desagradables. Tendremos un remolque aparcado en el sitio de nuestro coche y un oso esperándonos en la tienda.

Finalmente apareció ante ellos el lago, una radiante extensión plateada —más allá de las oscuras siluetas cónicas de los pinos—, donde se reflejaban las estrellas y la rubicunda luna, que acababa de levantarse por el horizonte. Un destello blanco cruzó por delante de los faros cuando un venado galopó hasta desaparecer en la espesura. El débil eco de las pezuñas del animal les sirvió de consuelo, así como la vista de la gran extensión de agua. Al otro lado del lago, una diminuta corona de luces marcaba las tiendas de la parte central del campamento. Veinte minutos después entraban en la gasolinera iluminada, riendo como adolescentes atolondrados. El motor dejó de funcionar a cinco metros del surtidor.

Norton nunca había visto a Sadie tan alegre desde que comenzaran el viaje. Dormir fuera, incluso en parques estatales, entre las demás tiendas y remolques, la acobardaba. Una noche, cuando él se alejó unos momentos siguiendo la orilla del lago, dejándola que terminara de recoger los platos de la cena, se puso histérica y echó a correr hacia la orilla con el paño de cocina, moviendo los brazos y llamándolo, las sombras azules espesándose a su alrededor como agua, hasta que él la oyó y regresó. Pero ahora, una vez superado con éxito el susto de la oscuridad, el depósito vacío y la carretera solitaria la estaban afectando como un licor. Su regocijo le desconcertó; siempre se echaba al hombro la carga de sus antiguas cautelas, de sus miedos conejiles. Cuando entraron en el camping y describieron la curva que les llevaba hasta el lugar donde estaban instalados, a Norton el corazón se le paró en el pecho. Su tienda había desaparecido. Luego, avergonzado de su estupidez, vio que la tienda estaba simplemente escondida detrás de la larga silueta, como de globo, de un desconocido remolque de aluminio que había ocupado el sitio donde solían aparcar el

coche.

Norton giró el automóvil hasta colocarlo en el espacio que quedaba detrás del remolque. Los faros revelaron una silueta oscura, semejante a un montículo, a pocos metros de su tienda. Sadie, exultante, rió en voz baja.

—¡Cincuenta y ocho!

Desconcertado por el brillo de las luces, o por el ruido del motor, el oso retrocedió, alejándose del cubo de la basura. Luego, con un pesado galope, desapareció entre el oscuro laberinto de tiendas y remolques.

De ordinario a Sadie no le gustaba cocinar después de anochecido, porque el olor de la comida atrae a los animales. En aquella ocasión, sin embargo, fue a la nevera del camping y sacó los rosados filetes de las truchas asalmonadas que habían pescado el día anterior. Luego procedió a freírlos, junto con algunas patatas ya cocidas, y preparó al vapor unas cuantas mazorcas. Se sometió incluso al ritual de mezclar con leche el chocolate en polvo, sirviéndose de la luz amarilla de la linterna, y calentó de buena gana agua para lavar los platos.

Como reparación por la pérdida de la bolsa para el agua y por su descuido con el depósito de gasolina, Norton se mostró especialmente escrupuloso a la hora de recoger. Envolvió las sobras del pescado frito en papel encerado y las colocó en el asiento trasero del coche, junto con una bolsa de galletas, algunas pastas rellenas de higos y la nevera portátil. Comprobó que estaban subidos los cristales de las ventanillas y cerró las portezuelas con llave. En el maletero llevaban latas y alimentos de fácil conservación suficientes para dos meses; Norton se aseguró de que también estuviera cerrado. Luego cogió el cubo de agua jabonosa donde habían lavado los platos y restregó la mesa de madera y los dos bancos. Los osos sólo molestaban a los excursionistas descuidados, decían los guardabosques: personas que iban dejando restos de comida por todas partes o que guardaban alimentos en las tiendas. Todas las noches, por supuesto, los osos recorrían el camping, hurgando en los cubos de basura. Eso no se podía evitar. Los cubos tenían tapaderas de metal y estaban muy hundidos en el suelo, pero los osos eran suficientemente habilidosos como para quitar la tapadera de un manotazo y sacar la basura, revolviendo entre los papeles encerados y las cajas de cartón en busca de pan duro, trozos de hamburguesas o de perritos calientes y tarros todavía con restos de miel o mermelada: todas las suculentas sobras de excursionistas sin adecuadas neveras portátiles ni recipientes herméticos. A pesar de unas reglas muy estrictas, la gente daba incluso de comer a los osos, los atraía con azúcar y galletas para que posaran delante de las cámaras e incluso empujaban a sus hijos debajo del hocico del oso para obtener así una instantánea más divertida.

Bajo el claro de luna, plata y azul, los pinos se erizaban de sombras. Norton se imaginó las pesadas siluetas de los osos que caminaban sin prisa, en el corazón de la oscuridad, husmeando en busca de comida. El dolor de cabeza volvía a molestarle. Junto con el dolor de cabeza, había algo que le latía en un extremo de la mente, tan torturante como la letra olvidada de una canción: algún refrán, algún recuerdo oculto

durante mucho tiempo que trataba en vano de recuperar.

—¡Norton! —susurró Sadie desde el interior de la tienda.

Se reunió con ella con los movimientos lentos, como en trance, de un sonámbulo, cerrando tras sí la cremallera de la puerta de lona, con el recuadro de la ventana con tela de mosquitero. El saco de dormir se había entibiado gracias al calor del cuerpo de Sadie, y Norton se arrastró para colocarse a su lado como en un nido muy profundo.

El estrépito lo despertó. Primero soñó el golpe violento y el tintineo de cristales después de la rotura; luego se despertó con la cabeza terriblemente despejada, para seguir oyéndolo todavía, una cascada descendente de campanas y *gongs*.

A su lado Sadie seguía tumbada, en tensión. El hálito de sus palabras le acarició el oído.

—Mi oso —dijo, como si lo hubiera llamado para que saliera de la oscuridad.

Después del estrépito, el aire se quedó anormalmente inmóvil. Norton oyó a continuación un arrastrar de pies en las proximidades del automóvil y, enseguida, una sucesión de golpes y choques, como si el oso estuviera haciendo rodar latas y tarros por una pendiente. Ha abierto el maletero, pensó Norton. Va a abrir a golpes toda la carne enlatada y las sopas y la fruta en conserva y se va a quedar ahí toda la noche, atiborrándose. La imagen del oso acabando con toda su comida le indignó. Estaba relacionada de algún modo con la bolsa para el agua que les había desaparecido y el depósito vacío de gasolina y, por si eso no fuera suficiente, aquel animal se disponía a privarles de dos meses de provisiones en una sola noche.

—Haz algo —Sadie se acurrucó en el nido de mantas—. Espántalo —la voz de su mujer lo desafiaba, aunque a él le pesaban las piernas y los brazos.

Norton oía olfatear al oso mientras avanzaba a lo largo de la tienda. La lona se ondulaba como una vela. Cautelosamente se zafó del saco de dormir, abandonando a regañadientes la oscura tibieza intensamente olorosa. Miró por el orificio cuadrado de la puerta, protegido con tela de mosquitero. Bajo la azulada luz de la luna vio al oso inclinado ante la ventanilla posterior izquierda del coche, metiendo el torso por el hueco donde debería estar el cristal. Con un crujido, como cuando se aprieta con el puño una bola de papel, el oso sacó del interior del automóvil un manojo de pajas con unas cintas colgando.

A Norton le subió por la garganta una oleada de indignación. El maldito oso no tenía derecho a hacer aquello con el sombrero de su mujer, a destrozarlo de aquella manera. El sombrero pertenecía a Sadie de manera tan indisoluble como su propio cuerpo, y allí estaba el oso, destrozándolo, haciéndolo pedazos con una horrible curiosidad implacable.

—Quédate aquí —dijo Norton—. Voy a echar a ese oso.

—Llévate la linterna. Eso le asustará.

Norton buscó a tientas la forma fría y cilíndrica de la linterna por el suelo de la tienda, bajó la cremallera de la puerta y salió fuera, bajo la pálida luz de la luna. El

oso había conseguido encontrar el pescado frito en el asiento trasero del coche, y permanecía erguido, preocupado, manejando torpemente el envoltorio de papel encerado. En el suelo, a sus pies, se hallaban los restos del sombrero de Sadie, un grotesco amasijo de paja.

Norton dirigió la luz de la linterna directamente a los ojos del oso.

—Eh, tú, vete de aquí —dijo.

El oso no se movió.

Norton dio un paso adelante. La silueta del oso se elevaba por encima del automóvil. Norton veía, con el resplandor de la linterna, los puntiagudos dientes de cristal alrededor del agujero abierto en la ventanilla.

—Vete de aquí… —mantuvo la luz con firmeza mientras avanzaba, poniendo toda su voluntad en conseguir que el oso se marchara. En cualquier momento el animal cedería y echaría a correr—. Vete… —pero allí había otra voluntad en acción, una voluntad más fuerte, incluso, que la suya.

La oscuridad se hizo puño y golpeó. La luz se apagó. La luna desapareció tras una nube. Una náusea caliente llameó, atravesándole el corazón y las entrañas. Norton se debatió, notando el sabor de la espesa miel dulce que le llenaba la garganta y le rezumaba por las ventanas de la nariz. Como procedente de un planeta distante, que se alejaba cada vez con más rapidez, le llegó un grito estridente: de terror o de triunfo, no sabría decirlo.

Era el último oso, el oso de Sadie, el cincuenta y nueve.

Día de éxito

Ellen iba de camino hacia el dormitorio con un montón de pañales recién doblados cuando sonó el teléfono, destrozando la quietud de la tersa mañana de otoño. Por un momento se inmovilizó junto a la puerta, tomando nota de la tranquila escena como si no fuera a volver a verla nunca: el delicado papel de las paredes con motivos de rosas, las cortinas de pana verde que ella misma había rematado a mano mientras esperaba a que naciera su hija, la cama imperial heredada de una tía muy cariñosa pero sin un céntimo y, en el rincón, la cuna de color rosa pálido en donde Jill, de seis meses de edad, centro de todo, dormía a pierna suelta.

Por favor, no permitáis que cambie, suplicó a los hados que pudieran estarle escuchando. Que los tres sigamos siempre siendo tan felices como ahora.

Luego el timbre chillón, exigente, la devolvió al momento presente, por lo que procedió a dejar el montón de pañales limpios sobre la cama y se dirigió a regañadientes hacia el teléfono, como si se tratara de algún instrumento de perdición, negro y pequeño.

—¿Está Jacob Ross? —preguntó una voz femenina, nítida y fría—. Denise Kay al habla.

A Ellen se le cayó el alma a los pies mientras dibujaba mentalmente, al otro extremo de la línea, a la pelirroja elegantemente vestida y maquillada. Tan sólo un mes antes Jacob y ella habían almorzado con la joven y brillante productora de televisión para hablar de la obra que Jacob estaba escribiendo, su primer intento para el teatro. Ya en aquella primera ocasión Ellen había deseado secretamente que a Denise la alcanzara un rayo o que se esfumara para reaparecer como por encanto en Australia y evitar así que tuviera que reunirse con Jacob en los tumultuosos, íntimos días de los ensayos, cuando autor y productor colaboran para dar a luz algo maravilloso que tan sólo les pertenece a ellos.

—No, Jacob no está en casa en este momento —a Ellen se le ocurrió, sintiéndose un poco culpable, lo justificado que estaría llamarlo, hacerlo bajar del piso de la señora Frankfort, tratándose de una llamada a todas luces importante. El manuscrito terminado casi llevaba ya dos semanas en el despacho de Denise Kay, y Ellen sabía, por la manera que tenía su marido de bajar los tres tramos de escalones todas las mañanas para recibir al cartero, con qué impaciencia esperaba el veredicto. De todos modos, ¿no había prometido comportarse como una secretaria modelo y evitarle interrupciones durante las horas dedicadas a escribir?

—Su mujer al teléfono, señorita Kay —añadió, quizá recalcándolo innecesariamente—. ¿Me puede dar a mí el recado o debo decirle a Jacob que la llame más tarde?

—Son buenas noticias —dijo Denise con animación—. Mi jefe está entusiasmado con la obra. Le parece un poco extraña, pero maravillosamente original, de manera que la vamos a comprar. Y a mí realmente me encanta ser la productora.

Ya está, pensó Ellen sintiéndose muy desdichada, incapaz de ver otra cosa que la imagen de aquella cabellera cobriza, suavemente resplandeciente, inclinada junto a los cabellos oscuros de Jacob sobre un grueso manuscrito ciclostilado. *El principio del fin*.

—Eso es estupendo, señorita Kay. Me…, me consta que Jacob se alegrará muchísimo.

—Estupendo. Me gustaría verlo hoy a la hora del almuerzo, si es posible, para hablar del reparto. Necesitaremos algunos actores conocidos, creo yo. ¿Podría usted decirle que me recoja en mi despacho hacia las doce?

—Por supuesto…

—Estupendo. Hasta la vista, entonces —y la comunicación se interrumpió con un clic expeditivo.

Desconcertada por una emoción poderosa y desconocida, Ellen se inmovilizó junto a la ventana, mientras aún resonaba en sus oídos aquella voz musical, tan segura de sí misma, que podía ofrecer el éxito sin darle más importancia que si se tratara de un racimo de uvas de invernadero. Mientras se entretenía mirando el césped de la plaza y los plátanos, de troncos recubiertos de manchas, que se alzaban hacia el luminoso cielo azul por encima de las descuidadas fachadas de las casas, una hoja, de apagado color oro, como una moneda de tres peniques, se desprendió de su rama y cayó, valseando lentamente, sobre el adoquinado. Cuando avanzara más el día, la plaza se llenaría con el ruido de las motocicletas y los gritos de los niños. Una tarde de verano, desde su punto de observación en el banco bajo los plátanos, Ellen había contado hasta veinticinco chiquillos. Desaliñados, bulliciosos, reidores: unas Naciones Unidas en miniatura arremolinándose por el trozo de césped plantado de geranios y por los estrechos callejones poblados de gatos.

¡Cuántas veces Jacob y ella se habían prometido la legendaria casita junto al mar, lejos de los tubos de escape de los automóviles y del humo de las estaciones de ferrocarril: un jardín, una colina, una caleta que Jill pudiera explorar, una paz sin prisas, hondamente saboreada!

—Bastará con que venda una obra, cariño —había dicho Jacob muy convencido —. Entonces sabré que puedo hacerlo y nos arriesgaremos.

Arriesgarse, claro está, era alejarse de aquella activa fuente de empleos —trabajos ocasionales, trabajos de media jornada, ocupaciones que Jacob llevaba a cabo con relativa facilidad, mientras seguía escribiendo siempre que tenía un momento libre— y depender exclusivamente de los inciertos ingresos que proporcionaba la venta de relatos, piezas de teatro y poemas. ¡Poemas! Ellen sonrió a pesar suyo al recordar la sombría víspera del nacimiento de Jill, bajo el constante acoso de los acreedores, muy poco después de mudarse al nuevo piso.

Cuando el cartero tocó el timbre, Ellen estaba arrodillada, extendiendo laboriosamente pintura de color gris claro sobre aquel deprimente entarimado roído que ya llevaba más de cien años prestando sus servicios.

—Ya voy yo —dijo Jacob, dejando la sierra con la que cortaba tablas de la longitud adecuada para hacer estanterías donde colocar los libros—. Es mejor que tú no subas y bajes escaleras, cariño.

Desde que Jacob empezara a mandar manuscritos a las revistas, el cartero, con su uniforme azul, se había convertido en un posible padrino mágico. Cualquier día, en lugar de los descorazonadores sobres amarillos con las impersonales notificaciones a imprenta rechazando los originales, llegaría tal vez la carta alentadora de un editor o incluso…

—¡Ellen, Ellen! —Jacob subió los escalones de dos en dos, agitando el sobre de avión recién abierto—. ¡Lo he conseguido! ¿No es maravilloso?

Y le dejó caer en el regazo el talón de color azul pálido y borde amarillo con una asombrosa cantidad de dólares en negro y de centavos en rojo. Los responsables del lujoso semanario estadounidense, cuyas señas Ellen había escrito en un sobre cuatro semanas antes, estaban encantados con la colaboración de Jacob. Pagaban una libra por línea, y el poema de Jacob era lo bastante largo para comprar… ¿qué? Después de reír un poco considerando la posibilidad de sacar entradas para el teatro, de ir a cenar a un restaurante de Soho o de comprar champán rosado, el peso del sentido común se impuso.

—Tú decides —aceptó Jacob, entregándole el talón, frágil y vistoso como una mariposa exótica—. ¿Qué es lo que te pide el corazón?

No se lo tuvo que pensar dos veces.

—Un cochecito de niño —dijo en voz baja—. ¡Un cochecito muy grande y muy hermoso con sitio suficiente para mellizos!

Ellen jugueteó con la idea de retrasar el mensaje de Denise hasta que Jacob bajara al galope para el almuerzo desde el piso de arriba —demasiado tarde para reunirse con la atractiva productora en su despacho—, pero se sintió de inmediato profundamente avergonzada de sí misma. Cualquier otra esposa, llena de entusiasmo ante aquella noticia excepcional, habría hecho venir a su marido al teléfono saltándose todas las reglas sobre horas destinadas a escribir, o, por lo menos, habría subido corriendo en el instante mismo de colgar el teléfono, orgullosa de ser la portadora de tan buenas nuevas. *Tengo celos*, se dijo Ellen sombríamente. *Soy un perfecto modelo del siglo veinte, con motores a reacción, de esposa celosa, con mentalidad estrecha y desconfiada. Como Sally Regan*. Aquella idea la detuvo en seco, y se dirigió decidida hacia la cocina para prepararse una taza de café.

No estoy haciendo otra cosa que dar largas, se dijo con una mueca de desagrado. En cualquier caso tuvo la impresión, medio supersticiosa, de que mientras no informara a Jacob del mensaje de Denise Kay, estaba a salvo…, a salvo del destino de Sally.

Jacob y Keith Regan, que habían sido compañeros de estudios y que combatieron juntos en África, regresaron al Londres de la postguerra decididos a evitar las sutiles

añagazas de los trabajos de sombrero hongo y jornada completa que los distrajeran de la única cosa que consideraban importante: escribir. Mientras esperaba a que hirviese el agua, Ellen recordó aquellos estimulantes meses de estrecheces en los que Sally y ella habían intercambiado recetas que les permitieran ahorrar dinero, así como las penas y preocupaciones secretas de todas las mujeres cuyos maridos son idealistas sin trabajo fijo, personas que consiguen salir adelante haciendo de vigilantes nocturnos o de jardineros, o aceptando cualquier otro trabajo ocasional que se presente.

Keith fue el primero que superó la prueba. Una obra representada en un teatro perdido se vio catapultada al West End londinense gracias al empujón de las críticas que pedían «¡Por favor, vayan a verla!» y siguió avanzando como un hermoso misil guiado por la estrella de la suerte hasta aterrizar en Broadway. No hizo falta nada más. Como por arte de birlibirloque, los sonrientes Regan pasaron de un apartamento sin calefacción ni agua caliente y de una dieta de espaguettis y patatas guisadas a los cuidados céspedes de Kensington con un fondo de vinos de calidad, automóviles deportivos, abrigos de pieles y, no mucho después, el decorado más sombrío de los tribunales de divorcio. Sally, sencillamente, no pudo competir —en belleza, dinero, talento…, en ninguna de las cosas que contaban— con la encantadora primera actriz rubia que añadió tanto esplendor a la obra de Keith durante las representaciones en el West End. La esposa devota y cándida de los años de estrecheces se había transformado gradualmente en una mujer de mundo, inquieta, cínica y de lengua afilada, que tenía dinero en abundancia (la pensión que le pasaba su ex marido), pero muy poco más. Keith, por supuesto, se había elevado muy por encima de la órbita de los Ross. De todos modos, ya fuera por compasión o quizá por un afecto a prueba de contrariedades, Ellen seguía en contacto con Sally, que parecía disfrutar hablando con ella, como si mediante la felicidad de los Ross, y su matrimonio bendecido con hijos, lograra en cierto modo recapturar los mejores días de su pasado personal.

Ellen colocó una taza y un platillo sobre la mesa de la cocina y se disponía a servirse una abundante dosis de café muy caliente cuando se echó a reír, doloridamente, y buscó una segunda taza. *¡Aún no soy una esposa abandonada!* Arregló con cuidado la bandeja de metal de mala calidad —servilleta, azucarero, recipiente con leche, una ramita de doradas hojas otoñales junto a las tazas humeantes— e inició el ascenso de los empinados escalones que subían al ático y al apartamento de la señora Frankfort.

Conmovida por las atenciones de Jacob, que le subía los cubos de carbón, le bajaba la basura y le regaba las plantas cuando se iba a visitar a su hermana, la viuda entrada en años le había ofrecido el uso de su apartamento mientras ella trabajaba fuera. «¡Dos habitaciones son demasiado poco para un escritor, su esposa y una niñita tan activa! Permítame que contribuya con mi granito de arena al futuro de la literatura mundial». De manera que Ellen podía dejar que su hijita se arrastrara y que gorjeara a voz en grito, como le gustaba hacerlo, en el piso de abajo, sin temor a molestar a

Jacob.

La puerta de la señora Frankfort se abrió al tocarla con la punta de los dedos, enmarcando la espalda, la cabeza de cabellos oscuros y los anchos hombros —cubiertos por el áspero jersey de pescador cuyos codos Ellen había zurcido más veces de las que le gustaba recordar— de Jacob, inclinado sobre la mesa zanquilarga llena de papeles emborronados. Mientras permanecía inmóvil en el umbral, conteniendo la respiración, Jacob, distraídamente, se pasó por el pelo una mano a modo de rastrillo y se giró sobre el sillón chirriante. Al ver a Ellen se le iluminó la cara y ella avanzó sonriente, para darle la buena noticia.

Después de despedir a Jacob, recién afeitado y peinado, y enfundado en su único traje, aunque, eso sí, muy bien cepillado, Ellen se sintió extrañamente deprimida. Jill se despertó de su siesta matutina emitiendo suaves gorjeos y con los ojos brillantes. «Papapa» parloteó mientras Ellen, omitiendo el habitual juego del escondite porque tenía la cabeza en otro sitio, le cambiaba el pañal mojado y la ponía a jugar en el corralito.

No pasará inmediatamente, pensó Ellen mientras aplastaba las zanahorias cocidas para el almuerzo de Jill. *Las separaciones no son casi nunca así. Se desarrollará despacio, un insignificante síntoma revelador después de otro, como una espantosa flor infernal.*

Después de apoyar a Jill contra las almohadas de la cama grande para darle de comer, la mirada de Ellen se detuvo sobre el diminuto frasco de perfume francés que descansaba sobre el buró, casi perdido entre la multitud de botes de polvos de talco, botellas de aceite de hígado de bacalao y frascos con algodón en rama. Las escasas gotas de costoso líquido ambarino que aún contenía parecían hacerle guiños burlones: aquel perfume había sido el único dispendio de Jacob con el dinero que sobró después de comprar el cochecito para su hija. ¿Por qué no lo había utilizado generosamente, en lugar de racionarlo con tantas precauciones, gota a gota, como si se tratara de un frágil elixir de vida? Una mujer como Denise Kay destinaría sin duda una sustanciosa parte de su sueldo a la adquisición de aromas deleitosos.

Ellen estaba todavía introduciendo distraídamente cucharadas de puré de zanahoria en la boca de Jill cuando sonó el timbre de la puerta. *¡Maldición!* Depositó a Jill en la cuna sin miramientos y se dirigió hacia la escalera. *Nunca falla.*

Un desconocido, inmaculadamente vestido, aguardaba en el escalón de delante de la puerta, junto al turbio batallón de las botellas de leche todavía por recoger.

—¿Está en casa Jacob Ross? Soy Karl Goodman, el editor de *Impact*.

Ellen reconoció, asombrada, el nombre de la prestigiosa revista mensual que tan sólo unos días antes había aceptado tres de los poemas de Jacob. Avergonzada al darse cuenta de las manchas de zanahoria en la blusa y de lo sucio que estaba el delantal, Ellen murmuró que Jacob había salido.

—¡Ustedes han aceptado algunos poemas suyos! —exclamó tímidamente a

continuación—. Nos dieron una gran alegría.

Karl Goodman sonrió.

—Quizá deba decirle a qué he venido. Vivo cerca de aquí, y hoy he almorzado en casa por casualidad, de manera que se me ha ocurrido acercarme en persona…

Denise Kay había telefoneado a *Impact* por la mañana para ver si podían publicar la obra de Jacob, o al menos una parte, de manera que coincidiera con la representación.

—Sólo quería asegurarme de que su marido no se había comprometido ya con otra revista —terminó Karl Goodman.

—No, no lo creo —Ellen trató de parecer tranquila—. En realidad sé que no. Estoy segura de que se alegrará de que tengan ustedes en cuenta su obra. Hay un ejemplar arriba. ¿Quiere que se lo baje…?

—Sería muy amable por su parte.

Al entrar corriendo en el apartamento le recibieron los indignados gemidos de Jill. *Sólo un minuto, corazón*, le prometió. Apoderándose a toda prisa del grueso manuscrito que ella había mecanografiado al dictado de Jacob durante tantas veladas esperanzadas, volvió a bajar las escaleras.

—Muchas gracias, señora Ross —confundida, Ellen sintió cómo los ojos perspicaces de Karl Goodman la evaluaban, desde las trenzas castañas recogidas en moño hasta las gastadas aunque brillantes punteras de los zapatos sin tacones—. Si lo aceptamos, como estoy casi seguro que sucederá, haré que le manden el talón por adelantado.

Ellen se sonrojó, pensando: *No estamos tan desesperados. No hasta ese punto*.

—Estupendo —dijo.

Subió lentamente las escaleras, acompañada por la estridente melodía de los gritos de Jill. *Ya se nota que no encajo. Resulto tan casera y tan anticuada como los dobladillos del año pasado. Si yo fuera Sally, me apoderaría de ese talón tan pronto como lo trajera el cartero, me iría a una peluquería de lujo y coronaría el tratamiento completo de belleza recorriendo Regent St. en un taxi cargado de compras. Pero yo no soy Sally*, se recordó Ellen con firmeza y, después de adornarse los labios con una sonrisa maternal, fue a terminar de darle el almuerzo a Jill.

Aquella tarde, mientras ojeaba las revistas de moda en la consulta del médico, donde Jill tenía que someterse a una de sus revisiones periódicas, Ellen reflexionó sombríamente acerca del abismo que la separaba de las modelos engalanadas con pieles, plumas y joyas, y tan dueñas de sí, que, desde las páginas de papel satinado, la contemplaban con ojos asombrosamente grandes y límpidos.

¿Empezaran alguna vez el día con el pie izquierdo? Se preguntó. *¿Con dolor de cabeza… o con el corazón en un puño?* Y trató de imaginarse el mundo de cuento de hadas en el que aquellas mujeres se despertaban con ojos brillantes como el rocío y mejillas sonrosadas, bostezando delicadamente como hacen los gatos, el cabello, incluso al alba, un torreón, milagrosamente intacto, dorado, bermejo, negro azulado

o, quizá, plateado con reflejos de espliego. Se levantarían, tan ágiles como bailarinas, para preparar un desayuno exótico al hombre de su vida —huevos revueltos con champiñones, por ejemplo, o carne de marisco sobre tostada— yendo de un lado a otro por una resplandeciente cocina americana en un vaporoso salto de cama, con cintas de satén revoloteando como triunfales estandartes…

No, Ellen reconstruyó la escena. A las modelos les llevarían, por supuesto, el desayuno a la cama, como correspondía a su condición de princesas, en una bandeja suntuosa: tostadas crujientes, el brillo lechoso de la porcelana más delicada, agua recién retirada del fuego para el té de Ceilán… Y en medio de aquel fabuloso mundo de cartón piedra la perturbadora visión de Denise Kay insinuándose. De hecho parecía perfectamente a sus anchas allí, con ojos de color castaño oscuro, casi negros, como pozos sin fondo bajo una arrebatadora cascada de cabellos cobrizos.

¡Si por lo menos fuese una persona superficial\ con cabeza de chorlito! Ellen se sintió dominada durante unos momentos por conjeturas indignas de una esposa con recursos. *Si por lo menos…*

—¿Señora Ross?

La enfermera la tocó en el hombro y Ellen salió bruscamente de su ensueño. *Si por lo menos Jacob estuviera ya en casa cuando yo vuelva*, su imaginación giró bruscamente, esperanzada, *los pies sobre el sofá, listo para el té, igual que siempre…* Y, tomando en brazos a Jill, siguió a la eficiente mujer uniformada de blanco hasta la habitación donde el médico pasaba consulta.

Ellen abrió la puerta con premeditada alegría. Pero ya mientras cruzaba el umbral, con Jill adormilada en sus brazos, sintió una oleada de desánimo. *No está aquí…*

Acostó maquinalmente a su hijita para que durmiera la siesta y, sin la menor gana, empezó a cortar, siguiendo el oportuno patrón, las piezas de tela de un pijama para la niña que se proponía terminar por la noche en la máquina de coser de una vecina. Se dio cuenta de que el transparente cielo azul de la mañana había incumplido sus promesas. Nubes voluminosas dejaban que sus sucias sedas de paracaídas se desplomaran sobre la exigua plaza, haciendo que las casas y los árboles casi sin hojas parecieran más pardos que nunca.

Me gusta vivir aquí. Ellen atacó la cálida franela roja con desafiantes tijeretazos. *Resoplido para Mayfair; resoplido para Knightsbridge, resoplido para Hampstead…*, mientras lanzaba al espacio, como otros tantos molinillos de viento, aquellas plateadas esferas de lujo, sonó el teléfono.

Paño rojo, alfileres, trozos de papel de seda y tijeras cayeron en desorden sobre la alfombra cuando se puso bruscamente en pie. Si Jacob tenía que quedarse más tiempo en algún sitio, llamaba siempre, para que no se preocupara. Y en aquel momento preciso, cualquier muestra de consideración, por pequeña que fuese, le hacía tanta falta como un poco de agua fresca a alguien perdido en el desierto.

—¡Hola, cariño! —la voz arrogante y teatral de Sally Regan vibró a través del

hilo telefónico—. ¿Cómo te van las cosas?

—Bien —mintió Ellen—. Muy bien —para serenarse se sentó en el borde del baúl cubierto de cretona que hacía las veces de armario ropero y de mesa para el teléfono. No le serviría de nada ocultar las noticias—. A Jacob acaban de aceptarle su primera obra…

—Lo sé, lo sé…

—Pero, ¿cómo…?

¿Cómo se las apaña para recoger hasta la más mínima brizna de cotilleo? Es como una urraca profesional, un ave de mal agüero…

—Ha sido bien fácil, cariño. Me he tropezado con Jacob en la Rainbow Room, en un *tête-á-tête* con Denise Kay. Ya me conoces. No he podido por menos de averiguar el porqué de la celebración. No sabía que a Jacob le gustaran los martinis. Y menos aún las pelirrojas…

Un dolor que era como una comezón extendiéndosele por el cuerpo, o más bien como si se le pusiera la carne de gallina, hizo que Ellen sintiera calor primero, frío después. Dado el tono insinuante de Sally, hasta sus peores temores parecían pecar de ingenuidad.

—Jacob necesita un cambio de escenario después de lo mucho que ha trabajado —trató de adoptar un tono intrascendente—. La mayoría de los hombres se toman todo el fin de semana, pero Jacob…

Desde el otro extremo de la línea llegó la risa quebradiza de Sally.

—¡No me lo cuentes! En materia de autores teatrales recientemente descubiertos soy la experta que deja en mantillas a todos los expertos. ¿Vais a dar una fiesta?

—¿Fiesta? —Ellen recordó de inmediato el festejo espectacular que los Regan habían organizado para celebrar su primer talón realmente importante: se acordó de amigos, vecinos y desconocidos, apretujados en unas habitacioncitas llenas de humo, que habían cantado, bebido y bailado hasta que la noche se volvió azul y apareció el cielo del alba, tan pálido como seda mojada, sobre las torcidas chimeneas de los tejados. Si las botellas con etiquetas que inspiran respeto, las docenas de empanadas de pollo de Fortnum y Mason, los quesos de importación y un plato sopero lleno de caviar servían de algún modo para medir el éxito, a los Regan les había correspondido sin duda la parte del león—. No, nada de fiestas, me parece a mí, Sally. Nos daremos por satisfechos si conseguimos pagar los recibos del gas y de la electricidad antes de la fecha límite; y a la niña se le está quedando pequeña la cuna tan deprisa que…

—¡Ellen! —gimió Sally—. ¿Dónde está tu imaginación?

—Supongo —confesó Ellen— que no la tengo, sencillamente…

—Disculpa a una vieja entrometida, pero ¡das toda la impresión de tener la moral por los suelos! ¿Por qué no me invitas a una taza de té? Así podremos tener una de nuestras charlas y te animarás en un abrir y cerrar de ojos…

Ellen sonrió a su pesar. Sally era indomable, había que reconocérselo. Nadie

podía acusarla de dejarse abatir ni de compadecerse de sí misma.

—Considérate invitada.

—Dame veinte minutos, cariño.

—Lo que en realidad tendrías que hacer, Ellen… —elegante, pero un poco rolliza, con su traje vistoso y su gorro de piel, Sally bajó la voz hasta un susurro de conspiradora y extendió la mano para coger su tercera magdalena—. Ummm —murmuró—, mejores que las de Lyons. Lo que realmente tendrías que hacer —repitió —, si me perdonas que sea franca, es imponerte, hacer valer tus derechos —y se echó para atrás en la silla con expresión triunfal.

—No acabo de ver qué es lo que quieres decir —Ellen se inclinó sobre Jill, admirando el brillo de los ojos grises de su hija mientras se bebía el zumo de naranja. Iban a dar las cinco y seguía sin noticias de Jacob—. ¿Cómo me tengo que imponer?

—¡Sacando a la luz a la mujer interior que llevas dentro, como es lógico! —Sally exclamó con impaciencia—. Tienes que mirarte despacio y a fondo en el espejo. Como debería haberlo hecho yo antes de que fuera demasiado tarde —añadió ceñudamente—. Los hombres no lo reconocen, pero quieren que las mujeres tengan el aspecto *adecuado*, que sean realmente mujeres *fatales*. El sombrero exacto, el color de pelo correcto… Ésta es tu oportunidad, Ellen. ¡No la pierdas!

—Nunca he podido permitirme ir a un peluquero —dijo Ellen, excusándose vanamente. *A Jacob le gusta que lleve el pelo largo*, protestó una vocecita secreta. *Lo ha dicho, ¿cuándo ha sido? La semana pasada, el mes pasado…*

—Por supuesto que no —exclamó Sally con un exceso de compasión en la voz—. Has estado sacrificando todos los costosos trucos que realzan la feminidad para que Jacob avanzara en su carrera. Pero acaba de llegar a la meta. Ahora puedes soltarte el pelo, cariño. Sencillamente soltarte el pelo…

Ellen se permitió una breve visión de sí misma seductoramente asomada a la ventanilla de un Rolls Royce, envuelta en pieles y adornada con enormes piedras preciosas de valor incalculable, los ojos tan pintados de verde como para asombrar a Cleopatra, uno de los nuevos tonos pálidos de lápiz de labios, y el pelo coquetamente cortado en capas y hasta con algún ricito… Pero el engaño no duró mucho, no más de unos segundos.

—No doy el tipo.

—¡Pamplinas! —la mano de Sally, al agitarse, entre guiños de sortijas y uñas de color carmín, hizo pensar a Ellen en una brillante garra de ave de presa—. Ése es el problema, Ellen. Careces de confianza en ti misma.

—En eso te equivocas, Sally —le replicó Ellen con cierta presencia de ánimo—. Tengo confianza por valor de unos dos chelines.

Sally se echó una cucharada de azúcar con copete en el té que acababa de servirse.

—No debería —se regañó, y a continuación siguió parloteando sin mirar a Ellen

—. No me sorprende que estés un chispitín preocupada con Denise. Tiene una fama legendaria, es una de esas profesionales de la destrucción del hogar. Está especializada en padres de familia…

A Ellen se le encogió el estómago, como si estuviera navegando en un botecillo durante una galerna. «¿Está casada?» se oyó preguntar. No quería saberlo. Tan sólo le apetecía taparse los oídos y refugiarse en el consolador dormitorio con motivos de color rosa y encontrar algún desahogo para las lágrimas que le estaban formando un bulto duro en la garganta.

—¿Casada? —Sally dejó escapar una risita seca—. Lleva un anillo, y eso ha servido para tapar muchas cosas. Su compañero actual, el tercero, creo, tiene mujer y tres hijos. La esposa no quiere ni oír hablar de divorcio. No, no…, Denise es una mujer que trabaja; siempre consigue algún hombre con problemas, de manera que nunca acaba secando platos ni limpiándole los mocos a un bebé… —el animado parloteo de Sally perdió velocidad y empezó a deslizarse, como un disco, hacia un abismo de silencio—. ¡Cariño! —exclamó, al fijarse en la cara de Ellen—. ¡Estás tan blanca como el papel! No era mi intención asustarte…, te lo juro, Ellen. Sólo he pensado que debías saber con qué te enfrentas. Quiero decir que yo fui la última en enterarse de lo de Keith. En aquellos días —y la sonrisa irónica de Sally no logró ocultar el temblor de su voz— yo estaba convencida de que todo el mundo tenía un corazón de oro, de que todo se hacía a las claras y sin tapujos…

—¡Sally, Sally! —Ellen, impulsivamente, puso la mano en el brazo de su amiga—. ¡Sí que lo pasábamos bien entonces! ¿No es cierto? —pero en su interior se repetía una y otra vez el mismo estribillo—: *Jacob no es como Keith, Jacob no es como Keith…*

—¡Ah, los días de antaño que ya no volverán…! —con un delicado bufido Sally prescindió del pasado y empezó a calzarse los guantes de color malva, admirablemente clásicos.

En el momento en que la puerta se cerró tras su amiga, Ellen empezó a comportarse de una extraña manera, completamente desacostumbrada. En lugar de ponerse el delantal y afanarse en la cocina preparando la cena, colocó a Jill en su corralito con una galleta y sus juguetes preferidos y se fue al dormitorio, donde empezó a registrar los cajones del buró entre murmullos esporádicos, como podría haberlo hecho un Sherlock Holmes femenino que siguiera la pista de un indicio crucial.

¿Por qué no hago esto todas las noches?, se estaba preguntando media hora después cuando, arrebolada y recién bañada, se puso la chaqueta japonesa de seda de intenso color azul que una amiga del colegio, alguien que daba la vuelta al mundo gracias a un copioso legado, le había regalado por Navidades varios años antes, pero que nunca había llegado a estrenar: un adorno exquisitamente suave y ligero, con brillos zafireños, que parecía totalmente fuera de lugar en su mundo ordinario de

sentido común. Luego se deshizo las trenzas y se levantó el pelo hasta crear un improvisado moño alto muy vistoso que se sujetó precariamente con unas cuantas horquillas. Con unos pasos de vals se acostumbró a los zapatos de fiesta de tacones negros muy altos y, como toque final, gastó las últimas gotas de perfume francés. Durante toda aquella ceremonia Ellen mantuvo los ojos decididamente apartados de la redonda esfera del reloj de pared, donde la manecilla de las horas había seguido avanzando hasta situarse más allá de las seis. *Ahora todo lo que tengo que hacer es esperar…*

Cuando regresó al cuarto de estar, llena de bríos, le asaltaron de repente los remordimientos. *¡Me he olvidado de Jill!* La niña estaba profundamente dormida en una esquina del corralito, las piernas abiertas, el pulgar en la boca. Ellen recogió con mucho cuidado el cuerpo tibio de su hija para llevarla al dormitorio.

Se lo pasaron estupendamente durante el baño. Jill rió y pataleó, lanzando agua por toda la habitación, pero Ellen apenas se dio cuenta, pensando en lo mucho que el cabello oscuro y los serenos ojos grises de la niña eran reflejo de los de Jacob. Ni siquiera cuando Jill tiró la taza de gachas que tenía en la mano, derramando el contenido sobre su mejor falda negra, pudo Ellen enfadarse de verdad. Estaba dándole a la niña las ciruelas en compota del postre cuando oyó el clic de una llave en la cerradura de la puerta principal y se inmovilizó. Los miedos y las frustraciones de la jornada, momentáneamente desechados, se abalanzaron sobre ella de repente.

—¡Esto es lo que me gusta ver cuando vuelvo a casa después de un día tan duro! —Jacob se había apoyado contra la jamba de la puerta, y lo iluminaba un resplandor misterioso que, por alguna razón, no parecía tener nada que ver ni con martinis ni con pelirrojas—. Esposa e hija esperando junto a la chimenea para dar la bienvenida al señor de la casa… —Jill, efectivamente, estaba obsequiando a su padre con una espectacular sonrisa azul de oreja a oreja, compuesta mayormente de compota de ciruelas. A Ellen se le escapó una risita, y su ferviente plegaria silenciosa de la mañana pareció casi hacerse realidad cuando Jacob cruzó la habitación en dos zancadas y la rodeó, pegajosa compota de ciruelas incluida, en un sincero abrazo de oso.

—Ummm, cariño, ¡qué bien hueles! —Ellen esperó modestamente a que su marido hiciera alguna mención del perfume francés—. Una maravillosa mezcla casera de limpiavajillas y aceite de hígado de bacalao. ¡Y además una chaqueta nueva de pijama! —la mantuvo tiernamente a la máxima distancia que le permitía el brazo —. Y pareces recién salida del baño con el pelo levantado de ese modo.

—¡Ah! —Ellen se agitó hasta liberarse—. ¡Hombres! —pero su tono la denunció: era evidente que Jacob la veía como esposa y madre, y no había nada que pudiera complacerla más.

—En serio, cariño, tengo una sorpresa para ti.

—¿No hemos tenido bastantes sorpresas con la obra de teatro? —preguntó Ellen como en sueños, apoyando la cabeza en el hombro de Jacob y preguntándose por qué

no se sentía en absoluto dispuesta a hacer una escena sobre su almuerzo con Denise o su inexplicable ausencia durante toda aquella tarde tediosa y llena de angustia…

—He hablado por teléfono con el corredor de fincas.

—¿El corredor de fincas?

—¿Te acuerdas de aquella oficinita tan curiosa y a trasmano en la que nos detuvimos por casualidad durante las vacaciones en Cornualles, muy poco antes de que llegara Jill…?

—Sí-i —Ellen no se atrevió a sacar conclusiones…

—Pues bien, el sitio aquél aún está en venta… Aquella casita que alquilamos, con vistas a la ensenada. ¿La quieres?

—¡Que si la quiero! —Ellen casi gritó.

—Más o menos suponía que sí, después de oírte desvariar sobre aquel sitio durante toda la primavera pasada —dijo Jacob modestamente—. Porque voy a pagar la entrada con el talón que Denise me ha dado en el almuerzo…

Durante un segundo, la sombra de un presentimiento intentó apoderarse del corazón de Ellen.

—¿No tendrás que quedarte en Londres para la obra…?

Jacob se echó a reír.

—¡Ni lo sueñes! La tal Denise Kay es una profesional que sabe lo que quiere…, un verdadero motor de combustión. ¡Que no se me ocurra cruzarme en su camino! Caramba, es tan potente que, cuando le dije que no pruebo el alcohol los días de entresemana, incluso se echó al coleto el martini que había pedido para mí…

El timbre del teléfono, extrañamente en sordina, casi musical, le interrumpió. Ellen le colocó entre los brazos a Jill, para que le cantara la nana de las buenas noches y le remetiera la ropa de la cuna, y llegó flotando hasta el cuarto de estar para contestar.

—Ellen, corazón —la voz de Sally Regan sonó aturdida y tenue sobre un ronco fondo de jazz y risas—, me he estado devanando la sesera buscando algo que sirva para animarte, y te he concertado una cita con mi Roderigo para el sábado a las once. Es asombroso hasta qué punto un peinado completamente nuevo puede levantarle a una la moral…

—Lo siento, Sally —dijo Ellen amablemente—, pero será mejor que anules esa cita. Tengo noticias para ti.

—¿Noticias?

—Las trenzas vuelven a estar de moda esta temporada, cariño…, ¡son el último grito para una esposa rural!

Una comparación

¡Cómo envidio al novelista!

Me lo imagino —será mejor hablar en femenino, porque pienso en una mujer cuando busco el paralelo—, me la imagino, más bien, podando un rosal con unas grandes tijeras, ajustándose las gafas, yendo de aquí para allá entre tazas de té, tarareando, colocando en su sitio ceniceros o bebés, captando un cambio en la orientación de la luz, una repentina alteración en el tiempo que hace y penetrando, con una visión como de rayos X, modesta, pero muy hermosa, las interioridades psíquicas de sus vecinos: sus vecinos en los trenes, en la sala de espera del dentista, en el salón de té de la esquina. Para ella, la afortunada, ¿acaso hay algo que *no sea* pertinente? Se pueden utilizar zapatos viejos, tiradores de puertas, cartas enviadas por correo aéreo, camisones de franela, catedrales, laca de uñas, aviones a reacción, rosaledas y periquitos; pequeñas peculiaridades —sorber aire entre los dientes, tirarse del bajo de la falda—, cualquier cosa extraña o verrugosa o espléndida o despreciable. Y no digamos nada sobre emociones, motivos: esas formas retumbantes y estruendosas. Su asunto es el Tiempo, la manera que tiene de lanzarse hacia adelante, de dar marcha atrás, florecer, desintegrarse, de descubrirse doblemente. Su asunto es la gente en el Tiempo. Y además, me parece a mí, la novelista tiene todo el tiempo del mundo. Puede apropiarse de un siglo si le apetece, de una generación, de todo un verano.

Yo dispongo aproximadamente de un minuto.

No hablo de poemas épicos. Todos sabemos lo mucho que pueden extenderse. Hablo del poema de menores dimensiones, informal, crecido en un jardín privado. ¿Cómo describirlo? Una puerta se abre, una puerta se cierra. Entre medias has vislumbrado algo: un jardín, una persona, un chaparrón, una libélula, un corazón, una ciudad. Pienso en esos redondos pisapapeles de cristal de la época victoriana que todavía recuerdo, pero que ya es imposible encontrar: no tienen nada que ver con los de plástico, fabricados a miles, que se amontonan en la sección de juguetes de la cadena de almacenes Woolworths. El pisapapeles al que me estoy refiriendo es un globo transparente, autónomo, de gran pureza, con un bosque o un pueblito o un grupo familiar en su interior. Se le pone boca abajo y luego se le da la vuelta. Entonces empieza a nevar. Todo cambia en unos instantes. Ya nada volverá a ser igual allí dentro: ni los abetos, ni los tejados de dos aguas, ni los rostros.

Así es como se produce un poema.

Y, ¡hay tan poco sitio en realidad! ¡Tan poco tiempo! El poeta se convierte en un experto en el arte de saber qué es lo que hay que meter en una maleta:

> *La aparición de esos rostros entre la multitud;*
> *Pétalos sobre una húmeda rama negra*[4].

Ahí está: principio y fin en una sola respiración. ¿Cómo resolvería eso el novelista? ¿Con un párrafo? ¿En una página? Mezclándolo, quizás, como si se tratara de una acuarela, con un poquito de agua, para adelgazarlo y extenderlo.

Ahora empiezo a sentirme superior y a encontrar ventajas en la poesía.

Si un poema es una concentración o un puño cerrado, una novela, en cambio, es un algo relajado y en expansión, una mano abierta: tiene caminos, desvíos, destinos; una línea del corazón y otra de la cabeza; intervienen la moralidad y el dinero. Mientras que el puño excluye y atonta, la mano abierta, en sus viajes, toca y abarca muchas cosas.

Nunca he incluido un cepillo de dientes en un poema.

No me gusta pensar en todas las cosas familiares, útiles y valiosas que no he incorporado nunca a un poema. En una ocasión empleé un tejo. Y aquel árbol, con sorprendente egotismo, empezó a dirigir y ordenar todo el conjunto. No se trataba de un tejo junto a una iglesia, en una carretera más allá de una casa, en un pueblo donde vivía determinada mujer…, etcétera, como podría haber sucedido en una novela. No, no. Estaba muy bien plantado en medio de mi poema, manipulando sus sombras oscuras, las voces en el patio de la iglesia, las nubes, los pájaros, la tierna melancolía con que yo lo contemplaba… ¡todo! No pude someterlo. Y al final mi poema resultó ser un poema sobre un tejo. Aquel árbol era demasiado orgulloso para conformarse con ser una negra mancha pasajera en una novela.

Quizá irrite yo a algunos poetas por dar a entender que el *poema* es orgulloso. También el poema, me dirán, puede incluirlo todo. Y con mucha más precisión y fuerza que esas criaturas con excesiva holgura, desaliñadas e imprecisas a las que llamamos novelas. Bien; concedo a esos poetas sus excavadoras y sus pantalones viejos. En realidad no creo que los poemas tengan que ser tan tremendamente castos. Estaría dispuesta incluso a conceder el cepillo de dientes si el poema fuese un poema de verdad. Pero esas apariciones, esos cepillos de dientes poéticos, escasean. Y cuando se presentan, tienden, como mi tejo revoltoso, a creerse únicos y casos especiales.

No así en las novelas.

En ellas el cepillo de dientes vuelve a su armarito del cuarto de baño con maravillosa prontitud y es olvidado. El tiempo fluye, crea remolinos, meandros, y las personas disponen de ocio suficiente para crecer y cambiar ante nuestros ojos. Los fértiles trastos viejos de la vida se agitan a nuestro alrededor: burós, dedales, gatos, todo el catálogo muy querido y repetidamente manejado de la diversidad de cosas que el novelista desea compartir con nosotros. No quiero decir con eso que no haya pautas, discernimiento, orden riguroso.

Sólo sugiero que quizá las pautas no sean tan rígidas.

La puerta de la novela, como la del poema, también se cierra.

Pero no tan deprisa, no con esa inapelable irrevocabilidad de maníaco.

«Contexto»

Los problemas de nuestro tiempo que me preocupan en el momento actual son los incalculables efectos genéticos de la lluvia radiactiva y un artículo muy documentado de Fred J. Cook, en un número reciente de *Nation*, sobre el omnipotente matrimonio —tan disparatado como aterrador— entre las grandes finanzas y el aparato militar de los Estados Unidos: «Juggernaut, The Warfare State» (Un monstruo que destruye a los hombres, el Estado belicoso). ¿Influyen estas preocupaciones en la clase de poesía que escribo? Sí, pero de manera oblicua. No estoy dotada con la lengua de Jeremías, aunque mi visión del apocalipsis sea perfectamente capaz de quitarme el sueño. Al final, sin embargo, mis poemas no hablan de Hiroshima, sino de un bebé que se va formando dedo a dedo en la oscuridad. No se ocupan de los terrores del exterminio en masa, sino de la desolación que crea la luz de la luna iluminando un tejo en el vecino cementerio. No del testamento de argelinos torturados, sino de los pensamientos nocturnos de un cirujano fatigado.

En ese sentido, mis poemas son desviaciones. No creo que sean una evasión. Para mí, las verdaderas cuestiones de nuestro tiempo son las mismas de todas las épocas: el sufrimiento y la maravilla del amor; el *hacer* en todas sus formas: hijos, hogazas, cuadros, edificios; y la conservación de la vida de todas las personas en todos los lugares, por lo que el ponerla en peligro no puede excusarse en ningún caso mediante abstractas manifestaciones mentirosas sobre «paz» y «enemigos implacables».

No creo que una «poesía sobre los titulares de los periódicos» interesase a más personas ni con mayor hondura que los titulares mismos. Y, si el poema que habla de la última hora de la actualidad no brota de algo más cercano al meollo vital de la persona que una filantropía general y cambiante y no es, de hecho, el milagro del unicornio, un verdadero poema, está en peligro de que se le deseche tan deprisa como al diario.

A los poetas con los que me deleito, sus poemas los poseen tanto como el ritmo de su respiración. Sus mejores poemas parecen haber nacido en bloque, de una pieza, y no elaborados línea a línea; algunos poemas en *Life Studies*, de Robert Lowell, por ejemplo; los poemas de invernadero de Theodore Roethke; algunos de Elizabeth Bishop y muchísimos de Stevie Smith («El arte es tan salvaje como un felino y completamente distinto de la civilización»).

Sin duda, la principal utilidad de la poesía es el placer que proporciona, no su influencia como propaganda religiosa o política. Determinados poemas y determinados versos me parecen tan sólidos y milagrosos como deben de parecerles los altares de las iglesias y la coronación de las reinas a las personas que reverencian otras imágenes completamente distintas. No me preocupa que los poemas lleguen a poca gente, en términos relativos. De hecho llegan sorprendentemente lejos: a desconocidos, incluso dan la vuelta al mundo. Más lejos que las palabras de un profesor en el aula o que las prescripciones de un médico; si tienen mucha suerte,

más allá de una vida.

Madres

Esther estaba aún en el piso alto cuando Rose la llamó desde la puerta de atrás.

—¿Ya estás lista, Esther?

Rose vivía con Cecil, su marido, ya jubilado, en uno de los dos *cottages* —el de más arriba— situados en la callecita que llevaba a la casa de Esther, una granja solariega de grandes dimensiones, con tejado de bálago y patio adoquinado. Los adoquines no eran los adoquines ordinarios que se colocan en las calles, sino simples cantos rodados, cuyas estrechas superficies, mucho más largas que anchas, formaban un mosaico de aristas suavizadas por siglos de botas y pezuñas. El adoquinado se extendía por debajo de la recia puerta de roble claveteada hasta el oscuro vestíbulo entre la cocina y el *office*, y en tiempos de la anciana Lady Bromehead también formaba el suelo de esas dos habitaciones. Pero después de que Lady Bromehead se cayera y se rompiese la cadera a los noventa años, lo que motivó su traslado a una residencia para ancianos, los sucesivos arrendatarios, sin servidumbre ya, habían convencido a su hijo para que cubriera los suelos con linóleo.

La puerta de roble era la puerta trasera; todo el mundo la utilizaba, con la excepción, de tarde en tarde, de algún desconocido. La puerta principal, pintada de amarillo y flanqueada por dos arbustos de boj de punzante aroma, miraba, a través de media hectárea de ortigas, a donde la iglesia apuntaba a un cielo gris por encima del festón de lápidas funerarias que la rodeaba. La verja delantera tenía su entrada precisamente bajo la esquina del camposanto.

Esther se tiró del turbante rojo para encajárselo alrededor de las orejas y luego distribuyó los pliegues de su chaqueta de cachemira de manera que, a alguien que no la mirase con demasiada atención, pudiera parecerle simplemente una mujer alta, majestuosa y gorda, en lugar de embarazada de ocho meses. Rose no había llamado al timbre antes de entrar. Esther se la imaginó, siempre curiosa, ávida, examinando el desnudo entarimado del vestíbulo principal y el desorden de los juguetes del bebé, esparcidos desde la sala de estar hasta la cocina. Esther no conseguía acostumbrarse a que la gente abriera la puerta sin llamar y entrara. Lo hacían el cartero, el panadero y el chico de la tienda de ultramarinos, y ahora Rose, que era de Londres y que tendría que estar al tanto de un detalle de cortesía tan elemental.

En una ocasión en que Esther estaba levantando la voz para discutir con Tom mientras desayunaban, dejándose llevar por la fuerza de sus argumentos, la puerta trasera se abrió y un manojo de cartas y revistas se desparramó sobre los adoquines de la entrada. Después, el sonoro «¡Buenos Días!» del cartero fue diluyéndose poco a poco. Esther se sintió espiada. Durante algún tiempo, después de aquello, cerraba por dentro, con cerrojo, la puerta trasera, pero el ruido de los proveedores que, al intentar abrirla, se la encontraban cerrada en pleno día, tocaban el timbre y tenían que esperar a que apareciera ella y descorriese el cerrojo, le resultaba aún más embarazoso que su anterior tendencia a entrar sin llamar. De manera que renunció al cerrojo y procuró no

discutir tanto con Tom o, por lo menos, no levantar la voz.

Cuando Esther bajó, Rose esperaba fuera, junto a la puerta, elegantemente vestida con un sombrero de color malva que parecía de raso y un abrigo de *tweed* a cuadros. A su lado se hallaba una mujer rubia, de cara huesuda, párpados con sombra de color azul brillante y ausencia de cejas. Era la señora Nolan, la mujer del barman de la Cierva Blanca. La señora Nolan, explicó Rose, nunca asistía a las reuniones del círculo de madres porque no tenía a nadie con quien ir, de manera que Rose la llevaba a la reunión de aquel mes, junto con Esther.

—¿Te importa esperar un minuto más, Rose, mientras le digo a Tom que me voy?

Esther sintió los ojos perspicaces de Rose pasando revista a su sombrero, a los guantes, a los zapatos de charol de tacón alto, mientras se daba la vuelta y avanzaba con muchas precauciones por los adoquines del jardín trasero. Tom plantaba fresones en un bancal con tierra recién removida detrás de los establos vacíos. La niña se había sentado en el caminito sobre un montón de tierra roja, y se la echaba a paletadas sobre el regazo con un cucharón viejo.

Esther sintió que sus pequeños desacuerdos con Tom porque no se afeitaba y porque dejaba que su hijita jugara con la tierra dejaban de tener importancia cuando los veía, como en aquel momento, tan serenos y en perfecta armonía.

—¡Tom! —sin darse cuenta apoyó el guante blanco en la valla de madera manchada de tierra—. Me marcho. Si tardo en volver, ¿querrás cocerle un huevo a la niña?

Tom se irguió y le gritó unas palabras de aliento que se perdieron por el camino en el denso aire de noviembre, mientras la niñita se volvía hacia la voz de Esther, la boca negra, como si hubiera estado comiendo tierra. Pero Esther se escabulló antes de que a su hija se le ocurriera levantarse y correr con paso vacilante tras ella, hasta donde Rose y la señora Nolan la esperaban al fondo del patio.

Esther las hizo salir por la puerta de la verja, de más de dos metros, con aspecto de empalizada, cerrándola después con el pestillo. Rose dobló entonces los dos codos, la señora Nolan le pasó el brazo por uno y Esther por el otro, y las tres mujeres, con sus mejores zapatos, avanzaron vacilantes por el callejón empedrado, para pasar primero por delante del *cottage* de Rose, y después por el del anciano ciego que vivía con su hermana soltera, antes de salir finalmente a la carretera.

—Hoy nos reunimos en la iglesia —Rose se metió en la boca una pastilla de menta y ofreció a sus acompañantes el cilindro de papel de plata retorcido por un extremo. Tanto Esther como la señora Nolan lo rechazaron cortésmente—. Porque no celebramos allí todas las reuniones. Sólo cuando se incorporan nuevos miembros.

La señora Nolan alzó los ojos al cielo, y Esther no supo si era un gesto de consternación en general o si lo había provocado, más concretamente, la perspectiva de tener que ir a la iglesia.

—¿Hace poco que vive usted aquí? —le preguntó, inclinándose un poco por delante de Rose.

La señora Nolan dejó escapar una breve risita desencantada.

—Llevo aquí seis años.

—¡Entonces debe usted conocer a todo el mundo!

—Prácticamente a *nadie* —suspiró la señora Nolan, haciendo que a Esther se le acumularan en el corazón los presentimientos como una bandada de pájaros con las patitas heladas. Si la señora Nolan, con toda seguridad inglesa, dado su aspecto y su acento, y mujer de un barman, se sentía una extraña en Devon al cabo de seis años, ¿qué esperanzas tenía Esther, una estadounidense, de llegar a introducirse en una sociedad tan apegada a sus costumbres?

Las tres mujeres siguieron adelante, cogidas del brazo, por la carretera, bajo el alto seto de acebo que marcaba el límite de la finca de Esther, hasta dejar atrás la entrada principal y seguir bajo la tapia de adobe rojo del camposanto. Lápidas planas, manchadas de líquenes, se ladeaban a la altura de sus cabezas. La carretera, gastada hasta hundirse en la tierra mucho antes de que se pensara en pavimentarla, iba describiendo curvas, bajo sus empinadas riberas, como un antiguo lecho fluvial.

Pasado ya el escaparate del carnicero —con su despliegue, a mitad de semana, de garrones de cerdo y recipientes llenos de grasa—, Esther vio a otras mujeres que se dirigían, solas o en grupos, hacia la puerta de la verja. Abrumadas por sus incómodos vestidos de paño y sus imposibles sombreros, todas parecían, sin excepción, viejas y nudosas.

Mientras se detenía ante la entrada, junto con la señora Nolan, y empujaba con el codo a Rose para que pasase delante, Esther reconoció en la mujer, extraordinariamente fea, que, sonriendo y moviendo la cabeza, había llegado tras ella, a la persona que le vendiera un inmenso nabo sueco por un chelín y seis peniques en la fiesta de la cosecha. El nabo llenaba por completo la cesta de Esther, y aún sobresalía, como si se tratara de una hortaliza prodigiosa sacada de un libro de cuentos; pero cuando llegó el momento de partirlo, resultó fibroso y duro como corcho. Dos minutos en la olla a presión, y quedó reducido a una triste masa de color naranja que ennegreció el fondo y los costados del recipiente con un líquido aceitoso y maloliente. Tendría que haberme limitado a cocerlo en una cacerola corriente, pensó Esther mientras avanzaba con Rose y la señora Nolan bajo los rechonchos tilos de copa podada hasta la puerta de la iglesia.

El interior del templo parecía extrañamente iluminado. Esther se dio cuenta enseguida de que no había estado nunca dentro excepto de noche, para rezar vísperas. Los bancos traseros se estaban llenando ya de mujeres con vestidos crujientes que se agachaban, se arrodillaban y sonreían amablemente en todas direcciones. Rose llevó a Esther y a la señora Nolan hasta un banco vacío a mitad del pasillo. Empujó delante a la señora Nolan, y luego entró ella llevando detrás a Esther. De las tres, Rose fue la única que se arrodilló. Esther inclinó la cabeza y cerró los ojos, pero siguió con la cabeza completamente vacía; tan sólo se sentía hipócrita, de manera que volvió a abrir los ojos y miró a su alrededor.

La señora Nolan era la única que no llevaba sombrero. Esther la miró a los ojos y la señora Nolan alzó las cejas o, más bien, la piel de la frente donde habían estado. Luego se inclinó hacia adelante.

—No vengo mucho por aquí —le confesó.

Esther movió la cabeza y dijo:

—Yo tampoco —pero no era del todo cierto. Al mes de su llegada, Esther empezó a asistir a vísperas sin faltar nunca. Su ausencia de la iglesia durante las primeras semanas estuvo marcada por el malestar. Los domingos, dos veces —mañana y tarde —, los campaneros del pueblo lanzaban al vuelo sus carrillones sobre los campos circundantes. No había posibilidad de escape ante aquellas notas inquisitivas que mordían el aire y la zarandeaban con celo perruno. Las campanas hacían que Esther se sintiera excluida, como si anunciaran alguna estupenda fiesta local.

Pocos días después de mudarse, Tom la llamó desde abajo para anunciarle una visita. El párroco estaba sentado en la sala de recibir, entre cajones de libros. Un hombre pequeño y gris, de orejas prominentes, acento irlandés y una sonrisa profesionalmente benévola, de tolerancia universal, que les habló de sus años en Kenya, donde había conocido a Jomo Kenyatta, de sus hijos que estaban en Australia y de su esposa inglesa.

En cualquier momento, pensó Esther, nos va a preguntar si vamos a la iglesia. Pero el párroco no habló de ir a la iglesia. Hizo saltar a la pequeña sobre una rodilla y se marchó poco después, su figura negra y compacta disminuyendo sendero abajo hacia la verja de la iglesia.

Un mes más tarde, siempre perturbada por las campanas evangélicas, Esther, todavía resistiéndose a medias, escribió muy deprisa una nota al párroco. Le gustaría asistir a vísperas. ¿Tendría inconveniente en explicarle el ritual?

Esperó con nerviosismo un día, dos días, preparando cada tarde un té y unos bollos que Tom y ella sólo consumieron mucho después de su hora habitual. Luego, al tercer día, cuando estaba hilvanando un camisón de franela amarilla para su hijita, se le ocurrió mirar por la ventana hacia la verja. Una negra silueta rechoncha avanzaba lentamente por entre las ortigas.

Esther recibió al párroco con cierto temor. Le dijo de inmediato que había crecido en el seno de la iglesia unitaria. Pero su visitante le respondió, entre sonrisas, que, por cristiana, fueran cuales fuesen sus creencias, siempre sería bien recibida en su iglesia. Esther contuvo el impulso de espetarle que era atea y acabar en aquel momento mismo. Al abrir el ritual de la iglesia anglicana que el párroco le había llevado para que lo utilizara, Esther sintió que un desagradable barniz de hipocresía le iba recubriendo las facciones; luego fue siguiendo al párroco a través de las sucesivas fases de la ceremonia. La mención del Espíritu Santo y las palabras «resurrección de la carne» le proporcionaron una hormigueante sensación de duplicidad. Cuando confesó, sin embargo, que en realidad no creía en la resurrección de la carne (no llevó su atrevimiento hasta decir «ni en la del espíritu»), el párroco no perdió la calma. Se

limitó a preguntarle si creía en la eficacia de la oración.

«Sí, sí, ¡en eso sí!» se oyó exclamar Esther, asombrada de las lágrimas que con tanta oportunidad se le agolparon en los ojos, cuando, en realidad, sólo quería decir que le gustaría mucho. Más tarde se preguntó si la causa de las lágrimas no habría sido la repentina visión de la enorme, irrevocable distancia que separaba su incredulidad de la beatitud de la fe. Le había faltado valor para decirle al párroco que ya había pasado por todos aquellos piadosos ensayos diez años antes, en las clases de religión comparada de su *college*, y cuyo único resultado fue hacerle lamentar no ser judía.

El párroco sugirió que quizá su esposa pudiera reunirse con ella la próxima vez que se celebraran vísperas y acompañarla, para que no se sintiera una extraña. Pero a continuación pareció cambiar de idea. Quizá Esther prefiriera, después de todo, ir con sus vecinos, Rosa y Cecil, personas que frecuentaban la iglesia. Sólo cuando el rector recogió los dos ejemplares del ritual de la iglesia anglicana y el sombrero negro, se acordó Esther de la bandeja con bollos y del té que esperaban en la cocina. Pero para entonces ya era demasiado tarde. Algo más que un simple olvido, pensó, mientras contemplaba la mesurada retirada del párroco entre las ortigas verdes, había provocado que no aparecieran aquellos bollos.

Después de que llegaran ellas tres la iglesia se fue llenando rápidamente. La mujer del párroco, de cara alargada y angular y expresión amable, abandonó su asiento en el primer banco para, de puntillas, repartir ejemplares del libro de ceremonias para el círculo de madres. Esther sintió en el vientre los movimientos y las patadas del futuro bebé y pensó con placidez: soy madre; mi sitio es éste.

El frío secular del suelo de la iglesia empezaba ya su letal avance por las plantas de los pies cuando, entre crujidos y peticiones de silencio, las mujeres se levantaron al unísono y el rector, con su paso lento y solemne, avanzó por el pasillo central.

El órgano se llenó los pulmones y todas iniciaron el himno de apertura. El organista debía de ser un principiante. Cada pocos compases una nota discordante se alargaba, y las voces de las mujeres subían y bajaban persiguiendo la escurridiza melodía con demente desesperación felina. Luego se sucedieron las genuflexiones, las respuestas y más himnos.

El párroco se adelantó y repitió con pelos y señales una anécdota que había constituido el meollo de su último sermón de vísperas. Luego sacó a relucir una extraña metáfora, embarazosa incluso, que Esther le había oído utilizar en una ceremonia bautismal una semana antes, sobre abortos corporales y espirituales. Sin duda el párroco estaba perdiendo un poco la contención. Rose se deslizó otra pastilla de menta entre los labios y en los ojos de la señora Nolan apareció la mirada remota y vidriosa de una vidente desgraciada.

Finalmente tres mujeres, dos muy jóvenes y atractivas y la otra muy vieja, se adelantaron para arrodillarse ante el altar e ingresar en el círculo de madres. Al

párroco se le olvidó el nombre de la de más edad (Esther notó el momento en que se dio cuenta de su olvido) y tuvo que esperar a que su mujer reuniera la presencia de ánimo necesaria para deslizarse hasta él y susurrárselo al oído. La ceremonia prosiguió.

El reloj ya había dado las cuatro cuando el párroco dejó marchar a las mujeres. Esther abandonó la iglesia en compañía de la señora Nolan, porque Rose se había reunido con otras dos amigas, Brenda, la mujer del verdulero, y la elegante señora Hotchkiss, que vivía en Widdop Hill y criaba pastores alemanes.

—¿Se queda para el té? —preguntó la señora Nolan, mientras la corriente de mujeres les hacía cruzar la calle y descender por el camino de grava hacia el edificio amarillo de ladrillo.

—A eso he venido —dijo Esther—. Creo que nos lo merecemos.

—¿Cuándo tendrá a su niño?

Esther se echó a reír.

—En cualquier momento.

Las mujeres se estaban desviando del camino de grava para entrar en un patio situado a la izquierda. Esther y la señora Nolan las siguieron hasta una habitación oscura, con aspecto de granero, que a Esther le trajo el recuerdo, deprimiéndola, de campamentos organizados por su iglesia y de actuaciones con el coro. En la penumbra buscó con la mirada la presencia de una tetera o de algún otro signo de sociabilidad, pero sólo descubrió un piano cerrado. El resto de las mujeres no se detuvo, sino que siguió adelante y empezó a subir unas escaleras mal iluminadas.

Más allá de unas puertas batientes encontraron una habitación brillantemente iluminada con dos mesas muy largas, colocadas en paralelo, y cubiertas con manteles inmaculadamente blancos. Desde el centro de las mesas hacia los extremos se alternaban bandejas de bollos y pastas y recipientes con crisantemos de color bronce. Había un asombroso número de bollos, todos concienzudamente adornados, unos con guindas y frutos secos y otros con filigrana de azúcar. El párroco se había colocado ya en la cabecera de una de las mesas y su esposa en la otra, mientras las mujeres del pueblo se iban situando ante las demás sillas, muy juntas unas de otras. Las componentes del grupo de Rose se instalaron en el extremo opuesto de la mesa del párroco, y la señora Nolan, sin quererlo, se vio empujada a colocarse frente al párroco, al pie mismo de la mesa, con Esther a su derecha y a su izquierda una silla que nadie quiso ocupar.

Cuando todas estuvieron sentadas y acomodadas, la señora Nolan se volvió hacia Esther.

—¿A qué se dedica usted aquí? —era la pregunta de una mujer desesperada.

—Ah, me ocupo de mi niña —Esther se avergonzó al instante de mostrarse tan evasiva—. Paso a máquina algunas de las cosas que hace mi marido.

Rose se inclinó en su dirección.

—Su marido escribe para la radio.

—Yo pinto —dijo la señora Nolan.

—¿Qué clase de pintura? —preguntó Esther, un poco sorprendida.

—Óleos, sobre todo. Pero no lo hago bien.

—¿Ha intentado las acuarelas?

—Sí, claro, pero hay que ser bueno. Hay que acertar a la primera.

—¿Qué es lo que pinta? ¿Retratos?

La señora Nolan arrugó la nariz y sacó un paquete de cigarrillos.

—¿Cree usted que se puede fumar? No. No se me dan bien los retratos. Pero algunas veces pinto a Ricky.

La diminuta mujer de aire apagado que estaba sirviendo el té llegó junto a Rose.

—¿Se puede fumar, no es cierto? —le preguntó a Rose la señora Nolan.

—Me parece que no. Estaba deseando fumar la primera vez que vine, pero nadie lo hizo.

La señora Nolan se dirigió a la mujer que servía el té.

—¿Se puede fumar?

—Creo que no —dijo la mujer—. No en las salas de la iglesia.

—¿Se trata de una disposición para evitar incendios? —quiso saber Esther—. ¿O es una cuestión religiosa?

Pero nadie supo decírselo. La señora Nolan empezó a hablar a Esther de su hijito de siete años, que se llamaba Benedict. Ricky resultó ser un hámster.

De repente las puertas batientes se abrieron con energía para dejar pasar a una joven arrebolada que transportaba una fuente humeante.

—¡Las salchichas, las salchichas! —exclamaron voces complacidas desde distintos puntos de la habitación.

Esther estaba muy hambrienta, casi desvanecida. Ni siquiera las cintas de grasa transparente y caliente que brotaban de la salchicha en su envoltorio de hojaldre lograron detenerla: le dio un buen mordisco a la suya, y lo mismo hizo la señora Nolan. En aquel mismo momento todo el mundo inclinó la cabeza. El párroco estaba bendiciendo la mesa.

Con la boca llena, Esther y la señora Nolan intercambiaron miradas de complicidad y ahogaron risitas, como dos colegialas que comparten un secreto. Luego, terminada la bendición, todo el mundo empezó a pasar bandejas de aquí para allá y a servirse con energía. La señora Nolan habló a Esther del padre del pequeño Benedict, su segundo marido, que había cultivado caucho en Malasia hasta que tuvo la desgracia de enfermar y lo mandaron a casa.

—¿Un poco de bizcocho? —Rose pasó una bandeja de jugosas rebanadas con trozos de frutas y a continuación la señora Hotchkiss les ofreció una tarta de chocolate de tres pisos.

Esther se sirvió de todo.

—¿Quién ha hecho los bollos?

—La mujer del párroco —dijo Rose—. Es muy aficionada a la repostería.

—El párroco —la señora Hotchkiss inclinó su sombrero de ala de perdiz— ayuda a batir los huevos.

La señora Nolan, privada de sus pitillos, tamborileaba con los dedos sobre la mesa.

—Creo que voy a irme enseguida.

—Me iré con usted —dijo Esther todavía con la boca llena—. Tengo que volver para ocuparme de mi hija.

Pero la mujer que servía el té reapareció para llenarles la taza, y las mesas tenían cada vez más aspecto de reunión de familia numerosa, de la que sería descortés levantarse sin dar las gracias o, al menos, sin pedir permiso para irse.

Sin que se dieran cuenta, la mujer del párroco había abandonado la cabecera de su mesa y se inclinaba maternalmente sobre ellas, una mano en el hombro de la señora Nolan y la otra en el de Esther.

—Este bizcocho es delicioso —dijo Esther, creyendo dirigirle un cumplido—. ¿Lo ha hecho usted?

—No, no. El señor Ockenden —el señor Ockenden era el panadero del pueblo—. Todavía queda uno entero. Si quiere, puede comprarlo después.

Desconcertada por aquella repentina irrupción de la economía, Esther recordó de inmediato cómo eclesiásticos de todas clases andaban siempre a la búsqueda de peniques, colectas y donativos de un tipo u otro. Una tarde, no hacía mucho, había vuelto a casa después de vísperas con una hucha: una austera caja de madera con una ranura y en la cual, al parecer, el feligrés tenía que ir depositando dinero hasta la fiesta de la cosecha del año siguiente, momento en que, después de vaciar las huchas, se volvían a entregar.

—Me encantaría llevarme un bizcocho —dijo Esther, quizá con excesiva animación.

Después de que la mujer del párroco volviera a su silla, se oyeron murmullos, y hubo algunos codazos entre las mujeres de mediana edad del final de su mesa: las que llevaban las mejores blusas, chaquetas de punto y sombreros redondos de fieltro. Finalmente, en medio de una salva de aplausos muy localizada, se levantó una de ellas e hizo un breve discurso para dar las gracias a la esposa del párroco por el espléndido té. Hubo una humorística nota a pie de página sobre el agradecimiento que también se debía al párroco por su ayuda, a todas luces notoria, a la hora de mezclar y batir la masa para los bollos. Más aplausos y muchas risas, después de lo cual la esposa del rector respondió con otro discurso en el que dio la bienvenida a Esther y a la señora Nolan, citándolas por su nombre. Dejándose llevar por los sentimientos del momento, reveló sus esperanzas de que llegaran a ser miembros del círculo de madres.

En medio de la general agitación provocada por los aplausos, las sonrisas, las miradas de curiosidad y un nuevo discurrir de las bandejas, que volvieron a pasar de mano en mano, el párroco en persona dejó su sitio y vino a ocupar la silla vacía junto

a la señora Nolan. Con una inclinación de cabeza hacia Esther, como si ya hubieran tenido ocasión de decirse muchas cosas, empezó a hablar en voz baja con la señora Nolan. Esther escuchó sin el menor reparo mientras seguía comiendo rebanadas de bizcocho y distintos bollos.

El párroco hizo un extraño comentario humorístico lamentando no haber encontrado nunca en casa a la señora Nolan, con lo que la clara tez rubia de la interpelada adquirió una intensa tonalidad rosada, y añadió a continuación: «Lo siento, pero la razón de que aún no haya ido a verla ha sido mi convencimiento de que estaba usted divorciada. Y de ordinario tengo por norma no molestar a las personas en esa situación».

—Eso no importa. Ahora no importa, ¿no es cierto? —murmuró la ruborizada señora Nolan, dando furiosos tirones del cuello de la chaqueta. El párroco terminó con unas breves palabras de bienvenida que a Esther se le escaparon, tan desconcertada y ofendida se sentía por la situación incómoda en que se hallaba la señora Nolan.

—No tendría que haber venido —le susurró esta última—. No está previsto que vengan las divorciadas.

—Eso es ridículo —dijo Esther—. Yo me voy. Vayámonos ahora mismo.

Rose levantó la vista cuando las dos personas de las que se sentía responsable empezaron a abrocharse el abrigo.

—Me iré con ustedes. Cecil querrá su té.

Esther miró hacia la mujer del párroco, que se hallaba en el extremo más alejado de la sala, rodeada ahora por un grupo de mujeres parlanchinas. El bizcocho sobrante no se veía por ningún lado, y no deseaba insistir. Podía encargar uno el sábado, cuando el señor Ockenden pasara por su casa como todas las semanas. Además, tenía el vago temor de que la mujer del rector se lo cobrara un poco más caro, para provecho de la iglesia, como se hacía en los mercadillos con fines benéficos.

La señora Nolan se despidió de Rose y de Esther delante del ayuntamiento y echó a andar colina abajo, hacia el bar de su marido. La carretera, semejante a un río, desaparecía, en la primera hondonada, devorada por un banco de niebla azul y húmeda, y muy pronto la perdieron de vista.

Rose y Esther volvieron juntas a casa.

—No sabía que rechazaran a las divorciadas —dijo Esther.

—Así es, no les gustan nada —Rose hurgó en su bolso hasta encontrar una cajetilla de Malteser—. ¿Quieres uno? La señora Hotchkiss me ha dicho que aunque la señora Nolan solicitara ser miembro del círculo de madres, no podrían admitirla. ¿Quieres un perro?

—¿Un qué?

—Un perro. A la señora Hotchkiss le ha quedado un pastor alemán de la última camada. Ha vendido los negros, son los que le gustan a todo el mundo, pero le queda uno gris.

—Tom *aborrece* a los perros —a Esther le sorprendió la pasión que dejaron traslucir sus palabras—. Sobre todo los pastores alemanes.

Rose pareció complacida.

—Ya le he dicho que no creía que te interesase. Horribles bichos, los perros.

Se diría que los viejos líquenes de las lápidas funerarias, verdosamente luminosos en la densa penumbra, poseían algún poder mágico de fosforescencia. Las dos mujeres pasaron por debajo del cementerio, con su tejo de ramas planas y oscuras, y, mientras el frío de la noche les traspasaba el abrigo y hacía desaparecer la tibieza del té, Rose dobló un codo y Esther, sin vacilar, se le colgó del brazo.

El ataque relámpago de la nieve

En Londres empezó a nevar el día después de Navidad. Era mi primera nevada en Inglaterra. Por espacio de cinco años había estado preguntando, con mucho tacto, «¿Tienen ustedes nieve alguna vez?» mientras intentaba acorazarme para superar los seis meses de grisura húmeda y tibia que constituyen un invierno inglés. «Ah», era la respuesta típica, «sí que nevaba cuando yo era muchacho». Lo que me daba pie para, por mi parte, recordar, llena de entusiasmo, las gruesas alfombras crujientes de blancura espectacular que, en los Estados Unidos, *yo* utilizaba, cuando era joven, para hacer bolas de nieve, abrir túneles y deslizarme sobre un trineo. Ahora, desde mi ventana de Londres, sentía el mismo escalofrío de jubilosa impaciencia viendo cómo los fragmentos de oscuridad se volvían incandescentes al atravesar las zonas iluminadas por los faroles. Como mi apartamento (en otro tiempo hogar de W. B. Yeats, efeméride recordada mediante una redonda placa azul) no tiene calefacción central, mi escalofrío no era metafórico sino muy real.

Al día siguiente la nieve había cuajado y cubría el suelo, blanca, pintoresca, incólume, y continuaba nevando. Al tercer día la nieve aún seguía intacta, y en mayor cantidad, al parecer. Al cruzar mi calle, que nadie había limpiado, trozos de nieve húmeda me saltaron sobre las botas con un ruido sordo. Tampoco habían limpiado la carretera principal. De cuando en cuando, autobuses y taxis avanzaban a paso de tortuga por hondos carriles blancos. Aquí y allá ciudadanos armados de periódicos, escobas y trapos se esforzaban por retirar la nieve que ocultaba sus automóviles.

La mayoría de las tiendas de la zona aún tenían delante medio metro de nieve, aproximadamente, y las pisadas de los clientes eran como huellas de pájaros describiendo una curva de puerta a puerta. Delante de la farmacia había un pequeño espacio despejado, y hacia él me dirigí, agradecida.

—Supongo que en Inglaterra no tienen ustedes máquinas limpianieves, ja, ja —bromeé, cargándome de paquetes de pañuelos de papel, zumo de grosellas, jarabe de escaramujo, frascos de gotas para la nariz y un antitusígeno (con una etiqueta en la que se leía *The Linctus* en caracteres góticos), todo el arsenal de remedios y ayudas para los bebés con catarros invernales.

—No —me respondió el farmacéutico con una amplia sonrisa—, mucho me temo que no tenemos limpianieves. En Inglaterra, sencillamente, no estamos preparados para esto. La verdad es que sólo nieva de tarde en tarde.

Aquella respuesta me pareció razonable, pero ominosa. ¿Qué iba a pasar si Inglaterra se disponía a entrar en una nueva época glacial?

—¿Me permite que le enseñe —el farmacéutico se inclinó hacia adelante con una sonrisa confidencial— algo que a mí me resulta de gran utilidad?

—Sí, por favor —le contesté, desesperada, pensando en tranquilizantes.

El farmacéutico alzó, con orgullo y una tímida sonrisa, un áspero tablón de más de metro y medio de detrás de un mostrador con Trufoods y pastillas contra la tos.

—¡Una tabla!

—¿Una tabla?

El farmacéutico cerró los ojos y apretó con fuerza el trozo de madera, tan feliz como un ama de casa con su rodillo de amasar.

—Con esta tabla simplemente *aparto* la nieve.

Salí a trompicones cargada con todas mis compras. Sonreí. Todo el mundo sonreía. La nieve era una broma gigantesca, y nuestro problema el de unos alpinistas incomunicados en una película de dibujos.

Luego la nieve se endureció y se heló. Las aceras y las calles se convirtieron en una escabrosa superficie helada sobre cuyas traicioneras grietas los ancianos vacilaban, agarrados a la correa de su perro o conducidos por algún extraño.

Una mañana sonó el timbre de la puerta.

—¿Le quito la nieve de los escalones, señora? —me preguntó un *cockney* de pocos años con un enorme cochecito de niño hecho de lona.

—¿Cuánto? —pregunté con desconfianza, ignorante de la tarifa del momento y previendo abusos.

—Oh, tres peniques… Un penique.

Me ablandé y le dije que de acuerdo.

Enseguida, temiendo negligencias, le advertí:

—¡No te olvides de picar el hielo!

Dos horas después el muchacho aún seguía trabajando. Cuatro horas después llamó para que le prestara una escoba. Miré por la ventana y vi que había llenado el cochecito de diminutos icebergs. A la larga terminó. Inspeccioné su trabajo. Parecía que hubiera limpiado los huecos de la barandilla con un escoplo.

—Quizá vuelva a nevar —dijo, mirando con esperanza el cielo gris, muy bajo.

Le di seis peniques y, en medio de una avalancha de gracias, desapareció con su cochecito, coronado por una montaña de nieve.

No volvió a nevar, pero empezó a hacer frío de verdad.

La mañana de la gran helada encontré la bañera llena hasta la mitad de agua sucia. No conseguía entenderlo. Nunca he sabido nada de fontanería. Esperé un día; tal vez desapareciera. Pero el agua sucia no se marchó, sino que aumentó en volumen y en suciedad. Al día siguiente me desperté contemplando la mancha que había aparecido en mi hermoso techo blanco, recién estrenado. Mientras lo contemplaba, el techo descargó, en varios puntos, gotas de líquido viscoso que cayeron con ruido sordo sobre la alfombra.

—¡Socorro! —le supliqué al administrador desde la cabina telefónica, en medio de un charco de agua negra. No tenía teléfono en casa porque tardaban por lo menos tres meses en instalar uno—. Tengo goteras y la bañera está llena de agua sucia.

Silencio.

—No de agua que haya ensuciado yo —me apresuré a añadir—. De agua que inunda la bañera por su cuenta. Me parece que en parte es nieve. Quizá sea agua del

tejado.

Esta última información era un poquito apocalíptica. ¿*Había* visto yo nieve en el agua de la bañera? Eso, desde luego, parecía más peligroso.

—Cabe que el agua provenga del tejado —anunció el administrador con voz insegura, para añadir enseguida, con tono más resuelto—: No sé si se da usted cuenta de que no se encuentra un solo fontanero en Londres. Todo el mundo tiene el mismo problema. Sin ir más lejos, yo, en mi apartamento, tengo tres cañerías reventadas.

—Sí, pero usted sabe cómo arreglarlas —le halagué sin remordimientos—. Tampoco tenemos agua fría. ¿Qué significa eso?

—Lo sabremos enseguida —murmuró el administrador.

Los obreros y su ayudante se presentaron en menos de una hora, resoplando y, con sus botas, dejaron el suelo cubierto de espesa porquería negra. Armados de picos y palas salieron al tejado por la trampilla del ático y muy pronto, con gran estrépito, grandes masas de nieve empezaron a caer al patio.

—¿Por qué han aparecido las goteras? —le pregunté al ayudante del administrador.

—Estos tejados son viejos. No pasa nada cuando llueve, pero si nieva, la nieve se acumula detrás de los desagües. Y tampoco pasa nada mientras dura el frío —sonrió—, ¡lo malo es cuando la nieve se derrite!

—Pero en el sitio de donde yo vengo nieva todos los inviernos y nunca *hay* goteras.

El ayudante del administrador se puso colorado.

—A decir verdad, precisamente encima de su cama hay un desagüe estropeado.

—¡Encima de mi cama! ¿No tendrían ustedes que arreglarlo? Si nieva y vuelve a derretirse la nieve, un día me despertaré cubierta de yeso húmedo. O quizá ni siquiera llegue a despertarme.

No tuve la sensación de que el ayudante del administrador pensara de verdad arreglar el desagüe. Noté que estaba pensando: «quizá, después de todo, ya no nieve más».

—Será mejor que me lo arregle. ¡No quisiera tener que *volver* a molestarlo!

Los obreros bajaron del tejado y empezaron a limpiar el techo descolorido, que todavía goteaba, con aspecto de tenerlo todo controlado. Yo me fui corriendo a la habitación de los niños en respuesta a un estrépito y un alarido. Mi hijo, en un exceso de energía, había hecho saltar con sus sacudidas todos los tornillos de la cuna, cayéndose al suelo. Cuando regresé a mi dormitorio, acunándolo para acallar sus sollozos, oí que los obreros lanzaban una exclamación. Debajo de un géiser de agua en el techo, y con el aspecto avergonzado de quien oculta algo obsceno, sostenían un cubo amarillo de plástico.

—¿Cuánto —pregunté— varí a durar estas goteras? ¿No se dan cuenta de que el ruido del agua cayendo toda la noche es como una tortura china? ¿No deberían poner un cubo en el ático?

—No, señora. En ese ático no hay sitio ni para poner una vela. El desagüe está directamente encima de su techo.

A modo de precaución dejaron el cubo en el suelo debajo de la gotera y, después de prometer que repararían el desagüe antes del fin de semana, se marcharon arrastrando los pies.

No los he vuelto a ver.

Luego apareció el administrador en persona, con bombín y detector de humedades, para informarse sobre las goteras, la ausencia de agua fría y la bañera llena de fluidos alpinos.

Con el detector de humedades procedió a punzar el techo del dormitorio, asegurándome a continuación que no se caería en un futuro inmediato.

—Pero no sé si se ha dado cuenta —añadió— de que está expuesta a quedarse sin agua potable.

Le respondí que no, que no me había dado cuenta. ¿Por qué?

—Quienes construyeron la casa no aislaron adecuadamente las cañerías, y se han helado. Voy a desconectar el calentador por inmersión para evitar que queme la cisterna vacía. Cuando se acabe el agua que hay en el depósito de arriba, ya no habrá más.

Traté de recordar otras cosas, además de lavarse la cara y preparar el té, que no se pueden hacer cuando falta el agua. Eran muchas.

—Trataré de que le arreglen las cañerías hoy mismo —prometió el administrador—. El asunto del agua potable es más importante que el problema de la bañera.

Salió al balcón nevado para inspeccionar el laberinto de venerables cañerías pegadas al muro exterior y luego estuvo jugueteando con los grifos de la cocina.

—¡Ajá! —dijo finalmente—. Al principio temí que los fontaneros hubieran conectado mal una cañería y que el agua de la bañera viniese efectivamente del tejado. Pero, ¡mire! —me mandó que vigilara la bañera mientras él iba a la cocina y abría el grifo del agua caliente.

Del agujero del desagüe brotaron burbujas y anillos de aire.

—¿Se da usted cuenta? —me acusó el administrador—. Es *su propia agua* la que llena la bañera. Se le ha helado una cañería de desagüe, y el agua ya usada queda retenida.

Luego me invitó a salir al balcón.

Con deslumbrante labia me describió rápidamente los orígenes y destinos de las entrelazadas cañerías.

—Ésa es la cañería del fregadero, ésa la del baño, ésas que suben son cañerías para el aire.

Las contemplé desesperada. La cañería de desagüe del baño descendía unos seis metros por la pared y a lo largo del balcón antes de torcer para descargar, más abajo, en otro desaguadero abierto.

—La cañería de desagüe de la bañera se ha helado en algún sitio.

—¿Qué sucede —pregunté— si se echa agua caliente en la bañera?

—Sólo serviría para derretir un poco del hielo de arriba, pero volvería enseguida a congelarse.

—¿Qué puedo hacer entonces?

—Calentar la cañería con velas. O verter agua caliente por fuera. Yo *podría* hacer que los obreros utilizaran el calor de un soplete, pero en ese caso los gastos correrían por cuenta suya.

—Pero *usted* es responsable de los arreglos en el exterior, y las cañerías están fuera de la casa.

—Sí —los ojos del administrador brillaron malévolamente—, pero la *bañera* está dentro. ¿Se ha acordado usted de tapar los desagües todas las noches para evitar que el agua se escape y se hiele?

—No, claro que no. Nadie me dijo que lo hiciera. Pero siempre dejo bien cerrados los grifos.

Me sentía acorralada.

—De acuerdo —concedió magnánimamente el administrador—. La compañía del agua debería de haber repartido folletos explicando qué hacer en una emergencia de estas características.

—¿Qué es lo que hace *usted* en *su* apartamento?

—Yo recurro a las irrigaciones de agua hirviendo varias veces al día y tapo los desagües por la noche. Un gasto terrible de electricidad, por supuesto, pero parece que funciona.

Después de que el administrador se parapetara detrás de la bufanda, los guantes y el bombín y desapareciera con su detector de humedades, estuve un rato sopesando los consejos que me había dado. Las irrigaciones de agua hirviendo no servirían de nada si las cañerías no estaban expeditas y, por otra parte, mis reservas de agua eran limitadas o, incluso, inexistentes. El remedio de la vela parecía miserablemente dickensiano. De todos modos, deseosa de intentar algo, llené un cubo de agua caliente y salí tiritando al balcón. Al buen tuntún derramé el agua, tibia ya casi de inmediato, sobre un trozo de negra cañería recalcitrante. Luego fui a mirar qué sucedía con la bañera, con la esperanza de que se produjera el milagro. Pero el milagro no se produjo.

El agua sucia no se movió.

Lo único que se materializó fue el inquilino del piso de abajo.

—¿Por casualidad ha derramado agua en su balcón hace un momento?

—El administrador me ha dicho que lo hiciera —confesé.

—El administrador es un cretino. Se está formando un charco en el suelo de mi cocina. Y los tabiques delanteros gotean. *Eso*, por supuesto, no es culpa de usted. Pero, ¿cómo voy a colocar alfombras sobre semejante cantidad de agua?

Le dije que no lo sabía.

Aquella tarde, en la calle, atravesé grandes campos de agua helada. Supuse que

procedían de cañerías reventadas. Ante un grifo recién instalado en una esquina, un pensionista de avanzada edad se estaba agachando para llenar una gran jarra de porcelana con adorno de flores.

—¿Es *potable* esa agua? —le grité para hacerme oír por encima del desagradable soplido del viento del este.

—Imagino que sí —me respondió con voz que era como un graznido—, la han puesto ahí para eso.

—¡Qué vergüenza! —exclamamos los dos al mismo tiempo, alejándonos después en la oscuridad como barcos melancólicos.

Más tarde, aquella noche, oí el ruido de un Niágara sobre mi cabeza, pies que pisaban con estrépito en los escalones de mi entrada y frenéticos golpes a la puerta. Los grifos borboteaban y se ahogaban. Abrí la puerta de par en par y un fontanero joven y rubicundo se precipitó en el interior.

—¿Vuelve a tener agua?

Me tapé los ojos y señalé con el dedo la dirección de donde llegaban los rugidos.

—Haga el favor de mirar, usted mismo. Yo no soy capaz. ¿Vamos a quedar inundados?

—Eso no es más que el ruido del depósito llenándose. Todo está en orden.

Y era cierto. Teníamos agua para beber, estábamos de suerte.

En cuanto a la bañera, decidí esperar hasta el deshielo: aquella mítica fecha impredecible en que las cosas mejorarían. Todos los días retiraba el sucio líquido que la llenaba mediante un cubo cuyo contenido procedía a arrojar por el retrete, tirando a continuación de la cadena.

Por extraño que parezca, nadie se quejaba.

A un hombre que calentaba con una llamita azul de gas el codo de una cañería en una de las paredes laterales de la casa le pregunté si obtenía así buenos resultados.

—Todavía no —me respondió alegremente.

El buen humor parecía universal. Todos colaborábamos, como había sucedido durante la guerra. Una chica india me dijo en el metro de Chalk Farm que en su casa llevaban tres semanas sin agua, desde que las cañerías reventaron inundándolo todo. Tenían que salir fuera a comer, y la casera les racionaba a diario los cubos de agua.

—Siento hacerle salir del calorcito —se disculpó el lechero, cuando llamó para reclamar sus diez chelines y seis peniques semanales—. Lo que tenemos ahora son nueve meses de invierno y tres meses de mal tiempo.

Luego llegaron los cortes en el suministro de electricidad.

Un frígido amanecer de color hollín apreté los dos botones del calentador eléctrico que los obreros habían empotrado, como una mascarilla quirúrgica marciana, en medio de lo que era, por lo demás, una hermosa pared estilo rey Jorge. Después de unos instantes de rojo brillo consolador, repartido entre dos barras, otra vez la oscuridad. Traté de encender una bombilla. Nada. ¿Habría conseguido fundir

los plomos con mi calefacción trashumante, mediante estufas eléctricas con ventilador, forma de seta y a prueba de niños, que iba arrastrando de habitación en habitación, porque nunca había bastantes? Últimamente estaban falleciendo todas, una tras otra, y sólo despedían aire helado. Busqué con los ojos la calle grisácea. No se veían luces en ningún sitio. No debía de ser yo la única que estaba preocupada. Sentí, de todos modos, que me embargaba la desolación. ¿Qué había sucedido? ¿Cuánto tiempo duraría?

Llamé a la puerta del piso inferior. Un cálido tufo a gasolina inundó el descansillo, procedente de una de esas estufas de queroseno que nunca compraré por el miedo que me inspira el fuego.

—Ah, ¿no lo sabe? —me dijo el inquilino, lector de periódicos—. Han cortado la corriente.

—¿Por qué?

—Huelgas. Ayer murió un bebé en el hospital a causa de eso.

—Pero, ¿qué va a ser de *mis* hijos? Tienen la gripe. No pueden hacernos esto, ¡no es justo!

El inquilino se encogió de hombros con una resignada sonrisa de impotencia. A continuación me prestó una bolsa de agua caliente de color verde. Envolví a mi hija y a la botella en una manta y la coloqué delante de un cuenco de leche caliente y de su rompecabezas favorito. Al bebé lo vestí con el traje para jugar en la nieve. Afortunadamente cocino con gas.

Horas más tarde mi hijita gorjeó «La estufa, la estufa». Y allí estaba el resplandor, mortecino, rojo, feo, pero increíblemente hermoso.

El siguiente corte de energía eléctrica se produjo unos días más tarde, sin anuncio previo, a la hora del té. Para entonces también yo tenía la gripe, esa alternancia británica de fiebre y escalofríos para la que mi médico no me ofrecía ni alivio ni curación. O te morías o sobrevivías.

Una vecina se presentó con un botín muy apreciado: lamparillas. En las tiendas no había ni velas ni candelas ni nada. Mi vecina había tenido que hacer cola para conseguirlas. Se necesitaba luz de velas para ayudar a los ancianos cuando descendían los peligrosos escalones de los pisos situados en sótanos. Las velas, con su luz suave y amarilla, llenaban las ventanas; toda la ciudad parpadeaba.

Pasado el corte de energía eléctrica el instinto de acumular siguió vivo. Un quincallero se limitó a escribir VELAS en el escaparate y vendió en pocos minutos los montones de cajas rojas y azules, procedentes quizá de alguna fuente secreta de abastecimiento, porque ningún otro quincallero tenía repuestos. Yo compré medio kilo de velitas y me llené los bolsillos.

Un electricista me dijo que los alternadores no estaban en condiciones de producir energía para tantos aparatos eléctricos nuevos, era así de sencillo. Se estaban fabricando más, pero no lo suficientemente deprisa. Los expertos en estadística no habían previsto tanta demanda.

Luego, exactamente un mes después de la primera nevada, cedió el frío. Los aleros empezaron a gotear. Con un inmundo borboteo mi bañera se vació por decisión propia. En la calle vi a individuos con aspecto de empleados públicos arrojando paletadas de polvo sobre el hielo medio derretido.

—¿Qué es eso? —pregunté.

—Sal y serrín. Para que se derrita.

Vi también mi primera máquina quitanieves londinense: pequeña, denodada, precedida de un equipo de operarios que la ayudaba picando y desmenuzando los antiestéticos restos para arrojarlos en una furgoneta.

—¿Dónde han estado todo el mes? —le pregunté a uno.

—Veníamos de camino.

—¿Cuántos quitanieves tienen?

—Cinco.

No pregunté si para nuestro distrito o para todo Londres. No parecía que tuviera importancia ya.

—¿Qué hacen ustedes con la nieve?

—La tiramos por las alcantarillas. Luego vendrán las inundaciones.

—¿Qué hará usted si esto sucede todos los años? —le pregunté a mi administrador, que palideció.

—No habíamos tenido un invierno tan malo desde mil novecientos cuarenta y siete.

Me di cuenta de que no quería plantearse la posibilidad de que la nieve atacara todos los años. Abrigarse mucho, té en cantidades industriales y grandes dosis de valor. Ésa parecía ser la respuesta. Después de todo, ¿qué otra cosa, a excepción de la guerra, fomenta tanto la camaradería en una ciudad tan grande y con tan poco sol?

Mientras tanto, las cañerías siguen fuera de las casas. ¿Dónde si no?

Y, ¿qué sucedería si la nieve atacase de nuevo por sorpresa?

¿Y si volviera a hacerlo a continuación?

Sin duda mis hijos llegarán a ser personas decididas, independientes y tenaces, que lucharán en las colas para conseguirme velas en mi enfebrecida ancianidad, mientras yo, en un rincón, prepararé té sin agua —*eso*, al menos, nos lo traerá con toda seguridad el futuro— sobre un hornillo de gas. Si es que, para entonces, el gas no ha pasado también a mejor vida.

Notas

[1] Traducida al castellano con el título de *La campana de cristal*, Barcelona, 1982. <<

[2] Trad. cast., Madrid, 1985. <<

[3] William Carlos Williams (1883-1963), Robinson Jeffers (1887-1962) y Roben Frost (1874-1963), poetas estadounidenses, son coetáneos, y aún vivían cuando Sylvia Plath escribió este relato (1956), lo que aumenta el realismo del sueño de Harold. <<

[4] N. *del T*: Se trata de un poema completo de Ezra Pound titulado «In a Station of the Metro». Los versos, en el idioma original, son como sigue:

The apparition of those faces in the crowd;

Petals on a wet black bough. <<